AUTOR MÁS VENDIDO DEL *WALL STREET JOURNAL*

L.T. RYAN

UN THRILLER DE JACK NOBLE

FIN DEL JUEGO



FIN DEL JUEGO

UN THRILLER DE JACK NOBLE

LIBRO 12

L.T. RYAN



LIQUID MIND MEDIA

Copyright © 2017, 2025 por L.T. Ryan. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede copiarse ni reproducirse en ningún formato, por ningún medio, electrónico o de otro tipo, sin el consentimiento previo del propietario de los derechos de autor y del editor de este libro. Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o utilizados de manera ficticia. Para más información contactar:

contact@ltryan.com

http://LTRyan.com

https://www.facebook.com/JackNobleBooks

ÍNDICE

The Jack Noble Series

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Also by L.T. Ryan
Acerca del Autor

THE JACK NOBLE SERIES

El Recluta
El Primer Engaño (Precuela)
Los Comienzos de Noble (Jack Noble #1)
Distancia Mortal (Jack Noble #2)
Línea Borrosa (Jack Noble #3)
Las intenciones de Nobel (Jack Noble #4)
Muerte en Grecia (Jack Noble #5)
Las Retribuciones de Noble (Jack Noble #6)
La Traición de Noble (Jack Noble #7)
Nunca Vuelvas a Casa (Jack Noble #8)
El Juicio de Noble (Jack Noble #9)
Nunca Llores por Misericordia (Jack Noble #10)
Fecha Final (Jack Noble #11)
Fin del Juego (Jack Noble #12)
Ultimatum de Noble (Jack Noble #13)
La Leyenda de Noble (Jack Noble #1 4)
La Venganza de Noble (Jack Noble #15)

Reciba una copia gratuita de El Recluta. Visita:
https://ltryan.com/sp-jack-noble-newsletter-signup-1-all

CAPÍTULO 1

17 DE ENERO DE 2010

Lo que sigue tiene lugar entre Thin Line y Noble Intentions, libros 3 y 4 de la serie.

Me encontraba en la esquina de la calle 72 este y la tercera avenida. El frío, de un viento gélido que soplaba desde el parque, me impedía percibir los olores de la panadería que estaba detrás de mí. Ni siquiera me llegaban los humos del escape de los carros que formaban la fila de taxis.

El mensaje para encontrarme con Charles en este lugar, había llegado anoche, tarde, desde un número 212 al azar. El grandulón actuaba como intermediario, entre el Viejo y yo, cada vez que me necesitaba para un trabajo. Supuse que para entonces ya me habría ganado la confianza. Durante los últimos dos años, había aceptado todos los trabajos que me ofrecían. No importaba el objetivo ni el alcance del mismo. Ya fuera información o exterminio, los completaba sin pensarlo dos veces. Sin dudarlo.

La brújula moral que una vez me guió se había desvanecido. Lo cierto es que nunca tuve mucha, pero, al menos, había una pizca de bien y de mal que guiaba mis acciones. Mientras pudiera justificar quitar una vida, lo hacía. Aunque, después de que aquellos en quienes más confiaba me tendieran trampas demasiadas veces,

decidí que ya había tenido suficiente y que nadie más importaba. El sueldo era, a menudo, el factor determinante ahora.

El Mercedes blanco frenó con un chirrido entre dos taxis amarillos. Una mujer, que conducía una miniván azul, tocó la bocina al hacer un viraje brusco para evitar la parte trasera del sedán de lujo. Una colilla salió por la ventanilla abierta, volando derecho hacia mí. El viento intervino y la arrojó al suelo.

—¿Entras? —dijo Charles desde detrás del cristal, por encima del agudo lamento de una cantante de ópera y el ritmo intenso de una discoteca. —¿O tengo que abrirte la puerta como al Viejo?

Bajé de la acera, aplastando el cigarrillo encendido en el proceso.

Charles levantó el pulgar por encima del hombro. —Atrás, imbécil.

Miré por la ventana y vi a uno de los nuevos matones de Charles en el asiento del copiloto. El asiento trasero estaba vacío, y, hasta el momento, ninguno de los dos había hecho nada para desarmarme. Así que abrí la puerta y me deslicé hasta el centro. Charles me miró a los ojos un instante por el retrovisor. Luego, su mirada se desvió y el Mercedes se sacudió hacia delante con un coro de bocinas. Miré por encima del hombro y vi dos coches detrás de nosotros, detenidos en ángulo, a centímetros uno del otro.

—Jack —dijo Charles. —Él es Matt, es nuevo en el...

—Sí, me importa un bledo. —Miré por la ventana a una mujer que corría en pantalones cortos y camiseta de tirantes, con el paso casi acompasado con la rara música tecno que Charles ponía a todo volumen. —¿Qué demonios estás escuchando?

Charles le dio un manotazo a su matón en el hombro. —¿Crees en este tipo? Te juro que no entiendo lo que el Viejo ve en él. Podrías hacer el trabajo que él hace, y hacerlo mejor.

—¿Y entonces qué hago aquí? —dije. —Si quieres reemplazarme con este imbécil, déjame salir ya. Tengo mucha gente que requiere de mis servicios.

—Tranquilo, Noble. Solo te estoy dando lata.

Veinte minutos después, nos detuvimos frente a una casa de piedra rojiza, renovada, en la calle Hicks. Una pila de ladrillos, tan alta como un hombre, se alzaba a la izquierda de la amplia escalera

que conducía a la entrada y las ventanas reflejaban onduladamente el día desolador.

Charles me condujo al interior del edificio mientras Matt se quedaba en el coche. Le habían dado instrucciones de cooperar si un policía se metía donde no debía. Normalmente lo hacían buscando dinero. Incluso los que estaban a sueldo del Viejo siempre andaban buscando un poco más de dinero. Al viejo no le importaba. Lo usaba como criterio para saber en quién podía confiar y a quién podía considerar matar.

Subimos tres tramos de escaleras a toda prisa y nos detuvimos frente a un apartamento modesto. Charles se puso su grande mano en el vientre y la otra la apoyó el marco de la puerta, respirando profundamente. Conocía al menos cinco propiedades del Viejo, y estaba seguro de que tenía varias más. Algunas para reuniones. Otras para que se alojaran sus socios de fuera de la ciudad cuando venían de visita. Y, al menos unas cuantas, las usaba como casas de seguridad para sus hombres y para él mismo, cuando era necesario. Aunque no tenía ningún deseo de dirigir un negocio de la envergadura del Viejo, adopté su práctica de comprar bienes raíces. Junto con mi antiguo socio, Oso, teníamos siete residencias repartidas por la ciudad y algunas casas en el norte de Nueva York.

—Ya sabes cómo funciona —Charles tenía una mano en el pomo y la otra extendida hacia mí. Tomar mi pistola era una formalidad. Ambos sabíamos que, una vez dentro, me superarían en número y armamento. Ni hablar de echar mano de mi arma de repuesto.

Abrió la puerta, puso su enorme mano en mi espalda y me empujó adentro. Dos guardaespaldas, vestidos de negro y con guantes negros con dedos recortados, me miraron. El tercero permaneció en su puesto, observando el camino. El Viejo giró un cuarto de vuelta en su silla de oficina. Un cigarrillo encendido colgaba de sus dedos. El humo se deslizaba de sus labios entreabiertos, reflejando la luz del sol y creando una neblina entre nosotros. Al levantarse el velo de humo, sus dientes amarillos brillaron a través de su sonrisa torcida.

—Señor Jack —dijo, echando la ceniza en una bandeja de cerámica. —Me alegra mucho verlo. Parece que ha pasado una

eternidad desde la última vez que nos vimos.

—Un mes —dije. —La última vez que nos vimos fue hace un mes. Recuerda que necesitabas ayuda para hacer desaparecer a esa mujer. Algo sobre una demanda de paternidad, si no recuerdo mal.

—¿Tan recientemente? —Sonriendo, negó con la cabeza y me indicó que me sentara frente a él. —Quizás me estoy poniendo viejo.

—Quizás. —Me mantuve firme y esperé a ver si llegaba al punto de la reunión.

El Viejo le hizo una seña a sus guardaespaldas y éstos se dispersaron, dejándonos a él, a Charles y a mí como los únicos ocupantes de la habitación. La puerta se cerró de golpe y esperamos en medio de un silencio atronador.

Rompí la primera regla de la negociación. —¿De qué se trata todo esto?

El Viejo dio una última calada a su cigarrillo y lo apagó en la bandeja. Exhalando, dijo: —Un socio mío, un empresario, cometió un error bastante grave y costoso, poniéndose en riesgo. Lo cual también me pone en riesgo. Y, cuando estoy en riesgo, toda mi organización, incluidos mis contratistas, está en riesgo.

—¿Qué tipo de tratos suele tener con este socio?

Charles se inclinó hacia delante. —No te preocupes por eso...

El Viejo interrumpió con la mano. —Por favor, señor Charles, permita que el señor Jack haga las preguntas que quiera. Después de todo, él es quien nos va a ayudar a resolver este problema.

—Sí, Puños —dije. —Volviendo a mi pregunta...

—Es un hombre de negocios, así que se dedica a los negocios. Como saben, gran parte de mi trabajo se ajusta a la ley. Tengo muchos socios que no profundizan ni comparten nuestra visión del mundo.

—¿Y este tipo? —pregunté. —¿Cuál es su visión del mundo?

El Viejo sonrió, respondiendo con esto a la pregunta.

—¿Qué necesitas que haga?

—Encuéntralo. Averigua qué sabe, qué ha dicho y qué planea hacer. —El Viejo metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó una bala. La colocó sobre la mesa y la hizo girar con un gesto del dedo. —Y cuando le saques toda la información, mátalo.

Asentí y no dije nada.

—Una cosa más. —El Viejo arqueó las cejas y habló con los dientes apretados. —Antes de matarlo, Señor Jack, hágalo sufrir.

CAPÍTULO 2

El resto de la reunión fue más una formalidad que otra cosa. Matt apareció por entonces. El tipo se quedó en un rincón y mantuvo la boca cerrada, mientras Charles, el Viejo y yo, seguíamos con esas charlas absurdas que se dan en las salas de juntas de todo el país. Durante nuestra conversación absurda, los detalles faltantes del trabajo me inquietaban. ¿Qué había hecho este hombre para que el Viejo lo quisiera no solo muerto, sino también torturado? Prefería golpear fuerte y rápido y hacer el trabajo. La tortura no era lo mío, pero por el sueldo que me ofrecía el Viejo, no podía rechazar el trabajo ni sus peticiones.

Después de terminar, Charles me acompañó fuera del edificio. Su nuevo socio, Matt, se quedó. Quizás tenía su propia reunión privada arriba. ¿Cuál era su función dentro de la organización? ¿Había sido casualidad que estuviéramos juntos en el mismo coche esa mañana? ¿O lo querían allí conmigo por alguna razón?

—Todo lo que necesitas está aquí. —Un desgastado bolso de cuero colgaba de las yemas de los dedos de Charles.

Me colgué la bolsa ligera en el hombro y puse mi brazo izquierdo sobre la cremallera. Sentí una pistola dentro.

—¿Qué sabes de este tipo? —Lo miré de reojo para evaluar su reacción mientras salíamos al frío.

La expresión de Charles no revelaba nada. Rara vez lo hacía. Su rostro era de piedra. —Solo es un tipo que le cayó mal al Viejo.

—¿Nunca lo conociste?

Charles se encogió de hombros, con el labio inferior sobresaliendo, empujando el superior contra la nariz. ¿Me estaba diciendo algo o era una reacción al aire gélido que le congelaba los pelos de la nariz? —¿Qué más da? Podría ser el amante del primo de mi mejor amiga y aun así lo estarías matando. ¿Entiendes?

Una vez que todo empezaba, sólo era cuestión de decidir quién dispararía, pero el golpe no se detenía. En algunos trabajos podía ser cualquiera. En otros, un asesino específico. Hoy en día, aceptaba casi cualquier trabajo. Sin embargo, no siempre había sido así. La moral y la ética, por muy turbias que fueran, influyeron en mí en algún momento. Pero ahora me habían pasado demasiadas cosas a lo largo de los años como para que me importara. Aunque aún tenía dos cosas que no quería hacer: niños y perros. No tenía ninguna posibilidad de hacerle daño a ninguno. ¿Los demás? Mejor no hagas algo que me lleve a tu puerta.

—Cierto —dije. —¿Hay algo que deba saber sobre él? ¿Antecedentes militares? ¿Seguridad?

Señaló la bolsa. —Está todo ahí dentro.

Nos subimos al Mercedes y Carles encendió la calefacción, que fue un alivio ante el frío ártico que azotaba el exterior.

—¿Puedes creer este maldito clima? —Sopló aire caliente en sus manos entrelazadas y se las frotó antes de ponerse unos guantes negros de cuero. —¿De dónde sale esta porquería?

—Supongo que de Canadá. Quizás de Alaska.

—Noble, el hombre del clima —dijo mirándome. —Estarías guapísimo en la tele. ¿Lo sabes? Quizás te consiga una de esas faldas, o una peluca para tapar esa cara fea que tienes.

—No creo que pudiera dormir por la noche si supiera que te estás masturbando conmigo en las noticias de las once.

Charles rió entre dientes. —Ya quisieras, Noble.

Regresamos a Manhattan, esta vez al Upper West Side. Al acercarnos al punto de entrega, observé la calle en busca de peligros y de cualquiera que pareciera fuera de lugar. Esa mañana, cuando las temperaturas apenas habían bajado de cero, parecía que todos estaban allí fuera. Al final, sin embargo, nadie llamó la atención lo suficiente como para preocuparme.

—Este trabajo podría serte muy útil en nuestra organización —dijo Charles mientras se acercaba a la acera, rozando las llantas contra el concreto. —Quizás te consiga un trabajo a tiempo completo.

—¿Por qué querría eso?

—¿Por qué no lo harías?

Hice como si lo hubiera meditado un par de segundos. —Para empezar, no me gusta seguir las órdenes de varios subordinados. Puedo con un jefe, a veces, siempre que me deje en paz. Así que, en realidad, el único trabajo que valdría la pena sería el tuyo. Mi primera decisión sería derribarte para poder asumir tu puesto. A partir de ahí, me encargaría de toda la organización.

Charles se rió. —¿Tú? Claro. Un tipo al que le gusta vivir al aire libre y buscar trabajo cuando le conviene. No querrías asumir las responsabilidades del Viejo. —Hizo una pausa. —Las mías tampoco.

—Como si hicieras algo importante.

—No tienes ni idea, Noble. —Negó con la cabeza. —De verdad que no.

—Solo te estoy tomando el pelo. No quiero tu trabajo. Desde luego, no quiero dirigir una empresa como la del Viejo. —Abrí la puerta entreabierta, dejando entrar una ráfaga de viento constante. —Y no tengo ningún deseo de formar parte de tu organización.

—Puede haber una buena paga para alguien como tú. Se acabaría el ir a la deriva y tendrías la protección total del Viejo. Ahora mismo corres peligro prácticamente cada segundo del día. Con su apoyo, serías casi intocable.

—Intocable... sí. Excepto por la misma gente de la que ya tengo que cuidarme. Como dijiste, cada segundo de cada día, cuido de los criminales que encarcelé y de la agencia para la que los encarcelé. No hablemos de las otras organizaciones ni en los rivales del Viejo que he debilitado en el pasado.

—Pero si estás con nosotros, serás vengado. Si alguien te atrapara ahora mismo, serías un imbécil muerto y nadie te lloraría.

Me quedé allí sentado un momento, sin sujetar bien la manija de la puerta. Tenía razón. Si alguien me sacaba en ese preciso instante, nadie lloraría mi muerte.

Y yo estaba feliz con eso.

CAPÍTULO 3

Convertí una caminata de seis cuadras en una odisea de media hora, llena de giros equivocados y callejones estrechos. La ruta estaba diseñada para que fuera más fácil detectar a alguien que me siguiera. El Viejo sabía mucho sobre mí, incluyendo la ubicación de algunas de mis propiedades, lo cual estaba bien. Pero no podía comprometer la propiedad adonde me dirigía ahora.

Vi un tipo que me siguió en dos curvas consecutivas, manteniendo una distancia de quince metros entre nosotros. Sin embargo, fue descuidado y no supo usar la escasa multitud como tapadera. Recuerdo que lo vi por primera vez en la esquina de la 96 con Ámsterdam. Llevaba una chaqueta marrón, una bufanda negra hasta la barbilla y unas gafas oscuras me impedían ver sus ojos, algo innecesario en la mañana nublada.

El siguiente callejón estaba lleno de contenedores de basura y trampas de grasa. El hedor nauseabundo fue el primer olor que invadió mis sentidos ese día. No tenía ni idea de cómo los vagabundos, que bebían y dormitaban en el estrecho pasillo, se las arreglaban para permanecer allí. Pensé que tal vez lo único que olía peor que ellos era ese tramo de asfalto agrietado.

El corto camino terminó, giré a la derecha y eché un vistazo rápido a la calle. El tipo estaba al descubierto, con el móvil en la mano, mirando la fachada de ladrillo del edificio.

¿A quién había llamado? ¿A sus refuerzos? ¿A Charles? ¿Al Viejo? ¿Quizás a mi nuevo amigo Matt?

Observé el callejón detrás de los edificios y me di cuenta de que me había equivocado. El mapa mental me decía que este camino se cruzaría con un paso estrecho entre dos edificios de apartamentos, que desembocaba en la calle 98 Oeste. Sin embargo, no fue así.

Era un callejón sin salida.

Giré la cabeza y vi que la otra dirección tampoco ofrecía salida. Probé tres puertas cercanas buscando otra. Todas estaban cerradas. Era hora de ser creativo. Al otro lado del callejón principal había una escalera de incendios que subía a la azotea del edificio. El acceso era lo suficientemente bajo como para alcanzarlo echándose a correr y subiendo por la pared.

Metí la mano en la bolsa, saqué la pistola junto con el cargador y comprobé que estuviera lleno. Lo volví a meter y cargué una bala. Sostuve el arma cerca de mí y agaché la cabeza al entrar en la abertura.

El hombre estaba esperando allí.

No me sorprendió verlo, pero me tenía en la mira. Estaba posicionado como un receptor en la línea, con las rodillas dobladas y los brazos colgando, listo para atacar. Se abalanzó sobre mí como si fuera un esquinero pequeño. Absorbí el golpe y giré el brazo izquierdo, dándole un puñetazo en la parte superior de la columna. De alguna manera, logró rodear mi rodilla derecha con la pierna izquierda. Su brazo derecho se deslizó hacia abajo y me agarró el muslo izquierdo. Era un luchador experto, ya fuera de lucha libre o de jiu-jitsu.

Empujé mi abdomen hacia adelante, pero fue demasiado poco y demasiado tarde. Me empujó al suelo, aterrizando con su hombro justo en mi estómago. La combinación de mi espalda golpeando el asfalto y todo su peso corporal cayendo sobre mi diafragma, me dejó sin aliento. Mi boca se llenó de sangre. Me había mordido la lengua al caer al suelo. Me tenía en la posición perfecta para derribarme. Y entonces, agarró mi mochila e intentó arrancármela. Logré sujetarla a pesar de sentir que me ahogaba, con mis pulmones ávidos de oxígeno ardiendo en busca de aire.

El tipo estaba allí por la información que yo tenía. ¿Era un agente federal? ¿Alguien que trabajaba para mi objetivo no revelado?

—Vamos, hombre, suéltalo. —Se encabritó y tiró con tanta fuerza que me levantó el torso del suelo. La correa de la bolsa estaba a punto de romperse por las costuras.

Me atraganté desesperadamente con el aire que me llenaba los pulmones. Luego, recuperé el aliento tras una serie de fuertes jadeos y toses. Un instante después, la fuerza, impulsada por la adrenalina, me inundó el cuerpo. Apreté la bolsa, me enrollé la correa en la muñeca y busqué a tientas la pistola en el suelo.

—No vale la pena morir por esto, amigo. —El tipo me dio una débil patada en la espinilla.

—¿Quién eres? —pregunté.

Se abalanzó hacia adelante y me dio un puñetazo en el estómago. Apreté los abdominales, un segundo antes, y absorbí el golpe. Agarró la bolsa con una mano y mi muñeca con la otra. Con cada segundo que pasaba, me la arrebataba aún más.

Desistí de buscar la pistola y centré toda mi atención en mi agresor. De algo estaba seguro: era un aficionado. La única razón para acercarse tanto era para controlarme. Se lo había jugado todo por la bolsa, dejándose vulnerable.

Giré el brazo derecho y cayo de golpe en su cara. Un golpe en la mandíbula fue suficiente. Su cabeza se echó hacia atrás y el cuerpo quedó inerte. Soltó la bolsa y me agarró mientras se desplomaba.

Me puse de pie, vi mi pistola y la agarré del suelo. Me temblaban las manos y los brazos por la adrenalina que me recorría el cuerpo. Arrastré al tipo hacia las sombras y lo registré. Encontré su celular, un cuchillo y un clip para billetes, que contenía dos billetes de veinte, uno de cinco y una licencia de conducir vencida. Pero no llevaba ningún arma. Levanté su identificación y la incliné para que le diera la luz.

Nathaniel Spencer.

Spencer gimió mientras regresaba a la tierra de la conciencia.

Le di una bofetada en la cara, apuntando a la marca roja donde lo había golpeado hacía un minuto. —¿Quién demonios eres?

Sus ojos parpadearon antes de fijarse en mí y luego en su licencia. —Parece que ya lo sabes.

—¿Para quién trabajas? —Hice una pausa, esperando su respuesta. —Tengo los medios para averiguarlo

Me miró como si estuviera loco.

—¿Eres del FBI? ¿De la DEA? ¿Trabajas para ese cabrón? —Claro, la última parte era vaga, pero todos los subordinados, en algún momento, se referían a su jefe con esa frase.

—¿De qué demonios hablas? —Se incorporó sobre los codos. La sangre le corría por la barbilla por la comisura de la boca. —Te vi bajar del Mercedes de tu novio. Parecías un blanco fácil.

—¿Qué?

Señaló con la barbilla la bolsa que colgaba de mi mano izquierda. —Intentaba estafarte, imbécil.

Le apunté al pecho con la pistola. —¿De verdad crees que este es el mejor momento para hacerte el duro?

Él apartó la mirada mientras sacudía la cabeza.

—¿Eres un ladrón? —pregunté. —¿Nada más?

—Te lo digo, amigo. Supuse que tendrías algo de efectivo y tarjetas de crédito decentes en el bolso.

Levanté la bolsa. —No es un monedero. Y si te la hubieras llevado, estarías en serios problemas.

Retrocedió rápidamente hasta llegar a la pared. Mantuve la pistola apuntándolo mientras se levantaba.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—No soy quien creías que era. —Tiré sus billetes al final del callejón. —Y sé quién eres tú, Spencer. Si vuelvo a verte la cara, estás muerto.

CAPÍTULO 4

Un taxi ofrecía la mejor oportunidad de salir de la zona lo más rápido posible. Hice que el conductor zigzagueara por una red de calles hasta asegurarme de que nadie me seguía. Nadie, en ninguna circunstancia, podría descubrir la ubicación del apartamento, así que tuve que ir a lo seguro con el conductor. Sabía que el taxista podría estar a sueldo del Viejo, con instrucciones de estar siempre atento a ciertas personas, anotando los puntos de recogida y entrega. Pero, hasta ahora, el tipo me había prestado poca atención, aunque eso no significaba nada. Tenía que asumir que me estaba siguiendo.

Le pedí que me dejara a unas calles del apartamento. Después de pagar el viaje en efectivo, recorrí a toda prisa las dos manzanas en medio del frío. El vestíbulo del edificio estaba, sólo unos grados, más cálido que afuera. Me quité los guantes y me froté las manos antes de abrir el buzón y sacar un fajo de sobres y anuncios. Todo era para antiguos inquilinos. Una vez dentro, dejé el correo y la bolsa en la mesita cuadrada de la cocina y saqué una botella del congelador. El primer trago de whisky me escoció donde me había cortado la lengua durante la pelea. El segundo trago, calmó el dolor. El tercero, me calentó el cuerpo helado.

Me senté a la mesa, empujé el correo a un lado, saqué los archivos de la bolsa y eché mi primera mirada al objetivo.

Se llamaba Marcus Hamilton Thanos. Medía un metro noventa y pesaba ochenta kilos. Ahora parecía débil, pero estaba seguro de que en algún momento fue un tipo duro. Tenía que tener ese

nombre, el tipo de nombre que te llevaba a sufrir acoso sin fin durante la infancia. Aparte de los detalles personales, había poca información adicional. Quería saber más, y la ayuda estaba a una simple llamada de distancia. La curiosidad podía ser una debilidad, y, a menudo, traía consecuencias imprevistas. Tuve que resistir el impulso de averiguar más sobre él, ya que tenía poca relación con el trabajo que me habían encomendado. Thanos había sido marcado para morir. El papel de verdugo lo desempeñaría yo, después de obtener toda la información posible de él.

Averigua qué está planeando. Hazle daño.

Thanos había hecho algo para enfadar al Viejo. ¿Había sido una traición? ¿O, planeaba testificar contra él, o tal vez revelar algo sobre sus tratos que pudiera llevar al viejo jefe criminal a la cárcel?

Consideré pedirle un favor a Brandon. El exanalista era el mejor que me habían dado. Nunca me había fallado, sin importar la tarea que le encomendara. Desde que se independizó, había sido un recurso invaluable. Pero lo usé menos después de un incidente que los dejó, a él y a Oso, casi muertos.

Decidí no involucrarlo. Al menos no en esta etapa del juego. No había necesidad de levantar sospechas buscando información sobre Thanos en bases de datos ultrasecretas.

La siguiente carpeta contenía mi destino. Chicago. Thanos tenía una oficina junto al lago. Su casa estaba en el suburbio de Naperville. Las imágenes satelitales del vecindario circundante me indicaban que no tendría que preocuparme demasiado por vecinos entrometidos. Los terrenos eran grandes y extensos. Un largo camino de entrada atravesaba una zona boscosa bien cuidada. Sería difícil que alguien me viera. Por otro lado, me sería difícil vigilar el lugar y hacerme una idea de a qué me enfrentaba. Y, considerando lo que había sucedido antes en el callejón, no estaba del todo seguro de que este trabajo fuera legítimo.

Al menos, en lo que se refiere a asesinatos.

Ordené los papeles en una sola carpeta y guardé el expediente en una caja fuerte, bajo el fregadero de la cocina, antes de dirigirme al dormitorio principal. Me quité la ropa con la que me había peleado

antes, me di una ducha caliente y me puse unos bóxers después de afeitarme la barba.

Pero aún no había terminado. Dentro del armario había tres cajas fuertes más: una biométrica, una electrónica y una antigua. Guardaba suficiente dinero para tres meses, dos pistolas de tamaño normal y una subcompacta, y mucha munición. Viajaba en avión, así que todas se quedaban. También guardaba cuatro identidades falsas en una caja fuerte, con licencias de conducir, tarjetas de crédito y débito, e incluso membresías. Tomé el paquete para Jonah Lamb, una identidad que no había usado en más de tres años. Jonah Lamb era un perito de Albuquerque, Nuevo México, divorciado y sin hijos. Vivía de viaje cuarenta y cuatro semanas al año. El pobre no tenía tiempo ni para una mascota.

Me puse un par de pantalones caqui, una camisa a cuadros abotonada, zapatos Oxford marrones y agarré un par de anteojos con montura negra para completar el estilo.

De vuelta en la cocina, saqué un teléfono prepago sin usar de debajo de un cajón. Llamé a un compañero en Chicago, alguien que se remontaba a mi época en la Infantería Marina. Habíamos viajado en direcciones diferentes durante los años transcurridos desde entonces. No me estaba comunicando con él para involucrarlo en mi misión. De hecho, cuanto menos supiera, mejor. Pero lo que sí podía proporcionarme eran armas, y necesitaría algunas.

Charlamos un par de minutos, con esas tonterías que dos viejos colegas se tiran cuando no se han hablado en años. Cuando le dije que me iría mañana por la mañana, me aseguró con cautela que tendría una buena selección para mí.

Después de la llamada, reservé mi vuelo para las cinco de la mañana y pude dormir un par de horas. Todo pintaba mejor. Para mí, claro. Para el pobre de Thanos, el fin del camino se acercaba rápidamente.

CAPÍTULO 5

Alquilé un Camry plateado en el aeropuerto y recorrí el centro de Chicago hasta llegar a la oficina de Thanos. El edificio de diez pisos de hormigón oscuro y cristal espejado se alzaba no muy lejos de Printer's Row. Había un espacio de estacionamiento libre en la acera, en un lugar que me ofrecía una vista magnífica de la entrada principal, la única zona desde la que podía echar un vistazo al interior mientras la gente entraba y salía.

Me acomodé en mi asiento mientras una corriente constante de aire caliente salía de cada ventilación, dejándome con la sensación de que iba a quedar inconsciente en cualquier momento. Pensé que no era para tanto, dado que había conseguido dormir cuatro horas la noche anterior.. Al fin y al cabo, tenía un vuelo de hora y media en el que pensé que podía seguir dormitando. Pero resultó ser una ilusión. Las turbulencias constantes mantuvieron al 757 en constante movimiento.

El sol naciente disipaba la espesa capa de niebla matutina y su luz se reflejaba en un edificio cercano, dirigiendo un intenso reflejo hacia mí. El resplandor me impedía ver lo que había delante, por lo que bajé la visera y me incorporé para protegerme los ojos. A los pocos minutos, el coche se sentía demasiado caliente y se me empezó a formar sudor en la frente. Abrí las ventanillas y me preparé para un asalto ártico. Había hecho frío en Nueva York, pero esa mañana Chicago bien podría ser Moscú. Los sonidos de la ciudad se empezaron a colar por las ventanas abiertas, y lo que había sido

un suave murmullo, atenuado por el cristal, se transformó en la jungla urbana a la que me había acostumbrado.

No había pasado mucho tiempo en Chicago y desconocía las complejidades de la ciudad. Pensé que sería buena idea familiarizarme con el entorno inmediato, así que caminé las cuatro manzanas que rodeaban el edificio de oficinas durante la hora pico de la mañana, el momento perfecto para integrarme a la multitud que se apresuraba al trabajo. Eran menos numerosos de lo que imaginaba cuando la temperatura alcanzaba niveles primaverales. Aun así, la gente tenía que ir a trabajar, y había suficientes personas para cubrirse bien.

La misión de exploración reveló algunos posibles puntos estratégicos, en caso de que el trabajo requiriera un intento de ataque a larga distancia contra Thanos al salir del edificio. Observé dos puntos de salida además de la entrada principal. Había poca información sobre Thanos y, por lo que sabía, viajaba con un equipo de seguridad, algo que podría haber hecho si se hubiera enterado del atentado. No podía dejar de pensar que él tenía una idea de lo que se avecinaba. La pelea del día anterior, en el callejón, todavía me tenía un poco descolocado. El encuentro fue demasiado aleatorio para serlo realmente. No podía acallar la persistente voz en mi cabeza que me decía que Nathaniel Spencer tenía algo que ver con este trabajo.

La multitud se dispersó, lo que indicaba que era hora de volver al coche de alquiler. Tomé un café caliente en una cafetería cercana. Para cuando llegué al coche, apenas estaba tibio. De nuevo al volante, me dispuse a vigilar. La urgencia de terminar con el trabajo me atormentaba, pero estaba desarmado y este no era el entorno adecuado. Necesitaba saber más sobre Thanos. Tenía que verlo, comprender bien con quién estaba tratando. Una fotografía solo podía dar una idea de lo que pasaba. Pero ver a un hombre en persona, observar cómo se comporta, cómo sostiene la cabeza, cómo levanta la barbilla, es lo que realmente permite entenderlo. Así determinaría mi enfoque del trabajo.

El parloteo en mi cabeza se apagó después de unos minutos. Me concentré en la situación, minimizando mis pensamientos.

Sumergirse en la madriguera de personas y eventos pasados nunca condujo a un resultado positivo. Especialmente con mi historial.

Una hora después, por fin tuve un respiro, cuando tres hombres salieron de la entrada cubierta. Ninguno era mi hombre. Dos de ellos eran demasiado jóvenes, y el tercero parecía un soldado. Todos eran de complexión similar, grandes y corpulentos, de un metro ochenta de altura. El mayor, era pelirrojo y tenía rasgos claros. Los dos más jóvenes tenían el pelo castaño y la piel pálida, por el invierno, y lo único que los diferenciaba era que uno tenía barba. Vestían igual: trajes negros, sin corbata y gafas de sol. Ninguno llevaba abrigo, lo que indicaba que solo planeaban estar afuera unos minutos. Y ninguno se molestó en ocultar que llevaba un arma.

El más nervioso de los tres, el barbudo, me miró de reojo. Debieron de haberme pillado cuando volví al coche con el café y me quedé allí.

El barbudo se quedó en la esquina mientras los otros dos cruzaban la calle en diagonal. El pelirrojo levantó la mano para frenar el tráfico que venía en dirección contraria, sin apartar la mirada de mí.

Tenía tiempo de sobra para irme. Pero no lo hice. Quería escuchar lo que tenían que decir. Al fin y al cabo, habían salido al frío para hablar conmigo, y era poco probable que armaran un escándalo en público. Había cámaras en cada esquina de la calle y en la mayoría de las tiendas.

El pelirrojo se acercó a mi ventana mientras su compañero estaba de pie delante del coche. Miré por el retrovisor y noté que una miniván se había detenido hacía un momento. ¿Una de las suyas? Pensé que, si quería salir, tenía que pasar por encima del tipo, y él contaba con que no fuera un problema. Lástima que no me conocía.

El pelirrojo golpeó mi ventanilla con los nudillos, se levantó el abrigo desabrochado y dejó al descubierto su arma. Dudé un instante y luego presioné el botón, bajando la ventanilla unos centímetros.

Se inclinó hacia adelante para que sus ojos quedaran a la altura de la abertura. Tenía la nariz y las mejillas rojas por el frío. —

¿Necesitas ayuda?

Me encogí de hombros y no dije nada.

Golpeó el cristal con el cañón de su pistola. —Quizás sea hora de que te vayas, amigo.

—¿Por qué? —pregunté. —¿No puedo tomar el sol y disfrutar de mí café?

—Seré sincero contigo, amigo. No nos gusta tu aspecto. No nos gusta que lleves aquí más de dos horas. Y no nos gusta que hayas dado una vuelta por nuestro edificio, asegurándote de hacerlo en hora pico para mimetizarte con el entorno. La verdad es que ahora sólo ves a tres de nosotros, pero lo que no ves, es que el edificio está lleno de tipos como él y yo.

Mantuve la mirada fija en él. Empezaba a impresionarme. Los había tomado por matones a sueldo, nada más. Pero parecía que tenía antecedentes similares a los míos.

—Bueno, así es como va la cosa —dijo el pelirrojo. —Vas a encender esta chatarra, ponerla en marcha y largarte de nuestro edificio. Si no te has ido para cuando llegue al otro lado de la calle, te seguirán. Y, antes de que pienses que bromeo, recuerda que tenemos a uno de los mejores conductores del sector. Ni siquiera sabrás que está ahí, sobre todo, si intentas esa técnica evasiva de niño que usaste para explorar el edificio. —Se enderezó, enfundó su arma y volvió a inclinarse hacia delante. —Puede que creas que me conoces, pero te aseguro que seguir tu instinto te va a traer un día fatal. Así que, se inteligente y lárgate de aquí.

Apreté el botón y la ventanilla chirrió al bajarla. El pelirrojo retrocedió un par de metros, fuera del alcance del impacto.

—¿Tendremos algún problema, amigo? —preguntó.

—Ninguno —dije. —Solo quiero que sepas que no me das miedo. Y, aunque no vea a todos tus hombres, te aseguro que tú no ves a todos los míos. —Toqué el volante y señalé al otro lado de la calle. —Ya sabemos lo que pasa en tu oficina. Así que te doy un consejo, cuando me aleje, no me des motivos para que entren mis hombres.

Sus ojos azules se entrecerraron y me miró como si estuviera dudando si tomarme en serio. No parecía un idiota cualquiera. Al menos, no lo creía.

—Está bien, amigo —dijo sonriendo. —¡Lárgate de aquí!

Encendí el motor, puse la marcha y arranqué cerca de la acera, asegurándome de rozarle la rodilla al otro. Se apartó de un salto y me dio un manotazo.

Fue arriesgado entrar con tanta fuerza como lo hice, pero quería evaluar la reacción del pelirrojo. No se echó atrás, lo que me indicó que algo estaba pasando allí. La pregunta era ¿trabajaban estos tipos para Thanos? ¿O para alguien más?

Me picaba el dedo por llamar a Brandon para pedirle respuestas. Pero me resistí.

Miré por el retrovisor. Los tres hombres estaban apiñados, caminando hacia la entrada del edificio. Me fulminaron con la mirada. El pelirrojo estaba hablando por teléfono. Supuse que estaría hablando con el jefe o con otro de sus hombres apostados más adelante. Centré mi atención en las intersecciones y callejones, atento a si alguien me seguía.

Una vez lo suficientemente lejos de la vista, giré a la derecha, luego a la izquierda y seguí hacia la I-90. Era hora de visitar a un viejo amigo.

CAPÍTULO 6

Conocí a Shane Carrington en octubre del 98. Era un ranger de carrera del ejército que había entrado en el programa patrocinado por la CIA, después de un incidente con su comandante que lo llevó a querer procesarlo. Por suerte para Shane, alguien de alto rango en el Pentágono reconoció todo lo que Shane había hecho por su país, y vio que el incidente no era más que un viejo excéntrico ejerciendo su poder. Finalmente, lo recomendó para nuestro programa. Se unió a Oso y a mí en Europa del Este, y trabajamos juntos hasta el 11-S. Shane se jubiló uno o dos meses después y empezó a trabajar para una empresa de seguridad, que no era más que una tapadera para una operación encubierta dirigida por un viejo loco, que por poco no fue a la cárcel. Shane y yo perdimos el contacto durante un par de años, y luego volvimos a conectar en el 2004. Esta dinámica continuó durante la siguiente media década.

Pasé por delante de su casa, me detuve en la acera y bajé de un salto. La casita no tendría más de trescientos metros cuadrados. Encajaba con el resto del vecindario. Revestimiento gris claro, persianas blancas, puerta roja. El césped era marrón, como el de todos, pero parecía cuidado con esmero durante la temporada de crecimiento. Un Honda Accord descansaba plácidamente en el corto camino de entrada.

La puerta principal se abrió y salió un tipo al que no había visto en años. Me detuve en la pasarela e intenté disimular mi sorpresa.

—¿Qué? ¿Nunca has visto a un tipo sin piernas caminando? —Se levantó la bata con el bastón y dejó al descubierto dos piernas de metal antes de dar un par de pasos torpes hasta el borde del porche.

Había trabajado tres meses en la empresa de seguridad antes de ser enviado a Afganistán. Iban por delante de todos los demás, incluso de mi unidad, perteneciente a la División de Actividades Especiales, con miembros asignados antes de finales de septiembre. El equipo de Shane seguía una pista en las escarpadas montañas, cuando el hombre a su lado pisó un artefacto explosivo improvisado de dos décadas de antigüedad. Una reliquia de la guerra afgano-soviética. El hombre que descubrió el explosivo fue partido por la mitad y murió en un abrir y cerrar de ojos. Shane recibió una paliza brutal y acabó perdiendo ambas piernas, una a mitad del muslo y la otra cerca de la rodilla.

—Bueno, ¿entras? —Abrió la puerta mosquitera con el codo.

Me sacudí la sorpresa, me acerqué a él y le estreché la mano.

—Me alegro de verte, Shane.

—Igualmente. —Su acento de Chicago, entrecortado, se había intensificado desde que regresó a casa. —Y me alegra ver que sigo siendo el más guapo de los dos.

—Ahora recuerdo claramente que aquellas tres mujeres en Filipinas decían lo contrario.

—Jack, no me atreví a decírtelo entonces, pero esas no eran mujeres. —Sonrió y luego señaló la puerta con la barbilla. Su sonrisa se desvaneció mientras sus ojos miraban de un lado a otro, estudiando la calle. —Entremos.

—¿Todo bien?

—Sí, es que me da un poco de miedo cuando aparece alguien de antes. ¿Entiendes?

Había tenido esa misma experiencia varias veces. Parecía que por cada viejo amigo que volvía a mi vida, había otro esperando en las sombras, listo para cortarme la cabeza. Tipos como Shane y yo habíamos visto y hecho mucho más. Cosas que habían sido redactadas y tachadas con rotulador negro, o incluso destrozadas y quemadas. Solo un puñado de personas en el Pentágono tenían

acceso a la verdad hacía diez años. Al menos la mitad estaban muertos, y no todos por causas naturales. Intenté no darle vueltas a lo que podría haber ocurrido en las horas transcurridas desde que contacté con Shane. Pasaron muchos años desde que ese momento de mi vida me había traído problemas.

—No tienes que preocuparte por mí —dije. —No mantengo contacto con nadie de aquella época.

Sacó una botella de Wild Turkey del armario y puso dos vasos en la encimera. —¿Ni siquiera Oso?

Se refería al tipo que había estado a mi lado desde que éramos unos sabelotodo de dieciocho años en el entrenamiento de reclutas. El grandulón y yo, habíamos tenido un comienzo difícil pero, enseguida nos hicimos mejores amigos. Cuando decíamos que nos cubríamos las espaldas, no era una metáfora. Era el único tipo, que conocía, que recibiría una bala, un hacha, un machete o un tren a toda velocidad, por mí. Y yo haría lo mismo por él.

—Oso y yo todavía trabajamos juntos —dije.

—Simplemente no en este trabajo. —Deslizó la botella y un vaso hacia mí.

Serví un par de onzas de whisky. —¿Buscas detalles?

Se encogió de hombros. —No sé. Supongo que busco algo de emoción. Se vuelve aburrido estar sentado frente a una computadora escribiendo códigos todo el día. No me malinterpretes, la paga es buena. Sobre todo, con el dinero que me dio el gobierno para que me callara. —Golpeó su bastón contra su prótesis. —O sea, fui Ranger durante años antes de entrar al programa. Pasé dos años allí contigo. Incluso después de volarme las piernas, habría ido a Bagdad en silla de ruedas, si me hubieran dejado.

—Sé que extrañas la acción.

Miró fijamente su vaso y asintió, levantando la barbilla del pecho. —No tienes ni idea, hombre.

Solo podía imaginarme cómo se sentía. Había recibido bastantes golpes a lo largo de los años, que a veces me dejaban fuera de combate uno o dos meses. Y en esos momentos me volvía loco. No estaba en mi naturaleza quedarme quieto. Desde luego que no podía estar todo el día mirando una computadora, encerrado en un

cubículo de oficina. Acabaría siendo uno de esos tipos que entran y disparan porque quitaron el rollo de atún del menú de la cafetería.

—Supongo que yo también lo haría —dije.

—Claro que sí. —Se bebió el trago y exhaló con fuerza, apretando los dientes para evitar el ardor del alcohol que le resbalaba por la garganta. —Ya basta de hablar. ¿Qué necesitas?

—Dos revólveres, uno grande y uno compacto, un cuchillo y un rifle de asalto, si tienes. Un par de fundas. Munición extra.

Se giró y echó a andar hacia el pasillo. —Sígueme.

Al final del pasillo había una puerta con un cerrojo con teclado. Marcó el código, empujó la puerta y me dejó solo para recoger lo que necesitaba. Tenía una buena selección. Me tomé mi tiempo buscando en su armería. Como arma principal, elegí una H&K VP70. La pistola semiautomática de tamaño normal podía disparar una ráfaga de tres disparos. Una Springfield XD-S .45 subcompacta era perfecta para mí, ya que era la misma arma que llevaba en Nueva York. Un rifle desmontable .308, hecho a medida, que se desmontaba en cinco partes y cabía en una pequeña bolsa de lona negra. Finalmente, tomé un cuchillo de supervivencia de 12,7 cm con empuñadura de cuero y funda para el tobillo.

—¿Encontraste todo lo que necesitas?

Miré por encima del hombro y vi a Shane en la puerta, sentado en su silla de ruedas.

—Sí, gracias. Como siempre, cumpliste con creces.

Revisó mis selecciones y asintió. —Parece que te vas a divertir, ¿eh? ¿Voy a ver esto en las noticias de la noche?

—No si hago bien mi trabajo.

—Tengo envidia. Lo sabes, ¿verdad?

—Bueno, como dijiste, tú eres el guapo. Debo tener algo, ¿no?

Las mejillas de Shane se sonrojaron y su rostro se arrugó al reír. —Te extraño, amigo. Ojalá pasaras más tiempo aquí.

Miré hacia la ventana y contemplé el paisaje desolado del exterior. El viento azotaba los arbustos y las ramas de los árboles. —Ni hablar. Hace demasiado frío aquí fuera.

—Es el lago. El viento sopla con fuerza y hace que parezca cinco grados más frío de lo que realmente está.

Metí una funda de hombro y el HK en la bolsa con el .308, y aseguré el .45 en una funda en mi cadera derecha.

—¿Vas a irte? —preguntó.

Asentí.

—¿Qué tal una copa más? —dijo.

—Creo que puedo.

Regresamos a la cocina y serví una buena dosis en cada vaso. Brindamos por los viejos tiempos y las mujeres fáciles de Dubái, y cada uno dio un trago. Sentí que el alcohol me quitaba el frío y pensé en quedarme un rato más. Me sentaría tan bien como a Shane. Se recostó en su silla y sonrió.

—Esto está bueno. De verdad...

Alguien golpeó la puerta principal y su sonrisa se desvaneció.

CAPÍTULO 7

Una tenue luz atravesaba el polvo flotante, proyectando un largo haz sobre el suelo. Una sombra se movió sobre ella y los golpes en la puerta se reanudaron.

—¿Esperabas a alguien? —pregunté.

—Te iba a preguntar lo mismo —dijo Shane. Dio una vuelta hacia el vestíbulo y se detuvo.

—Nadie sabe que estoy aquí. Viajo con un alias tan estricto que es impecable.

Shane avanzó unos metros más y se detuvo junto a un jarrón alto, cerca de la esquina. Metió el brazo en el jarrón, hasta el hombro, y un momento después, sacó un revólver con un cañón de quince centímetros. Me indicó que me perdiera de vista antes de desaparecer en el vestíbulo.

Los golpes continuaban, fuertes y contundentes, como un policía aporreando una puerta. Dudé si me habían seguido desde la oficina de Thanos. ¿Me habría distraído el pelirrojo, lo suficiente como para que el tipo que me bloqueó la salida, parado frente al coche de alquiler, hubiera logrado colocar un rastreador en el vehículo? ¿Había subestimado por completo con quién estaba tratando?

—¡Dios mío, Lexi! —dijo Shane. La puerta crujió al abrirla. —Me diste un susto de muerte.

—¿Te asustaste? —preguntó. —Tardaste tanto en abrir la puerta que pensé que tendría que derribarla.

Ella tenía el mismo acento que Shane.

Salió de la abertura con una sonrisa en el rostro y el revólver reposando en su regazo Parecía relajado y tranquilo.. Una sombra larga y delgada se extendía más allá de la suya en el suelo y, un momento después, apareció Lexi. Su mirada recorrió la habitación de izquierda a derecha, deteniéndose en mí. Sus ojos oscuros hacían juego con las raíces de su cabello teñido. Tenía la tez pálida, pero ¿acaso no era así para la mayoría de la gente en esta época del año?

—¿Quién carajo es éste? —preguntó, concentrándose en mí.

—Llamas a la puerta como un policía —dije.

Shane se rió entre dientes.

—No soy policía —dijo.

—Qué bueno —dije.

—Soy algo peor. —Sonrió mientras se quitaba el abrigo negro y dejaba al descubierto una Glock enfundada. —FBI.

Miré a Shane y me encogí de hombros como si quisiera decirle lo que pasaba.

—No te preocupes —dijo Lexi. —No tengo ningún interés en delatar a mi primo. Así que, sea lo que sea que estén tramando, no me dejen verlo y estaremos bien.

—¿Primo? —dije.

—¿No ves el parecido? —preguntó ella.

—Bueno, solo por lo guapo que siempre dice que es, esperaba que sus parientes fueran un poco más…

—¿Feos? —sonrió ella.

—Lexi definitivamente se llevó todos los atributos —dijo Shane.

—Entonces, ¿finalmente estás admitiendo que soy el más guapo? —dije.

—No te hagas ilusiones —dijo Lexi. —Ninguno de las dos es tan guapo. —Dejó caer el abrigo, cubriéndose el arma. Cruzó los brazos y entrecerró los ojos mientras me miraba. —¿De qué se conocen? Me suenas, pero no pareces de por aquí.

—Militar —dije.

—¿Ranger? —preguntó ella.

—No, más adelante en su carrera. —Me preguntaba cuánto sabía sobre la época de Shane después de los Rangers. Considerando su trabajo, quizá no se sintiera cómodo confiando en ella.

Ella asintió levemente. —¿Un oficinista?

—Sí, se podría decir eso.

—¿Qué te trae a Chicago?

—Iba de camino a Los Ángeles, pero mi vuelo de salida de Nueva York se retrasó. Perdí la conexión. Así que reservé un vuelo directo para mañana por la mañana y pensé en ir a ver a mi viejo amigo.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —preguntó.

—No lo hice.

Esperó un momento, arqueando las cejas. —¿Me lo vas a decir?

—Esperaba que me registraras para quitarme la billetera.

—Sigue soñando, oficinista.

Dejé de sonreír y le di mi alias. —Jonah Lamb.

Su mirada se dirigió a Shane, quizá buscando alguna señal en su rostro de que había mentido. Pasó un momento. —En fin, ¿te importaría si tengo un par de minutos a solas con mi primo? Necesito comentarle algo.

Salí al porche y saqué un cigarrillo. El frío no colaboraba mucho con el encendedor, que apenas generaba más que una chispa. Partí el cigarrillo por la mitad y lo tiré entre los arbustos. Había dejado de fumar hacía poco, pero aún necesitaba un chute de nicotina de vez en cuando. Tendría que esperar.

El coche de Lexi estaba aparcado en la entrada. No me cabía duda de que habría comprobado mis matrículas y llamado a la agencia de alquiler para saber mi nombre. Probablemente alguien estaba investigando mi alias en ese momento para recabar información sobre mí. Sabía qué resultados obtendría. Nada importante. Demostraría que era un marine, pero los archivos serían inaccesibles. Dependiendo de lo que supiera de Shane, aceptaría las cosas como estaban o indagaría más. Me daba igual, siempre y cuando no se interesara más por mí.

La puerta se abrió, Lexi salió y me extendió la mano. —Fue un placer conocerlo, señor Lamb. Shane agradece mucho que sus viejos amigos pasen por aquí. Parece que no ocurre con frecuencia. Supongo que puede imaginarse lo difícil que es involucrarse con la comunidad en su condición actual. No se considera discapacitado ni busca el apoyo de otros con problemas similares.

—Ya lo veo. Sé que me sentiría así.

—Si sigues en contacto con alguno de los demás... —Hizo una pausa. —Si queda alguien más, diles que lo llamen. Le gustaría.

—Lo haré. —Acerqué su mano a mí. —¿Por qué no tomamos algo luego?

—Ni una posibilidad.

Me encogí de hombros. —Quizás en otro momento, entonces.

—No es probable —dijo ella, levantando rápidamente las cejas y sonriendo.

—No tengo tu nombre completo.

Me soltó la mano y me empujó para seguir camino a su coche. La observé, casi admitiendo que pudiera ser un problema, casi emocionado por la misma perspectiva. Me sentí atraído por ella y quise encontrarme con ella de nuevo.

—Te pondría el mundo patas arriba. —Shane se acercó a mí en su silla de ruedas. —Y su apellido es igual que el mío.

Lexi Carrington.

—¿Crees que descubrirá quién soy? —pregunté.

—¿Sería un problema para ti si lo hiciera?

Lexi condujo marcha atrás por la entrada hasta la calle. Se puso frente a nosotros, nos saludó con la mano y se marchó.

—No lo sé —dije. —Probablemente sí, en algunos aspectos. Quizá no en otros.

—Sigues pensando con la polla. Me alegra ver que algunas cosas no cambian. —Se rio. —Vuelve adentro. Terminemos esas copas.

CAPÍTULO 8

Me mantuve escondido durante las siguientes treinta y seis horas. El plan era esperar casi una semana, dejar que el encuentro frente a la oficina de Thanos se olvidara, y luego terminar el trabajo. Una habitación de motel barata cerca de la frontera con Wisconsin aceptaba efectivo. Pagué tres días por adelantado. Así me mantuve fuera de la vista y del radar. Dormí, leí y pensé en la vida de Shane desde su lesión. Pasé demasiado tiempo pensando en su prima Lexi. Lo último que necesitaba era involucrarme con un agente del FBI.

Un pequeño restaurante, al otro lado de la calle, ofrecía desayuno, almuerzo y cena, además de mucho café barato. La fachada y los laterales tenían ventanales que iban del suelo al techo, con vistas desde el aparcamiento hasta el motel. Las camareras no charlaban de trivialidades, y los clientes habituales me dejaban en paz. Era el tipo de sitio donde podía pedir una comida, tan grasienta y salada, que podría estar hecha con animales atropellados y nunca lo sabría.

Las cortinas de la habitación del motel bloqueaban bastante la luz del sol. Dormí bien, desperté a las nueve y me dirigí al restaurante a desayunar. La misma mesa de la esquina, desde donde podía ver la puerta, estaba disponible. Me deslicé y observé a la gente desayunando. Había algunas caras nuevas, pero ninguna representaba una amenaza.

Mi habitación estaba en el centro del segundo piso del motel en forma de U. La señora de la limpieza salió de la habitación contigua

a la mía, con su largo cabello negro recogido en una coleta alta. Agachó la cabeza para mirar su teléfono antes de llamar a mi puerta. Tras unos instantes, empujó la puerta, se giró y tiró el cigarrillo por encima de la barandilla antes de entrar. Cortés. La puerta estaba abierta, y hacia adentro, la habitación se veía oscura, como la entrada a una cueva de osos.

La camarera me puso un plato lleno de huevos y tocino delante, y regresó, segundos después, con una jarra de café. Era lo mismo que había comido el día anterior, sin la jarra. Supongo que estaba harta de ir y venir por café. No bromeaba cuando dijo que lo bebía como agua. Le puse una capa extra de sal y pimienta a los huevos y me lancé. Era el tipo de plato que me llenaba de energía todo el día. A la Asociación Americana del Corazón no le gustaba, pero viviría menos tiempo que la mayoría. Mejor disfrutar.

Terminé mi comida y me quedé sentado mientras esperaba a que la señora de la limpieza terminara mi habitación. Cuando se fue, pagué la cuenta y volví al otro lado de la calle, parando en la oficina para extender mi estancia un día más. La señora de la limpieza estaba de pie cerca de la escalera, fumando otro cigarrillo. Sonrió y me habló en español, preguntándome algo sobre mi día. Asentí, sin decir nada. Recorrí con la mirada el pasillo que pasaba junto a mi habitación y luego bajé la vista al aparcamiento. Un coche nuevo, un sedan Mercury de cuatro puertas, había llegado mientras estaba en la oficina. Dos figuras sombreadas ocupaban los asientos delanteros. No pude distinguir si eran hombres o mujeres, pero ambos cuerpos eran grandes. Sus brazos prácticamente se rozaban. El humo del escape se elevaba en el aire frío. Quizás estaban allí para recoger a alguien.

O, tal vez, habían seguido una pista y me estaban esperando.

Bajé la cabeza y me dirigí a la habitación. Una vez dentro, aparté las cortinas un poco, con el pulgar y el índice, y volví a mirar el aparcamiento. Mi vista se había reducido a la mitad. El coche estaba allí, pero no podía ver el parabrisas. Habían apagado el motor. ¿Prolongarían su estancia?

El .45 que llevaba en la cadera no me ofrecía mucha comodidad. Cinco balas no eran lo baastante fiables en una situación de dos

contra uno. Tomé la VP70 y la puse en modo monotiro. Por un momento, me pregunté si debería haber traído una tercera arma.

¿Era posible que mi ubicación estuviera comprometida? La únicas manera en que podrían haberme rastreado hasta el motel, era que mi identificación hubiera sido comprometida. O, quizá, habían logrado poner un rastreador en mi coche mientras el pelirrojo se hacía el duro. Lexi me había sacado el alias, y no me cabía duda de que lo había buscado en las bases de datos. Pero, Jonah Lamb, estaba completamente limpio. Nadie sabía de él fuera de un círculo reducido. Y no eran el tipo de gente que aparecería en Illinois, en un Mercury, para vigilar una habitación de motel.

Había una remota posibilidad de que alguien en el restaurante me reconociera. Pero nadie me resultó familiar, y no vi esa chispa de reconocimiento en los ojos de alguien cuando me miraron. Ninguna persona se levantó ni salió del lugar brusca o frenéticamente, como hubieran reaccionado si me *conocieran*.

—Tranquilízate, Jack —murmuré. —Son un par de tipos que pasan por aquí camino a Kalamazoo, Michigan, o algún otro sitio.

Fui al baño, puse el VP70 sobre el tocador y me llené las palmas de las manos con agua fría. Me la eché en la cara. Mi ritmo cardíaco bajó. Mis abdominales, pecho y hombros se relajaron. Observé mi reflejo empapado y el agua que goteaba de mi cara.

¿Cómo había llegado hasta aquí?

Era uno de esos pensamientos existenciales que surgen de la nada, a menudo, en el momento menos indicado, o cuando te despiertas a las dos de la mañana y es fácil volver a caer en el sueño y olvidar. Pero eso no estaba sucediendo ahora. La pregunta parecía grabarse a fuego en mi conciencia. No quería darle vueltas. No podía permitírmelo, no con un trabajo en marcha. No era el momento de cuestionar mi vida ni mis decisiones profesionales.

Un golpe seco en la puerta hizo que centrara mis pensamientos. Me sequé la cara, agarré el HK y me deslicé por la habitación hacia la ventana. No descorrí las cortinas. Sería demasiado obvio. En cambio, pegué la oreja a la pared y esperé. Pasaron doce segundos. No oí nada. La luz que se filtraba por la puerta se dividía en tres secciones; las sombras indicaban que alguien estaba en el pasillo.

Tres golpes fuertes resonaron en la pared. Aparté la cabeza y apunté a la puerta con la pistola.

—Señor, ¿está usted ahí?

CAPÍTULO 9

—Señor, por favor, lo vi entrar. —Hizo una pausa. —Dejé mis cigarrillos ahí.

Miré por la mirilla y vi a la señora de la limpieza buscanso en su delantal y sacando una llave. Me metí la pistola en la cintura y la cubrí con mi camiseta.

—Espera un segundo —dije, mirando hacia atrás para ver si encontraba sus cigarrillos. No los veía, así que abrí la puerta.

—Lo siento. —Mantuvo la mirada firme al pasar. Tenía los ojos muy abiertos y húmedos, como si hubiera estado llorando.

Saqué la cabeza por la puerta abierta y miré a ambos lados. Vacío. Cerrando la puerta, me giré y la vi entrar al baño. —¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza. —Solo busco mis cigarrillos. Creo que los dejé en el baño.

—Estaba justo en…

El sonido de una escopeta de corredera paraliza a cualquiera, incluso si solo ha escuchado el cargador exagerado que usan en las películas. Un escalofrío me recorrió la espalda. Dos sombras se extendían por el suelo. Esto no era un robo ni un encuentro casual. ¿Con quién demonios estaba tratando? Lo primero que pensé fue que los matones de Thanos me habían encontrado. ¿Pero cómo? ¿Casualidad? ¿Alguien pasó por el motel y vio mi coche alquilado? Ni hablar.

La señora de la limpieza se asomó desde el baño. Le temblaban los labios y las lágrimas le corrían por las mejillas. Los hombres la habían obligado, a punta de pistola, a entrar en la habitación. Pero fueron lo suficientemente listos como para mantenerse ocultos. Podrían haberle quitado las llaves, pero entonces los oiría venir y tendría tiempo de prepararme. Habían jugado bien. Y ahora la mujer temía por su vida. Había visto a los hombres, los había visto cometer un delito.

— Saca la cartera del pantalón y luego no te muevas más, imbécil. —Su acento neutro no me dio ninguna pista de dónde era, solo que no se había criado en Chicago.

La señora de la limpieza apartó la mirada y empezó a llorar. Probablemente, uno de ellos le había apuntado con un arma. Necesitaba meterse en la bañera y acostarse, con la esperanza de que se olvidaran de ella. Pero no podía decirle eso. La pobre estaba a punto de convertirse en una estadística.

Saqué mi billetera, con cuidado de no revelar mi Springfield oculta. No podía hacer nada con la VP70 que llevaba en la cadera. Si estos tipos hubieran tenido algo de entrenamiento, ya la habrían visto.

—Buen chico —dijo el tipo. —Ahora tírala por aquí.

Necesitaba hacer un movimiento, pero no me estaban dando mucho con qué trabajar.

—No hay nada que valga la pena ver ahí —dije.

—¿Quién eres tú para decirnos eso? —dijo el tipo agitando su pistola. —Ahora tírala o te disparo.

—Si me dispararas, ya estaría hecho un lío. —Bajé el brazo, apretando la cartera contra mi cuerpo. —Así que, si quieres esto, más vale que vengas a buscarlo.

—¡Por favor, señor! —gritó la señora de la limpieza. —Haga lo que dicen. No quiero morir.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó durante los siguientes segundos. Me preparé para el impacto, ya fuera de una bala o un puñetazo. A mi espalda, la sombra del tipo se acortó contral el suelo mientras avanzaba. Sus pasos eran lentos y pausados. Escuché cómo accionó la corredera de su pistola. Incliné la cabeza,

ligeramente, a la derecha, para calcular su distancia con el rabillo del ojo. El tipo, fue lo suficientemente astuto, como para mantenerse fuera de mi alcance. Si se hubiera acercado demasiado, o me hubiera rozado la cabeza con el arma, como en las películas, habría sido fácil desarmarlo y usarlo como escudo humano contra su compañero.

—Solo queremos saber quién eres y qué haces aquí —dijo. —Podemos hacerlo aquí o llevarte a un lugar especial.

De cualquier manera, el resultado seguiría siendo el mismo. Me matarían. Al menos, obligarlos a llevarme con ellos, me daría la oportunidad de pillarlos en un desliz.

—Entonces, ¿qué prefieres? —preguntó.

Antes de que pudiera responder, su compañero exclamó.

—¡Mierda!

—¿Qué? —dijo el chico detrás de mí.

—Policías —dijo el otro tipo.

La señora de la limpieza miró hacia la puerta; luces estroboscópicas azules rebotaban en el techo y le daban en la cara. Desvió la mirada hacia mí un instante, como preguntándome si debía salir corriendo.. Asentí, animándola a hacerlo. Apretó los labios, salió del baño a toda prisa y se dirigió a la puerta, con la aparente intención de embestir al tipo de la escopeta.

Esta era mi oportunidad. No me habían quitado mi VP70. Tiré la cartera al suelo y giré a la derecha mientras sacaba la pistola del cinturón. El hombre detrás de mí estaba a un metro de distancia. Me abalancé hacia él, con el brazo azotándolo y la mano agarrando el cañón de su pistola. Le clavé la culata en la laringe.

El tipo echó la cabeza hacia atrás, bruscamente, al dejar caer su arma y levantar las manos, demasiado tarde, para protegerse la garganta. Un grito gutural y ahogado escapó de su boca abierta. Se rodeó el cuello con las manos, tirando de su camisa, como si eso le permitiera respirar de nuevo. Se retorcía en el suelo con su rostro enrojecido. En unos instantes, recuperaría la capacidad de respirar. Pero supe en ese instante que pensó que se moría.

Saqué la .45 de detrás de mi espalda y apunté al tipo de la escopeta, quien blandió el arma como un bate de béisbol,

clavándosela en el estómago. Su torso se dobló hacia adelante, mientras su trasero se echaba hacia atrás. Parecía un paracaídas suspendido en el aire un instante antes de estrellarse contra el suelo.

El tipo levantó el cañón de su arma, cargando una nueva bala en el camino. Antes de que pudiera apuntar, me lancé por la habitación y me interpuse entre él y el arma, rodeándola con mi brazo izquierdo para arrebatarle el control. Le golpeé la mejilla con la pistola tres veces. Cayó de rodillas. Le arranqué la escopeta de la mano débil y le di con la culata en la nariz. Le registré los bolsillos, le quité el móvil y lo arrastré al baño, dejando un reguero de sangre.

El hombre con la laringe aplastada había dejado de luchar. Con el rostro azul, yacía casi inmóvil en el suelo, respirando, entrecortadamente, como un pez fuera del agua. Tenía los ojos desorbitados, inyectados en sangre, mirando al techo. Revisé sus bolsillos y saqué dos cargadores extra para su pistola y un clip para billetes, que solo contenía efectivo. Me guardé el dinero, las balas y le quité la pistola. Ninguno de los dos llevaba identificación. Fue intencional, por si acaso resultaba ser quien temían.

La señora de la limpieza parecía a punto de estallar. Me acerqué y le puse la mano sobre el diafragma.

—Tranquila —dije. —Tienes que relajarte para que entre el aire.

Tenía los ojos muy abiertos, fijos en los míos. Tardó un momento en calmarse. Después, se atragantó con el aire que entraba a sus pulmones. La ayudé a sentarse contra la pared, cerca de la puerta.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—No lo sé, señor. —Su voz era grave y se frotaba el cuello. —Se me acercaron en el pasillo y me obligaron a venir a su habitación.

—¿Mi habitación específicamente?

Se acunó el vientre con ambos brazos. —Sí. Su habitación. Me enseñaron una foto suya y todo.

—¿Una foto? —Revisé a ambos hombres y no encontré ninguna. Quizás la habían tirado afuera.

Las sirenas se acercaron tanto que el sonido resonó en la habitación. La única salida era por la ventana trasera, y eso implicaba una caída de nueve metros a una pendiente pronunciada,

al menos, tres veces más larga. Las posibilidades de salir ileso eran escasas. Podía arriesgarme con la policía. Mi alias estaba limpio. Si no me dejaban ir, tenía otras formas de que me pusieran en libertad.

Tomé una foto de cada uno con mi teléfono. Tan pronto como las sirenas alcanzaron su máximo auge, empezaron a apagarse. Un momento después, la sirena de una ambulancia superó a la de la policía. Descorrí las cortinas y vi una fila de vehículos de emergencia pasando por la calle frente al motel.

—Mira eso —murmuré. Esos cabrones me habían salvado la vida. Le ofrecí la mano a la señora de la limpieza. —¿Está bien?

—Sí, gracias. —Se puso de pie y se dirigió arrastrando los pies hacia la puerta.

Desmonté la escopeta, guardé las balas en el bolsillo y la tiré por encima de la barandilla. —Sígame fuera de la habitación, espere a que salga del estacionamiento y luego llame a la policía. No les diga nada sobre mí, ¿de acuerdo? Nada sobre mi estancia, y, definitivamente, no les dé una descripción mía. ¿Entendido?

Ella asintió.

Salí de la habitación. Había cinco personas allí, mirándome. Se quedaron boquiabiertas al ver mi camisa ensangrentada. Por suerte, tenía una muda de ropa en el baúl. Me dirigí hacia las escaleras y salí de la habitación.

—¡Señor, espere!

CAPÍTULO 10

Regresé corriendo al umbral, con la adrenalina corriendo por mis venas. Esperaba ver que uno de los hombres me había engañado y estaba atacando a la señora de la limpieza. Al llegar a la habitación, la vi de pie frente a la cama, sosteniendo mi billetera.

—Olvida esto.

No podía creer mi descuido. Si la policía lo hubiera encontrado, la búsqueda habría comenzado. Estaba a mil doscientos kilómetros de casa y con pocos contactos que me ayudaran. Ni siquiera podía contar con la ayuda del Viejo. Chicago no era su territorio. Cada socio que tenía fuera de su organización era tan enemigo como amigo. Siempre estaba Frank Skinner, del SIS, pero llevábamos un tiempo en una situación difícil. Había rechazado todos los trabajos que me había ofrecido en los últimos dos años. Sabía que lo haría cada vez que me contactara. No tenía ni idea de por qué seguía buscándome.

La señora de la limpieza sacó su celular y marcó el 911 con su dedo flotando sobre la opción de enviar. Señaló con la cabeza al pequeño grupo que nos observaba. —Debería irse ya. Hay testigos.

Eché un vistazo rápido a la multitud reunida. Una prostituta, un alcohólico de mediana edad y tres drogadictos. La policía no les daría mucha importancia. Y como el motel aceptaba efectivo, me registré con el nombre más básico: John Smith. La señora de la limpieza tampoco sabía quién era.

—Asegúrate de describirme como alguien mayor y calvo.

—Y no es blanco —dijo, con lágrimas en los ojos. —Entendido. Gracias por salvarme. Tenía mucho miedo de no llegar a casa con mi bebé.

Bajé corriendo las escaleras hacia el coche. Para cuando llegué, la señora de la limpieza tenía el móvil pegado a la oreja. No tardaría en desviar al motel algunas de esas patrullas que habían pasado a toda velocidad hacía unos minutos.

La situación era mala. Salir con prisas significaba marcharme sin borrar las pruebas de mi estancia. Aunque mis huellas estaban por toda la habitación. había al menos otras veinte huellas. La limpieza no era precisamente un estándar en el lugar, por lo que eso no representaba un problema. Pero si alguien comparaba mi cara con unas huellas, se desataría una cadena de acontecimientos que empezaría y terminaría en el Pentágono, aunque en diferentes secciones. Ultimamente, tenía muchos más enemigos en el edificio que gente dispuesta a arriesgarse para ayudarme. Involucrarlos no era una situación con la que quisiera lidiar.

Me alejé del motel. El incidente había acortado mi tiempo en Chicago. El trabajo tenía que terminar pronto. Aunque no podía garantizar que los hombres que encontré en el motel fueran hombres de Thanos, tenía que considerar la posibilidad. La pura suerte los había traído hasta mí. Un descuido por mi parte. Debería haberme deshecho del auto de alquiler y haberme conseguido uno nuevo. No importa lo grande o pequeña que sea la zona. Si te das la oportunidad de que te descubran, lo harán. O, quizás no eran hombres de Thanos. Quizás Charles o el Viejo me hicieron seguir y decidieron eliminarme. En ese caso, ¿era el trabajo una estratagema para ponerme en una posición? No veía razón para que el Viejo urdiera un plan tan elaborado para borrarme. Podría encerrarme en su calabozo y dejar que el tiempo siguiera su curso si quería. Charles, sin embargo… Bueno, no había ningún cariño entre nosotros.

Bajé las ventanillas y dejé que el aire gélido me bañara. Mi sudor se secó y congeló. Sentía el cuero cabelludo helado. Apenas había recorrido medio kilómetro y la paranoia ya me dominaba. Si no

controlaba la situación, me sumiría en una profunda incertidumbre con cada movimiento que siguiera.

Recorrí la autopista unos kilómetros, luego salí y encontré un tranquilo barrio residencial. Serpenteando por las calles de casas de dos pisos, con patios cuadrados, empecé a sentirme seguro. Encontré una calle sin salida, di la vuelta a la rotonda y me detuve junto a la acera, entre dos casas con entradas vacías. Eso no significaba que no hubiera nadie en casa. Parecía el tipo de lugar donde la gente cuidaba sus coches y los aparcaba en el garaje.

Mi corazón se había calmado, había dejado de sudar y volvía a respirar con normalidad. Tenía que olvidarme de lo ocurrido en el motel, al menos por ahora. Tenía que concentrar cada pensamiento y cada gramo de energía en eliminar a Thanos. La oficina estaba, obviamente, fuera de mi alcance; había demasiadas fuerzas de seguridad allí. La siguiente parada, sería su casa.

Necesitaba un coche nuevo. Conducir el que habían visto en el edificio de oficinas era imposible. Y me preguntaba si lo estarían rastreando. Lo más probable, era que la presencia de seguridad de Thanos se extendiera a su residencia, ya fueran los mismos hombres de la ciudad o un nuevo grupo.

Encontré una tienda de alquiler de coches, entré y me deshice del coche. No tenían mucha variedad, por lo que terminé alquilando un coche más pequeño, un Honda Civic LX negro. Era más espacioso de lo que esperaba y la calefacción funcionó enseguida, pero no lo usaría como arma en una persecución. La ventaja, era que nadie me había visto en él. Mientras no se hubiera comprometido la identidad de Jonah Lamb, volvía a ser un fantasma. Si me seguían o aparecía alguien de improviso, sabía que tendría un problema en Washington D. C. o Nueva York. Quizás en ambos.

Decidí que el mejor plan de ataque era vigilar la casa esa noche. Vería cuántas fuerzas de seguridad había y observaría cualquier patrón en la rutina nocturna de Thanos. Paré a comer algo y a planificar mi ruta. Con la ruta a la casa de Thanos trazada, emprendí un viaje de cuarenta y cinco minutos. Se hacía tarde. El sol alternaba entre asomarse tras la línea de árboles y brillar directamente frente al Civic. El intenso resplandor reducía la visibilidad a unos pocos

metros, y, finalmente, el sol se puso en el horizonte y, con cada segundo que pasaba, la oscuridad lo invadía.

CAPÍTULO 11

La casa de Thanos cubría 460 metros cuadrados en un terreno privado de 1.5 hectáreas, en el suburbio de Naperville. El extenso vecindario estaba compuesto por casas en terrenos similares, pero no había dos casas iguales.

Dejé el Honda al final de una calle tranquila, a un kilómetro de distancia, y seguí trotando el resto del camino, con la cabeza gacha. Pasaron algunos coches, pero nadie me prestó atención. Un tipo de treinta y tantos años, que salía a correr, no representaba nada raro.

La calle, en penumbra, ofrecía algunos lugares donde esconderse un rato. El lado de Thanos estaba bordeado por una fina capa de pinos, pero en la casa contigua a la suya, una familia cenaba frente a un gran ventanal que daba a su jardín delantero. Así que elegí una casa al otro lado de la calle. Aunque la entrada vacía y las ventanas oscuras indicaban que no había nadie, con un garaje para tres coches, no esperaba que los dueños mantuvieran sus Mercedes o BMW expuestos al crudo invierno de Chicago.

El frente de la casa tenía un perímetro de arbustos hasta la cintura, pero no había un solo lugar que me ofreciera una vista de algo diferente a la entrada al camino que conducía a la casa de Thanos.

El sol ya se había puesto hacía unas horas y las temperaturas habían bajado drásticamente. Por fortuna, camino a casa de Thanos, paré y compré ropa térmica, guantes, un gorro y calentadores de manos, pensando que me tomaría entre tres a cuatro horas para

vigilar la residencia. Pero no esperaba encontrarme con no poder ver más allá de la entrada.

Así que era hora de probar qué tan segura estaba la propiedad de Thanos.

Retrocedí unas cuantas casas, crucé la calle y entré en un pinar de la propiedad de un vecino. Allí, esperé unos minutos a ver si había alguna señal de actividad. Al cabo de un rato, no pasó nada, así que me dirigí al límite de la propiedad. Una larga hilera de setos altos separaba los dos lotes y el camino de entrada estaba a seis metros. La puerta principal, a otros seis metros. Tenía una buena vista de la entrada y el jardín delantero. Allí era donde me instalaría. Me dejé caer al suelo e hice todo lo posible por mimetizarme con el entorno de hojas amontonadas delante de mí.

La primera hora transcurrió con mínima actividad. Los sensores de movimiento, instalados en las esquinas de la casa, se iluminaron un par de veces, revelando una bola de pelo enmascarada buscando comida. Pasaban coches al azar, cada vez un vehículo diferente, probablemente conducidos por personas de traje, de camino a casa, después de una jornada de doce a catorce horas en un rascacielos de la ciudad.

¡Qué vida!

Una fuerte ráfaga de viento surgió de la nada, arrojándome hojas y escombros a la cara y filtrándose por cada resquicio de mi armadura térmica. Por un instante, pensé que los de los rascacielos quizá habían tenido razón. ¿Quién aguantaría más en la posición del otro? Dudaba que muchos pudieran sobrevivir una semana, y mucho menos un día, en mi profesión. Pero ¿cuánto tiempo podría soportar ser director ejecutivo, abogado o cualquier otro oficinista antes de meterle mi Beretta a alguien por la garganta, porque su incompetencia estaba arruinando lo que yo quería?

Hacía mucho que nadie me daba una reprimenda. No me imaginaba recibir una de un gerente de nivel medio con corbata.

Los faros me iluminaron, esta vez, demasiado tiempo. Hundí la cabeza entre los brazos un instante. Una Escalade negro giró frente a la casa de Thanos, redujo la velocidad a tres metros del garaje y se quedó allí con los faros reflejándose en las ventanas de la puerta.

Las ventanas estaban tan tintadas que no pude distinguir cuántas personas había en el vehículo, pero¿por qué esperaban allí? ¿Terminando una llamada? ¿Esperando a que saliera alguien?

Saqué un bolígrafo y una libreta y anoté la matrícula. Tenía algunos contactos que podrían darme información del vehículo, si decidía pedirla, pues seguía sin querer involucrar a nadie en este trabajo. Tenía muy poca información sobre Thanos.

La puerta principal se abrió y el pelirrojo, del edificio de oficinas, salió con una chaqueta bomber de cuero marrón. Se puso un gorro de lana, observó la zona y se giró hacia la puerta, haciendo señas a alguien para que se uniera a él. Un momento después, Thanos apareció con una chaqueta larga de lana negra, guantes negros y sin gorro. Entraron a la parte del asiento trasero de la Escalade y luego se apagaron las luces de la camioneta.

La puerta del copiloto se abrió. Un hombre salió de un salto, cerró la puerta de golpe y corrió por delante del vehículo. Lo observé mientras entraba en la casa. Unos segundos después, las ventanillas delanteras se oscurecieron y el hombre permaneció dentro. Las luces de reversa de la Escalade se encendieron e iluminaron un tramo blanco de la entrada. La camioneta salió a la calle, marcha atrás, alejándose rápidamente. Por unos instantes, el suelo a mi alrededor se iluminó como el centro de Chicago. Luego, todo se volvió negro.

Maldita sea.

Debería haber estacionado el Civic más cerca, así podría seguirlos. Aunque, por otro lado, hubiera sido una mala idea, ese coche habría llamado la atención en el elegante barrio.

Con Thanos y su guardaespaldas principal desaparecidos, decidí echar un vistazo más de cerca a la casa, a pesar de no saber cuánta gente había dentro. Opté por atravesar los setos, teniendo en cuenta los sensores de movimiento. A mitad de camino, en el lateral de la casa, había una valla de privacidad de dos metros. ¿Era para mantener a la gente fuera o adentro? Golpeé la puerta un par de veces y esperé. La falta de respuesta, ni siquiera la de un perro, me hizo sentir desconfianza. Sin embargo, pensé que un can bien entrenado no haría ningún ruido. Esperaría a que el intruso apareciera y luego se abalanzaría con la sorpresa a sus espaldas.

¿Era Thanos el tipo de hombre que tenía un perro así? Considerando que tenía tratos con el Viejo, y mucha seguridad, tuve que asumirlo. Me senté a horcajadas sobre la valla, lo suficiente como para ver el patio. Podía verlo todo excepto justo detrás de la casa. Bajé de un salto y miré por una ventana lateral. La planta principal estaba abierta, con muy pocas paredes, lo que me permitía ver claramente el otro lado de la casa. Si planeaba bien el ataque, podría eliminar a todos los chicos de la planta antes de que se enteraran.

En ese momento, solo se veía a una persona dentro. El tipo que había salido de la Escalade después de que Thanos y el pelirrojo entraran. No había esposa ni hijos, ni rastro de su existencia. Las paredes estaban vacías, salvo por un par de cuadros. No había fotos familiares. No había juguetes en el suelo. Solo un par de sillas blancas, de cuero, que parecían caras. La alfombra también era blanca. Definitivamente, no era una casa familiar. Vi un par de cuencos cromados en el suelo de la cocina, lo que representaba un problema. Necesitaría un plan para lidiar con el perro.

Bajé por la cerca hasta la esquina trasera, donde volví a subir y miré por encima. Un pastor alemán estaba sentado en la terraza trasera, mirándome fijamente. Tenía las orejas erguidas. Le silbé y ladeó la cabeza. Luego, golpeé la cerca y éste se levantó, con las patas traseras dobladas, listo para embestir.

El golpe no podría darse esta noche si Thanos regresaba, no sin matar al perro. Y eso no iba a pasar. No era culpa del animal que lo hubiera adoptado un imbécil que conocía a un montón de imbéciles, y que eso llevara a que el mayor imbécil de todos apareciera en su puerta con un par de pistolas y un rifle.

Pero no sería tan idiota como para matar a un perro.

Partí hacia el Civic con un plan medio formulado en mi cabeza.

CAPÍTULO 12

A LA MAÑANA SIGUIENTE, LLEGUÉ AL BARRIO DE THANOS JUSTO DESPUÉS DE las nueve, pensando que, para entonces, todos se habrían ido. Como mucho, habría un guardia dentro con el que sería fácil lidiar. Para el perro, cogí una caja de golosinas y recé para que funcionaran. Si no, tenía un bote de pastillas para dormir. No era lo ideal, pero estaría bien después de pasar un poco de resaca.

Aparqué una calle más allá, detrás de la casa, frente a un terreno baldío. A través de los árboles, pude ver la cerca trasera de Thanos. Aseguré la VP70 y la Springfield .45 en sus fundas. Tenía .308 en una bolsa atada a mi espalda. Me puse una gorra hasta la frente y bajé del coche con una bolsa de herramientas que dejé caer después de dejar atrás la línea de árboles.

Subí de un salto la puerta trasera, con la vista justo por encima de la valla, y exploré el patio. No había rastro del perro. Silbé. Nada. Trepé el resto del camino y me agaché en el patio trasero de Thanos. Saqué la VP70 y la apunté hacia la casa. Las puertas francesas de la terraza no se abrieron de golpe y nadie se movió tras los tenues reflejos de las nubes y los árboles en las ventanas.

Aunque dudé, por estar al descubierto a plena luz del día, me levanté y corrí hacia la terraza trasera.. No fue mi mejor idea, pero no me quedaba otra opción sin un equipo que me ayudara. Si tuviera uno, lo haríamos de otra manera. Podríamos encargarnos de la seguridad, secuestrar a Thanos y encargarnos de él en un lugar remoto. Pero, en este caso, no había posibilidad de que eso

sucediera. Tenía que atacar con fuerza y rapidez, eliminando a todos en mi camino hacia Thanos, con el gran riesgo de perderlo.

Apenas había llegado a la terraza cuando lo oí. Ese gruñido profundo del perro advirtiéndome, me dijo que tenía cinco segundos, antes de que me destrozara. Me quedé paralizado, metí la mano en el bolsillo y saqué una golosina. El pastor alemán estaba a un lado y dio dos pasos hacia mí, con el pelo erizado, enseñando los dientes. Partí la golosina en dos y le tiré la mitad. Giró la cabeza bruscamente hacia un lado y la atrapó en el aire. Tiré otra, al otro lado, y lo vi dar un bandazo y atraparla. Probablemente, habría ganado otro campeonato estatal si hubiera tenido un receptor así en la escuela.

—Buen chico —dije en voz baja y me arrodillé, mirándolo. —¿Quieres otra?

Emitió un leve gemido y ladeó la cabeza.

Bajé la pistola a un lado, mientras buscaba otra galleta, quedándome completamente indefenso por un momento. Saqué la mano del bolsillo y dije: —Ven aquí, amigo, anda —y extendí la galleta frente a mí.

Me enseñó los dientes por un segundo y sus orejas cayeron hacia atrás, planas contra su cabeza. Con su tamaño, no me cabía duda de que podría saltar desde allí y aterrizar lo suficientemente cerca como para clavarme los dientes en el cuello. Dio unos pasos más hacia adelante y yo me preparé para el impacto. Lancé la golosina a treinta centímetros de su cabeza e inmediatamente agarré otra. El perro la atrapó sin problemas en el aire.

Le tendí la galleta de nuevo. —Vas a tener que venir a quitármela, amigo. No la voy a tirar. —La sensación de que alguien me observaba desde las puertas francesas me atormentaba, pero no podía apartar la vista del perro. Destruiría cualquier confianza que me hubiera ganado, y, probablemente, atacaría sin previo aviso.

Dio unos pasos más, inseguro de mí. Gimió, gruñó, ladeó la cabeza, echó las orejas hacia atrás y luego se lanzó hacia adelante. Estaba adentro, o estaba muerto. Estiró la cabeza hacia adelante y olió la golosina. Su cara estaba a menos de medio metro de la mía y, a esa distancia, era enorme.

—Adelante, amigo. Tómalo.

Abrió la boca, lo agarró con los dientes y me lo arrancó de la mano. Ya no había nada entre este perro guardián entrenado y yo, así que busqué otro en el bolsillo y él se quedó quieto mientras esperaba.

—Siéntate.

No se movió.

Retiré un poco la golosina. —Siéntate, amigo.

Pisoteó sus patas traseras un par de veces y bajó su trasero al suelo.

—Buen chico. —Me acerqué a él, señalando el suelo con la mano. —¡Abajo!

Alternó las patas hacia afuera hasta que su pecho tocó el suelo. Seguí acercándome, moviendo la golosina por un lado de su cuerpo.

—¡Arriba!

Obedeció. Tomé la golosina en la palma de la mano y la puse delante de su boca. La tomó sin problema. Me atreví a rascarle la barriga. Parecía que lo había conquistado, así que me puse de pie de un salto.

Él hizo lo mismo, pero esta vez me miró, esperando mi siguiente orden.

Metí la mano en el bolsillo otra vez y le pedí que me siguiera a la terraza. Allí lo dejé, sentado y quieto, mientras yo revisaba las ventanas traseras. Si había un punto de vista desfavorable para la casa, era este. La cocina era enorme, con una isla larga y alta que se extendía por más de seis metros. Aunque podía ver todo el piso, solo veía la mitad superior. De la cintura al suelo, quedaba oculto.

La brisa entraba por un costado y se sentía quince grados más caliente que cuando bajé del Civic. Me tomé un momento para respirar. Armé el .308, lo cargué y lo dejé junto a la puerta trasera. El perro caminaba detrás de mí. Quité la tapa del NID del teléfono y desactivé la alarma. Luego, abrí las puertas francesas y las cerré detrás de mi. Una ola de calor me dio la bienvenida. Era como entrar en una cafetería; solo olía a azúcar y café.

En la encimera, esperaba una jarra medio llena, con vapor escurriendo por la parte superior. La luz naranja de la cafetera

indicaba que el calentador seguía encendido. Estaba a punto de tomar una taza cuando la puerta principal se abrió de golpe.

CAPÍTULO 13

Una fría brisa me acompañó. Mientras apuntaca con el .308 hacia la puerta principal, recordé lo poco que sabía de Thanos.. ¿Y si era su esposa o su hijo, si es que tenía uno?

—Thanos, ¿estás ahí?

La voz de la mujer me sonaba, pero no la reconocí. ¿Quién era? ¿Trabajaba para él? Lo llamaba por su apellido, algo que un empleado no haría.

Retrocedí un paso y busqué el pomo de la puerta francesa. Antes de que pudiera abrirla, la mujer entró corriendo, por la abertura principal, con la pistola desenfundada. Observó la habitación de izquierda a derecha y se fijó en mí.

—¿Lamb? ¿Qué demonios haces aquí?

Sorprendido al ver a Lexi, la prima de Shane, bajé el rifle unos centímetros y aparté el dedo del gatillo. —¿Visitas a un viejo amigo?

Quizás por cortesía, apartó el cañón de su arma de mí. —Sabía que había algo en ti que no me gustaba.

—Mira, puedo explicarte esto. —No del todo, pensé. —Primero tienes que decirme qué haces aquí.

—No tengo que decirte nada, ¿entiendes? —Volvió a apuntarme. —Así que date prisa y cuéntame todo antes de que te dispare y luego te arreste.

Coloqué el rifle en la isla y levanté los brazos para no parecerle una amenaza. Estaba procesando la escena y, por lo que sabía, yo trabajaba para Thanos o estaba allí para encontrarme con él.

Esperaba que no estuviera atando cabos sobre mi verdadera razón, basándose en alguna información que le habían dado. Este trabajo olía a trampa, y esta sería la manera perfecta de acabar conmigo. Evitar el proceso sería casi imposible. Pero no me había comunicado con el Viejo ni con Charles desde el día de la reunión en Nueva York. Una vez aceptado el trabajo, no tenían ninguna influencia en cómo eliminaría a Thanos, y no estaba obligado a mantenerlos al tanto. Demonios, si me lo pidieran, rechazaría el trabajo. Exigí autonomía total. Y la conseguí.

—Quiero que llames a este número. —Mientras sacaba su celular del bolsillo de su abrigo, me apuntó con la pistola. Marcó el número tal como se lo dije. —Un hombre va a contestar. Le vas a dar este código: alfa-gamma-romeo-ocho-cinco-cinco-yankee-alfa.

Ella negó con la cabeza. —¿Qué?

Repetí el código. —Hazlo, ¿vale? Descubrirás quién soy y quizá averigües qué hago aquí.

Pulsó el botón de llamar y esperó con el teléfono pegado a la oreja. Sonó la voz apagada de un hombre y ella repitió el código lenta y deliberadamente. Siguió una larga pausa. Su mirada permaneció fija en mí durante el incómodo silencio. Luego parpadeó un par de veces, miró a la derecha y bajó la pistola. Unos segundos después, colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Clave de acceso? —dijo ella.

Asentí y me aclaré la garganta. —Hombre noble.

—¿SIS?

Asentí y no dije nada.

—Eso no existe, ¿verdad? Había oído rumores, indagado sobre ellos, pero siempre se desmentía su existencia. ¿Por qué el país tendría un grupo de inteligencia tan hermético que ni siquiera el FBI lo sabría? Bueno, eso es lo que siempre me decían.

—No es realmente una agencia de inteligencia —dije.

Sus mejillas se enrojecieron y apretó los puños. —Sí, un grupo de comandos que buscan disparar primero, nunca preguntar y arruinar las operaciones de las demás agencias.

Levanté las manos. —No exactamente así.

—¿Entonces cómo es? —Dio unos pasos hacia mí, echando un vistazo a la cocina. —¿Dónde está Thanos?

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? ¡Al diablo con eso, Lamb! ¿Qué haces aquí?

—Explorando. Las actividades de Thanos despertaron sospechas en Washington D. C. Me pidieron que viniera a verlo y esperé aquí hasta que todos se fueron.

—No se supone que todos se hayan ido. Se supone que él debería estar aquí, reunido conmigo. —Se giró hacia la puerta, se detuvo y me miró. —Un momento. ¿Sabías que yo estaría aquí, que él estaría aquí? No estás aquí para recopilar información, ¿verdad? Estás aquí para eliminarlo.

—Un momento. —Apoyé la mano izquierda en el mostrador, cerca de la culata del rifle. —No estoy aquí para liquidar a nadie. No sé mucho de este tipo, solo que se ha metido con gente mala. Quizás sea un error, o quizás sea un cabrón. No es mi decisión lo que le pase al final. Pero no estoy aquí para matar a nadie.

—Es un cabrón. —Se relajó un momento. —Y es mi informante. Que él no esté aquí, y tú sí, me preocupa. Me hace pensar que alguien descubrió que ha estado trabajando conmigo.

El techo crujió. Quizás la casa se estaba asentando, pero lo dudaba.

—¿Subiste las escaleras? —preguntó.

Negué con la cabeza. —Llegué justo un momento antes de que derribaras la puerta.

—Haz algo útil. —Se lanzó hacia la escalera. —Cúbreme.

La seguí hasta la escalera, pistola en mano. Subimos y nos detuvimos en el rellano del segundo piso. Me hizo una señal para que la esperara. Dobló la esquina y despejó el pasillo. La rodeé y fui a la primera puerta. Recorrimos habitación por habitación, todas limpias, sin mucha decoración. Thanos, claramente, no estaba casado ni tenía hijos. El lugar era tan aburrido como una oficina del forense sin cadáveres.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí, el lugar está vacío.

—Deberíamos revisar el sótano.

Bajamos las escaleras y atravesamos la cocina, buscando la entrada al sótano.

—Creo que esto es…

Una fuerte erupción me desorientó. Los vidrios de la ventana explotaron en mil pedazos y la pared junto a mi cabeza estalló en una nube blanca que flotaba frente a un agujero enorme.

Me lancé hacia Lexi y la tiré al suelo.

Otro disparo de escopeta atravesó la puerta trasera, destrozando la madera y el cristal, y se estrelló contra el techo. Cayó una lluvia de yeso y siguió el fuego automático, cientos de disparos en cuestión de segundos, arrasando todo lo que llegara por encima de la cintura.

—¿Amigos tuyos? —Lexi se puso de pie de un salto, se agachó y se deslizó para salir del peligro.

La seguí. —Te iba a preguntar lo mismo.

Me sostuvo la mirada un momento y negó con la cabeza. —¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Nos abrimos paso a tiros por el patio trasero. Hay un coche aparcado detrás de la casa.

Ella ajustó la corredera de su pistola. Yo hice lo mismo con la VP70 y la pistola que le había quitado al intruso en el motel.

El asalto cesó. Estaban recargando. Me acerqué al fregadero de la cocina y vi que, el agujero irregular, donde antes había una ventana, daba al patio trasero. Revolví un armario cercano y encontré una sartén metálica brillante que parecía no haber sido usada nunca. La sostuve frente a la ventana y me sirvió de espejo, ofreciéndome una vista del exterior. Un hombre vestido de negro de pies a cabeza corría por la hierba marrón.

Salté, apunté y disparé. La bala le atravesó el muslo y cayó al suelo, perdiendo el control de su arma. Inspeccioné el patio en busca de su compañero, pero no pude localizarlo ni a él ni a ningún otro. Quizás estaban detrás de la valla, esperándonos ahora que había eliminado al primero.

—¡Jack, agáchate!

Caí al mismo tiempo que explotó una ventana lateral de la casa. La bala impactó en el refrigerador, destrozándolo y arrancando la

puerta de la bisagra superior.

—Voy a empezar a disparar —dije. —Corre por la puerta trasera.

Me levanté, apunté con ambas pistolas al lateral de la casa, desde donde habían disparado, y abrí fuego, disparando una bala cada dos segundos. El tipo desapareció de la vista. Lexi corrió hacia la puerta, agachada. Tenía el arma lista. La seguí con una pistola apuntando a la puerta principal y la otra a la amplia hilera de ventanas del lateral de la casa.

Lexi salió primero y yo esperé al borde de la terraza, mientras ella corría por el patio, pasando junto al perro que parecía herido. Ese lugar ofrecía la mejor vista. Mientras lo observaba, mi mente empezó a dar vueltas intentando comprender por qué estaba sucediendo esto. Era demasiado pronto para procesarlo todo. Eso vendría después. Teníamos que escapar primero.

Lexi me indicó desde el otro extremo del patio que me tenía cubierto. Corrí un tercio del camino, me detuve y me arrodillé junto al hombre al que había disparado. Estaba pálido y el brillo de sus ojos se desvanecía mientras manaba sangre débilmente de su arteria femoral seccionada. Balbuceó algo incoherente. Revisé sus bolsillos en busca de identificación o algo que pudiera revelar quién era. No había nada, y no había mucho tiempo que perder. Al otro lado de la casa estaba el otro atacante. Quizás más.

Tomé el arma automática y corrí hacia la valla. Una vez allí, la arrojé por encima y no me detuve. Salté, apoyé un pie contra la valla, me agarré a la parte superior con ambas manos y me lancé.

Lexi entró por la puerta un segundo después. —Por favor, dime que no te rompiste el ligamento cruzando con ese movimiento estúpido.

Me agaché a medias. —Creo que estoy bien. Aún hay tiempo de camino al coche.

—Es hora de ponerse serios. —Miró a su alrededor. Estábamos en un bosque bastante denso, como gran parte de la propiedad que rodeaba la residencia de Thanos. —Cualquiera podría estar aquí.

—No había nadie aquí hace veinte minutos, cuando llegué.

—En veinte minutos pueden pasar muchas cosas.

—No es esa la verdad.

Empecé a caminar por el bosque, pero me detuve al escuchar al perro ladrar. No podía dejarlo atrás. Salté la valla y lo vi cojeando hacia mí.

—¿Qué estás haciendo? —Me miró como si estuviera loco.

—Cúbreme. —Salí al patio y me arrodillé junto al perro. Estaba herido, con un corte bastante feo en la pata y la espalda. Lo cargué sobre mi hombro. El perro gruñó y luego gimió, como si se soltara y me dejara cargarlo. —Tienes que confiar en mí, amigo.

Trabajamos en equipo y en silencio por el bosque. Nos ayudó que parte de nuestro entrenamiento fuera universal y, otra parte, de sentido común. Llegamos al límite del bosque, a solo quince metros del Civic y de nuestra huida.

—Ahí está —dije.

—Y allí están —dijo.

Seguí su dedo extendido y vi el coche de policía al final de la calle.

CAPÍTULO 14

Nos apostamos detrás de un roble tan ancho y frondoso que, si Oso estuviera con nosotros, también estaría fuera de la vista. Esperaba que la policía no saliera. De hecho, parecía demasiado pronto para que hubieran llegado. Estábamos lo suficientemente lejos de la ciudad como para que el sonido de una escopeta no nos preocupara demasiado. Una automática, en cambio, no sería algo común. Con los vecinos a buena distancia, y siendo las nueve y media de la mañana, el tiempo entre una llamada al 911 y la llegada de la policía debería haber sido mayor.

—Esta calle no conecta con el barrio de Thanos —dije. —Por eso la elegí.

Ella asintió. —Lo sé, lo cual hace que sea más confuso que veamos esta patrulla, pero aún no oigamos ninguna sirena.

—¿Patrulla regular?

Echó un vistazo por el lateral del roble y negó con la cabeza al regresar. —Están parados delante de tu coche. Un tipo está hablando por radio, el otro le lee el VIN.

—Está bien, está bien. —Me pasé las manos por el pelo. —Acércate, diles que eres del FBI y que el vehículo es tuyo.

Lexi me ignoró. —Estoy aparcada a unos cuatrocientos metros al norte de aquí. Podemos retroceder un poco, luego atravesar el bosque, con poco tiempo en campo abierto, y podremos llegar.

No me apetecía volver hacia los hombres que intentaban acribillarnos con sus armas. —¿Por qué no les dices quién eres?

—¿Después de lo que acaba de pasar? ¿En serio? —Se recostó contra el árbol. —Estaremos liados con el papeleo el resto de la semana. No tengo tiempo para eso. Tengo que encontrar a Thanos.

—Tenemos.

Me miró fijamente después de que dije eso y vi la siguiente pregunta formándose en sus labios.

Las sirenas surcaron el aire como un halcón momentos antes de descender para atrapar a su presa. Ambos nos pusimos rígidos y preparamos nuestras armas. Me acerqué sigilosamente al árbol y vi la patrulla bajando a toda velocidad por la calle. Habían recibido la llamada, y eran los más cercanos a la escena. Temía que oyeran el caos y por eso estaban allí. Debían de haber llegado hacía poco.

—Vamos. —Lexi corrió hacia el Civic. Para cuando salí del bosque, ella ya estaba en la puerta del copiloto.

Saqué las llaves del bolsillo y abrí las puertas. Unos segundos después, tenía al perro en el asiento trasero, el coche en marcha y seguía a la patrulla.

—No, por ahí no —dijo ella.

—Sólo hay una entrada y una salida —dije.

—No, no es así. Hay un camino de tierra que conecta con otro camino de tierra que desemboca en un camino secundario.

Dejé el coche en marcha un momento. Un escalofrío me recorrió la espalda. Solía ocurrir cuando estaba a punto de entrar en un mundo lleno de odio y dolor.

—Sé lo que estás pensando, pero tienes que confiar en mí, Lamb. Pronto habrá diez patrullas y un par de detectives aquí. Bloquearán las carreteras. Incluso si hubiéramos ido en mi coche, quizá no hubiéramos logrado salir del vecindario de Thanos.

Había algo en la desesperación en su voz que me hizo sentir que podía confiar en ella.

—De acuerdo —dije. —Si mientes...

Me puso la mano en el antebrazo. —Es verdad.

Seguí sus indicaciones y tomé el primer camino de tierra. Una nube de polvo se alzaba detrás de nosotros, distorsionando el reflejo del retrovisor. Si alguien iba a acercarse, esta era su oportunidad.

El camino se adentraba en el bosque, donde se cruzaba con un sendero más pequeño, que no eran más que dos estrechas huellas de neumáticos, casi cubierto de hierba y maleza hasta la cintura. Solté el acelerador y me deslicé por el sendero. Quién sabía qué podría esconderse entre la maleza. Incluso un desnivel podía hacer que el Civic se atascara, obligándonos a seguir a pie con un frío de nueve grados.

El zumbido constante de un helicóptero se acercaba desde el norte y se hacía más fuerte a cada segundo. Nos acercábamos a un claro en el bosque, así que detuve el coche para evitar que nos vieran. El helicóptero sobrevoló cerca durante lo que pareció una eternidad. Las ventanas se empañaron a medida que la ansiedad nos aceleraba la respiración.

—Podría ser un buen momento para llamar por ayuda —dije.

—No va a pasar —dijo ella.

¿Por qué mantenía a su agente especial al mando al margen? ¿Había metido la pata? ¿Había calculado mal su plan? ¿Había pasado por alto algún detalle importante? En cualquier caso, para ella las reglas eran reglas y se arriesgaba a más problemas si no las seguía.

—Al menos no hasta que me digas qué te pasa —dijo.

—Mira eso —dije, apuntando al cielo con el dedo. —El helicóptero ya se fue. Es hora de irnos.

Metí una marcha y atravesé el claro a toda velocidad. El pequeño coche rebotaba, golpeaba y crujía, pero llegó al abrigo del bosque, al otro lado del campo, sin atascarse.

—Está a sólo unos cientos de metros de aquí —dijo.

Ya no tenía ningún plan que seguir. Esto no debía terminar así. Pensé en entrar, matar a quien se interpusiera en mi camino, lidiar con Thanos y sacarle toda la información posible. Luego moriría. Seguiría un largo y tortuoso viaje de regreso a Nueva York.

¿Y ahora? No estaba seguro de qué me depararían los próximos diez minutos, y mucho menos las próximas dos semanas.

Lexi señaló con el dedo a la derecha al llegar al asfalto. —Unos cinco kilómetros por ahí y giraremos a la izquierda. Eso nos llevará a la autopista.

Me quedé en el borde mientras buscaba el helicóptero en el cielo. No se veía por ninguna parte. Salí con cuidado de la espesura de los árboles y me incorporé a la carretera de un solo carril. Diez minutos después, íbamos hacia el noroeste por la I-90.

Mantuve la mirada fija en el retrovisor, más que en lo que teníamos delante. En un país dominado por todoterrenos enormes con tracción total, el Civic parecía una serpiente de cascabel escondida entre la maleza. Sería un fastidio seguirlo de cerca debido a la visibilidad, pero sabía que un agente competente podría hacerlo. No empecé a sentirme cómodo con haber escapado, sin ser detectado, hasta que recorrimos ocho kilómetros por la autopista.

Lexi rompió el monótono zumbido de la carretera. —¿Quién era el tipo con el que hablé antes?

La miré de reojo. Tenía las cejas arqueadas y los labios ligeramente entreabiertos. Parecía que estaba realmente interesada.

—Solo un tipo.

—Vamos, Lamb.

Miré por el espejo lateral.

—Ese no es tu nombre, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No lo creí. —Metió el tobillo izquierdo bajo la rodilla derecha. —Ni siquiera cuando te presentaste en casa de mi primo.

—¿Qué me delató?

—Nada de lo que hiciste. —Bajó un poco el volumen de la radio. —Fue mi primo. De repente, me miró con nerviosismo cuando dijiste tu nombre.

—Él solía ser mejor que eso, ¿sabes?

Ella asintió y no dijo nada.

—Tendré que confrontarlo por eso.

—Deberías. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que hace en esa casita. Si alguna vez lo cogen, alguien como yo lo descifrará sin pensarlo. —Cambió de emisora hasta encontrar una que tocaba música de los 80. ¿Era Madonna o Cindi Lauper? No lo supe distinguir entonces, y desde luego, que no lo sabría ahora. —En fin, dada su reacción, y como nunca había oído ni visto el nombre de

Jonah Lamb en ningún documento relacionado con él, le pedí a alguien que te buscara esa noche.

—¿Encontraste mucho?

—Supongo que es todo lo que querías que encontrara.

—No tú, específicamente.

—Bueno, parece una portada falsa.

Le lancé una mirada y ella asintió.

—Estuve involucrada en el DOE —dijo, refiriéndose al Departamento de Operaciones Encubiertas del FBI. —Tanto en el campo como en una oficina, brindando apoyo e información. Viví encubierta durante tres años seguidos. Me dediqué a desmantelar esta organización criminal, solo para que me descubrieran cuando estaba a una semana de realizar la mayor redada que Chicago haya visto jamás.

—Esa es una afirmación bastante seria.

—Claro que sí. No tienes ni idea de lo que estaba a punto de pasar. —Respiró hondo, miró por la ventana y suspiró. —En fin, con mi tapadera descubierta, tuve que dejar ese tipo de trabajo en ese mismo instante. Pasé un tiempo en la misma unidad, haciendo apoyo e inteligencia, pero no lo soporté. Me sentía como un animal enjaulado. Así que me cambié a otro aburrido trabajo de oficina. Hace poco volví al campo, a modo de prueba, para ver qué tal. Si no doy la talla, vuelvo al mundo de los cubículos.

Eso explicaba algunas cosas. Y me hizo preguntarme qué tan bien mantenía a su jefe al tanto de Thanos. Si les preocupaba que estuviera en el campo, cualquier cosa que no fuera perfecta podría ser motivo de que no la volvieran a llamar. Supongo que no había informado a nadie de su reunión de hoy; de lo contrario, estaríamos en el centro, a salvo en un rascacielos, en una oficina con vistas al lago.

—¿Y tú qué? —preguntó ella.

Me encogí de hombros. —No hay mucho que contar.

—Vamos, Lamb, o quien seas. —Se movió en su asiento para quedar de frente a mí. —¿Quién eres tú, por cierto?

—Realmente no puedo divulgar eso ahora mismo, no con tus contactos.

—Ya lo averiguaré. ¿Cuántos agentes del SIS pudo haber en la última década?

Le lancé una pequeña pista. —Llámame Jack.

—¿Es ese tu verdadero nombre?

Me encogí de hombros. —Te responderé mejor que Jonah Lamb. Odio ese nombre.

—Me parece bien, Jack. —Reclinó el asiento y cerró los ojos. —Vamos a Madison a pasar la noche, y busquemos un sitio donde quedarnos. Podemos reagruparnos por la mañana.

CAPÍTULO 15

Llegamos a nuestro destino sobre las tres de la tarde y nos alojamos en un motel a las afueras de Madison, Wisconsin. Era una ciudad universitaria estupenda, con el ambiente de pueblo pequeño y un montón de bares. Nos quedaba a una hora de Milwaukee y a dos horas y pico de Green Bay y Chicago. Si era necesario, la estación de tren nos ofrecía transporte a cualquiera de las tres ciudades, o podía llevarnos al oeste.

Tal como habían ido las cosas, tenía que prever que en algún momento el Civic se pondría a prueba. Lo estacioné en una calle, a una cuadra del motel, en un lugar visible desde la ventana de nuestra habitación. Si lo encontraban, tendríamos una pequeña ventaja.

Me tumbé en la cama, con las persianas abiertas, para poder ver el Honda. El zumbido del agua de la ducha me adormeció. Salía vapor por la puerta entreabierta del baño y, a través de ella, pude ver el espejo empañado y la barra de luz encima.

Lexi aún no me había contado todos los detalles de su relación con Thanos. Solo sabía que esperaba que estuviera allí esta mañana. En ese momento, pensé que Thanos se había ido con el pelirrojo voluntariamente, pero ahora lo estaba reconsiderando. Quizás lo habían obligado a irse. ¿Fue por su propia protección? ¿Se habían dado cuenta de que el coche alquilado a Jonah Lamb no era una buena señal?

¿O Thanos habría estado en más problemas?

Me puse otra almohada detrás de la cabeza y miré al techo un rato. ¿Por qué estábamos allí? No tenía mucho sentido que nos escondiéramos en pleno Wisconsin, en lugar de enfrentarnos a esto en Chicago. Lexi me ocultaba algo. Fue inteligente al darme información mientras se guardaba algo.

La válvula de agua chirrió y el agua disminuyó a un goteo constante, antes de cortarse por completo. El último borbotón se fue por el desagüe. El brazo desnudo de Lexi se deslizó por la puerta entreabierta, luego por su espalda y trasero. Se apoyó en la puerta y esta se cerró con pestillo. Suspiré y volví a concentrarme en el paisaje exterior, logrando despejar mi mente por un par de minutos.

Tiempo después, Lexi salió del baño envuelta en una toalla que le llegaba hasta la mitad del muslo.

Me giré hacia ella y disfruté de la vista. —¿Cómoda?

—La ropa se está secando. —Hizo un gesto con la barbilla hacia el baño.

—¿No puedes soportar ni un día?

Encogiéndose de hombros, pasó por encima del perro camino a la cama. —Estaban cubiertos de yeso y tierra, y apestaban a sudor y a balazos.

—A algunos chicos les gustan ese tipo de cosas.

—No es de las que me gustan. —Retiró las sábanas de la otra cama. —Si te molesta la toalla, puedo quitármela.

Mis cejas se arquearon mientras reflexioné sobre ello por un segundo.

—Es broma, Jack. —Retiró las sábanas y se acostó. Tenía las rodillas dobladas, apuntando al techo. Una gota de agua le resbaló por el muslo y desapareció en la toalla.

Esperé un par de minutos para ver si hacía algo. Lo hizo, pero no del tipo que esperaba. Cerró los ojos y pareció quedarse dormida.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté.

Abrió los ojos y respiró hondo. La había despertado sobresaltada. —¿Qué?

—¿Qué estamos haciendo aquí, en Wisconsin?

—Estaba durmiendo la siesta. —Me miró. —Me imagino qué has estado haciendo con una mujer en toalla en la cama de al lado.

—No te hagas ilusiones.

—No las necesito.

—Bien, sigue sin responder a mi pregunta. ¿Por qué nos escondemos en un motel en Madison?

—Puedes irte —dijo señalando la puerta. —No necesito tu ayuda más de lo que tú necesitas la mía.

No me moví. De hecho, ambos necesitábamos la ayuda del otro. Quizás no por mucho tiempo. Pero hasta que nuestras historias se reconciliaran, ninguno de los dos estaba listo para perderse de vista.

—Eso es lo que pensé. —Cerró los ojos y recostó la cabeza sobre la almohada.

—Lexi, vamos. Sé sincera conmigo.

Se giró hacia mí, se apoyó en el codo y me miró fijamente. —Te diré algo. Me dejas echar una siesta rápida y te contaré todo lo que ha pasado hasta ahora durante la cena.

—Sólo si es bistec.

Noté que las orejas del perro se levantaron.

—Trato hecho —dijo ella.

Esperé unos minutos después de que se durmiera, me levanté y salí de la habitación. El aire frío me dio una sacudida, que me llevó lo suficientemente lejos como para encontrar un café. Seguí caminando, alejándome de la calle lateral donde había aparcado el Civic, hasta llegar a una pequeña tienda. La gasolinera familiar tenía todo lo que necesitaba: café recién hecho, un par de cigarrillos y una selección de teléfonos de prepago. Un teléfono desechable que no requería información personal y que se podía comprar en efectivo.

Hablé con el viejo detrás del mostrador sobre los Packers y cómo, con Rodgers al mando, pronto verían un Super Bowl. Estuvo de acuerdo y expresó su consternación por la traición de Favre al unirse a los Vikings.

—Aunque no puedo criticarlo —dije. —Un tipo tiene que ganarse la vida, ¿no?

El viejo se encogió de hombros. —Hay maneras de ganarse la vida que no son tan honestas, hijo. ¿Entiendes?

—Sí, se podría decir que sí.

Seguí un poco más por la calle hasta que encontré una farmacia. Entré y compré un frasco de agua oxigenada, unas vendas para el perro, comida enlatada para perros y un segundo teléfono desechable. Aunque no se requería información para comprar uno, las cámaras de seguridad de la tienda me grabarían, y un investigador astuto podría relacionar la hora de compra con el teléfono y obtener el número. Tener dos comprados en diferentes lugares podría ser útil más adelante si necesitaba llamar a otro contacto.

Terminé mi café, salí de la tienda y regresé al hotel. En total, estuve fuera poco más de una hora. El frío me molestaba cada vez menos con cada minuto que pasaba. Todo el tiempo al aire libre había iniciado mi proceso de adaptación.

Lexi estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas, hojeando una revista. Levantó la vista y me saludó con la cabeza. El perro estaba sentado en el suelo, al pie de la cama. Levantó las orejas al verme. Me arrodillé y le rasqué el cuello, y luego me puse a curarlo.

—¿Tuviste un buen paseo? —preguntó.

—¿Tuviste una buena siesta? —pregunté.

Ella se encogió de hombros. Yo también.

—¿Ya tienes hambre? —preguntó.

—Tomé un café, así que estoy bien por el momento.

Dudó un segundo, mirándome fijamente. —Yo también, supongo. Gracias por preguntar.

—No lo hice.

Suspiró y volvió a la revista. —Van a ser un par de días muy largos.

—¿Un par de días? ¿De qué demonios estás hablando? Vamos a...

—No vamos a hacer nada —dijo. —Mira, Jack, te lo contaré pronto. Te lo prometo. Estoy esperando información que podría llevarnos a Thanos.

Ese escalofrío me recorrió la espalda otra vez. —¿Con quién has estado hablando?

—Nadie va a intentar rastrearnos. —Pasó página en su revista. —Confía en mí.

—Sigues diciéndome que confíe en ti, pero en realidad no me has dado una razón para hacerlo.

—Ah, sí, señor Lamb. ¿O es el señor Jack? ¿Jack Jack? ¿Solo Jack? ¿Seguirás siendo Jack mañana?

—Ya basta. No necesito esto.

—¿Sabes? tienes suerte de no estar en la cárcel ahora mismo.

—Estoy diciendo que eso es una tontería.

—¿Por qué?

—Ni siquiera te comunicas con tu compañero ¿y aún así me dices que me estás haciendo un favor al mantenerme fuera de la cárcel?

Se quedó impasible. Podría haberle lanzado cualquier cosa en ese momento y no creo que se hubiera inmutado. Su situación no podía ser tan complicada como la mía. Aquí estaba yo, enfrascado en una misión para matar a un hombre, y ahora liado con lo que podría ser una agente corrupta del FBI. Por otro lado, ella estaba conmigo. Quizás sería peor para ella.

—La verdad —dije —es que, si acabo en la cárcel, estarás en la celda de al lado. No por el castigo extra que me impondrá, que, admitámoslo, probablemente merezco. Sino porque estás tan metida en problemas como yo. Cuanto antes empecemos a trabajar juntos, antes podremos resolver este problema.

Miró hacia la ventana. El sol flotaba bajo en el cielo anaranjado, iluminando su rostro con su resplandor.

—Pensándolo bien —dijo —tengo hambre. Vamos por ese filete.

CAPÍTULO 16

Le dejamos al perro una lata de comida y agua, y salimos a pie a buscar un sitio para comer un filete y una cerveza. El viento soplaba del sur, trayendo consigo un frente cálido. Debía de hacer dieciséis grados. Nubes oscuras se desplazaban hacia el norte, ocultando los últimos rastros del sol poniente. Las farolas, con forma de globo, iluminaban la acera que conducía al centro del pueblo. La mitad de las personas en las calles estaban en pantalones cortos y camisetas; el respiro del frío solo llegaba con cierta frecuencia, así que todos tenían que aprovecharlo.

Caminamos durante treinta minutos hasta que llegamos al pub irlandés Erin's Snug. El humo se acumulaba sobre el edificio y el aroma a carne quemada se colaba por la puerta principal abierta.

—¿Se ve bien? —preguntó Lexi.

—Huele aún mejor. —Cualquier sitio con un cartel de una señora bailando, con una vaca, un paso irlandés, merecía la pena. Asentí con aprobación y abrí la puerta del todo para Lexi. Al pasar, percibí un ligero aroma a ella. Nada de perfume ni champús sofisticados, solo a ella. Me sentí atraído.

Una universitaria con coletas nos sentó en una mesa cerca de las ventanas. No era mi sitio ideal, pero estábamos en Madison, Wisconsin. No pensaba encontrarme con nadie conocido aquí. Claro, nunca lo hacía. Aun así, la gente aparecía, de repente, en los sitios más insólitos.

El ambiente entre nosotros era tenso mientras esperábamos a que la camarera regresara con las bebidas. ¿Tenía Lexi tanto que decir como yo? ¿Estaba abrumada por preguntas? ¿Se estaba volviendo contra ella la situación de sentirse atraída por mí, así como yo lo siento por ella?

Olvídate de eso, hombre. Este no es el momento.

Lexi abrió la boca para hablar, pero la interrumpió la camarera, que nos traía las bebidas en una bandeja. Me di cuenta de que no le había prestado atención a la mujer, salvo a su peinado. No la habría identificado en una rueda de reconocimiento ni aunque me hubieran apuntado con una pistola. La miré de reojo, al igual al resto de la gente que ocupaba la pequeña taberna. Aparte de un tipo corpulento, con la cabeza rapada y una manga larga, sentado en la barra, no había mucho de qué preocuparse en Erin's.

Levanté la pinta de Yazoo Sue e inhalé el aroma a cuero y tabaco ahumado. El primer sorbo no me decepcionó. Lexi dio un sorbo a su Espresso Martini.

—¿Es esa la mejor bebida para acompañar un bistec? —pregunté.

Se encogió de hombros. —Lo mejor de ambos mundos, amigo. Cafeína y vodka. Es insuperable.

—Supongo que no. —Deslicé mi vaso por la mesa. —Prueba esto.

Observó el líquido negro de mi vaso. —No me gustan mucho las cervezas oscuras.

—Bébelo.

Dio un trago. Hizo gestos al sentir el sabor amargo inicial. Después, su rostro se relajó al percibir los matices de la bebida. Arqueó las cejas y asintió. —No está mal, supongo.

Terminamos nuestra primera ronda de bebidas. Luego, pedí lo mismo mientras Lexi cambiaba al vino tinto de la casa. Después de la segunda ronda, me acomodé en mi asiento. La postura rígida de Lexi se relajó un poco y se inclinó hacia adelante sobre sus brazos cruzados. La tensión entre nosotros se estaba disipando.

Arrancó un trozo de pan que estaba en el centro de la mesa y lo untó con mantequilla. Sus labios brillaron tras un bocado. Se lamió el aceite de la mantequilla, bebió un sorbo y se recostó en su asiento.

—Sé sincero conmigo, Jack.

—¿Sobre qué, Lexi?

Sonrió levemente por un segundo, luego sus labios se afinaron, frunció el ceño y su mirada se intensificó. —¿Qué hacías en la casa esta mañana?

Me quedé quieto, con una mano en mi vaso y la otra sobre la mesa. No aparté la mirada, ni hice un gesto con la cabeza, ni ninguno de los muchos movimientos que me habrían delatado.

—Sabes que no puedo decírtelo —dije. —Como tú tampoco puedes decirme cuál es tu propósito allí.

Suspiró y se cruzó de brazos. Su expresión cambió en un instante, de impasible a suplicante. —¿En serio?

—Oye, ¿quieres compartir? Entonces empieza la fiesta contándome qué hacías allí y por qué te preocupaba tanto la seguridad de Thanos.

—Sabes por qué estaba allí.

—Me diste una sola línea, Lexi. Eso es todo.

Ella permaneció sentada, inmóvil, mirando hacia la barra.

—Eso es lo que pensé —dije.

—Estuve allí porque recibí un dato —dijo.

—¿Acerca de?

—Que alguien iba a llevarse…

La camarera apareció con la comida. Dejó la bandeja y colocó los filetes delante. Lexi pidió un solomillo al punto. Y yo, un chuletón poco hecho.

Cada uno de nosotros tomó un par de bocados mientras la camarera terminaba, luego Lexi continuó.

—…un contrato con él. —El vapor de sus verduras creó un fino velo de humo entre nosotros.

Mi reacción a su declaración fue importante. No me sorprendí ni me impactó, y podría asumir que el SIS estaba detrás. Si me pasaba, parecería que estaba fingiendo.

—Escuchamos lo mismo —dije.

Dejó el cuchillo y el tenedor y se inclinó sobre la mesa. —¿De quién?

Negué con la cabeza y aparté las manos. —No de ninguna de mis fuentes. Estoy trabajando con información de otra persona.

Ella respiró profundamente y se reclinó.

—Y aunque lo fuera —dije, —no podría revelarlos sin más. Ya sabes cómo funciona esto.

Lexi se resignó a que la conversación no llegaría a ningún lado sin que ella revelara información que quería guardar en secreto. Dio unos bocados más a su filete, terminó su vino y le hizo una señal a la camarera para que le trajera otra copa.

Mientras esperaba, dijo: —Que te echen de operaciones clandestinas duele.

Esperé a ver qué hacía, pero no dijo nada más. Su mirada estaba fija en mí. —Me lo imagino. He estado en situaciones en las que tuve que dejar una operación, dejar un trabajo que... no quiero decir que disfrutaba, pero que me daba un propósito. ¿Entiendes?

Ella asintió y luego dijo: —¿Por qué te fuiste? —Tomé un trago y me limpié la espuma del labio.

—¿De qué trabajo? —Ella rio.

—Adivina cuál.

—En el que tenías un jefe imbécil.

Hice una pausa. —¿Cómo te destapaste?

—¿Quién dice que lo hice?

Me encogí de hombros. —Es una suposición, supongo. En fin, que te descubran no significa necesariamente que no puedas volver a entrar de incógnito. Cambiar de región o de objetivo, sí. ¿Pero salir por completo?

—Tienes razón. No quería mudarme a la costa oeste.

—Eso es una tontería, Lexi. Ya veo lo mucho que significaba el trabajo para ti. Habrías ido a donde quisieran. ¿Quedarse en Chicago haciendo un trabajo de campo aburrido, o Dios no lo quiera, estar en un cubículo, es mejor que hacer lo que te apasiona?

Su mejilla se hundió mientras la masticaba. Después de unos momentos, dijo: —Mi esposo era un buen hombre con una enfermedad terrible.

—¿Cáncer?

—No, no eso. —Hizo girar el cuchillo sobre la mesa. —Adicción.

Entendí que eso podría ser un problema para un agente del FBI. —¿Drogas?

Se encogió de hombros y asintió. —Y bebida y juegos. Luego descubrí que también a las prostitutas.

Empecé a entender adónde iba esto. —Así que te echaron por su culpa, por algo que hizo.

—Asumo toda la responsabilidad de mis actos. No lo culpo. Como dije, estaba enfermo.

—Seguro que al psiquiatra de la agencia le encanta que hayas progresado tanto, pero puedes dejar de hablar así conmigo. ¿Qué hizo para meterte en problemas?

Se removió en su asiento y se secó las manos con la servilleta. —Ese es el problema, Jack. Nada. No hizo nada. Estaba enfermo, y su enfermedad lo metió en una situación muy mala.

—Y te enterró a ti también.

CAPÍTULO 17

La taberna se llenó de clientes y todos los asientos de la barra, junto con las mesas, estaban ocupados. Había una fila que salía del edificio y se extendía por la acera. Un tipo, con una espesa barba castaña y gafas de pasta oscura, miraba mi filete por la ventana. Cada vez que se abría la puerta, una cálida ráfaga me envolvía, trayendo consigo el aroma de la panadería de al lado.

La camarera me puso una cerveza fresca delante. Metí el dedo y lo moví para que se fuera la espuma.

Lexi no había respondido a mi última declaración, lo que me indicó que estaba cerca de la respuesta. Se levantó, se disculpó y desapareció en el baño.

Aproveché el descanso para reevaluar la composición del público. Era una buena mezcla de estudiantes de la Universidad de Wisconsin y la clase trabajadora de Madison. Nadie destacaba, lo cual era bueno. Después de casi dos décadas en el negocio, un grupo de personas sin rostro era el mejor regalo que podía recibir. La única persona que destacaba en la sala abarrotada apareció de nuevo y se movía por la sala como una bailarina. Sin esfuerzo.

—¿Vas a terminar eso? —Señalé su filete y le clavé el tenedor después de que ella negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes seguir teniendo hambre? —preguntó.

—No es que tenga hambre. —Corté un trozo y me lo metí en la boca. —No sé cuándo volveremos a comer algo tan rico.

Dio un sorbo a su vino y me observó comer. Pasamos unos minutos en silencio. Yo sabía cómo jugar, y ella también. El primero en hablar pierde, y esa persona tendría que revelar más de su pasado oculto. O había dado en el clavo, o me había equivocado por completo. La pregunta era cuánto tiempo podría aguantar sin decírmelo.

No tardé mucho en obtener mi respuesta.

—Él no me metió ni en algún problema extraño ni en lo más profundo de la sociedad, —dijo.

—¿Segura? —dije entre mordiscos.

—Tenía una opción. Podría haberlo dejado en manos de esos tiburones. Que le rompieran los brazos otra vez. O quizás las piernas esta vez. Quizás esa sería la noche en que apretarían el gatillo.

No dije nada mientras esperaba que continuara. Sus ojos estaban abiertos, brillantes y húmedos.

No sé cómo consiguió el número. O sea, cuando estaba encubierta... estaba *encubierta* ... Se suponía que nadie podía encontrarme ni contactarme. Ni siquiera mi contacto.

—¿En serio?

—¿Con el grupo en el que me había infiltrado? Tenía que mantener a todos a una distancia prudencial. Eran de esos tipos que no se detendrían ante mí si me hubieran descubierto. Me torturarían hasta tener suficiente información para llegar a todos.

—No son precisamente personas honestas.

Lexi asintió. —Se podría decir eso, al menos para el resto del mundo. La verdad es que estaban más metidos de lo que nadie hubiera imaginado. Yo incluida. No eran mi objetivo original. Me lo presentaron después de un tiempo. Él era el responsable de todo.

Me tenía intrigado. —¿Quién?

Lexi sonrió y movió el dedo índice. —No puedo hacer eso. Ya estoy a punto de perder mi trabajo. Si revelo ese secreto, no solo estaré fuera del FBI de por vida, sino que también estaré encerrada. ¿Cómo crees que me irá en la cárcel?

La observé un momento. Era delgada y atlética. Bonita, pero no exageradamente. Apenas llevaba maquillaje. Me imaginé que estaría guapísima bien arreglada.

—Sí —dije. —Te liquidarían enseguida.

—O vivir mi vida en aislamiento. Puede que sea buena actriz, pero no soporto estar sola todo el tiempo.

—Así que volvamos al marido y a esta situación en la que te metiste.

Lexi asintió, tomó un trago y continuó: —Me llamó en medio de una reunión. Al principio lo ignoré. O sea, estaba de incógnito, reunida con un jefe de la mafia y un político. Ni siquiera pude pensar cómo tenía el número. Pero el maldito teléfono no dejaba de sonar.

—¿Por qué estabas allí?

—¿Disculpa?

—En la reunión —dije. —¿Cuál era tu propósito allí?

Ella tartamudeó un momento. —Sabes que no puedo revelar eso. Es información clasificada.

—Tengo autorización.

Ella rio. —Seguro que sí. Te diré algo: si tienes acceso y encuentras el archivo sin censura, adelante.

Se lo sacaría tarde o temprano. Probablemente más tarde. Aunque no importaba, tenía curiosidad. ¿Qué vida fingía llevar? ¿A qué se dedicaba y cómo beneficiaba a un jefe de la mafia y a un político? Para encontrar la respuesta, tenía que pensar en qué uniría a dos personas así.

Dinero y poder y mucho de ambos.

—Eras una especie de gurú de las finanzas, ¿verdad?

Ella giró ligeramente la cabeza y no dijo nada.

—¿De lo contrario, por qué tendrías a esos dos en una habitación? A menos que te hicieras pasar por una asesina. —Me crucé de brazos y la observé un momento—. No, no sería el caso. Definitivamente eres una chica de números.

—Buena suposición —dijo. —Eso no significa que tengas razón.

—Vale. En fin, volvamos a lo que pasó.

—Salí de la reunión, hecha un manojo de nervios, y contesté la siguiente llamada. Lo tenían retenido, dijeron que le darían una paliza y amenazaron con matarlo. Intenté que se calmara, que me dijera qué querían. De repente, gritó como nunca. Un tipo se puso al teléfono y dijo que le estaba arrancando el dedo medio a mi marido.

—Se lo cortaron.

Ella asintió. —No empezaron con uñas ni nada parecido. Solo le cortaron la maldita cosa por el nudillo inferior. Así que les pregunté qué querían. Colgaron.

—No puedo imaginarme lo que estabas pensando en ese momento.

—Bueno, estaba furiosa, pero ese tipo era mi esposo, y lo amaba y todo eso. Al menos, eso creía. En fin, tenía que sacarlo de ahí. Y aquí es donde cometí dos errores graves. Primero, se suponía que debía reunirme de nuevo con el jefe de la mafia después de que terminara de lidiar con el político. No lo hice.

—¿Y segundo?

Bajó la barbilla hasta el pecho. —Llamé a un contacto de la agencia y les pedí que rastrearan mi celular. El que usaba con mi tapadera.

—No eran parte de operaciones clandestinas.

Ella negó con la cabeza y tomó un trago. —Hablando de romper el protocolo.

—¿Y entonces qué pasó?

—Rastrearon la ubicación del celular de mi esposo. Era una pequeña casa de tres habitaciones en un barrio residencial. Fui allí, eliminé al vigía y entré a la casa destartalada. Cuando lo vi, estaba maltrecho, ensangrentado, le faltaban dos dedos. Tenía el ojo derecho hinchado y cerrado y la nariz rota en dos partes. Le colgaba la mitad del labio inferior.

—Jesús.

—¿Cierto? En fin, le disparé al primero que vi. Fue un disparo mortal, el tipo cayó al suelo. Entonces otro hombre salió corriendo del dormitorio. Le apunté y pude haberlo matado de un solo tiro.

Ya había matado a un hombre y herido a otro, todo mientras rompía filas y desaparecía. —¿Lo mataste también?

—No —dijo ella. —Me quedé inmóvil.

—¿Por qué?

—Lo conocía. Y él me conocía. Bueno, no a mí, sino a mi tapadera.

—Él era parte de la organización.

Ella asintió. —La mano derecha de uno de los capos. A dos rangos del jefe.

—¿Qué pasó?

—Debí haberlo matado, pero estaba desarmado. Me llamó por mi nombre de encubierto, miró a su alrededor y vio a su compañero en el suelo. Supongo que se dio cuenta de lo que pasaba, porque corrió hacia la mesa a buscar una pistola que estaba allí. Salté sobre él y forcejeamos un rato. La pelea se inclinó a su favor. Me tenía inmovilizada. La pistola estaba casi a mi alcance. Pero estaba sentado allí, con todo su peso sobre mi pecho y con mis brazos entrelazados con uno de los suyos. Su otro brazo estaba extendido, tanteando la mesa. Todo su pesome presionaba el cuello. Empecé a ver borroso.

—¿Tu marido encontró la manera de intervenir?

Se rio con fuerza. —¿Esa porquería? ¡Ni hablar! —Miró hacia la ventana. La fila fuera de la taberna se había acortado. — Las sirenas.

—Alguien escuchó el disparo que hiciste —dije.

—Sí, y la policía respondió. Casi irrumpieron por la puerta principal con su patrulla. Entonces, Gav... bueno, este tipo se lanzó por la ventana y salió corriendo. Pero me había descubierto, ¿no? Una vez que se reúnen todos, enseguida descubren que estaba de incógnito. Por suerte, solo sabían un poco de mi marido. El FBI lo curó y lo envió al programa de protección de testigos.

—¿Todavía está ahí?

Se encogió de hombros. —Supongo que sí. No puedo contactarlo. Pero, después de todo, me dieron una buena paliza. O sea, ¿de cuántas maneras podría haberla cagado en una noche? Desde entonces, no hemos podido acercarnos uno al otro.

No dije nada.

—Solo quiero arreglarlo. Encarcelarlos a ambos y luego lidiar con mi exmarido para poder cerrar ese capítulo de mi vida.

La observé mientras me acomodaba en el asiento. Todo empezó a tener sentido. El FBI la había castigado. Probablemente, trabajando con papeles todo el día. De no hacerlo, tendrían que admitir que tenían un agente encubierto que perseguía a un político.

Eso podría causar un montón de problemas si no tenía pruebas suficientes.

Debía de estar actuando sola y sin permiso. ¿Por qué? ¿Tenía Thanos algo que ver con la mafia y el político?

CAPÍTULO 18

Unos momentos después, Lexi dijo que quería irse. Las preguntas podían esperar. Había soltado mucha información, y no estaba segura de poder conseguir que revelara más en la taberna. Pagamos la cuenta y salimos. La temperatura había bajado quince grados durante el tiempo que estuvimos dentro. Un viento cortante soplaba del noroeste y el aire ártico se filtraba a través de nuestra ropa ligera.

Lexi salió a la calle y paró uno de los pocos taxis que circulaban por la zona esa noche. Se detuvo junto a nosotros.

—¿Segura que es una buena idea? —pregunté, abriendo la puerta unos centímetros.

—No —dijo ella. —Pero me estoy congelando.

—Me parece bien.

Nos subimos y guardamos silencio durante los cuatro minutos que nos llevó hasta el hotel. El conductor nos dejó una cuadra después. Tomamos una calle lateral y llegamos al hotel desde la calle de atrás. Era difícil saber si alguien nos observaba. Estaba oscuro y había pocas farolas.

De vuelta en la habitación, revisé al perro, le cambié las vendas y el agua. Teníamos que encontrarle un lugar pronto. El problema, era que las clínicas hacían preguntas, y en los casos en que parecía haber maltrato, llamaban a las autoridades.

—Lo llevaremos a algún lugar mañana. —Puso sus manos sobre mis hombros y apretó.

Me puse de pie y me giré. Estábamos cara a cara. Me acarició el pecho y deslizó los dedos hasta engancar su pulgar en mi cintura. La rodeé con la mano y la atraje hacia mí. Nuestros labios se rozaron varias veces hasta que se encontraron. Caímos en la cama y nos fundimos.

Unas horas después, arranqué su brazo inmóvil de mi pecho y me deslicé fuera de la cama. Tomé mi bolso y salí. La furia del invierno se manifestaba. La nieve caía, acumulándose en el césped. La calle y el estacionamiento se veían más oscuros que antes. Aunque hacía demasiado calor, como para que la nieve se pegara, con la temperatura en caída libre el asfalto podría congelarse si nevaba toda la noche.

Caminé con dificultad por los 13 centímetros de nieve que rodeaban la parte trasera del hotel. Una sección del edificio se curvaba hacia dentro en forma de U. El viento no soplaba tan fuerte allí. Saqué uno de los teléfonos de mi bolso y marqué un número de memoria.

Después de tres timbres, la llamada fue contestada.

—¿Qué quieres?

—Ponlo al teléfono —dije.

—¿Por qué?

—Charles, Dios me ayude, este no es el momento de jugar conmigo.

Se rio. —Diría que es el momento perfecto. Mira, así no tengo que preocuparme por limpiar tu sangre de mi anillo cuando te pongas nervioso porque te estoy dando duro.

No dije nada.

Charles suspiró. —¿Qué? ¿Nada? Tienes que relajarte si alguna vez vas a unirte a nosotros. —La línea se quedó en silencio un momento, luego oí voces apagadas. Finalmente, Charles volvió a la línea. —Aquí está. Por tu bien, espero que tengas buenas noticias.

—Buenas noches, señor Jack. —Eran más de las dos de la madrugada en Nueva York y el Viejo parecía estar completamente despierto. —He estado esperando su llamada. Por lo que sé, nuestro conocido ha desaparecido.

—Eso es algo que no entiendo.

—¿Qué significa eso?

—Usarás alguna maldita palabra clave para el objetivo, pero seguirás dirigiéndote a mí por mi nombre.

—Señor Jack, hay muchos Jacks en este mundo. ¿Quién podría darse cuenta de que te estoy hablando?

Sabía que la línea era segura en ambos extremos. Brandon, mi asesor de tecnología, vigilancia e inteligencia, había creado una red de números para mí. Le di cada uno a una sola persona. Marcaba y la línea me marcaba a través de una red de conmutadores que desconcertaría al experto en servidores más experimentado. Y la línea funcionaba en ambos sentidos. Solo tenía que actualizar mi número en el sistema. No se podía monitorear el tráfico, ni siquiera por la NSA ni el GCHQ. En cuanto al Viejo, sabía lo que hacía para guardar silencio. Aun así, era buena práctica mantener cierta distancia en estas llamadas. Hábitos descuidados y todo eso.

—Tal vez sean las mismas personas que descubrieron que estaba en la ciudad para lidiar con este tipo —dije.

Hubo una pausa en la línea. —¿Estás diciendo que la desaparición no tiene nada que ver contigo?

—Digo que desde que llegué a este pueblo, he estado en apuros. He tenido un equipo de seguridad encima en toda la ciudad. Un par de matones se presentaron en un hotel que pagué en efectivo. No puedo asegurar que estén relacionados, pero tiene que haber alguna conexión. Esta mañana me presenté a su casa para solucionar el problema, y alguien ya había desatascado el desagüe. Además, habían dejado un par de perros guardianes para asegurarse de que no hubiera más obstrucciones.

—Ya veo. —Oía a Charles de fondo preguntándole al Viejo qué pasaba. Apagó el micrófono unos segundos y luego volvió a hablar. —Le aseguro que no tuve nada que ver con estos sucesos, señor Jack.

La nieve que se había acumulado en mi cabello había empezado a derretirse y a filtrarse hasta mi cráneo. —Me cuesta creerlo ahora mismo.

—Sea como sea, voy a contactar a alguien para ver qué sabe. ¿Puedo contactarte a tu número?

—No. Te llamaré mañana por la mañana. Más te vale que me des algunas respuestas o desapareceré por completo. No sabrás que estoy ahí hasta que sea demasiado tarde.

Di un paseo después de la llamada. Mi relación con el Viejo había sido inestable desde sus inicios. Dentro de la organización me tenían poco aprecio, a pesar del trabajo que había hecho. Charles preferiría matarme antes que trabajar conmigo. Quizás el Viejo pensaba lo mismo. Quizás Charles había hecho el trabajo sucio, menospreciando a su jefe. Después de todo, todavía no entendía qué papel cumplía Matt, el tipo que había conducido con nosotros. ¿De verdad era parte de la organización, como Charles había empezado a decirme? No debería haberle ignorado. Matt podría haber sido un mercenario y haberme estado siguiendo desde que salí de Nueva York.

Alguien se me había adelantado todo este tiempo. Cada vez era más evidente que Thanos no había vuelto a casa la noche anterior. Su propio equipo de seguridad lo había delatado, o también los habían eliminado. Recordé al tipo al que le había disparado en el patio trasero de Thanos. No me resultaba familiar. Tampoco los hombres del primer motel. ¿Cuántos grupos había allí? ¿Tres? Al menos esa cantidad entre el Viejo, el equipo de seguridad de Thanos y algún otro enemigo de origen desconocido.

¿Y qué conexión tenía Thanos con la vida anterior de Lexi en el Departamento? ¿Con el político y jefe de la mafia? Necesitaba nombres para atar cabos.

Ese escalofrío familiar me recorrió la espalda. Miré por encima de cada hombro buscando a alguien que me siguiera. Estaba en alerta máxima, y mi cerebro de lagarto me repetía una y otra vez que me largara del pueblo. Quería escuchar. Pero ¿luego qué? ¿Siempre estaría huyendo del Viejo? Sería mejor si le cortaba la cabeza a su organización. Y también al número dos. La vida con Charles al mando sería una pesadilla. Ese tipo nunca pensaba antes de actuar. A menudo me costaba creer que el Viejo confiara tanto en él.

Me abrí paso a través de la tormenta y regresé a los pasillos vacíos y cubiertos de nieve. La escalera se había congelado. Supongo que echar sal significaba demasiado trabajo para el equipo nocturno.

Las persianas de mi habitación estaban tenuemente iluminadas, igual que cuando me fui. Me detuve en la puerta y escuché un momento; luego la abrí y vi a Lexi, vestida, recogiendo sus zapatos del suelo.

—¿Vas a algún lado?

CAPÍTULO 19

Miré alrededor de la habitación para ver si algo estaba fuera de lugar. Nada se había movido, ni siquiera el perro.

—Jack, yo... —Dejó el bloc de notas y el bolígrafo de cortesía sobre la cama. —Está todo ahí.

Cerré la puerta y me apoyé en ella. —Si se trata de lo que pasó esta noche, sabes que no hay presión. No es que espere que empecemos...

Ella agitó ambas manos. —No, no es eso, Jack. Vamos, ya soy mayor. Soy capaz de manejar cualquier sentimiento que surja. Es decir, los dos estábamos un poco tomados. Es natural.

Volví a mirar a mi alrededor y vi que faltaban las llaves del coche en la mesita de noche. —¿Entonces por qué te vas en plena noche?

Señaló el bloc de notas sobre la cama. —Está todo ahí.

—Uno o ambos podríamos estar en peligro. Prefiero hablar de esto que leerlo.

Se quitó los zapatos y se sentó en la cama. —Veo que no me lo vas a poner fácil.

—No lo creo.

Respiró hondo. —Allá voy. Estoy prácticamente ausente del FBI ahora mismo. ¿Sabes lo que eso significa para un agente federal?

—Tengo una idea. —Teníamos margen de maniobra en el SIS, pero no informar no sería bien visto.

Estiró los brazos hacia atrás y se apoyó en ellos. —No me siento segura hablando con mi jefe. La cosa se salió de control.

—¿Cuándo vas a ser sincera conmigo, Lexi? ¿Qué está pasando? ¿Por qué estabas en casa de Thanos y qué tiene que ver él con tu tiempo estando encubierta?

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Su cabello rozaba la cama y sus pechos se alzaban hacia el techo. Aparté esos pensamientos y me concentré en el problema. ¿Se marchaba para alejarse de mí? ¿O intentaba protegerme? ¿Pero de qué?

Volteó la cabeza hacia mí y me miró fijamente. —¿Por qué te interesa Thanos?

Tuve que pensar sobre la marcha. —Nos preocupa que esté desviando fondos a una organización terrorista.

Entrecerró los ojos y se le arrugó la piel de la nariz. —¿Thanos? ¿Terroristas?

—No he visto toda la información. Mi trabajo consistía en infiltrarme en su residencia y su oficina, buscar pruebas. De ser posible, debía detenerlo y realizar un interrogatorio.

—¿Su oficina? ¡Qué suerte! Ha contratado tanta seguridad que es imposible entrar allí. ¡Rayos, incluso en su casa, la mayor parte del tiempo! Por eso programamos nuestra reunión cuando lo hicimos, para que sacara a todos de allí. No imagino quién se pudo enterar.

—¿A qué se dedica?

—¿No lo sabes? —Ella se inclinó hacia delante y puso las manos sobre las rodillas.

—Como dije, solo me dieron un nombre y un par de direcciones.

—Se dedica a muchas cosas. Principalmente a bienes raíces. Así es como amasó su fortuna. Tiene varios otros negocios.

—¿Todo legítimo?

Ella negó con la cabeza. —Claro que no. ¿Crees que tendría influencia sobre él si todos lo fueran?

—Buena observación. ¿Pero él te contactó?

—Está metido en un montón de cosas. Algo pasó, y aún no me ha dicho qué. Pero necesitaba ayuda para salir del radar. Sabía que alguien venía a por él. —Se frotó la barbilla. —Tú, quizá.

Me encogí de hombros y no dije nada.

—Estaba asustado, lo sé. Temía por su vida. —Se levantó y se paseó por la habitación, pasando por encima del perro, que había

decidido que su trabajo era impedir que cualquiera pasara de un lado a otro. —Lo que no daría por saber qué ocultaba.

—¿Y si te puedo ayudar ahí?

—¿Cómo? ¿Interrogándolo? —Negó con la cabeza y me despidió con un gesto. —¿Qué significa? ¿Que te sentarás a tomar un café con él? ¿O...

—Yo decidiría lo que pasará allí.

—Eres un asesino entrenado, ¿no?

Tenía que expresarlo con delicadeza, si no, podría perderla en la noche. —Hago lo que sea necesario para hacer un trabajo. Recuerdas cómo era trabajar de incógnito, ¿verdad? ¿No tenías que eludir la ley a veces? Lo mismo hago. A veces, se trata de conseguir información de un drogadicto. Otras veces, tengo que comprarle algo a un traficante de armas para ganarme su confianza, para que crean en mi historia. Incluso me han encomendado neutralizar a un objetivo, un combatiente enemigo del estado. Si mi trabajo era quitar una vida, había una muy buena razón para ello. No soy simplemente un asesino. No soy un psicópata.

Por la forma en que me miró, no supe si se había creído mi historia. No era del todo falsa, pero le di la descripción que mejor me definía hasta hace dos años y medio, cuando fui traicionado por mis compañeros de trabajo y terminé en el lado equivocado de un agente corrupto del FBI, que colaboraba con un terrorista. Por cómo se desarrolló todo, supe que no había un lado correcto o incorrecto de la ley. Todos somos unos cabrones en el mismo juego, solo que algunos usamos la autocomplacencia como excusa.

—Bueno, nos vamos de la ciudad —dijo. —Tengo un lugar donde podemos reagruparnos. Un contacto mío allí puede hacer algunas llamadas por nosotros, quizás ayudarnos a averiguar qué está pasando.

Metí la mano en mi bolso, saqué el teléfono sin usar y lo levanté. —Toma, tómalo. Está limpio. ¿Por qué no llamas desde aquí y nos ahorras tiempo?

Ella sonrió y negó con la cabeza. —Él no trabaja así. Además, este es un buen lugar para llevar al perro. —Abrió la puerta y se quedó en el umbral. —Vamos, Jack. Vámonos.

Tomé una botella de agua de la mesita de noche, le puse la correa al perro y seguí a Lexi en la noche nevada. Ella tomó el volante y nos condujo hacia un destino desconocido.

CAPÍTULO 20

La radio cubrió el silencio entre nosotros el resto de la noche. Cada media hora, más o menos, alternábamos entre la emisora de Lexi con música de los ochenta y mi emisora de jazz. Le encantó mi elección, dijo que me consideraba fan del heavy metal. Quizás en su momento, pero últimamente necesitaba algo para calmar los nervios y relajarme. Nada lo conseguía como Coltrane.

Me quedé dormido sobre las cuatro y media y me desperté cuando el sol asomaba por el horizonte. Protegiéndome los ojos de los fuertes rayos, intenté averiguar dónde estábamos. El paisaje monótono y llano no revelaba gran cosa. Nos habíamos desviado de la carretera, recorriendo caminos rurales bordeados de maizales muertos.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—No muy lejos —dijo Lexi.

—Qué amable. —Miré por la ventana, en un segundo intento de localizarnos en mi mapa mental, pero no encontré nada. —Bienvenido a cualquier lugar del Medio Oeste, EE. UU.

—Más o menos. —Ajustó el sintonizador de la radio desde la emisora que se apagaba. —Estamos justo al otro lado de la frontera con Illinois, a unos sesenta y cinco kilómetros al oeste de Indianápolis.

Tracé mentalmente una ruta a lo largo de una red de autopistas. —¿Volviste por Chicago?

Ella negó con la cabeza. —Directo al sur desde Madison, luego al este en Bloomington. Salí de la I-74 hace unos veinte minutos. Tarda como una hora y media más, pero creo que vale la pena para evitar Chicago. Incluso en plena noche, basta con que alguien te vea y se acabó.

—Claro, estamos más al descubierto en plena noche. Hay menos gente en la carretera.

—Bueno. En fin, deberíamos parar a tomar un café antes de llegar a casa.

Giró medio kilometro más adelante, atravesó a toda velocidad una zona boscosa y luego, se detuvo en el pequeño estacionamiento de un restaurante que solo ofrecía desayuno y almuerzo. Una Ford F-250 y una camioneta Chevy 2500 eran los únicos vehículos estacionados enfrente. Dos hombres con vaqueros y camisas de franela estaban sentados en la barra, de espaldas a nosotros. La mujer que atendía nos miró a ambos.

Abrí la puerta para Lexi. Café, panqueques y jarabe impregnaban el aire cálido que nos recibió.

—Buenos días, amigos —dijo la mujer.

El chico de la izquierda nos miró por encima del hombro, asintió una vez y apartó la mirada. Su amigo no se molestó.

Nos sentamos en dos taburetes vacíos al otro extremo del mostrador. Un minuto después, la camarera vino a tomarnos nota.

—Claro que iba a hacer calor hoy con lo que hizo anoche. —Se abrazó el pecho y tembló. —Aunque supongo que es demasiado pedir para esta época del año, ¿no?

Asentí y no dije nada. Lexi tampoco.

—Ustedes están un poco fuera del camino habitual aquí, ¿no?

—Nos gusta pasear entre nuestras citas —dijo Lexi. —Nunca se sabe qué se puede encontrar ni a quién conocer.

—¿Qué están vendiendo?

—Equipos de fluoroscopia —dijo Lexi.

La mujer arqueó la frente y se rascó la barbilla, como si estuviera pensando en comprar algo de lo que nunca había oído hablar antes.

—Es un nicho de mercado —dijo Lexi. —Sobre todo para médicos.

—Entonces ustedes dos —dijo la mujer moviendo el dedo entre nosotros —¿no son pareja? —Su voz se elevó al decirlo.

Miré a Lexi. Sus mejillas se sonrojaron un poco.

La mujer asintió y le guiñó un ojo. —Sí, ya sé cómo va la cosa. Todas esas horas en el coche juntos, las habitaciones de hotel, las copas en esos bares de moda. Así que, déjame preguntarte, ¿alguno de las dos tiene algún apego en casa?

—¿Estás escribiendo un libro? —pregunté.

—No —dijo Lexi, agitando la mano delante de nosotros. —No es así.

La camarera me miró. —Sí, bueno, te lo aseguro, cariño, te lo estás perdiendo si no vas tras un tipo así.

—Te has ganado una propina, independientemente de cómo este la comida —dije.

Después de la pequeña charla, la camarera pasó a tomar nuestros pedidos y luego regresó al otro extremo del mostrador y charló con sus clientes habituales.

Me tomé dos tazas de café solo antes de que llegaran mis huevos con tocino. Lexi aumentó los carbohidratos con una comida que consistía en sémola de maíz, papas hash brown y tostadas integrales.

La inquietud me atenazaba mientras esperaba que algo sucediera. Quizás el cocinero saldría de detrás de la línea con un AK y arrasaría el lugar. O alguno de los hombres de Thanos nos bloquearía la entrada, nos arrestaría y nos torturaría. Diablos, quizás el feo rostro de Charles entraría por la puerta y me retaría a una pelea en terreno neutral. Eso último sí que tenía su encanto.

Pero pasó una hora sin incidentes. Tomamos nuestro café y desayunamos en relativo silencio. Ambos teníamos cosas que decir, al menos yo. Supuse que las cosas de las que Lexi quería hablar no eran las mismas que yo. O tal vez sí. Era una mujer difícil de interpretar.

La observé un minuto, notando la mirada endurecida de alguien que había crecido en un sector dominado por hombres. Parecía dura como una roca. ¿Era su interior tan rudo como el exterior? Me había dejado entrar un poco, pero ¿qué otros secretos se escondían allí?

—No tienes que preocuparte por mí —dijo, sosteniendo el tenedor cargado frente a la boca. El vapor se elevaba del pastel que tenía delante.

—¿Qué? —pregunté.

—¡Dios mío, Jack! Me has estado mirando casi cinco minutos. Ya te dije que ya soy mayor. No tienes que preocuparte por mí.

—¿Quién dijo que me preocupo? —Saqué mi billetera y dejé caer un billete de cincuenta en el mostrador. —Solo me preguntaba en qué estabas pensando y qué nos espera hoy.

Negó con la cabeza, dejó caer el tenedor y salió del restaurante, dejando atrás el postre casi sin comer. La camarera se acercó y recogió los cincuenta.

—Sabía que había algo más entre ustedes dos. —Sonrió y me guiñó un ojo. —Déjame...

—Puedes quedarte con el cambio. —Apenas la oí darme las gracias mientras salía del restaurante.

El coche estaba en marcha. Lexi ya había puesto reversa y frenó a fondo. El perro gimió un par de veces después de que me senté. Me acerqué por detrás y le rasqué el cuello, entonces se recostó con cuidado y cerró los ojos.

Los siguientes veinte minutos transcurrieron en un silencio doloroso. Me costaba creer que la actitud de Lexi tuviera algo que ver con lo ocurrido anoche. ¿Qué era? ¿Pensaba que alguien nos estaba siguiendo? ¿Debería hablarle de mi pasado, hacerle entender que estábamos bien?

Giró hacia un camino de tierra y grava que se perdía en el bosque. El Civic sonaba como un tanque aplastando el suelo. Atravesamos los árboles y llegamos a un claro donde vi una casita. Una valla larga se extendía a ambos lados. Los parterres estaban desolados. No había coches en la entrada, sólo un columpio en el porche y un par de mecedoras blancas desocupadas.

Las persianas de la ventana delantera se abrieron un par de centímetros. No pude distinguir la figura que estaba detrás. Después de que Lexi estacionó el auto y lo apagó, las cortinas volvieron a cerrarse.

—¿Alguien nos espera? —pregunté.

—Trae al perro —dijo ella, saliendo del vehículo.

Abrí la puerta trasera y lo ayudé a salir. Cojeaba a mi lado, haciendo todo lo posible por caminar a gatas mientras nos acercábamos al porche.

La puerta se abrió y una alta figura masculina se escudó en la oscura mosquitera. Abrió con cuidado y salió con vaqueros descoloridos y una camiseta blanca. Era delgado, pero musculoso. Su cabello canoso y negro era espeso, al igual que sus cejas oscuras. Un fino bigote adornaba su labio superior. Sostenía un rifle por el cañón en la mano derecha.

—¿Quién demonios es? —preguntó mirándome fijamente. —Te dije que no trajeras a desconocidos por aquí.

Lexi suspiró y puso los ojos en blanco. —Hola, papá.

CAPÍTULO 21

Miré al viejo y a Lexi. —¿Papá? ¿Este solterón es tu padre?

—¿Solterón? —Se tensó y se le marcaron las venas del bíceps. —Supongo que no te ha contado nada de mí. Mi querida Lexi solo viene cuando necesita algo. ¿Y qué pasa esta vez? ¿Te ha dejado embarazada este zoquete?

Lexi se sonrojó y miró hacia sus pies.

—Intentemos algo más fácil —dijo. —¿Cómo se llama este tipo?

—Jack —dijo ella.

—¿Jack qué? —preguntó.

—Sólo sé su primer nombre, Papá.

—No puedo decir que me sorprende que vivas con un tipo cuyo apellido ni siquiera sabes.

Dio un paso adelante y se enfrentó al viejo. —Escúchame. No nos hables así ni a mí ni a mi amigo. No me acuesto con nadie. Jack es mi socio profesional.

—Qué profesional, sabes su nombre completo, ¿verdad? —Nos dio la espalda y entró, dejando que la puerta mosquitera se cerrara.

—Vamos —dijo Lexi.

Agarré la puerta y esperé a que entrara, luego la seguí. Hacía calor, al menos 24 grados allí. Una estufa de leña estaba en medio de una gran habitación cuadrada. El olor me recordó un mes que pasé en Vermont. Fui allí hace un par de años, para desconectarme de todo, mientras me recuperaba de un incidente de ahogamiento simulado.

El padre de Lexi sacó una cerveza de la nevera, la abrió, dio un trago largo y se bebió la mitad de la botella. No se molestó en preguntarnos si queríamos una. Quizás tenía algo que ver con que aún no eran ni las nueve de la mañana.

Me apuntó. —¿Estás de incógnito?

—Algo así —dije.

—Algo así —repitió poniendo los ojos en blanco. —Es una pregunta bastante sencilla, si me preguntas. O lo estás o no lo estás. Ahora bien, quizá no quieras contárselo a un viejo cascarrabias como yo. Te serviría saber que pasé toda mi vida laboral en la Agencia. ¡Qué demonios!, durante los ochenta, prácticamente viví al otro lado del muro de Berlín.

—Eres un tipo de la Guerra Fría, ¿eh?

Él asintió. —Ustedes, jóvenes imbéciles, no saben nada de eso.

—Recuerdo haber visto caer el muro. Tenía trece años, así que supongo que mirar era lo único que podía hacer en ese momento.

Negó con la cabeza. —¡Dios mío! Tú y ella hacen una pareja estupenda. ¿Cuántos años tenías, Lexi? ¿Ocho? ¿Nueve?

—Diez. —Se sentó frente a él. —Jack no está de incógnito. Trabaja en otra agencia.

Su padre apoyó el codo en la mesa y se rascó la barba incipiente. —Ah ¿sí? ¿Cuál? —Cruzó los brazos sobre su pecho abultado. —No es mi Agencia. No es este tipo.

—No, señor —dije. —Trabajé con ellos en África y Oriente Medio del 95 al 2002. Formaba parte de un programa especial con los Marines.

—Entonces eres un Cabeza de tarro.

Lo era, más o menos. Nunca pasé mucho tiempo en un pelotón. Me asignaron ahí durante el entrenamiento de reclutas. Después, entré en otra agencia y he trabajado con ellos desde entonces.

—Bueno, ¿cuál? —preguntó.

—Me temo que no puedo revelar eso, señor.

—Vaya, hijo, eso es una porquería. Me tienes con ganas de hablar de negocios, y me vas a ocultar algo así. Dios mío, y odio decirlo con Lexi presente, pero voy a ponerme los pelos de punta

preguntándome qué haces y cómo eso te llevó a ligar con mi hija, la agente del FBI.

—Papá, vamos. Ya basta de hablar. —Se levantó, se sirvió un vaso de agua y dio un sorbo—. ¿Nos vas a ayudar o no?

—Supongo que depende de lo que necesites. —Volvió a mirar a Lexi—. ¿Y por qué un agente del FBI y un hombre que trabaja para una agencia aún sin identificar no pueden recopilar información por sí solos?

Se reunió con nosotros en la mesa. —No es que no podamos. La cosa está un poco, no sé, tensa ahora mismo. Si empezamos a hacer un montón de preguntas, podríamos levantar sospechas. Y sabes, tan bien como yo que, una vez que eso pase, puedes despedirte de todos tus planes.

—Quizás te ayude si dejas de dar vueltas y me dices exactamente qué es lo que necesitas, niña.

—Hay un hombre llamado Thanos —dije. —Vive y trabaja en Chicago. Lexi y yo tenemos un interés mutuo por él.

—Por diferentes razones —añadió.

—Cierto —dije. —Thanos es nuestro hilo conductor. Ambos intentamos capturarlo al mismo tiempo. De hecho, así fue como nos conocimos. El problema, fue que alguien ya lo había encontrado. Nadie lo ha visto ni ha sabido nada de él en más de veinticuatro horas.

—¿Dónde y cuándo ocurrió esto? —preguntó.

—En casa de Thanos —dijo Lexi. —Ayer por la mañana, sobre las nueve.

—Probablemente estaba trabajando entonces —dijo. —Diablos, apuesto a que estaba en su maldita cama anoche.

—Lo dudo —dijo Lexi.

—¿Por qué? —Se movió en su asiento para mirar a su hija.

—Alguien disparó contra su casa mientras estábamos allí —dijo Lexi. —Y no me refiero a un par de tipos con escopetas de plástico, papá. Iban armados con escopetas y armas automáticas.

—Sí, supongo que eso podría ser un problema —dijo, frunciendo el ceño, al parecer admitiendo que estaba de acuerdo con nosotros. —¿Crees que los tiradores estaban allí por ti o por él?

—Buena pregunta —dijo. —Le he estado dando vueltas en la cabeza. ¿Alguien lo sacó a tiempo o se lo llevaron a la fuerza y luego esperaron para limpiar cualquier desastre que pudiera surgir? ¿Sabían de su relación conmigo?

Era un ángulo en el que solo había pensado de pasada. Lexi no sabía que Thanos se había ido la noche anterior, y no estaba seguro de si ahora era el mejor momento para decirle que la ventaja de treinta minutos que ella suponía que Thanos tenía podría ser de varias horas más.

—De nuevo —dijo su padre. —¿Por qué no puedes hacer que tu gente lo investigue? Pueden revisar los registros de su celular, rastrear su auto por telemática, buscar transacciones con tarjeta de crédito y débito. ¡Dios mío, chicos, ahora lo tienen tan fácil! Cuando yo estaba en el campo, teníamos que trabajar para atrapar a alguien.

Lexi me miró durante varios segundos sin mirarme a los ojos. No necesitaba mi ayuda ni mi intervención. No podía o no quería responder a su pregunta estando yo presente.

Como quiso el destino, el teléfono desechable que llevaba en el bolsillo empezó a zumbar.

CAPÍTULO 22

Lexi se quedó mirando el teléfono mientras lo sacaba. —¿Quién te llama a esa línea?

Mirando el número en la pantalla, me encogí de hombros. —No se lo di a nadie. Iré afuera para que tú y tu papá puedan hablar a solas.

Salí por la puerta principal, impidiendo, con el pie, que el perro me siguiera hasta que la puerta estuviera cerrada. Respondí al llamado al bajar del porche.

—¿Quién es? —El aire frío me congeló la garganta y los pulmones, obligándome a toser.

—Señor Jack.

El viejo.

—¿Cómo diablos conseguiste este número? —pregunté.

—Por favor —dijo. —¿Crees que eres el único con amigos en el espionaje? Cómo conseguí el número da igual. Lo que más me preocupa es cómo van las cosas con tu trabajo. Dame una actualización ahora.

Me dirigí por el camino de entrada hacia la zona boscosa. —No tengo nada que dar. Está fuera del radar, y yo también.

Una brisa constante agitaba las ramas de los árboles y hacía que los altos pinos se mecieran de un lado a otro, a veces, chocando entre sí y sonando como un bate de béisbol conectando un triple. Continué hacia el otro lado del bosque, desde donde tenía una vista

del sinuoso camino de entrada que llegaba hasta el estrecho camino rural. Estaba desierto. ¿Seguiría así?

—Mis colegas en Chicago están cada vez más preocupados por la desaparición de nuestro amigo —dijo el Viejo.—¿Dices que no sabes nada de a dónde fue ni con quién fue?

—Si has estado en contacto con alguien que lo conoce, entonces necesitas compartir lo que te dijo.

El Viejo se rio durante varios segundos. —Señor Jack, verá, esto es lo que me encanta de usted. Muchos hombres, bueno, se lo diré sin rodeos, me tienen un miedo terrible. No sé por qué. Soy un jefe bastante decente y un gran amigo para tener de su lado. Supongo que es porque si me traicionan, no tendrán muchas más oportunidades de hacerlo. Incluso, quienes simplemente me han molestado por no usar posavasos para su cerveza, han comprobado que es cierto.

—Genial, de verdad. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—No se ande con rodeos conmigo, señor Jack. Si tiene algo que decir, dígalo. No me tiene miedo. No ande con rodeos ni baile zapateado por miedo a lo que pueda hacerle.

—Tengo noticias.

—Pues cuéntamelo ya. Estoy harto de perder el tiempo aquí en Wisconsin. —Pensé que no estaría mal despistarlo. Aunque presentía que tenía a uno de sus contactos monitoreando la llamada para intentar localizarme. Hasta que lo hicieran, no tenía forma de saber que estaba en Indiana, lo que significaba que Lexi y yo llevábamos más de dos horas de ventaja. Por otro lado, el Viejo pudo contactarme sin tener el número, así que era posible que ya supiera mi ubicación; en ese caso, estábamos perdidos.

—Están preocupados por la participación de una agente corrupta del FBI.

Se me hizo un nudo en el estómago. —Vale.

—Parece que este agente se había infiltrado en la organización de mi socio.

—¿Llegaste hasta sus hombres?

—No, la agente estaba encubierta y logró acercarse a mi socio y a uno de sus aliados más poderosos.

—¿Qué le hicieron a la agente cuando se enteraron?

—No le hicieron nada a la agente porque desapareció tras ser delatada. Se decía que el FBI la había puesto en licencia permanente y la había enviado a un centro de protección de testigos.

—¿Ella? —Me hice el sorprendido.

—Sí, señor Jack. Hoy en día, las mujeres pueden convertirse en agentes del FBI, entre otras cosas.

—Entonces, si esta agente no está en escena, ¿cuál es la preocupación?

—Reapareció hace poco. Supongo que el FBI es tan malo en su trabajo que ni siquiera puede seguirle la pista a una de los suyos. Bueno, cuando reapareció, fue directo por nuestro amigo. Tenía información sobre él.

—Si es así, ¿por qué no fue con su superior en la agencia? —Miré hacia atrás, a través del bosque, para ver si habían salido de la casa. Solo vi al perro que se acercaba a mí por la entrada—. Me parece que eso le habría hecho ganar puntos, al menos.

—Ah, ojalá pudiera responder a eso. Supongo que pensaba que podría volver a congraciarse con la agencia organizando una redada importante. Juntar todas las piezas y luego ir a contárselo.

Me arrodillé y le acaricié la cabeza al perro. —Supongo que tiene sentido.

—Mis asociados creen que esta agente corrupta estaba coaccionando a nuestro amigo para que los delatara. Y es posible que lo tenga detenido en un lugar desconocido en este momento.

—Va a ser difícil dar con eso —dije. —A menos que te guardes algo y tengas más información que darme.

—Estoy seguro de que sí —dijo. —Te voy a enviar su foto y algo de información sobre ella. Espero que lo entiendas, tendrás que usar tus propios contactos para obtener más información. No puedo estar relacionado con esto de ninguna manera.

—¿Cuánto? —pregunté.

—¿Qué te parece cien mil más?

—Vamos —bajé la voz. —Soy un agente federal. Me condenan a muerte si me atrapan.

—De acuerdo, usted gana, señor Jack. 25, pero no más.

Un cuarto de millón de dólares con el objetivo a menos de cien metros. Cualquier otro día, podría haberlo conseguido. Pero sabía que la mitad de la historia de Feng era mentira, así que decidí seguirle la corriente un rato para conseguir la información que faltaba.

—Te enviaré los detalles en unos momentos —dijo. —Avísame cuando la encuentres.

Terminé la llamada sin responder y me quedé un enle el bosque con los ojos cerrados. El zumbido lejano de un camión de dieciocho ruedas se alzaba por encima del viento constante. Miré la propiedad hasta el camino. Todavía estaba desierta.

—¿En qué carajo te has metido esta vez? —murmuré mientras me giraba hacia la casa.

El teléfono vibró un par de veces. Descargué los archivos adjuntos que me había enviado el Viejo. Si tenía alguna duda, ya se había disipado. Estaba mirando una foto de Lexi, tomada recientemente. Alguien la vigilaba desde que salió de su escondite. ¿Cuánto tiempo la llevaban siguiendo? ¿Cuándo los perdió?

Me di cuenta de que no los había perdido ella. *Nosotros* sí. La siguieron hasta la casa de Thanos. Eran los tiradores.

Hijo de puta.

¿Y si el tipo que se escapó ya había informado que estaba con ella? El viejo me jugó una mala pasada.

CAPÍTULO 23

Lexi dejó de hablar a mitad de la frase y ella y su padre me miraron como si yo fuera un loco derribando su puerta mosquitera.

Me tomé un momento para recuperar el aliento después de correr hacia la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó, caminando hacia mí.

—Tenemos que separarnos —dije. —Y tú tienes que salir de aquí.

—Jack, ¿de qué estás hablando?

Me quedé justo en la puerta principal. El perro me siguió y me rozó la pierna con la cabeza. Me sentía incómodo en casa, incluso con la ventaja que teníamos. No podían rastrearme hasta tener el número, y lo más probable es que lo supieran hace poco; si no, el Viejo habría llamado antes. Apostaría a que, quienquiera que el Viejo enviara, estaría en Chicago; en el peor de los casos, en Indianápolis, en cuyo caso teníamos más de media hora de ventaja.

—Mira esto. —Me encontré con Lexi a mitad de camino, saqué el teléfono y le mostré las fotos que me había enviado el Viejo.

—Vale —dijo. —Soy yo. ¿Y…?

—Alguien me envió eso y cree que estás involucrada en la desaparición de Thanos.

Se puso las manos en las caderas y retrocedió medio paso. —Ambos sabemos que no es cierto.

Tuve que deletrearlo. —Lexi, esta persona no sabe que tú y yo trabajamos juntos. ¿Entiendes?

—Entonces, ¿por qué te enviaron mi...? —Se apoyó contra la pared y se cubrió la nuca con las manos. —Mierda.

—Tienes razón —dije. —Hay un contrato que me pide tu vida, y quieren que lo cumpla. Y para colmo…

—¿Qué podría ser peor? —preguntó su padre.

—Me llamaron a un teléfono desechable. Eso significa que saben dónde estamos ahora mismo. No sé cuánto tiempo tenemos, pero no podemos desperdiciarlo. Alguien aparecerá por aquí tarde o temprano, y apuesto todo mi dinero a que será pronto.

El viejo negó con la cabeza y escupió en el fregadero. —Vamos, chica. Puedo llevarlos a ti y al perro a mi cabaña de caza. Allí nadie los encontrará.

—Lo siento —dije.

—Dime quién —dijo. —¿Quién está haciendo esto?

Negué con la cabeza. —Lexi, no puedo hacer eso.

—¿Es el SIS?

—¿SIS? —dijo su padre. —Hijo, ¿trabajas para ellos?

No le dije nada. —No, no son ellos, Lex. Son otra organización. No puedo explicarlo ahora. No tenemos tiempo para esto, tienes que irte.

—¿Seguro? Hablé con tu hombre, Frank. Puede que...

—No, no lo habría hecho —dije. —No tomaría ninguna medida contra un agente del FBI. No tiene ese poder.

—Pero la gente que controla su presupuesto sí lo hace —dijo su padre.

—No es así, señor. —Intenté alcanzar a Lexi, pero ella se apartó. Me acerqué a la mesa y anoté un número en un bloc de notas, luego arranqué unas hojas más para evitar que alguien encontrara la marca.—Quiero que te alejes bastante de aquí y busques un teléfono en una farmacia. Llama a este número más tarde y me sonará. Es una línea irrastreable. Ni siquiera la NSA puede hackearla.

El anciano se inclinó y le susurró algo a su hija. Lexi lo miró y él asintió, tranquilizándola mientras le apretaba la mano.

—Jack, hay algo que deberías saber. Quizás te ayude a entender todo esto.

Negué con la cabeza. —Ya lo sé. Te desenmascararon después de tu incidente de incógnito e intentaron ponerte bajo protección de testigos. Ya mencionaste que te ausentaste sin permiso. No tenemos tiempo para hablar de eso ahora. Necesitamos distanciarnos de este lugar. Pero necesito que me digas los nombres de los dos hombres de esa reunión y qué relación tenía Thanos con ellos.

El perro empezó a gruñir y los tres nos giramos hacia la puerta principal. Más allá de los árboles, se oyeron crujir neumáticos en el camino de grava.

—Tengo un cuatrimoto estacionado en la parte de atrás. —Su padre le puso la correa al perro y lo llevó a la parte trasera de la casa. —Lexi, ¡vamos! Jack, tengo un AR-15 detrás del refrigerador. Está listo para disparar, treinta balas y un cargador de repuesto encima.

—Jack —dijo Lexi.

—Ve. Yo me encargo de quien esté ahí fuera. —La agarré de la muñeca y le puse el papel con mi número en la palma de la mano. —No te quedes ahí para comprar un teléfono. Te garantizo que, si hay cámaras, conseguirán la grabación. Si te ven, podrán conseguir el número del teléfono que compraste. Entonces se acabará la partida y ni te enterarás de que vienen.

Se inclinó y me besó la mejilla. La humedad que aún permanecía absorbió su aliento caliente. —Te llamaré esta noche.

Mientras salían por la parte trasera de la casa, oí a su padre decir —No pasa nada entre ustedes dos, ¿eh?

Salté al refrigerador en un pie y agarré el rifle. Tenía una mira telescópica de punto rojo. Quité el seguro y cargué una bala. Solo oía el suave zumbido de un motor al ralentí. Me acerqué a la ventana delantera, esperando que la capa de tierra y mugre me ocultara. Echando un vistazo al jardín delantero, vi el coche en el bosque y distinguí la parrilla y el capó. Parecía un Chevy Tahoe negro.

Una puerta se abrió y se cerró de golpe. Tres segundos después, el motor se apagó. Otra puerta se abrió y se cerró. Dos hombres emergieron de entre los árboles. Llevaban abrigos negros largos, pantalones negros y gafas de sol. Habían llegado demasiado rápido

como para que el Viejo estuviera involucrado. Incluso si supiera mi ubicación exacta, tardaría en traer a sus hombres.

¿Eran federales?

Solo tenía sentido si el FBI sabía dónde se escondía el padre de Lexi. Considerando sus antecedentes, supuse que alguien lo vigilaba. Los viejos espías se convierten en esqueletos desagradables cuando se pierden en el armario. Sin embargo, el FBI no lo vigilaría activamente. Compartir era la palabra de moda en estos tiempos de amenazas terroristas reales e inmediatas. Pero la amabilidad tenía un límite, sobre todo, sin pruebas contundentes. Las posibilidades de que la Agencia revelara la ubicación de operadores retirados, a alguien que no fuera estrictamente necesario, eran prácticamente nulas.

¿Podría el FBI haber estado rastreando a Lexi, y por ende a mí, todo este tiempo? ¿Por qué esperar hasta ahora para atraparla? Podrían habernos atrapado fácilmente anoche en el hotel.

Un motor diésel cobró vida a lo lejos, quizá a unos cuatrocientos metros. El hombre del gorro de lana le hizo una señal al otro y se adentraron en el bosque. El motor de la camioneta arrancó. Unos segundos después los perdí de vista, y poco después, todo estaba en silencio.

Me acordé de la instantánea de la zona. Por lo que vi al entrar, no había otro camino aparte del que habíamos tomado en kilómetros. El padre de Lexi tendría otras salidas, claro. Incluso podría llegar a la cabaña de caza por senderos y caminos de tierra. Sería mejor para ambos si así fuera. Parecía que estarían bien por ahora. Si terminaban en un tiroteo, apostaba a favor de Lexi y su padre. Conocían el terreno y sabían qué lugares ofrecían las mejores posiciones.

Salí de la casa, rifle en mano, y me adentré a pie en el bosque. Me abrí paso entre la maraña de arbustos y árboles. El claro que había más allá estaba vacío. El camino también. Quienquiera que fuese se había ido, y pensé que era hora de hacer lo mismo.

El coche de alquiler no llegaría a cruzar el terreno detrás de la casa. La única salida disponible era por donde habíamos entrado. Mi plan era llegar a la autopista y emprender el regreso a Chicago.

Guardé el rifle en el maletero y salí con las ventanillas bajadas y la radio y el aire apagados. El aire gélido se intensificó, pero fue necesario durante unos kilómetros. Los hombres podrían estar esperando, escondidos en la entrada o escondidos tras un grupo de árboles. Si ese V-8 rugía al arrancar, necesitaba saberlo para poder crear la mayor distancia posible entre nosotros.

Al llegar al final del estrecho camino rural, no sentía la cara. Miré el retrovisor y mantuve la mirada fija durante varios segundos. Nadie me había seguido. Subí la ventanilla y puse la calefacción al máximo.

Medio kilometro después, el coche sonó un par de veces y se encendió la luz de la gasolina. Recordé una gasolinera no muy lejos del restaurante donde habíamos desayunado, a diez minutos como máximo. Pasé cinco coches y dos camiones de dieciocho ruedas durante el trayecto.

El estacionamiento de la gasolinera estaba vacío, salvo por un Buick, de finales de los ochenta, estacionado a un lado, frente a la jaula del tanque de propano. El sol se reflejaba en la cristalera. Me protegí los ojos, pero no pude ver nada dentro. Me detuve junto a los surtidores y vi un cartel que decía: "Solo efectivo - Pagar adentro primero".

El resplandor se intensificó al acercarme a la tienda y el calor me inundaba con tanta intensidad que, al llegar a la entrada, la sensación térmica rondaba los dieciséis grados. Entré y me recibió una señora mayor, que ni siquiera se molestó en levantar la vista del tabloide extendido sobre el mostrador.

—Veinte dólares para dos —dije.

Ella levantó la mano y asintió sin hacer contacto visual.

—¿Hay café recién hecho? —pregunté.

Ella asintió nuevamente y no dijo nada.

—Agrega eso también.

—Es por cuenta de la casa, cariño —dijo.

Me serví una taza, dejé un billete de veinte y uno de cinco en el mostrador y salí de la tienda. El sol me impedía ver. Al menos el toldo sobre los surtidores me daría un poco de alivio.

Estaba a mitad de camino del estacionamiento cuando oí el sonido de un vehículo a toda velocidad. El Tahoe negro que había

visto en el bosque giró bruscamente hacia el arcén y se dirigía directamente a la gasolinera. Sus ruedas exteriores chocaron con la acera. El conductor frenó a fondo, derrapó por el estacionamiento y se detuvo bruscamente al otro lado del coche de alquiler, bloqueando la salida delantera. Las puertas se abrieron y las botas tocaron el suelo. No supe cuántos hombres había.

A ambos lados no había nada más que arcén y bosque. Detrás de mí estaba la tienda, y detrás de ella, más árboles. El camino más rápido para cubrirme era la tienda. Tenía que esperar que hubiera una salida trasera. Dejé caer el café, bajé el centro de gravedad unos centímetros y me giré para correr.

—¡No te muevas, Jack!

CAPÍTULO 24

Dos siluetas se recortaban contra la luz, en extremos opuestos de la camioneta. No estaba seguro, pero parecía que una tercera persona permanecía dentro del vehículo, al volante. El motor de la Tahoe gorgoteaba en el silencio.

—Estás cubierto, hombre —dijo el tipo.

¿Se meterían en un tiroteo aquí, con los surtidores de gasolina entre nosotros? ¡Qué demonios! Solo tenía que dispararle a uno y poder correr lo suficientemente rápido para escapar de la explosión. Me llevé la mano a la cadera. Un disparo rasgó el aire quieto. Las aves que quedaban para el invierno salieron disparadas de allí, graznando mientras aceleraban para alejarse de la gasolinera. Hice una mueca, esperando a que el dolor punzante se hiciera sentir.

—Eso fue solo un disparo de advertencia —dijo el tipo. —Un movimiento más y mueres.

Extendí las manos. —No harías todo esto para matarme.

—Tienes razón —dijo. —Pero no tengo problema en dispararte en la rótula, así que ponte las pilas, hombre.

No tenía otra opción, sin escapatoria y con dos hombres armados apuntándome. Levanté los brazos, con las palmas hacia el cielo. Uno de los hombres se acercó y me dijo que me diera la vuelta y mirara hacia la tienda. Me puso la mano en la espalda.

—No te hagas el héroe. —Revisó mi chaqueta, sacó la pistola que llevaba en la cadera y la que llevaba a la espalda. —¿Qué demonios has hecho hoy?

—Esperaba que algún cabrón me diera una razón para matarlo. Y diría que estás muy cerca de saberlo si no devuelves mis pistolas donde las encontraste.

El tipo se rio entre dientes. —No eres una maldita leyenda, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—Eres exactamente el mismo imbécil que escuché que eras. —El tipo me tiró del cuello y me giró para que mirara hacia la camioneta.

Allí, frente a la puerta trasera del pasajero del todoterreno, estaba un hombre que no esperaba ver en Indiana.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Me alegro de verte, Jack. —Frank Skinner sopló en sus palmas ahuecadas y se puso unos guantes de cuero negro. —Disculpa que hayamos tenido que hacerlo así. Pensé que no sería buena idea acercarme a ti sin más.

—¿Esos imbéciles son tus nuevos reclutas? —pregunté.

—Podría decirse que sí. —Señaló al tipo que me había registrado. —Gary, ex miembro de las Fuerzas Especiales del Ejército. Miguel es de México y trabajó en un grupo de carteles. Lo trajimos por su experiencia en ese campo.

Miré a cada hombre y luego a Frank. —¿No hay nada mejor que hacer hoy que jugar con un viejo amigo?

Frank se rio. —Amigo es un poco duro, ¿verdad? Bueno, quizá al principio, pero... ah, ¿a quién engaño? Yo creo que eres un cabrón y tú crees que yo soy un cabrón. Uno de nosotros tiene razón.

—Quizás los dos —dije, señalando a Gary con la barbilla. —Ahora que ya nos conocemos, ¿qué tal si me devuelves mis pistolas?

Frank asintió a su suplente y me ofreció ambas armas, con las empuñaduras hacia mí. Las enfundé y me acerqué a la camioneta. Frank abrió la puerta trasera y me hizo señas para que entrara. Después de hablar con Gary y Miguel, Frank se reunió conmigo en la parte de atrás.

—¿Y de qué se trata todo esto? —Era una pregunta tonta. Una pregunta que pretendía irritarlo. Ambos sabíamos por qué estaba allí. Al menos en parte.

—¿Un agente suspendido del FBI me llama para verificar tu identidad y crees que no voy a investigar eso? —Frank le indicó a Gary que saliera del estacionamiento. —¡Dios mío, Jack! ¿Tienes idea de dónde te has metido? ¿Sabes, y de verdad, quién es tu nueva novia y qué ha hecho?

Quería pasar el menor tiempo posible en la camioneta con Frank y sus hombres, así que no tenía sentido andar con rodeos ni intentar molestarlo. Necesitaba la mayor cantidad de información que pudiera tener. Meterme con él solo lo animaría a ocultarla. Respiré hondo para calmar mi pulso.

—Se ausentó sin permiso durante una misión encubierta. Su esposo se metió en problemas y tuvo que elegir: su vida o su carrera. Lo eligió a pesar de ser un cabrón despiadado que no la merecía. Terminó desvelando su identidad. Como la habían descubierto, la metieron en el programa de protección, pero no lo soportó. Quedaron demasiadas cosas por hacer. No estoy del todo seguro de algunos detalles, de los hombres que buscaba ni de la relación entre Thanos y ellos, pero todo empieza a encajar.

Frank me miró fijamente, durante cinco segundos, antes de ofrecer cualquier consejo. —Casi.

—¿Qué me estoy perdiendo?

—Nada importante. —Metió la mano en su bolso y sacó una carpeta atada con un cordel rojo. Desenrolló el cordel, la abrió y la puso sobre su regazo. Contenía una serie de fotos. La primera de las cuales reconocí era la de Thanos. —Bien, ya conoces a este tipo. ¿Y qué hay de él?

Era el pelirrojo, el guardia de seguridad. —Sí, tuve un encontronazo con él.

—¿Sabes su nombre?

Negué con la cabeza.

—Nosotros tampoco lo tenemos. Lo que sabemos es que es de Rusia.

—Me sonó a americano.

Frank cambió su acento. —Y puedo sonar como un británico de remate, ¿no?

—Entiendo el punto.

—Suponemos que ha contratado seguridad para Thanos.

—Tienes razón —dije, omitiendo el hecho de que la última vez que se vio a Thanos fue con el pelirrojo.

—Sería buena idea rastrear a este tipo, a ver qué sabe. —Levantó la mano y me interrumpió. —Ya sé, es más fácil decirlo que hacerlo. Tenemos un equipo trabajando en su ubicación. En cuanto la tengamos, tú también la tendrás.

—¿A quién más tienes ahí?

Sacó una foto de un hombre de mediana edad, de unos cincuenta años. Tenía el pelo casi canoso y apenas tenía arrugas. —Este es Will McGrath. Dirige la mafia de Chicago. Pasó a otra foto.

—Lo conozco —dije.

Frank asintió. —Pensé que lo reconocerías. Es Jarred Denton, un político local. Probablemente lo viste en las noticias cuando lo investigaban por fraude hace un año más o menos. La fiscalía no pudo sostener los cargos. Fue entonces cuando involucraron a tu amiga del FBI. Trabajó con la mafia durante dieciocho meses y, finalmente, logró entrar en el círculo íntimo de McGrath. Él consiguió la reunión con Denton. De hecho, era su segunda reunión, la que mencionaste. Finalmente, se sintió lo suficientemente cómodo con ella como para escuchar la propuesta.

—Y lo arruinó todo. —Otra pieza en su sitio. —¿Qué tiene que ver Thanos con esto?

—Lo que sabemos de Thanos es que es un hombre rico. Sin embargo, no se ensucia demasiado las manos. Usa a alguien como ese guardia de seguridad pelirrojo, que usa a su propio agente. Así, no hay una conexión directa entre el subordinado que realiza la actividad y Thanos.

—Si Lexi estaba tratando de proteger a Thanos...

—Tranquilo, compañero —dijo Frank. —No sabemos qué hacía allí. Pero me gustaría saber exactamente por qué estabas en su casa cuando esos idiotas dispararon y atrajeron todas las miradas del Medio Oeste hacia este desastre.

—Él era mi objetivo.

Frank se aclaró la garganta. —¿Quién dio la orden?

Sostuve su mirada y no dije nada.

—Claro —dijo Frank. —No me lo puedes decir.

—No querrías que te revelara en una situación similar, ¿verdad?

No respondió. —También puedo decirte que a las ocho de esta mañana le pusieron un contrato a tu amiga por vías no oficiales. Pero créeme, es lo más oficial posible. Más le vale que esté muy interesada en este tipo, o la primera vez que alguien la tenga en la mira, estará acabada.

Necesitaba advertirle que la amenaza a su vida era legítima, por si las fotos que le enseñé no habían funcionado. Era demasiado pronto para que intentara llamar, pero necesitaba un teléfono pronto. El anterior ya lo había destrozado desde que el Viejo lo había comprometido.

—¿Supongo que ella esta de nuevo en esa casa?

No respondí.

—Habría sido mejor que no hubiera huido. Podría habernos ayudado a aclarar estas dudas, a poner las cosas en marcha. —Hizo una pausa. —Todavía hay tiempo para eso, Jack. Si puedes contactarla...

—No puedo —dije. —Y el único teléfono que tenía ya no está, así que ,a menos que nos encontremos en el supermercado, no va a pasar.

Él asintió, pero sabía que no se lo tragaba. Frank me conocía demasiado bien. Y a mí me pasaba lo mismo con él. No lo aceptarían con los brazos abiertos. Una de las razones por las que se creó el SIS fue para el tipo de trabajo del que hablaba. Todos sus agentes eran prácticamente fantasmas ocultos y podían moverse por el país con facilidad. A pocos les importaba lo sucias que se pusieran las manos, siempre y cuando lo que hicieran estuviera autorizado. Y los trabajos se autorizaban al más alto nivel del Pentágono, incluso, si quienes daban el visto bueno no sabían realmente qué estaba pasando.

Miré hacia arriba mientras la camioneta se desviaba hacia la interestatal en dirección este, hacia Indianápolis. —¿A dónde vamos?

—El trato es el siguiente. Quedas reactivado desde hace tres días. —Frank rechazó mi objeción antes de que pudiera expresarla y me lanzó unas credenciales. —Ya sabes los cargos que te pueden

imputar por lo de Thanos. Supongo que tres días te dan tiempo suficiente para que todo lo que has hecho hasta ahora esté cubierto.

No pude replicar mucho. —Con una condición. Voy a necesitar...

—Primero que nada, no estás en posición de ponerme condiciones —dijo Frank. —Segundo, pensé que tarde o temprano me pedirías un socio para esto, así que me tomé la libertad de subir a Logan a un avión a Indianápolis. Aterriza en menos de una hora. Te dejaré en el aeropuerto. Hay un Audi en el estacionamiento de larga estancia en el garaje de la terminal. Ya está equipado con todo lo necesario: armas de fuego, un par de teléfonos, una computadora portátil, un rastreador GPS, que puedes colocar debajo del hueco de la rueda de un auto, y mucho dinero en efectivo. Quiero que te presentes a las cinco de la tarde.

Oficialmente, volví a ser agente del SIS. El sabor que me dejó en la boca casi me hace vomitar. Al mismo tiempo, Oso estaba en un avión rumbo a Indianápolis.

Y esa fue la primera buena noticia que escuché desde que llegué a Chicago.

CAPÍTULO 25

Frank y sus hombres me dejaron frente al Aeropuerto Internacional de Indianápolis sobre las once de la mañana, cerca de la puerta de llegadas. El lugar parecía sacado de una película de ciencia ficción, con la forma de una nave extraterrestre gigante. La fachada y los laterales tenían ventanales de suelo a techo, de casi treinta metros de altura.

Entré y encontré una cafetería donde agarré la taza más grande que ofrecían y la llené con el tueste de barril más oscuro que tenían. El café caliente me distrajo del momento, alivió mis pulmones tensos y despejó el sordo dolor de cabeza que sentía. Solo hizo falta que las llaves del Audi me presionaran la pierna para volver a la situación actual. Me pregunté qué no me habría contado Frank sobre el coche. ¿Llevaba un tiempo allí parado?¿Por qué llevaba aparcado largo plazo? ¿Había recurrido a compartir recursos con otra agencia? Al fin y al cabo, ¿por qué, de todos los lugares, Indianápolis? Este no era un centro importante para el SIS, y estaba seguro de que el vehículo tenía funciones adicionales a las que me había dicho. Seguro que el vehículo tenía un sistema de seguimiento. Antes de empezar, demonios, antes de abrir las puertas, teníamos que comprobarlo por debajo, por si había algo obvio.

Con el café en la mano, me abrí paso entre la multitud serpenteante camino a la puerta. Encontré un espacio libre en la pared y me acomodé. Oleada tras oleada de viajeros llegaban. Algunos, cansados del trabajo, otros, emocionados por ver a sus

seres queridos. Solo tuve que echar un vistazo a la manada para saber que Oso no estaba entre ellos. Después de quince minutos, lo vi asomar, una cabeza por encima de los demás, con su melena y barba desgreñadas. Se abrió paso entre una familia japonesa, vestía vaqueros y una chaqueta de cuero marrón, y se dirigió hacia mí con una amplia sonrisa.

Dejé el SIS en 2002 y Oso se retiró de la Infantería de Marina un par de años después. En los meses siguientes, iniciamos una pequeña aventura empresarial. Principalmente, trabajos por encargo para diversas agencias gubernamentales en Estados Unidos, el Reino Unido, países de Europa Occidental y algunos en Centroamérica y Sudamérica. El negocio había ido bien, pero tras un incidente con Frank Skinner, un agente del FBI traicionero y terrorista, tanto Oso como yo, nos dimos cuenta de que éramos unos tontos por hacer solo su trabajo sucio. No había buenos ni malos en este negocio cuando se alcanzaba el nivel de operaciones que teníamos. No importaba quién te apoyara, no eras más que un engranaje en su maquinaria. Y, cuando trabajabas por tu cuenta, eso era malo. Así que cambiamos nuestra filosofía y trabajamos para el mejor postor.

Me agarró la mano y me jaló para darme un abrazo rápido con un solo brazo. De esos en que los chicos se golpean la espalda, algo entre un abrazo y una pelea.

Habían pasado un par de meses desde la última vez que vi a Oso. Se había ido a pasar el invierno en los Cayos, necesitaba desconectar. Mientras tanto, yo me quedé en Nueva York y conseguí algunos trabajos fáciles, para mantener las cuentas y cuidar nuestros intereses. Fue un buen descanso para los dos, pero después de pasar la mayor parte de mi vida adulta con Oso a mi lado, ya me había acostumbrado a tenerlo cerca. Dios no quiera que alguno de nosotros decida formar una familia. La pobre esposa nos odiaría.

Oso había viajado ligero. Todo lo que necesitaba estaba en su mochila, así que no hubo necesidad de pasar por la zona de recogida de equipaje. Seguimos las señales de aparcamiento de larga estancia y recorrimos los pasillos hasta encontrar el Audi.

Podríamos haber usado el llavero para tocar la bocina, pero eso llamaría la atención innecesariamente.

Frank no había escatimado en gastos en este caso. El S8 negro parecía nuevo. Abrí el maletero y levanté el suelo. Había compartimentos a ambos lados de la rueda de repuesto. Bajé la mano por el lateral hasta encontrar el pestillo. Dentro había dos pistolas Beretta 92FS de 9 mm, con las que ambos estábamos más que familiarizados. También nos había proporcionado dos teléfonos móviles y una bolsa con unos treinta mil dólares en billetes mixtos. En el asiento trasero había dos bolsas de lona negras, con logotipos corporativos grabados, con ropa para ambos.

—Mira debajo —dije.

Oso se tiró al suelo y se coló bajo el vehículo. —Se ve bien, amigo.

Palpé cada paso de rueda en busca de dispositivos conectados, pero no encontré nada. Bajo el capó, todo parecía normal.

—¿Crees que está limpio? —preguntó Oso.

Negué con la cabeza. —Lo dudo, pero no tenemos muchas opciones. Además, empiezo a pensar que Frank es nuestro aliado en esto, por alguna razón.

—¿Recuerdas lo que pasó hace dos años? —Oso se abalanzó al techo y se inclinó hacia adelante. —O sea, todo ese tiempo en el hospital, Joe el terrorista del FBI, Skinner... Fue un desastre total.

—Lo sé, Oso —dije. —Frank me tenía en una maldita camioneta con dos de sus hombres. Podrían haberme detenido en el estacionamiento de una gasolinera en medio de la nada. Podrían haberme detenido en el coche y haberme llevado a una estación de campo, en lugar del aeropuerto. Él sabe lo que hacía en Chicago.

—¿Qué era qué exactamente?

—Ya llegaré a eso —dije. —La cuestión es que él te trajo aquí, me llevó contigo y nos llevó en este coche, cargado con todo lo necesario.

—Entonces, lo que estás diciendo es que haremos el trabajo sucio por él, algo en lo que, por cierto, no involucrará a sus propios hombres, y luego nos matará.

Saqué la identificación que Frank me había dado en la camioneta. La mayoría de la gente no la diferenciaría de la suya. Solo unos pocos sabían más, y, a fin de cuentas, me convenía más tenerla que no. Se la tiré a Oso. —Me reactivó.

Oso negó con la cabeza y abrió la puerta. Con un pie dentro, se detuvo y dijo: —Aquí vamos de nuevo.

CAPÍTULO 26

Mientras conducíamos hacia Chicago, le conté a Oso todo lo sucedido, desde mi encuentro con el Viejo y el encuentro en el callejón, hasta el momento en que mandé a Lexi y al perro con su padre. Asintió mientras seguía mi relato y me dejó terminar antes de ofrecer su opinión.

—Me parece que deberíamos empezar con los guardias de seguridad de Thanos, —dijo Oso. —Estuvieron allí la noche antes de que planearas terminar el trabajo. Me gustaría saber adónde lo llevaron y por qué. Supongo que no tienes idea de cómo solía pasar las tardes, ¿verdad?

—Desafortunadamente, no. —Puse la señal de giro y me metí en el carril izquierdo para sortear una larga fila de camionetas blancas. —No tenía mucha información sobre esto. En ese momento pensé que, si se había ido de noche, era para una reunión. Algo improvisado, quizá incluso sin planear. Desde luego, no era el tipo de reunión que querían que el público supiera.

—¿Es el tipo de persona que le importa al público?

—No —dije. —Pero los hombres con los que Lexi trató mientras estaba de incógnito sí lo eran.

—Así que, para que se fuera con sus hombres, tenía que ser con alguien en quien no confiaba del todo. Alguien a quien temía que no velara por sus intereses.

—Podría ser. O, tal vez, solo quería equiparar potencia de fuego con potencia de fuego.

—El mafioso de Lexi. —Oso tamborileó con los dedos en el tablero. —¿Sabemos quién es?

—No tengo nombre y no he intentado encontrar uno, pero estoy seguro de que no es difícil de averiguar.

—Claro, pero hay que tener cuidado. No podemos asustar a un grupo de matones y acabar con este tipo pisándonos los talones. ¿Cuánto crees que puedes apoyarte en el Viejo ahora?

—¿Ahora que soy, de nuevo, oficialmente SIS? Para nada. Probablemente pueda desinformarlo un poco para ver qué me dice. Pero ahora estamos en modo de recuperación. Si encontramos a Thanos con vida, tenemos que detenerlo. Me encargaré del Viejo luego.

—Eso va a ser fuerte, compañero.

Esa había sido mi sensación desde la mañana en que la casa de Thanos fue baleada. Aún persistía la duda de si estaban allí solo por ella o si pretendían eliminar a Lexi y a Thanos al mismo tiempo.

—¿Tienes alguna forma de que ella pueda contactarte? —preguntó Oso.

—Tiene el número. Solo necesito comprar un teléfono para que la redirijan. Ojalá no se haya dado por vencida todavía.

—Paremos y consigamos uno.

Le di una palmadita a la consola central. —No confío en este coche. Mi instinto me dice que tiene algo que le permitirá a Frank comprobar la señal del móvil. Podemos usar la ciudad y los edificios altos a nuestro favor. Pero, aquí en la carretera, ni hablar. No quiero que nos ataque. Recuerda, Lexi tiene un contrato pendiente, que se originó en algún lugar del Pentágono. Por lo que sabemos, Frank está involucrado.

—Probablemente espera que la encuentres. —Oso levantó la mano como una pistola y fingió disparar. —Hazle el trabajo sucio y luego te suelta. —Hizo una pausa. —O usa su vida como moneda de cambio para que te quedes en el SIS.

—Eso es lo que temo, que Frank use esta situación para controlarme. En lo que respecta a Lexi, podría decirlo con sencillez: hazlo o muere.

—O toma mi mano —bromeó Oso. —¿Alguna vez te preguntaste por qué ese tipo está tan obsesionado contigo?

—No, la verdad es que no. —Toqué el espejo y me incliné hacia él. —O sea, ¿puedes culparlo?

Oso se rio. —No te creas tanto, hombre. Sin mí, no eres nada.

—¿Nada?

—Hasta tu fanático Frank sabía que tenía que traerme, desde los Cayos hasta Indianápolis, para asegurarse de que este trabajo se hiciera bien.

—No, seguro que también te tiene preparado algo. Quería asegurarse de que hicieras algo de ejercicio antes de ponerte a prueba. Menos mal. Parece que te has ablandado un poco.

—La playa y la cerveza. —Se dio una palmadita en el estómago. —Siempre lo hace.

Estuvimos un rato dando vueltas y luego organizamos el viaje. Mi mente seguía dando vueltas a las mismas preguntas básicas como si estuvieran escritas en la arena y las olas las arrastraran. Me ayudó a comprender la perspectiva de Oso, y darle un poco de tiempo para reflexionar, podría descubrir algo que no se me había pasado por la cabeza. Juntos resolveríamos esto. Siempre lo hacíamos.

Llegamos a Chicago poco después de las tres de la tarde y encontramos un garaje para estacionar el Audi, a unos 400 metros de la oficina de Thanos. Dimos un paseo, comimos un par de hamburguesas en Beacon Tavern y luego nos dirigimos al edificio.

Una parada de autobús a dos manzanas nos ofrecía buena cobertura. Estaba cerca de donde había aparcado un par de días antes. El sol se reflejaba en las ventanas del otro lado de la calle, creando un resplandor tremendo. También afectaría a los que estaban sentados en las oficinas. Esperaba que al pelirrojo y a sus hombres les resultara más difícil identificarnos a mí y a Oso. Además, la rotación de personal era constante en una parada de autobús. La gente iba y venía todo el día, a veces, esperando hasta veinte o treinta minutos. Era un desperdicio de recursos dedicar un puesto de vigilancia a la ubicación.

Tomé un periódico del banco y me cubrí la cara con él mientras me concentraba en la entrada y el tejado del edificio de Thanos. Un

tipo en la cima, con gafas de sol y un abrigo grueso, caminaba por el perímetro. No había estado allí la última vez que estuve. ¿Esperaban por mí o a alguien más?

Oso mantuvo su mirada en el nivel de la calle, estudiando a cualquiera que no se moviera a un ritmo decente.

—¿Algo interesante? —pregunté, después de que la otra pareja de la parada subiera al autobús.

—No, la verdad es que no. Un par de ancianas y unos cuantos indigentes llaman la atención sin motivo alguno. Todos los demás parecen encajar.

—Sí, hasta ahora solo he visto un guardia en la azotea. ¿Los demás? Supongo que mantienen a la seguridad cerca.

—O se han ido porque saben que no lo necesitan ahora mismo, —Oso se levantó y se estiró,—que no tiene sentido aparecer.

—Tenemos que ir por la cabeza. Tenemos que encontrar al pelirrojo y quemarlo. —Miré a mi alrededor, a un edificio gótico fuera de lugar al otro lado de la calle que parecía abandonado desde hacía tiempo. —Vamos. Vamos a dar un paseo.

Sabía que el pelirrojo no subiría al autobús, y era poco probable que se alojara en un apartamento o habitación de hotel cercano. Thanos vivía a unos treinta minutos de distancia. Quizás el jefe de su seguridad lo acompañaba, posiblemente le hacía de chófer. O quizás regresó a su casa, que supuse que era temporal, así que probablemente se hospedaba en un hotel cerca de la casa de Thanos. En cualquier caso, necesitaba un vehículo. Y no había dónde aparcar un coche todo el día delante, al lado o detrás del edificio de oficinas.

—Tiene que ser eso. —Oso señaló con el dedo una señal negra con letras verticales blancas que decía ESTACIONAMIENTO. Nos detuvimos debajo.

—Debe haber una entrada al otro lado también. —Miré hacia el cavernoso garaje y distinguí una amplia abertura en diagonal hacia nosotros. —Vamos.

Nos abrimos paso entre las sombras usando vehículos estacionados como cobertura.

—¿Alguno de ellos te parece familiar? —preguntó Oso.

Recorrí cada fila con la mirada en busca del Cadillac SUV que había visto hacía un par de noches. —La verdad es que no. Busca una Escalade negra. Me sé las placas de memoria.

—Menos mal —dijo Oso. —Esas cosas están por todas partes.

Él debería saberlo. Eso es lo que conducía.

Oso continuó: —Vayamos al otro lado y esperemos un rato en las sombras.

—Tengo una mejor idea. —Miré por la abertura hacia la calle. —No te han visto.

—Entiendo. —Oso pasó la pierna por encima de la barrera de hormigón. —Espera mi llamada.

CAPÍTULO 27

A PESAR DEL OLOR A ESCAPE QUE TRAÍA ALGUNA QUE OTRA RÁFAGA DE VIENTO gélido, el aparcamiento no estaba tan mal. Cada dos minutos me movía hacia la luz del sol, con cuidado de mantener la cara oculta entre las sombras. Hacía que la sensación fuera veinte grados más cálida. Oso me había llamado para avisarme que estaba frente al edificio. Desde su posición privilegiada, podía ver la entrada principal, las puertas laterales y la calle perpendicular al otro extremo del edificio. El hombre que buscaba medía un metro ochenta, era corpulento y pelirrojo. Destacaba más que Oso entre la multitud.

Me mantuve ocupado comparando rostros que pasaban con la base de datos interna guardada en un rincón remoto de mi mente. Nunca sabía cuándo aparecería alguien de hace diez años o diez horas. Por ahora, estaba más preocupado por la historia reciente, empezando por mi último día en Nueva York. Desde el principio, nada parecía correcto en este trabajo. Cualquier cosa que se presentara como fácil era, sin duda, un verdadero fastidio. Lo sabía, y aun así acepté. Cuanto más pensaba en Matt, el socio de Charles, más me convencía de que tenía algo que ver con esto. Ya que tenía a Frank y los canales oficiales del SIS a mano, quizá fuera el momento de aprovecharlos.

Mis tratos con el Viejo eran un tema delicado con Frank. Aunque realizaba tareas similares para ambos hombres, Frank tenía al Pentágono de su parte. Para él, Feng era un asesino despiadado que

no tenía reparos en aprovecharse de los vicios ajenos. Drogas, apuestas, tratos con gobiernos extranjeros... el Viejo no consideraba intocable nada de eso. Fue mi relación con él, y con algunos otros, lo que llevó a Frank a cortar recientemente la comunicación conmigo. No me molestó, ya que llevaba un tiempo rechazándolo. Nunca había confiado y desconfiado tanto de alguien a la vez, como de Frank Skinner. Desde mis últimos días en el SIS, me preguntaba si él velaba por mis intereses o los de alguno de sus agentes.

Mi teléfono vibró y respondí rápidamente.

La voz de Oso se escuchó por el auricular bluetooth. –Tu hombre asomó la cabeza por el edificio.

—¿Dónde está ahora?

—De vuelta adentro.

—¿Seguro que era él?

—Casi seguro. Fui a sacarle una foto, pero ya se había ido.

—No te vio, ¿verdad?

—¡Joder, Jack! ¿Crees que esto es pura diversión para aficionados?

—Sin ánimo de ofender, grandulón, pero has estado de vacaciones. Puede que estés un poco oxidado.

—Al diablo con eso —dijo. —Estoy bien descansado y listo para darle una paliza a alguien. Así que sigue así y serás el primero en la fila.

La línea se cortó. Guardé el teléfono en el bolsillo y volví a observar la calle y el garaje.

Me sentí bien con Oso a bordo. Aunque tener a Frank cerca me hacía sentir que algo iba a salir mal en cualquier momento, Oso lo contrarrestó, e incluso, me dio algo de optimismo de que descubriríamos a dónde se habían llevado a Thanos.

Un movimiento al otro lado del garaje me llamó la atención y me giré hacia la distracción. Dos hombres habían salido de la escalera. No pude distinguir sus rostros, pues estaba demasiado oscuro y llevaban abrigos gruesos y capuchas. Rodearon una miniván y caminaron por el pasillo hacia mí.

Saqué mi teléfono y llamé a Oso.

—Podría haber un problema aquí —dije.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Aparecieron un par de chicos y bajaron por las escaleras.

—¿Y?

—Vienen hacia mí. ¿Cuánto crees que tardarás en llegar si algo sale mal?

Se rio. —Demasiado tiempo. Además, no me voy a ninguna parte. Acabo de ver a tu chico otra vez, y esta vez llevaba abrigo. Parece que se está preparando para moverse.

Volví a echar un vistazo rápido a los hombres. Uno tenía el móvil pegado a la cabeza y, el otro, escondía las manos en el bolsillo de su abrigo. Pensé que quizá iban de camino a encontrarse con el pelirrojo. Quizás lo había estado viendo mal. ¿Y si el pelirrojo era el socio de Thanos, no el jefe de su seguridad? Si era el segundo al mando después de Thanos, podría ser el siguiente.

—Está bien —dije. —Voy a verte.

—¿Qué?

Colgué el teléfono y me dirigí hacia la salida. Salir en público ponía en riesgo nuestra operación, pero si esos dos hombres estaban conectados de alguna manera, no habría posibilidad de acabar con el pelirrojo.

El primer piso del edificio gris, del otro lado de la calle, era una pared de ventanas tintadas. Esquivé el tráfico, prestando atención al reflejo del garaje que tenía detrás. Vi que los dos hombres salieron por la misma abertura, miraron a ambos lados de la calle y uno me señaló.

—Dios mío —murmuré.

El tipo le dio una palmada en el hombro a su amigo, y ambos llegaron al asfalto, resoplando en mi dirección.

Corrí hacia la esquina y giré bruscamente a la derecha. Había poco tráfico, unas diez personas justo delante de mí, la mitad de las cuales venían en mi dirección. Como en cualquier ciudad grande, mantenían la mirada fija al frente, ignorando todo lo que les rodeaba. Seguí avanzando hasta llegar a un punto donde se hundía el edificio gótico que había visto antes, se trataba de un túnel estrecho que me condujo a un patio cubierto de maleza. Era una mezcla de hormigón, hierba seca, maleza y juegos infantiles

oxidados. Ventanas rotas con gruesas rejas de hierro en cada planta daban a la zona. ¿Era un edificio de apartamentos? ¿Una escuela? ¿Un antiguo hospital psiquiátrico?

Esperé justo dentro del área, fuera de la vista del túnel. Pasaron treinta segundos, luego un minuto. Esperé un poco más. El aire frío silbaba por el pasillo. Sentí como si cien pares de ojos me observaran, pero, cada vez que levantaba la vista, no veía a nadie.

Y nadie pasó por el túnel.

¿Habían dejado de seguirme al llegar a la calle? ¿Estaban esperando al otro lado? Quizás sabían que no tenía escapatoria. ¿Por qué no detenerme aquí? No habría testigos.

Llamé a Oso de nuevo.

—¿Estás en posición de vigilar la calle transversal? Si es así, dime si hay un par de matones merodeando frente al edificio gótico.

—Espera un segundo. —Oso respiró con fuerza por el micrófono mientras recorría terreno. —Parece desierto. ¿Qué aspecto tenían?

Solo los había visto en las sombras y en su reflejo en la ventana. —Nunca los vi bien. Abrigos gruesos con capucha.

Oso se rio. —Muy bien, entonces todas las personas que veo caminando ahora mismo son sospechosas.

—Quédate ahí un momento. Ya salgo.

Mantuve la línea abierta mientras regresaba por el túnel. En cuanto hicimos contacto visual, Oso regresó a su posición. El garaje ya no era seguro, y si los chicos eran quienes yo creía, supuse que el pelirrojo ya estaría asustado.

—¿Crees que te reconocieron? —preguntó Oso.

—Cuando los vi en la ventana, me señalaron. Así que sí, creo que lo saben.

—Tu chico se pondrá en movimiento pronto.

Tuve que idear un plan rápidamente. Dejaron de seguirme, lo que significaba que debían estar rastreándome de alguna manera. Miré a ambos lados de la calle. Había muchos lugares donde podrían estar vigilando y yo nunca lo sabría.

—Voy a acercarme a tu posición —dije. —Me verán y me confrontarán o se irán en equipo. Ve por el coche, acércate y espera mi señal.

Bajé la cabeza, me subí el cuello de la camisa y corrí a la esquina. Oso pasó sin pestañear en mi dirección. Puede que ya supieran de él, que supieran que estamos juntos. Pero puede que no. De cualquier manera, parecía que nuestras posibilidades de alcanzar al pelirrojo hoy, disminuían a cada minuto.

Doblé la esquina y me situé a la vista del edificio de Thanos. Miré hacia su oficina; las gafas de sol atenuaban el resplandor de la ventana. Vi movimiento, al menos un par de chicos.

Una Escalade negra se detuvo frente al edificio. Un hombre estaba al volante y vi que la correa de su reloj de acero inoxidable brillaba a la luz del sol. El asiento del copiloto estaba vacío.

—¿Dónde estás, Oso? —pregunté.

—Ya casi estoy en el auto —dijo.

—¿Alguien te está mirando?

—Solo las damas.

—No es momento de tonterías, hombre.

—Está despejado. —El motor del S8 aceleró. —¿Qué pasa?

—Quizás algo. —Noté que el hombre de la camioneta se llevaba un teléfono a la cabeza. —Espérame.

—Todo…

La línea se cortó.

CAPÍTULO 28

En el mismo instante en que se cortó la llamada, la puerta del otro lado de la calle se abrió y salieron dos hombres. Eran de estatura media, delgados, con aspecto enfadado y, sin duda, armados. Detrás de ellos, apareció un tercer hombre. Incluso con el gorro puesto, supe que era el pelirrojo.

Saqué el teléfono y le di marcar de nuevo. La línea sonó varias veces y luego dejó de sonar.

—Maldita sea —murmuré. —¿Dónde estás, Oso?

Uno de los hombres furiosos cruzó la acera, abrió la puerta del copiloto y se inclinó para hablar con el conductor, quien extendió el brazo y se encogió de hombros dos veces. El furioso miró al pelirrojo y asintió. Yo estaba a apenas treinta metros, a plena vista, y no me hicieron caso, aunque estaba seguro de que me habían visto los dos tipos del garaje.

Mi dedo se cernía sobre el botón para remarcar del teléfono en mi bolsillo. Lo presioné y esperé, mientras el teléfono sonaba ocho veces, y luego se cortó de nuevo. Empecé a preocuparme de que hubieran localizado a Oso antes de que pudiera salir. Aguanté todo lo que pude. En cuanto se abrió la puerta trasera del pasajero de la Escalade y el pelirrojo cruzó la acera, me di la vuelta y retrocedí. Solo podía esperar que Oso estuviera esperando allí y que llegara a tiempo para que siguiéramos la camioneta. Teníamos que averiguar qué sabía el pelirrojo, y lo necesitábamos hoy. Cada segundo contaba.

Llegué a la esquina, donde me encontré atrapado entre un grupo de caminantes, todos con mallas neón y zapatos brillantes, que se dispersaron a mi alrededor, lanzándome miradas desagradables al pasar. Observé la calle, caminé hacia adelante, y vi a los dos hombres del taller acercándose. Estaban a menos de quince metros. Me bajé la cremallera de la chaqueta y eché la solapa derecha unos centímetros hacia atrás. Un tiroteo en el centro de Chicago no era lo ideal. ¡Rayos, blandir un arma me llevaría a la cárcel! Eché un vistazo a la red de cámaras de seguridad instaladas en los semáforos, en los laterales de los edificios. Las tiendas tenían sus propios sistemas de vigilancia. Lo que fuera que estuviera a punto de pasar, quedaría grabado en video.

Al acercarme, los hombres no me hicieron caso. Disminuyeron la velocidad y se detuvieron frente al escaparate de una tienda. Pasé, los miré con indiferencia y los vi tomados de la mano. Me puse tenso durante los siguientes pasos, de espaldas a ellos, pero después de pasar, no hicieron nada. Reconocí, al ver su reflejo en el escaparate, al tipo que me señaló momentos antes. Busqué en mi mente una mejor descripción de ese edificio. Letras estampadas en el escaparate. Logotipos de Visa, MasterCard y AMEX en la puerta. Era una especie de tienda, y recordé haber visto la tenue silueta de un traje tras el cristal.

Toda esa energía desperdiciada para nada, y encima, potencialmente me delaté frente a la oficina de Thanos.

Oso se detuvo junto a la acera con el Audi. El seguro hizo clic. Abrí la pesada puerta de golpe y me deslicé en el asiento delantero.

Apunté con el dedo hacia adelante. —Date prisa, ya deben estar a medio camino de Sheboygan.

Oso no esperó a que cerrara la puerta. Cruzó la calle y aceleró hasta la intersección.

—¿Te estas divirtiendo? —pregunté.

—Cambiaré mi bestia por uno de estos tan pronto como regresemos a la ciudad. Este coche no le queda bien a un tipo como tú. Es demasiado elegante.

Se apelmazó la barba con la mano. —¿Dices que no tengo suficiente clase?

Me encogí de hombros cuando frenó en la esquina. Un grupo de personas nos bloqueaba el paso. Nos topamos con la parte trasera de la Escalade cuando giraba a la izquierda a una cuadra y el tráfico que venía en dirección contraria nos impidió girar a tiempo. —Sigue recto. Giraremos a la derecha en la siguiente intersección y con suerte tendremos más posibilidades.

Oso aceleró antes de que el semáforo se pusiera en verde. Recorrimos la cuadra a ciento diez kilómetros por hora, zigzagueando a la izquierda. Frenó a fondo y empezó a girar seis metros antes, colándose por delante de tres coches. Chirriaron las ruedas, sonaron las bocinas. Oso les saco el dedo a todos.

—¿No tenemos suficiente con lo que lidiar más adelante? —dije. —¿También quieres enfadar a un gamberro con ganas de morir?

—Te estás volviendo blando —dijo.

Esperaba que eso no fuera cierto.

—Allá van —dijo. —Siguen derecho. Ya no debería haber muchos problemas.

El semáforo del siguiente cruce parpadeaba. Oso pasó a toda velocidad, apretándonos entre un par de coches que venían en dirección contraria. Mi atención ahora estaba en la camioneta que estaba media cuadra más adelante. Teníamos que acercarnos o arriesgarnos a perderlos en un semáforo. Había cámaras por todas partes. Supuse que eso significaba que a la policía le preocupaban poco las infracciones de tráfico básicas. Probablemente, tenían lectores de matrículas y una computadora programada para decidir adónde enviar la multa.

Como era de esperar, la luz se puso amarilla mientras el pelirrojo y sus muchachos despejaron la intersección.

—Pasa por esa luz roja —dije.

Oso sonrió, pisó el acelerador y usó la línea de carril como línea central. Nos apretujamos entre una miniván y un Camaro clásico, pintado de negro con llamas en el capó. El semáforo se puso en rojo y Oso aceleró con más fuerza. Miré por la ventana hacia el tráfico que venía en dirección contraria y pude ver la expresión en la cara del viejo mientras le tiraba el café al pasajero y agarraba el volante

con ambas manos. Tenía la boca torcida en un grito al pisar el freno a fondo.

Pasamos ilesos, pero el sonido de los autos, evitando chocar con nosotros, seguramente llamó la atención de los demás.

—Ten cuidado —dije. —Podrían hacer maniobras evasivas para atraernos. Quédate un par de coches más atrás.

Los siguientes minutos fueron tensos. El sudor me perlaba la frente mientras dedicaba toda mi atención a intentar ver a través de la luneta trasera tintada de la Escalade. ¿Nos estarían observando? ¿Estaban armados y preparados para guiarnos a un lugar donde tendrían la ventaja? Aún sabíamos relativamente poco de Thanos, y nada de su guardia de seguridad. ¿De qué tamaño era su equipo?

Finalmente, el todoterreno giró a la derecha.

Abrí el navegador. —Se dirigen a la interestatal.

Oso siguió la camioneta, que seguía al mismo ritmo. —Creo que estamos bien, amigo.

—Me sentiría mejor si pudiéramos rastrear esta cosa a distancia.

—Llama a Frank. —Él miró y asintió.

Lo pensé un momento. En este aspecto él podría ayudar. ¿Pero a qué precio? Siempre debía tener en cuenta el motivo principal de Frank. Sería bonito decir que nos brindaría todo el apoyo necesario. Pero mentiría. Frank Skinner haría lo que le beneficiara en ese momento. Si eso significaba ayudar, bien. O podría significar que nos llevara por el camino equivocado mientras él tomaba el control y dictaba cómo terminarían las cosas.

—Sigamos con ellos un rato —dije. —Si buscan que los sigamos, dudo que este sea el coche que les llame la atención.

—Es una ilusión —dijo Oso.

—Si recibieran la formación adecuada, la marca y el modelo del vehículo, no significarían nada para ellos.

Nos incorporamos a la interestatal en dirección norte y nos quedamos seis coches atrás, avanzando según era necesario. Oso hizo todo lo posible para que cada movimiento pareciera natural. El tráfico era denso, pero se desplazaba a quince kilómetros por hora por encima del límite de velocidad. Pasaron veinte minutos en los que mis dedos estuvieron sobre el teléfono todo el tiempo. Tenía que

encontrar la manera de contactar con Lexi. Probablemente ya había llamado. Ojalá siguiera intentándolo, porque a esas alturas no tenía ni idea de cuándo conseguiría un nuevo teléfono desechable.

La Escalade salió, y otro coche delante de nosotros los siguió. Oso y yo bajamos los parasoles y nos sentamos erguidos para no ser vistos.

—Dudo que reconozcan tu fea cara —dije.

—Bromeas, ¿verdad? —dijo Oso. —Sabes, tan bien como yo, que están suscritos a la revista mensual MERC. Salí en la página central tres meses el año pasado.

Fue bueno tener de nuevo su peculiar sentido del humor. Pero no alivió la ansiedad acumulada durante los últimos días.

Nos alejamos aún más después de girar hacia la carretera de tres carriles. Oso tomó un desvío que daba a un centro comercial y luego, se incorporó de nuevo a la carretera, en el último segundo. Pequeños detalles como ese se sumaban, haciendo que pareciera que buscábamos algo. Al menos esa era la esperanza.

—Parece que están a punto de cambiar —dijo Oso.

Estudié el mapa. —Es un barrio. Solo hay una entrada y una salida. —Levanté la vista y esperé a que doblaran. —Pasa de largo y entra en el primer estacionamiento que encuentres.

Pasamos la intersección por el carril del medio.

—Por el amor de Dios —dijo Oso.

La camioneta se había detenido a unas cuadras de distancia y las puertas delanteras estaban abiertas. Un hombre hablaba por teléfono mientras el otro miraba en nuestra dirección.

CAPÍTULO 29

Nos detuvimos en el primer estacionamiento de nuestro lado de la carretera, frente a un restaurante de barbacoa, gasolinera y farmacia, todo en uno. Oso mantuvo la S8 en marcha mientras esperábamos junto a un surtidor a que apareciera la camioneta, o a que alguno de los hombres saliera por entre los espesos setos que rodeaban el estacionamiento. Mi corazón latía al ritmo de cada segundo. Autos y camionetas pasaban en un flujo constante, siguiendo el semáforo a media cuadra. Una fila de autobuses escolares pasó llena de niños de no más de siete u ocho años. Supuse que estaban de viaje para visitar el Museo Field en la ciudad.

—Ya habrían venido —dijo Oso.

Asentí, no dije nada y mantuve mi mirada fija en el tráfico que venía en sentido contrario.

—Puedo regresar, ¿ves…?

—No, no te expongas todavía —dije. —Están siguiendo un protocolo. Probablemente, intentando rastrear a algún seguidor. Espera un momento. Voy a entrar a la tienda.

Los primeros pasos al aire libre fueron una agonía. No había ningún escondite, así que era un blanco fácil. Me ajusté la chaqueta al cuerpo y corrí por el estacionamiento. Detrás de mí, el Audi se alejó del surtidor de gasolina y se aparcó en un espacio libre junto al edificio. Saludé a Oso con la cabeza y entré en la tienda. Había cámaras por todas partes, así que era imposible entrar y salir sin que me grabaran la cara.

Lo primero que hice fue llenar dos tazas grandes de café. La infusión olía a vieja. No importaba. Ambos necesitábamos un subidón. Tomé un par de sándwiches ya preparados, una botella de agua y me dirigí al mostrador. La joven que estaba allí apenas me miró.

—También necesito un par de teléfonos —dije.

—¿Cuáles? —preguntó, con los ojos aún clavados en la revista. Era un artículo sobre diez cosas que tu novio quiere, en secreto, que hagas en la cama, pero que jamás te diría.

—¿Alguna vez has hecho algo de eso? —Pensé que, si me grababan, al menos podría causar una buena impresión.

Me miró, con las mejillas enrojecidas. Una leve sonrisa se dibujó en sus finos labios. —Quizás la mitad.

—Los más baratos que consigas.

Ella se sacudió hacia atrás como si la hubiera golpeado. —¿Qué?

—Los teléfonos —dije. —Me quedo con los dos más baratos que tengas.

Su sonrisa se ensanchó al girarse, tomar dos Nokias de una percha y colocarlos junto a los cafés. —Te regalamos sesenta minutos con cada uno.

—Me voy a Kenosha un par de noches si estás libre más tarde—. Le di un golpecito a la revista. —Quizás te enseñe el resto de esos movimientos.

Sus mejillas se sonrojaron de nuevo al levantar la mano izquierda. —Gracias por la oferta, pero estoy casada.

Le guiñé un ojo al pagar la cuenta, recogí la mercancía y salí de la tienda, convencido de haber impresionado a la señora. Y ahora, si alguien venía a interrogar a la cajera, les diría que me dirigía a Kenosha, y Oso y yo, tendríamos al menos unas horas para trabajar sin ser detectados.

Le di a Oso un café y un sándwich. El hombretón se zampó el sándwich mientras yo hablaba.

—En cuanto termines, salgamos de aquí y busquemos un sitio al otro lado de la calle. No quiero perder de vista la entrada a ese barrio.

Tiró el envoltorio del sándwich en la bolsa del supermercado y salió del estacionamiento. Encontramos un buen sitio a unas cuadras, al otro lado del barrio, en la acera de enfrente. La vista era perfecta, lo que nos permitió ver todos los coches, conductores y pasajeros que salían.

Mientras esperábamos, me escabullí fuera del alcance y encendí un teléfono. Al pulsar un par de botones, se conectó a mi servidor y las llamadas a un número específico se enrutaban al celular. Solo me quedaba esperar. La temperatura estaba bajando, así que decidí arriesgarme y dejarlo encendido en el auto.

Oso miró el dispositivo. —¿Seguro que quieres arriesgarte aquí?

—¿Qué va a hacer? ¿Despedirme? Aunque puedan localizar esto, lo usaré una vez y lo descartaré. No podrán desviar la llamada ni acceder a la conversación. Como mucho, averiguarán dónde estamos, y estoy bastante seguro de que ya lo saben.

Oso levantó el dedo del volante. —Mira eso.

Al otro lado de la calle, un Chevy Malibu blanco esperaba en el semáforo. El conductor era una silueta gruesa tras el parabrisas. —¿Crees que sea él?

—Es un tipo bastante grande —dijo Oso. —Dijiste que era un tipo grande, ¿verdad?

—Sí, en algún punto intermedio entre tú y yo en la escala de matones.

Arrancó el Audi y puso la mano en la palanca de cambios. El semáforo se puso verde y el Chevy arrancó y nos adelantó a toda velocidad. El conductor era inconfundible. Un tipo corpulento, pelirrojo. Era el pelirrojo, e iba solo.

—Vamos a movernos —dije.

Oso iba un paso por delante de mí, ya había puesto reversa. Aceleró, puso la marcha y se incorporó a la carretera sin detenerse.

El pelirrojo nos llevaba cuatro coches de ventaja. Teníamos que acercarnos. Sin un observador en su vehículo, me preocupaba menos que nos viera. Si lo hacía, que así fuera. Tendríamos al menos cinco minutos para acorralarlo.

—He visto a este tipo de cerca —dije. —Tenemos que estar preparados para la pelea.

—Llevo dos meses de lucha acumulada. —Oso había sido campeón estatal de lucha. Había recibido ofertas de Michigan, Ohio State y otras universidades. También había estudiado jiu-jitsu brasileño durante años. La mejor oportunidad contra él era con un dos por cuatro. O con una pistola. Si se acercaba, su objetivo no se escaparía.

La conducción del pelirrojo se volvió errática. Se desvió por los tres carriles, solo para volver a girar bruscamente a la derecha y entrar en un estacionamiento. Pasamos de largo y entramos en la siguiente entrada. No le quité ojo de encima y vi cómo se quedó al ralentí, ocupando cuatro plazas.

—Mantén una línea de visión entre nosotros—dije.

—¿Qué crees que hace? ¿Quedarse con alguien aquí?

—Eso sería mucha suerte de nuestra parte.

—Sí, mejor olvídate de eso. —Oso entreabrió la ventanilla. El aire frío inundó el coche y disipó el olor a café quemado, aceite, vinagre y fiambres baratos. —Mucho mejor. Te vendría bien una ducha, ¿sabes?

—Púdrete.

—Solo después de ducharte. —Oso sonrió, divertido consigo mismo. Su expresión de satisfacción dio paso a la preocupación al fruncir el ceño y entrecerrar los ojos.

—¿Qué pasa? —Intenté seguir su mirada, pero no encontré nada.

—¿Quién es el que se acerca a su coche?

Revisé el lugar. —No veo a nadie.

—Es una mujer. Bueno, al menos tiene forma de mujer. No se le ve la cara.

Apareció un instante antes de agacharse en el asiento del copiloto. Solo se veía un pequeño fragmento de su rostro entre el sombrero y la bufanda. Ni de lejos, lo suficiente para identificarla.

Había una cámara en el maletero. Oso abrió el pestillo antes de que pudiera decir nada. Abrió la puerta y salió.

—Agáchate —dije. —Que no te vea.

Extendió un brazo sobre el techo y asomó la cabeza. —No me conocen.

Pero quizá me conozcan, y no hace falta mucho para conectarnos, grandulón.

Asintió y se deslizó por la parte trasera del vehículo. El coche se balanceó un par de veces mientras apoyaba su peso en el maletero. Unos segundos después, la tapa se cerró de golpe y se dejó caer en su asiento.

—Bonito equipo —dije, admirando la cámara y el objetivo Canon.

Oso lo armó, luego encendió la unidad y la colocó sobre el volante para que no se desviara. —Listo.

—¿Están mirándonos? —pregunté.

Él negó con la cabeza. —Simplemente están sentados hablando.

Me incliné para echar un vistazo al visor y vi dos figuras parcialmente ocultas por el resplandor del parabrisas. —¿Puedes acercarte más a la mujer?

Movió la cámara ligeramente y ajustó el objetivo. —Sí, pero no sirve de nada. Échale un vistazo.

Me incliné un poco más. Se había quitado el sombrero, pero la imagen granulada impedía distinguir ningún detalle. —Tiene que ser alguien con quien no quiere que lo vea su equipo, ¿verdad?

Oso se encogió de hombros. —Podría ser su esposa, trayéndole un guiso.

—Siempre con la comida.

Se dio una palmadita en el estómago. —No he comido nada bien hoy. En fin, sí, diría que es alguien con quien no debería reunirse. ¿Crees que este tal Thanos le envió a alguien?

—Depende —dije —de si crees que Thanos fue secuestrado contra su voluntad o que huyó. Si es esto último, entonces sí, esta podría ser la persona a la que le entregaron a Thanos después de sacarlo de su casa en plena noche. Ahora le está informando al pelirrojo.

—Cuéntame de nuevo. ¿Lo viste con el pelirrojo esa noche?

Recordé haberme escondido en el bosque cerca de los setos, fuera del alcance de la cámara, esperando allí en el frío gélido. La camioneta se detuvo, y, un par de minutos después, el pelirrojo salió de la casa con Thanos y lo condujo hasta el vehículo. Quienquiera que hubiera conducido la camioneta entró en la casa y nunca salió.

—¿Y qué si no era uno de los chicos del pelirrojo el que estaba con él esa noche? —preguntó Oso.

—Tienes razón —dije. —Solo he visto a unos pocos de cerca. Es posible que Thanos usara a otro grupo, o al equipo de seguridad de alguien más, para trasladarlo. Solo sé que esto, de alguna manera, se relaciona con el jefe de la mafia, y político, con el que Lexi trabajaba cuando descubrió su identidad.

La puerta del copiloto del coche del pelirrojo se abrió y salió la mujer. Llevaba la capota bajada, pero nos daba la espalda. En un instante, se cubrió el pelo oscuro y desapareció de la vista.

Abrí la puerta de golpe y puse un pie en el suelo. —No pierdas al pelirrojo. Voy a buscar a la mujer.

CAPÍTULO 30

Oso me maldijo mientras me alejaba del coche. No le había dejado otra opción. No podíamos perder al pelirrojo, ya fuera que volviera a casa después de su reunión o se moviera a otro sitio. También teníamos que averiguar con quién se había reunido. Ella tenía que saber algo, tenía algo que ver.

Mantuve la cabeza agachada y usé todas las camionetas, minivanes y todoterrenos para ocultarme. La mujer se abría paso entre las filas de autos. Las llaves colgaban de su mano, brillando a la luz del sol. No tenía otro plan que enfrentarla. ¿Qué pasaría si lograba entrar en su auto y salir del estacionamiento antes de que yo la alcanzara?

En cuanto lo pensé, sucedió. Se detuvo frente a una Ford F-150 de principios de los 90, blanco con detalles azules en la parte inferior, subió y cerró la puerta de golpe. El gran V-8 rugió al arrancar. Empecé a revisar las manijas de los autos estacionados cerca.

El auto salió de su lugar.

Vi a una mujer con un bebé en brazos y corrí hacia ella. Retrocedió al verme.

Señora, soy agente federal. Necesito su coche.

—¡Vete! —gritó.

No recordaba ni una sola vez que me hubiera funcionado. Levanté las manos y me alejé de ella. Lo último que necesitaba era

que interviniera un buen samaritano porque pensaban que estaba agrediendo a la señora o intentando quitarle a su hijo.

El camión había llegado al final del pasillo, a quince metros de la salida.

Un coche de policía patrullaba las tiendas.

La mujer con el bebé corría hacia el policía.

—Vamos —dije, y mis palabras se convirtieron en un vapor denso que permaneció frente a mi cara.

Oso se había ido y salió tras el pelirrojo. La mujer de la camioneta se estaba escapando. Estaba detenida a ocho autos en el carril de giro a la izquierda al salir del estacionamiento. Una, o dos luces rojas como máximo, lo que me dejó un minuto y medio para encontrar un vehículo.

La mujer con el bebé se acercaba a la patrulla, que se había detenido junto a la acera. El agente bajó la ventanilla y se asomó; su cabeza calva brillaba a la luz del sol.

Bajé un par de filas buscando un vehículo. Me costaba robar coches modernos. Necesitaba algo antiguo y fácil de manejar. Un Jeep descapotable habría sido perfecto. El problema era que no había muchas opciones.

Y entonces lo vi.

Me encogí, pero sabía que funcionaría.

Alguien estaba tan loco como para conducir su moto con temperaturas bajo cero, o la había abandonado. Rebusqué entre las alforjas una llave de repuesto. Lo único que encontré fue una muda de ropa y algunas herramientas, lo que me hizo dudar si tenía razón al decir que la habían abandonado.

El semáforo se puso en verde. Salieron seis coches. La mujer seguía allí, con siete coches detrás. No había problema con la moto si conseguía arrancarla.

Me senté a horcajadas sobre el asiento. No era la moto más sofisticada, por lo que solo tardé unos diez segundos en cablear el encendido y ponerla en marcha. Sonaba como una motosierra cortando hormigón, pero conseguí poner la marcha y salir disparado del aparcamiento.

Al mirar atrás, vi al policía parado frente a su patrulla, observando el estacionamiento. Su mirada pasó de largo. Negando con la cabeza, la mujer se encogió de hombros y luego le dio una palmadita en el hombro. Supongo que habían desistido de encontrarme.

Incluso a ocho kilómetros por hora, el viento me parecía como un bloque de hielo golpeándome en plena cara. No aguantaría mucho en la moto. Ojalá la mujer no tuviera que viajar mucho.

Llegué a la fila de coches que esperaban para salir. El semáforo se puso en verde. Me desvié entre los vehículos y la acera y los adelanté a toda velocidad, provocando algunos bocinazos por el camino. ¡Al diablo con ellos! Avanzamos unos treinta metros antes de que otro semáforo se pusiera en rojo. Me acomodé un par de coches detrás de la F-150, metí la mano en la alforja y saqué algo de ropa. Exhalé un suspiro de alivio al notar que el bulto de ropa incluía algo que podía usar.

Una bufanda pesada, de lana y de color morado.

Me quité el resto y me envolví la cara con la bufanda, dejando solo los ojos al descubierto. Cuando el semáforo se puso en verde y arranqué, el viento ya no me azotaba la piel como un mazo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero podía soportarlo.

Me mantuve al lado del conductor de la Honda Odyssey que iba delante, desviándome de vez en cuando hacia el divisor de carril para comprobar la posición de la F-150. Pasaron unos minutos, llegamos a un punto de parada y arranqué, y entonces el camino se abrió y la pequeña moto avanzaba a 85 km/h.

El viento logró encontrar cada grieta en mi armadura. Mis manos y pies se entumecieron. Ni siquiera mi rostro, cubierto de lana púrpura, fue inmune a los efectos. Ya no podía distinguir si tenía labios o nariz.

Después de diez minutos, tuve un respiro. La F-150 puso la señal de giro y se cambió dos carriles a la derecha. Seguí su ejemplo y seguí por el carril de giro. Ya no había nadie entre nosotros. Entramos en el estacionamiento de un pequeño supermercado junto a una pizzería y un Hardee's en la esquina. Mi estómago rugió, a

pesar de que había comido un sándwich hacía poco. Lo ignoré. Ya habría tiempo para comer más tarde.

Recorrió el estacionamiento del restaurante y se detuvo frente al menú del autoservicio. Estacioné la moto y esperé mientras pedía. Había una fila de tres autos que llegaban a la ventanilla. Cuando la F-150 avanzó, estaba justo al otro lado del punto de no retorno, el lugar donde quedaría atrapada con un muro de ladrillo a un lado y una mediana alta de concreto con setos al otro.

Me bajé de la moto, dejándola en marcha, y corrí, a través del aparcamiento, con una pistola en la mano derecha, apretada contra el costado para que no me la vieran.

El escape alrededor del camión era pesado. Inhalé profundamente los vapores de gasolina y contuve la respiración. Me incliné hacia adelante para no ser visto y alcancé la manija de la puerta del pasajero. No estaba cerrada con llave. La abrí de golpe y me metí en la cabina.

La mujer se quedó paralizada al ver la pistola en su cara. Luego, su mirada se dirigió hacia arriba y se encontró con la mía.

—¿Jack?

CAPÍTULO 31

Me quedé allí, aturdido, incapaz de articular la palabra más simple. Los últimos dos días pasaron volando en mi mente. ¿Había sido todo una mentira? ¿Me tendieron una trampa desde el principio? De ser así, ¿fue el Viejo, o fue después?

—Jack, ¿cómo me encontraste?

Le apunté con la pistola a la cara y ella no parpadeó.

—¿Qué demonios, Lexi? —Cerré la puerta del copiloto de golpe. —¿Quieres decirme qué demonios está pasando aquí? Porque ahora mismo estoy completamente confundido.

Puso la camioneta en reversa y salió de la fila del autoservicio. Un coche dobló la curva desde el micrófono y le tocó la bocina.

Apreté más la pistola.

—Tranquilo, Jack —dijo. —Solo estoy dando marcha atrás para aparcar. Dime, ¿qué viste?

Mi teléfono vibró en el bolsillo. Lo ignoré. —Te vi subir a un coche con ese pelirrojo, el mismo maldito tipo de afuera de la oficina de Thanos. El tipo que supongo que tuvo algo que ver con la desaparición de Thanos. Eso fue lo que vi.

Se apartó de mí, con una mano en el volante y la otra extendida sobre el asiento, entre nosotros. No parecía asustada, sino que se preparaba para lo que se avecinaba. —Sé lo que parece, pero...

—Ah, ¿sí? —Bajé la pistola y negué con la cabeza. —Dime, la verdad, ¿intentaste contactarme antes de volver corriendo a Chicago?

Ella no dijo nada y mantuvo la mirada firme.

—Eso pensé. Bueno, entonces, ¿sabías que iban a aparecer en casa de tu papá?

—No tengo ni idea de quién era. —Hizo una pausa. —¿Qué pasó allí? ¿Los confrontaste?

Me mordí la mejilla por dentro durante unos segundos. —No te preocupes. Ya estoy aquí, ¿no?

Ella asintió lentamente. —Mira, sé que esto parece malo, o que no confié lo suficiente en ti como para avisarte que venía. Pero, Jack, debes comprender que me juego mucho con esto. Thanos es la clave para...

—Limpiar tu nombre.

—Sí y no —suspiró. —Es complicado.

Hacerle saber que sabía más arruinaría mi propósito en la camioneta. —Volviendo a la conversación que acabas de tener con el pelirrojo.

—No se llama pelirrojo. Se llama Kozlov.

—¿Kozlov? —Me froté la barba incipiente. —¿Ruso?

Ella asintió. —Mitya Kozlov, es un exagente de la KGB que desertó y ahora reside en Canadá, cerca de la frontera con Wisconsin, donde puede entrar y salir de Estados Unidos sin ser detectado. Es un contratista, en pocas palabras. Lo contrató un individuo para que se quedara con Thanos. Después de mi metedura de pata, se hizo evidente que Thanos necesitaba algo más que alguien que lo vigilara desde lejos, y a Kozlov se le encargó formar un equipo de seguridad.

—Entonces, ¿has estado trabajando con Kozlov todo este tiempo?

—No te equivoques, Jack. Él y yo no estamos en el mismo equipo. Ni de lejos. Si todavía estuviera trabajando, oficialmente, esa reunión nunca se habría hecho. Pero durante mi tiempo encubierta, lo conocí y lo tuve como canal de comunicación.

—Él trabaja para el jefe de la mafia.

—No exactamente.

—¿Para quién entonces?

—No tienes que involucrarte en esto. —Miró por el parabrisas y se detuvo.

Seguí su mirada y vi a una mujer joven y regordeta que caminaba contra el viento, con dificultad, hacia nosotros. Lexi bajó la ventanilla.

—¿Aún quieres tu pedido? —preguntó la chica.

Lexi sacó un fajo de billetes y le dio uno de veinte. Subió la ventanilla y se quedó mirando su regazo. —Hay suficiente para los dos.

—Porque, de verdad, esa es mi mayor preocupación ahora mismo. —Busqué las palabras que tenía escondidas en los rincones de mi mente. No era que la traición me resultara desconocida, simplemente no entendía el punto de vista de Lexi. —¿Y qué demonios te dijo Kozlov? ¿Dónde esconde a Thanos?

Agarró el volante con ambas manos, respiró hondo y me miró. —No lo tiene, y no tiene ni idea de adónde fue. Hace unas noches, sus hombres se fueron con Thanos de su casa y nunca llegaron a su punto de encuentro.

No le había dicho que conducía el coche de Thanos. —¿Por qué se lo llevaban? ¿Y a dónde?

—No estoy segura del a dónde. —Se lamió los labios y respiró hondo. —El por qué, fue porque tenían información muy creíble de que alguien fuera de su esfera de influencia estaba a punto de atentar contra la vida de Thanos. —Me miró fijamente y apretó los labios.

Me quedé quieto, no dije nada y la miré, esperando ver a dónde quería llegar con esto.

Ella arqueó una ceja. —¿Sabes algo al respecto?

Me encogí de hombros y permanecí en silencio.

—No sé mucho del SIS. ¡Rayos! Nadie lo sabe, al menos, nadie que quiera hablar conmigo. ¿Se encargan de esto? ¿Asesinatos de ciudadanos estadounidenses?

¿Cuánto de lo que me había dicho era verdad y cuánto era mentira? Tenía todas las razones para mentirme, sobre todo, si no confiaba en mí. Y, aceptémoslo, ninguno de los dos tenía motivos para confiar en el otro. Caminaba por una cuerda floja. Ella creía que

había estado operando bajo la protección del SIS desde el principio, y que no sabía nada de mi relación con el Viejo. Aunque le contara, no tenía ni idea de por qué Feng quería a Thanos muerto. Supuse que Thanos lo había estafado, o se había entrometido en sus asuntos de alguna manera. Ahora, lo veía de otra manera. Había demasiados intereses contrapuestos.

—¿Jack? —Se giró hacia mí y me extendió una mano. —Esto es extraoficial, ¿sabes? Dime, ¿por qué estabas aquí?

—Sabes que no puedo hacer eso. Nos jugamos demasiado si te dejo entrar. No quieres ponerte en contra de estos hombres detrás del SIS, ni en contra de nadie. Tienen un poder increíble. ¿Sabes todos esos canales que hay que usar para conseguir algo en la Oficina? Eso no existe en el SIS. Si necesito algo, llamo. La mitad de las veces me dan la aprobación al instante. La otra mitad, con una sola llamada, está hecho.

—Esa es la razón, ¿no? Estabas allí para matar a Thanos.

—Puedes sacar la conclusión que quieras, Lexi. Pero no vayas presumiendo con la gente equivocada. Ya estás metida en un buen lío, y alguien quiere verte muerta. Recuérdalo. Si te descontrolas demasiado, le encargarán el trabajo a la persona indicada.

—Te refieres a ti.

Negué con la cabeza. —Ya te enseñé las fotos. Sí, alguien me contactó. Y conozco todos los detalles. Sé lo que hiciste, con quién te relacionaste. Pero aún no entiendo qué intentas hacer exactamente ni por qué te importa salvar a ese tal Thanos.

Ella miró hacia otro lado y no dijo nada.

—Dios mío, nunca llegaremos a ningún lado si no me cuentas qué diablos está pasando.

Ella forzó una risa. —Podría decir lo mismo.

La chica salió al frío con un par de bolsas blancas. Al acercarse a la camioneta, mi teléfono empezó a vibrar. Contesté.

—¿Hubo suerte? —preguntó Oso.

—Podría decirse que sí —dije, viendo a Lexi bajar la ventanilla de nuevo. —¿Y tú?

Está de vuelta en casa. Dejé el coche en la gasolinera y me dirigí al barrio a pie. Parece que podría estar solo adentro, aunque es

difícil saberlo. ¿Qué le pasa a la mujer?

—Es alguien que ya conocí.

—Intrigante.

—Te lo contaré en breve. —Colgué y agarré la hamburguesa que Lexi me ofreció.

Comimos en silencio durante los siguientes cinco minutos. El viento sacudía la camioneta de vez en cuando y se colaba en la cabina. El olor a carne, pepinillos, patatas fritas y pan eclipsaba el olor a humedad.

Lexi fue la primera en hablar. Tomó un sorbo de té helado y tragó saliva con dificultad. —Voy a programar una reunión con Kozlov esta noche.

—¿Dónde?

Levantó un dedo para silenciarme. —Una condición, Jack.

—Esto estará bueno.

—Vamos juntos. ¿De acuerdo? De ahora en adelante, estamos unidos en esto. No te llevarás toda la gloria por completar tu misión. Encontramos a Thanos, lo atrapamos y dejamos que nuestros jefes decidan qué hacer con él.

Di otro mordisco a mi hamburguesa y la mastiqué lentamente, saboreando la espesa carne empapada en ketchup.

—¿Eso es un sí?

—Lo estoy pensando —dije con la boca llena. Me tomé mi tiempo para tragar y lo acompañé con mi refresco. —Bueno, lo haremos a tu manera.

Ella asintió, pero la expresión de su rostro me dijo que sabía que estaba mintiendo.

CAPÍTULO 32

Nos encontramos con Oso poco después en un hotel cercano. Había alquilado una suite con una cama king y dos sofás cama. El papel pintado parecía no haber sido cambiado desde los setenta y los electrodomésticos se habían renovado en los noventa. Oso sacó dos cervezas frías de la nevera y me puso una delante. Luego, se sentó frente a mí en la pequeña mesa cuadrada. Nuestros antebrazos casi se tocaron cuando ambos nos inclinamos hacia delante. Le conté mi conversación con Lexi.

—¿Confías en ella? —preguntó.

—No la conozco desde hace mucho —dije. —Pero sí, siento que puedo confiar en ella.

—Sentir que puedes, y hacerlo de verdad, son dos cosas muy diferentes. —Tiró de la pestaña de su lata y la arranco. —Está ahí fuera ahora mismo, caminando, hablando por teléfono. ¿Crees que está llamando al tipo? ¿O está hablando por teléfono con alguien que estaría encantado de atraparnos en el acto?

Me encogí de hombros. —No sé tú, pero ahora mismo estoy protegido por el escudo del SIS.

Oso se rio y me lanzó la lengüeta a la cara. La desvié en el último segundo. Rebotó en la mesa y aterrizó en el suelo.

—Sabes tan bien como yo —dijo, —que solo estás cubierto mientras Frank diga que sí. ¿Y qué? ¿Te ha vuelto a incluir en el SIS? ¿Hasta dónde crees que llega eso con él?

—Sí, lo sé. Solo no hablo totalmente en serio. No confío en él más de lo que confío en ella. Lo conozco desde hace más tiempo y sé de lo que es capaz.

Oso se vació la lata en la boca, la aplastó y la tiró al fregadero. —Vuelve y dice que nos ha conseguido una reunión. ¿Vas a ir seguro de que saldremos airosos?

—Sí, lo estoy —dije. —Porque si no lo hacemos, ella tampoco. Lexi nos necesita tanto como nosotros a ella ahora mismo.

—¿Qué vas a hacer cuando encontremos a Thanos?

—Buena pregunta. —Había estado pensando en eso desde que salimos para encontrarnos con Oso en el hotel. —No he llegado a una conclusión. Supongo que quiero escucharlo, averiguar qué demonios hizo para enfadar tanto al Viejo como para ponerle un contrato.

—¿Así que vas a ser juez, jurado y verdugo? —Oso se cruzó de brazos. —No me parece propio. Aceptamos el trabajo, hacemos lo que tenemos que hacer y nos ganamos el sueldo. ¿En serio vas a echarlo para atrás? ¿Qué pasará en Nueva York cuando el Viejo se entere? Te lo aseguro, no será nada bueno. Como mínimo, te sacara del trabajo. Se acabará el trabajo de él, y de todos los relacionados con él. Volveremos a depender de la asistencia social, lidiando con imbéciles como Frank todo el tiempo.

Me senté en silencio.

—Nunca se sabe con el Viejo, Jack. Podría mandar a Charles y a todos sus perros por ti. Llevarte a ese complejo, al calabozo, y torturarte para sacarte todos tus secretos. Y no pongas los ojos en blanco. Sabes tan bien como yo que existe, y tiene unos tipos espeluznantes que te harán una visita allí. Viejos espías de la Guerra Fría, bien entrenados en el arte de hacer hablar a un hombre contra su voluntad.

No dije nada.

—Eso no es lo que quiero. Puede que no me hayan asignado el trabajo, pero por el bien de ambos, podría terminarlo si nos topamos con ese tal Thanos. Al diablo con tu nueva novia.

Arqueé una ceja.

—Vamos, ya sé qué más tienen ella y Frank en común.

Crucé los brazos sobre la mesa y me incliné hacia delante. —¿De acuerdo?

—Ambos te han jodido, aunque de maneras muy diferentes.

Sonreí. —Mira, crucemos el puente de Thanos cuando lleguemos. Tal como están las cosas ahora mismo, estoy dispuesto a colaborar con Lexi si eso la ayuda a salir del atolladero en el que está metida.

—Solo recuerda que trajo su propia pala a esa fiesta y, al parecer, siguió cavando mucho después de que terminara la música. Y, a menos que puedas sentarte aquí, mirarme a los ojos y decir que confías en ella, y con toda sinceridad, creo que deberías acabar con ese tipo en cuanto puedas.

Asentí, me levanté y me acerqué a la ventana. Daba al estacionamiento. Había unos veinte autos dispersos. Calculé que empezaría a llenarse alrededor de las seis, cuando todos los trabajadores que habían viajado cientos de kilómetros, para estar lejos de sus familias, empezaran a llegar después de un largo día en la oficina de alguien.

Lexi estaba en la acera junto a la calle principal, hablando por celular. ¿Era Kozlov? ¿Alguien más? Pensé en por qué me había dejado al margen del ruso. Era alguien a quien valía la pena mantener a distancia. Tenía que averiguar por qué estaba allí. ¿Se acostó conmigo para eso? ¿Para que bajara un poco la guardia? Debía saber que eso no funcionaría, no con mis antecedentes.

Se guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo, se giró y miró hacia la habitación. Sabía que no podía verme allí, pero era como si me estuviera mirando fijamente. Estaba demasiado lejos para leer su expresión con claridad, aunque tenía curiosidad por saber cómo se sentía después de su llamada. Cruzó el césped hacia la entrada lateral y desapareció de la vista.

Me senté a la mesa y esperé con Oso, quien había vuelto a servir las bebidas. Ninguno de los dos habló.

Lexi entró en la habitación y se dirigió al refrigerador. Sacó una botella de agua, tomó un trago y se apoyó en la encimera con el pie derecho cruzado sobre el izquierdo.

—De acuerdo —dijo. —Conseguí una reunión con Kozlov.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Esta noche.
—¿Dónde? —preguntó Oso.
—En la ciudad. Tendrás que arreglarte un poco.

CAPÍTULO 33

Tomamos un taxi desde el hotel a la ciudad. Así era más fácil. No había que lidiar con coches que pudieran ser rastreados o detectados. No había que preocuparse por ser detenido ni por tener que lidiar con las autoridades locales. No sería la primera vez que una misión se viera comprometida por culpa de las fuerzas del orden locales.

Nos inundó un resplandor naranja desde el momento en que entramos en la autopista, y no disminuyó ni un segundo en la ciudad. Las calles y los edificios estaban iluminados. Al igual que Nueva York, Chicago nunca dormía. Al menos, no la parte en la que estábamos. Sabía que a pocos kilómetros, en cualquier dirección, se desarrollaba una escena diferente. No la clase alegre y fiestera, sino la vida dura, los millones de habitantes que no tenían nada, y aquellos entre ellos, dispuestos a hacer lo que fuera necesario para tener un poco más.

El taxi nos dejó frente a Benny's Chop House. Miré a Oso con una ceja en alto mientras el estómago me rugía al pensar en un chuletón. Oso se dio una palmadita en el estómago.

—No se emocionen, chicos —dijo Lexi, mientras empujaba a Oso hacia la acera. —Aquí es justo donde nos van a dejar.

—Tenemos un par de horas —dije. —Mejor aprovecharlas.

Estábamos todos parados frente al restaurante. El taxi ya había partido. La fila para entrar era de media cuadra, así que, si a la

gente no le importaba esperar en el frío, era porque debía ser bueno.

—Necesitan una reserva para ese lugar —dijo. —O pueden esperar media noche. Y, la última vez que revisé, no tenemos tanto tiempo, amigos.

—Tú eres la local —dije. —Guíanos.

Se movía con agilidad entre la multitud, encontrando las grietas más pequeñas para pasar, como un delantero que maniobra el balón por el campo. Oso y yo la mantuvimos a la par. Si no fuera porque ella rompió la ola primero, jamás habríamos podido separar a los grupos que venían contra nosotros.

Finalmente, nos detuvimos frente al Ouzo Café, que parecía un restaurante mediterráneo. A diferencia de muchas otras opciones, no había carta en la ventana. Las mesas estaban escasamente ocupadas. Un hombre mayor, con áreas plateadas a los lados de la cabeza y sin pelo en la coronilla, estaba de pie frente a una parrilla larga, con los brazos cruzados sobre su robusta barriga.

—Está bien —dijo. —Créeme. Es un viejo amigo de la familia.

Abrí la puerta para Lexi y entré con Oso pisándole los talones. Se quitó el abrigo y lo colgó en un perchero vacío junto a la puerta. El olor a pan y carne asada me inundó la nariz y se me encogió el estómago. Supongo que hacía días que no comía a una comida decente.

—Como si viviera y respirara —dijo el anciano con un marcado acento turco.

Lexi sonrió, levantó la mano y saludó. —Hola, Gus.

—Mi pequeña Lexi vino de visita. —Gus se perdió de vista, golpeó una puerta y gritó: —Amelia, Lexi está aquí.

—Vamos. —Nos hizo un gesto para que nos sentáramos en la mesa más cercana a la parrilla.

—¿Y quiénes son tus grandes amigos? —preguntó, mirando a Oso. —No estoy seguro de tener suficiente comida para ese.

Oso rio entre dientes. —Solo tírame un buen filete y estaré bien.

Gus lo señaló. —Añádele una guarnición de vieiras, y listo.

—Me gusta este hombre —dijo Oso.

Lexi nos presentó a la hija de Gus, Amelia, y luego la mujer se unió a nosotros en la mesa. Ella y Lexi hablaron de sus vidas familiares. Cuando Amelia preguntó por su esposo, Lexi se limitó a decir que se habían separado. Amelia parecía saber lo suficiente sobre los problemas del hombre como para no presionarla con más detalles.

Gus sirvió la comida y la familia se retiró quince minutos para que pudiéramos comer. No se dijo ni una palabra. Ninguno sabía cuándo podríamos disfrutar de otra comida como esta. Supuse que la montaña rusa comenzaría en cuanto entráramos a una habitación a solas con Kozlov.

Cuando terminamos, Gus trajo una botella de vino tinto y cuatro copas. Se sentó junto a Lexi, extendió la mano y la tomó. Su rostro jovial se había vuelto agrio.

—¿Qué te trae por aquí, Lexi? —preguntó. —Supongo que estos dos hombres no son precisamente amigos, ¿verdad? ¿Tiene algo que ver con el trabajo?

—Siempre tan astuto como observador. —Levantó su vaso hacia el anciano y luego tomó un sorbo.

Apoyó ambos brazos sobre la mesa y se inclinó hacia delante. Su mirada oscilaba entre Oso y yo. —Lexi es como una hija para mí. Ella y Amelia, prácticamente crecieron juntas. Verás, durante la invasión turca de Chipre, trabajé con el padre de Lexi.

Sentí que la expresión de mi cara cambiaba contra mi voluntad.

—Sí —dijo. — ¿Creías que había sido cocinero toda mi vida? No, eso lo heredé de mi abuela. En mi vida anterior fui agente de inteligencia.

Y ahora sabía por qué Lexi nos había traído aquí. No era solo por una buena comida. Gus podría tener algo que nos pudiera servir. Podría tener información. Como estaba en el pueblo, probablemente conocía a algunas personas. Personas que podrían abrirse a él.

Seguí la mirada de Lexi por la habitación, los rincones, los techos, las plantas en macetas.

—¿Alguien ha estado aquí últimamente? —preguntó.

Gus se rio. —Vamos, ¿crees que dejaría que alguien se saliera con la suya pinchando mi restaurante?

—Si lo hicieran bien, no habría nada que se les escapara —dijo. —Nunca se notaría que lo hicieron.

Se encogió de hombros. —Lo comprobamos de vez en cuando.

—¿Cuándo fue la última vez? —pregunté.

—Hace muy poco —dijo. —Esto debe ser serio. Dilo, chica. ¿Qué necesitas?

CAPÍTULO 34

Lexi metió la mano en su bolso y sacó un sobre blanco. Con cuidado, abrió la solapa desde el borde, retirando la cinta adhesiva transparente que cubría la costura. Había cinco o seis fotos dentro. Dobló la solapa y puso el sobre delante de Gus.

Él la miró fijamente, por un momento, antes de vaciar el contenido sobre la mesa frente a él. Las fotos cayeron boca abajo. Una a una, las recogió, les dio la vuelta y las revisó, asintiendo de vez en cuando. Las sujetó como si estuviera jugando al póquer. Después de revisar las cinco, las colocó boca arriba sobre la mesa.

Esperaba que las fotos fueran de Thanos, y no me equivoqué. Pero la alineación también incluía una foto de Kozlov y dos de sus compañeros. Una foto del hombre que vi entrar corriendo a la casa de Thanos, la noche que desapareció. Había una foto de Jarred Denton, el político, con un traje gris. Y, por último, una de un hombre mayor que no había visto antes. Tenía el aspecto de un hombre poderoso.

Gus puso la yema de su dedo calloso sobre la foto del tipo del traje. —Jarred Denton. Lo reconocería en cualquier parte. —Miró a Lexi. —Había oído que era corrupto, pero no estoy muy al tanto de la política local. ¿Supongo que esto lo confirma?

Ella asintió levemente y no dijo nada.

—Y este tipo —señaló a Kozlov. —Es ruso. Y este también.

Seguí su mirada hasta la foto del hombre mayor.

—¿Qué hay de él? —Lexi movió la imagen de Thanos al centro del grupo. —¿Lo conoces?

Gus respiró hondo, se recostó y cruzó los brazos sobre el estómago. Mantuvo la vista fija en la imagen, quizá para evitar mirarnos mientras decidía cuánta información revelar. Era evidente que reconocía a Thanos. ¿Por qué se contendría?

—Gus, ¿conoces a este hombre? —Hizo una pausa y echó la cabeza hacia adelante para captar la mirada de Gus. —Esto es importante. Sabes que no estaría aquí si no lo fuera.

—Este hombre —Gus golpeó la foto con el dedo. —¿Por qué hay tanta gente interesada en él? Por lo que sé, es un hombre de negocios. Tiene las manos metidas en muchos líos. Nada grave, sin embargo. Quizás un poco intimidante, pero para ser tan poderoso como él, hay que tener eso.

—¿Sabes su nombre? —preguntó Lexi.

Gus permaneció en silencio durante varios segundos. El murmullo de la multitud que pasaba afuera llenó el vacío. —Thanos.

—Desapareció —dijo. —Nos dijeron que lo habían arrestado y que debía venir conmigo. Tenía un lugar donde mantenerlo a salvo un par de días, mientras averiguaba qué estaba pasando.

—¡Lo estás haciendo mal! —Gus golpeó la mesa con la mano abierta. —La cagaste, Lexi. No sé por qué la gente que te rodea no te lo mete en la cabeza. Tienes que aceptar las consecuencias.

—¿Qué? ¿Como tú? ¿Debería hacerme mayor y llevar un restaurante en lugar de hacer lo que me obligan? —Se apartó de la mesa y señaló a la sala. —Y no te hagas el tonto. Esa es la maldita razón por la que estoy aquí esta noche. Estás tan conectado como cualquiera. Tienes contactos por todo el mundo.

Oso y yo nos sentamos y vimos cómo se desarrollaba el drama. Pensé que íbamos a comer algo rápido, pero, en cambio, teníamos un asiento en primera fila para el Teatro de Espías de esta noche.

La cara de Gus se puso roja como un tomate. Se levantó, cogió otra botella de vino y se sirvió una copa. Tras unos tragos, se calmó.

—Este hombre se metió con la gente equivocada —dijo, llegando finalmente a lo que sabía. —Supongo que es decirlo suavemente. Terminó en posesión de algo que nunca debió haber visto, y ahora

varios grupos lo quieren. Por lo que tengo entendido, ocultó lo que fuera o lo envió a un lugar seguro. —Gus tomó la foto del hombre mayor. —No sé quién lo tiene, pero puedo decirte que hay gente muy poderosa que lo busca.

—¿Quién es ese? —señaló la foto que tenía en la mano.

Gus se encogió de hombros. —No lo había visto antes.

—¿Qué hay de Kozlov? —preguntó. —Dime qué sabes de él.

—Lo conoces mejor que yo —dijo Gus. —Es un ex agente de la KGB. No tiene vínculos oficiales con nadie que yo vea aquí.

Inclinó la cabeza hacia un lado y abrió mucho los ojos. —¿Dices la verdad?

—¿Qué razón tengo para mentir?

—Nos reuniremos con este hombre en menos de una hora. Si está involucrado en este lío, necesito saberlo ya.

Gus suspiró. —Tiene contactos, sí, pero trabaja por su cuenta. Ahora, si me apuntas con una pistola y me obligas a elegir su lealtad, diré que no le importas. Así que, si ves a alguien más en la misma habitación, más te vale que hayas marcado todas las salidas.

Lexi tomó la foto del hombre mayor. Me incliné hacia ella para estudiar su rostro. Nunca lo había visto, ni en persona, ni en las noticias, ni en ningún expediente. No había cabreado lo suficiente a mis jefes como para que me fijara en él.

Pero, considerando los círculos con los que trabajábamos, empecé a preguntarme cuál podría ser su afiliación con el Viejo. ¿Era este el tipo que contactó con el contrato de Thanos? ¿Era este tipo el aliado del Viejo en esta enmarañada red de mentes criminales?

CAPÍTULO 35

CUANDO SALIMOS DEL RESTAURANTE, ESTABA TAN CONFUNDIDO COMO FRÍO. Parecía que toda mi sangre se había acumulado en el estómago, y mi cara y mis extremidades luchaban por mantenerse calientes.

El tiempo con Gus había sido bastante útil. Teníamos algunos nombres y pistas para conectar a los jugadores. Pero nos faltaba más información para que esas conexiones fueran útiles. Era demasiado pronto para asumir la participación de alguien en la desaparición de Thanos. Hacerlo, podría hacer que pasáramos por alto un detalle importante en el camino.

La acera estaba llena y había pocos taxis. Lexi intentó parar uno, pero, después de que tres la adelantaran, se rindió. Nuestra siguiente parada estaba a menos de medio kilómetro. Así que seguimos a pie, Lexi junto a mí y Oso. Los grupos de gente se separaban para dejarnos pasar. Incluso los tipos con aspecto más duro se hacían a un lado. Al ver la cara de Oso, no me sorprendió.

—Es ahí adelante. —Lexi señaló hacia el suave resplandor neón rosa de una puerta abierta.

Un tipo alto y negro, sin chaqueta, y con una especie de camiseta térmica que se envolvía como celofán alrededor de sus bíceps super desarrollados, estaba sentado en un taburete frente a la entrada. No nos prestó atención hasta que estuvimos a tres metros del club. Su mirada iba de mí a Oso, y viceversa.

Los bajos profundos resonaban bajo los pies y la música electrónica inundaba el aire. Una charla apagada subía y bajaba.

El portero levantó dos dedos, indicando el cargo por entrada de veinte dólares en total.

Le di cincuenta. —Quédate con el cambio.

Él asintió y nos indicó que entráramos con la barbilla. Entramos en el túnel, tenuemente iluminado, que parecía un canal de parto, destinado a llevarnos al club. Una mujer alta y delgada, de cabello azul, que estaba de pie en un cubículo, nos extendió el brazo.

—¿Puedo tomar tu abrigo? —dijo ella.

Me encogí de hombros. Lexi se quitó el abrigo y se lo entregó a la señora. Oso también. No le vi el sentido. No había garantía de que saliéramos por la misma puerta.

La música subía de volumen a cada paso. Sentía el bajo en el pecho y mi corazón latía al ritmo de la música. Al entrar en el club, miré a mi alrededor. Una barra larga y curva comenzaba a nuestra derecha, se extendía a lo largo del edificio y rodeaba la pared frente a nosotros. Había mesas dispersas. A la izquierda, a lo lejos, había una sección acordonada. Supuse que era para VIP. En ese momento estaba vacía. La pista de baile brillaba en azul claro, rosa y plata. Había un par de docenas de personas absortas en la música, y entre sí, con sus ojos vidriosos y miradas vacías. Estaban en la euforia y el éxtasis, fue el vehículo que los llevó allí.

Nos separamos. Oso fue a la barra a traernos un par de copas para que nos acomodáramos. Lexi se fue al baño. Me quité el abrigo, me lo colgué del brazo y caminé hacia la zona VIP, acercándome demasiado a la pista de baile. Me abordaron dos mujeres vestidas con ropa con la que se congelarían hasta sus partes más íntimas si salieran. Una se plantó detrás de mí, presionando su pecho contra mi espalda. Sentí como si tuviera pinzas en los pezones. La otra bailó frente a mí, con los ojos en blanco. Me rodearon los hombros con los brazos, encerrándome. Intenté repelerlas, sin éxito. No pude oponer mucha resistencia. Podría atraer la atención equivocada.

La mujer de enfrente me frotó la pierna con fuerza y sonrió mientras me subía por el muslo. Se detuvo al sentir la dureza de mi pistola. Sus ojos aparecieron y su sonrisa se desvaneció. Retrocedió un paso, soltándome el cuello.

—¿Eres policía? —preguntó.

La mujer detrás de mí dio unos pasos hacia atrás.

—Quizás —dije. —¿Tendría algún motivo para sospechar de ti?

Se sonó la nariz y negó con la cabeza, luego me rodeó. Ella y su amiga desaparecieron al otro lado de la pista, de la mano, y se integraron en un grupo de seis.

Apareció Oso y me dio una bebida azul. Parecía que brillaba.

—¿Qué demonios es esto? —pregunté.

Se encogió de hombros. —Acabo de nombrar a un par de los que están en la pizarra.

Acerqué el vaso a la luz y vi trozos de cosas flotando. —¿Qué demonios le pusieron?

—La verdad es que no miré. —Señaló al otro lado de la habitación. —Estaba demasiado ocupado viendo cómo te follaban.

—Ya están por allá si quieres unirte a la acción. Pero ten cuidado, todavía no estoy seguro de que alguna de ellas sean realmente mujeres. —Dejé la bebida en una mesa y acerqué una silla. Ni hablar de tomar un sorbo. Podrían haberle dicho al camarero que nos vigilara y nos pusiera drogas en las bebidas. —¿Qué te parece este lugar?

Oso miró a su alrededor. —No está tan mal ahora mismo. Me imagino que, en una hora, más o menos, estará a reventar. Habrá suficiente gente alta flotando hasta la estratosfera.

Observé a los bailarines en trance. —Ya están a medio camino, hombre.

Lexi cruzó la habitación y se sentó frente a mí. Dejó el teléfono sobre la mesa. —Sabe que estamos aquí. Dijo que tardará un par de minutos.

—Genial. —No perdía de vista el pasillo de entrada. La tenue luz que atravesamos al entrar era ahora un estorbo. No podía saber si había alguien allí hasta que pasaran del todo. Pero estaba seguro de que desde allí podían verme. Me levanté la camisa y deslicé la mano por debajo, apoyándola en mi pistola.

—Tranquilo, vaquero. —Lexi dirigió la mirada al techo. —Nos están observando.

Eché un vistazo a la habitación con indiferencia, fijándome en diez cámaras. ¿Quién sabe cuántas más se ocultaban tras los

espejos y las luces?

—¿Qué sabes de este lugar? —le preguntó Oso.

—No demasiado —dijo. —Sé que aquí hay gente turbia que hace negocios aún más turbios en las trastiendas. Lo sé...

—¿Qué pasa? —pregunté después de unos momentos.

Ella miró fijamente la mesa. —Mi ex solía participar en una partida secreta aquí. Póker de apuestas altas.

—¿Es este el lugar?

—No. —Dio un trago, hizo una mueca y lo escupió en la taza. —¿Qué demonios es esto?

Asentí con la cabeza hacia Oso. El hombretón se encogió de hombros.

—Es repugnante —dijo.

—Nunca te dije que lo bebieras —dijo Oso.

—De todas formas —dijo,—aquí nadie me reconocerá. No estaríamos aquí si existiera la menor posibilidad de que lo hicieran.

Pasaron un par de minutos cuando vi a un grupo entrar por el pasillo. Un hombre se giró de inmediato y se coló por una puerta detrás de la barra. Tres personas se dirigieron hacia nosotros. Dos musculosos rodeaban a una mujer bajita con el pelo negro hasta los hombros. Sus mejillas y párpados brillaban, reflejando los suaves colores de la habitación. Sus cejas estaban fruncidas, como dos grandes sonrisas invertidas. Tenía dos aros más grandes de lo necesario a cada lado de la nariz. A pesar de eso, la encontré extrañamente atractiva.

—¿Eres Lexi? —Su acento ruso no encajaba con su aspecto. —Ven con nosotros.

CAPÍTULO 36

Los dos chicos se acercaron a Oso. Él levantó las manos a medias. No se rendía, ni mucho menos. Oso se preparaba para reaccionar. Si alguno de ellos le ponía el dedo meñique encima, el grandulón iba a derribarlo.

—Están conmigo —dijo Lexi.

—La reunión es sólo para ti —dijo la mujer.

—Entonces me voy. —Lexi se giró hacia el pasillo, me agarró la mano y me arrastró con ella.

—Espera. —La mujer tenía el celular en la mano, redactando un mensaje mientras miraba a Lexi. Sus ojos se abrieron de par en par. —Espera un momento. Él es un hombre razonable, aunque tú seas una mujer irrazonable.

Lexi me apretó la mano un par de veces la mano con más fuerza. Su engaño había funcionado. O eso parecía.

La mujer levantó el teléfono y se concentró en la pantalla. Luego, desvió la mirada hacia sus compañeros y asintió. —Los verá ahora.

Nos llevaron más allá de la cuerda de terciopelo hasta la sección VIP, pero no nos detuvimos allí. Uno de los chicos descorrió una cortina, el otro se detuvo al otro lado.

—Ven conmigo. —La mujer miró hacia atrás y le hizo un gesto con el dedo índice para que la siguiera.

Oso lideró la marcha. De hecho, había estado justo detrás de ella desde que nos levantamos de la mesa. Era su tipo. Ardiente y

dominante. Menuda pareja harían, él con un metro ochenta y ella con apenas un metro y medio.

El aspecto del lugar cambió rápidamente. Pasó de un sueño de champán a una resaca de whisky en un abrir y cerrar de ojos. El suelo y las paredes eran de hormigón gris y el techo tenía manchas de humedad. No había nadie allí atrás, pero me sorprendió la facilidad con la que cualquiera podía acceder a esta sección del club. Por otro lado, pensé que no dejaban entrar a cualquiera a su zona VIP, una zona preparada para facilitar el acceso a donde se desarrollaba la *verdadera acción.*

Nos quedamos solos con la mujer, quien nos condujo hasta el final del pasillo, giró a la derecha y recorrió casi todo el pasillo siguiente. Se detuvo, giró sobre el pie derecho y miró a Oso. La música resonaba por el pasillo, pero estaba bastante atenuada. Había estado más alta en la calle. Miré al techo y vi unas rejillas de ventilación, y en cuanto las vi, reconocí el sonido difuso de un ruido blanco. Estaban tapando la música del club.

La señora tocó la puerta de madera y esperó. Se abrió unos centímetros un par de segundos después. Habló en ruso con un hombre. No nos molestamos en decirles que Oso entendía cada palabra. La puerta se cerró y ella se giró para mirarnos.

—Estas son las reglas —dijo.

—Vamos —dijo Lexi. —Vamos...

—Estas son las reglas —repitió, con el dedo levantado frente a la cara de Lexi. Empecé a preguntarme qué hacía esta señora fuera del club. —Esta reunión es entre tú y él. Él entiende que sientes que podrías necesitar protección, así que permite el acceso a tus guardaespaldas. Él, sin embargo, estará allí solo.

Él podría estar solo, pero con un solo movimiento nuestro, seríamos atropellados en cuestión de segundos.

—Si causan algún problema, estás acabada. ¿Entendido? —Nos miró a cada uno a los ojos, enfocándose, al final, en Oso.

Empezó a decir algo, pero la mujer puso los ojos en blanco y empujó la puerta para abrirla.

—Rechazado. —Le di una palmada en el estómago.

—Estoy apenas empezando —dijo.

Kozlov me miró de inmediato. —Ah, el hombre misterioso del otro día.

—El pelirrojo misterioso —dije. —Me costó un dineral encontrarte. Por cierto, tienes un acento genial. ¿Eres actror en la universidad?

Ignoró mis comentarios. —Lexi, pensé que íbamos a tener una reunión de expertos para intentar averiguar qué le pasó a nuestro conocido. En cambio, veo que me has traído al principal sospechoso.

—Se llama lluvia de ideas, imbécil —dije. —Y yo no soy el sospechoso de todo esto.

Kozlov negó con la cabeza y levantó las manos. Miró fijamente a la mujer que permanecía junto a la puerta. —¿No te dejé claro que, si quieren estar aquí con Lexi, deben callarse la boca?

Tiró de la puerta, se giró y no miró atrás. —¿Qué esperabas? ¿No puedes seguir tus propias reglas y esperas que ellos sí?

Kozlov apretó la mandíbula y sus fosas nasales se dilataron. Entrecerró los ojos y permaneció así, varios segundos, con las manos en los bolsillos. Finalmente, dejó de mirar y bajó la vista al suelo. —Sé que este no es tu guardaespaldas. ¿Y el grandulón?

—Estoy con él —dijo Oso.

—La pregunta era para ella —dijo, alternando su mirada gélida entre mí y Oso. Tenía un aire de científico loco en ese momento.

—Está con él —dijo Lexi, intentando controlar su sonrisa. —Mira, tienes que confiar en mí. Jack trabaja para una agencia gubernamental interesada en encontrar a Thanos. Está de nuestra parte.

—¿Y qué lado es ese? —Kozlov se dirigió al bar de su oficina y sacó una botella de vodka y cuatro vasos. Los llenó hasta la mitad y los colocó sobre la mesa en el centro de la sala. —Les aseguro que mi lado, definitivamente no está alineado con ninguna agencia en los Estados Unidos de América.

—Tengo recursos —dije. —Pueden ayudar a localizar a Thanos.

Kozlov tomó un sorbo de vodka y se lo tragó sin reaccionar. —Personalmente, no me importa no volver a ver a Marcus Thanos con vida. —Negó con la cabeza. —Tampoco me importa verlo muerto.

Ese tipo era un imbécil e hizo algo muy estúpido. Por eso su gobierno lo persigue. Pero no son los únicos.

—Si no te importa, ¿por qué estamos todos aquí ahora? —pregunté.

Agitó la mano en el aire. —Soy copropietario de este club. Puedo estar aquí cuando quiera. Ahora, todos a beber.

Lexi agarró su vaso y se bebió el contenido de un trago. Hizo una mueca por la quemadura y volvió a dejar el vaso sobre la mesa de golpe. —Déjate de farsas, Kozlov. Me dijiste que tenías algo más para mí. ¿Y qué? No me digas que perdimos el tiempo viniendo aquí esta noche.

Kozlov se quedó allí sentado unos minutos después de terminar su bebida. Se quedó mirando el vaso vacío en su mano derecha. Me equivoqué de persona desde el principio. No era un simple empleado que realizaba la seguridad rutinaria de un empresario millonario. Y tampoco era el típico matón de la KGB. Ocupaba un rango superior a la media, en la escala de poder e influencia, pero no pude determinar qué tan alto ni dentro de qué organización.

En años anteriores, habría usado mi red de contactos para improvisar un expediente sobre él. Todo, desde hace dos segundos hasta veinte años antes de su concepción. Quería saber quiénes eran sus padres. Cuanta más información tuviera a mano, mejor podría evaluar y gestionar la situación. Eso era imposible esa noche. Andábamos a ciegas. Y, cada treinta minutos, parecía surgir una nueva revelación que lo cambiaba todo.

Sólo estaba esperando que la siguiente bomba cayera sobre mi cabeza.

Resultó que no tuve que esperar demasiado.

—Te llevaré a conocer a alguien —dijo Kozlov tras varios minutos de silencio. —Vámonos.

CAPÍTULO 37

KOZLOV NOS GUIÓ POR LA RED DE PASILLOS DE LA PLANTA BAJA HASTA UN sótano tenuemente iluminado con una luz amarilla, rodeada de pequeñas jaulas que colgaban del techo. El suelo era de hormigón. Había desagües cada tres metros aproximadamente. Parecía un lugar ideal para matar a alguien y luego desmembrar y disolver su cuerpo. Aparte de un ligero olor a humedad, no percibí ningún olor a productos químicos ni a cuerpos en descomposición. Oso me miró con el ceño fruncido. Estaba en alerta máxima. Sabía que el estrecho pasillo por el que caminábamos no era su lugar favorito. Asentí rápidamente y metí la pistola por debajo de la chaqueta.

Kozlov se detuvo y se dio la vuelta. —¿Abrigos?

—Arriba —dijo Lexi.

Él asintió, levantó un dedo para indicarnos que esperáramos y luego desapareció por el pasillo. El eco de sus pasos se disipó.

—No me gusta esto —dijo Oso.

—Tranquilo —dije. —Aquí no nos matarían.

Oso metió la mano entre los pocos centímetros que separaban su cabeza del techo y golpeó el techo con los nudillos. —Cemento. Nadie oye nada a través de esto.

—No va a pasar nada, Oso —dijo Lexi. —Al menos, no aquí. Así que guarda energía para donde sea que vayamos.

Kozlov regresó con chaquetas tácticas negras colgadas del brazo. Le entregó una a Lexi y otra a Oso. —Lo siento, puede que te quede un poco justa. No tengo tallas para Pie Grande. —Luego me ofreció

una. —Por si quieres encajar con tus amigos. Quizás te sea útil más adelante.

Agarré la chaqueta y la doblé. No tenía sentido quitármela y presumir de lo fácil que era acceder a ella.

Kozlov sacó un juego de llaves de su bolsillo y se giró. —Muy bien, vámonos.

Salimos del sótano y subimos por unas escaleras estrechas, agrietadas y destartaladas. Una luz sobre un poste negro nos iluminó lo suficiente como para evitar que tropezáramos al entrar en el callejón. El hielo cubría el rellano de hormigón y casi hizo que Lexi se cayera hacia atrás. Oso extendió la mano y la sujetó.

Kozlov continuó hacia una Escalade negra.

—Tengo que cambiar mi coche —dijo Oso. —Quizás me compre un sedán grande. Para ir con estilo, ¿sabes?

—No hagamos ruido —dijo Kozlov. —Aunque mi oficina es segura, no puedo saber quién podría estar escuchando aquí.

Fue un buen punto y supimos, en ese mismo momento, que el resto del viaje transcurriría en silencio.

Entramos al vehículo, Lexi delante, Oso y yo en los asientos de la fila central. Había espacio de sobra para los dos. Kozlov arrancó el motor, puso la calefacción a tope y subió un par de niveles el volumen de la radio. Era una loca canción tecno rusa que nunca había escuchado, con demasiados bajos y una melodía simple y repetitiva intercalada con voces que no entendía.

Me incliné para pedirle a Oso que me lo tradujera, pero lo pensé mejor. Cuanto más tiempo pasara sin que supieran que entendía ruso, mejor. Seguro que nos sería útil en algún momento.

Atravesamos la ciudad, alejándonos del lago, y nos incorporamos a la I-90 oeste. Kozlov se acomodó en una fila de coches que superaban el límite de velocidad en el carril izquierdo. Seguimos avanzando hacia el oeste. La jungla de asfalto dio paso a los suburbios y, finalmente, apareció el campo. Pronto nos dirigimos hacia el norte, recorriendo las afueras de Rockford, Illinois, antes de cruzar la frontera con Wisconsin.

La carretera llevaba directamente a Madison. Lo que había parecido un inocente intento de esconderse dos días antes con Lexi,

ahora se convertía en una nueva posibilidad. En una hora lo sabría.

Salimos de la autopista diez minutos después de cruzar la frontera con Wisconsin. Kozlov entró en el estacionamiento de una gasolinera bien iluminada y se detuvo junto a un surtidor. Kozlov salió de la camioneta y el aire que entró me dio una descarga de energía. La puerta se cerró de golpe y Kozlov rodeó la parte trasera del vehículo con el teléfono a un lado de la cabeza.

—¿Con quién crees que está hablando? —preguntó Oso.

—Supongo que con quien vamos a ir a ver —dije.

Lexi me devolvió la mirada, pero la apartó en cuanto la miré a los ojos.

—¿Algo que quieras contarme? —pregunté.

Ella negó con la cabeza y no dijo nada.

Me incliné hacia adelante y le puse la mano en el hombro. En voz baja, le dije: —Quizás sabías más de lo que dejaste ver el otro día.

Miró por la ventana de Kozlov. —No deberíamos hablar de eso aquí. No sé quién nos escucha. Podría ser el propio Kozlov, fingiendo estar en una llamada para ver qué decimos mientras no está.

Tenía razón. Me estaba poniendo nervioso y, en mi estado de inquietud, había cometido un desliz. A partir de ese momento, me concentré en Kozlov. Si estaba fingiendo la llamada, se lució. Fue lo suficientemente listo como para mantenerse fuera del alcance del coche. Ni siquiera podíamos captar las inflexiones vocales a través de las ventanas.

La palanca del surtidor de gasolina sonó cuando el tanque se llenó. Kozlov se quedó mirándola, asintió un par de veces y colgó. Un minuto después estábamos de vuelta en la carretera, esperando en un carril de giro a la izquierda para incorporarnos a la autopista.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

Kozlov no dijo nada. Miró por el retrovisor y me lanzó una mirada como pidiendo que *no dijera ni una palabra más*.

Como no soy de los que permiten que otro hombre me ignore, insistí. —Llevamos más de una hora conduciendo. Creo que es hora de compartir el gran secreto.

—Lo sabrás cuando lleguemos allí —dijo.

—¿Con ese con quien hablabas por teléfono? ¿Con el de la siguiente parada? —Me incliné hacia delante y apoyé el antebrazo en el respaldo del asiento de Lexi. —Tenías que ponerlo al día con la lista de invitados. ¿Verdad? Dime, ¿en algún momento nos tomaste una o dos fotos a mi socio y a mí?

Me miró dos veces, rápidamente, pero no dijo nada. Había una ligera incertidumbre en su mirada.

—¿Ya has recibido alguna respuesta? Supongo que una hora es suficiente para que, quienquiera que hayas metido en el FBI o la Agencia, haga su trabajo sucio. O quizás volviste con tu antigua fuente y le pediste a un viejo amigo del KGB que nos investigara.

Kozlov negó con la cabeza. —No sabes de qué hablas.

—Así es —dije. —La gente del KGB no tiene amigos. Al menos no cuando desertan.

Ajustó su agarre en el volante, crujiendo los nudillos al hacerlo. —No deserté, arrogante imbécil.

—Entonces, ¿quién te ayudó? ¿Saveli Alyosha? ¿Yakim Serafim? ¿Boria Taras? —Hice una pausa, para asimilar que conocía bien a mis colegas rusos. —Puedo seguir, ¿sabes?

Kozlov se lamió los labios, abrió la boca y se lo pensó mejor antes de responder. —Esos nombres son comunes en Rusia. Estás diciendo chorradas como todos los asquerosos estadounidenses.

—Hablemos de colores verdaderos —dijo Oso.

Lexi intervino. —Mira, aquí todos estamos en el mismo equipo.

—Mi culo —dijo Oso.

Ella le lanzó una mirada y él se echó atrás. —Por ahora sí. Tenemos un objetivo común, y pelear no va a resolver nada. —Se giró en su asiento y me miró a los ojos. —Jack, es de esperar que te investiguen con la debida diligencia, sobre todo, considerando que yo te traje. No suelen invitar a cenar a agentes federales. ¿Entiendes?

Respiré hondo y me recosté en mi asiento. —Me parece bien. Pero, Kozlov, me encantaría saber qué te dicen.

Sonrió un momento mientras se miraba al espejo. —Lo tengo todo, señor Noble.

CAPÍTULO 38

Mi mente se llenó de posibilidades. No esperaba esa respuesta de Kozlov. ¿A quién había recurrido para obtener información? ¿Y qué le habían dicho exactamente? Mi historial era largo y complejo, y dependiendo del archivo al que se accediera, lleno de mentiras. Podría haberlo engañado y haberle dicho que era un ex ranger del ejército o un agente de la CIA que había pasado una década en África. Demonios, tal vez ambos.

Pero, si él sabía que yo era un ex agente del SIS, teníamos un problema. La lista de personas con acceso a esa información se contaba con los dedos de una mano. Incluso entre los agentes en activo, Frank Skinner era el único que conocía mi apellido. Si Kozlov había obtenido información relacionada con mi tiempo allí, eso significaba que alguien me había traicionado, o que habían pirateado una de las bases de datos más secretas de Estados Unidos. En cualquier caso, sería un problema, y tendría que encontrar la manera de alertar a Frank de inmediato, para que pudiera empezar a controlar los daños y prepararse para una misión de recuperación.

Ser miembro de una agencia altamente secreta me ponía en una situación precaria. Tenía información a la que la mayoría nunca tenía acceso, cosas que la gente ni siquiera podía imaginar. Había gente en un país como Rusia que estaría encantada de conversar conmigo. Kozlov podría exigir una recompensa de un millón de dólares y tendría a una docena de agencias extranjeras enfrascadas en una guerra de ofertas.

Sentí la pesada mirada de Oso sobre mí. Los mismos pensamientos debían de rondar su mente. Aunque nunca estuvo en el SIS, había trabajado conmigo en múltiples misiones. Y desde que salimos del ejército, habíamos recibido contratos de Frank, no menos de una docena de veces.

—Veo que se te forma sudor en la frente. —Kozlov tenía una sonrisa dibujada en el rostro y su agarre del volante era más relajado ahora.

No me había dado cuenta de que estaba sudando. Normalmente controlaba mis emociones, pero, esta vez, se me habían escapado. Tenía que recuperarme, cambiar un poco la situación.

—Sabes un posible apellido —dije. —¿Y qué? El programa de reconocimiento facial adecuado podría darte eso. Probablemente te dé seis o siete más, dependiendo de la base de datos que hayas consultado. He usado muchos alias en países de todo el mundo. Al menos tres en tu país de origen. ¿Quieres preguntarme qué hacía allí? Te divertirías mucho.

La sonrisa de Kozlov se atenuó al entrecerrar los ojos y mantuvo la mirada fija en mí. Todo giraba. Intentaba decidir si estaba jugando o no.

Una de las ventajas de haber estado asociado con una agencia como el SIS era que se había archivado mucha información errónea. Era probable que hubieran encontrado algo por casualidad. El Jack Noble público, al que no era fácil acceder, no se parecía en nada al auténtico. Había material clasificado, pero nada demasiado comprometedor.

Tenía la esperanza de que eso fuera todo lo que encontraran.

—Pues dámelo, hombre. —Me incliné hacia delante, así que quedamos prácticamente mejilla con mejilla. —¿Qué sabes de mí?

El aire en la camioneta era denso y pesado. Por un momento, solo se escuchó el sonido de nuestra respiración, rápida y entrecortada. Kozlov agarró el volante y frenó. Quizás intentaba sacudirme, lanzarme hacia adelante contra el tablero o algo así. Sin embargo, estaba preparado, con los pies y los brazos apoyados contra los asientos delanteros para sujetarme.

—Eso pensaba —dije. —No tienes nada. La próxima vez que quieras meterte con alguien, elige a uno de tus compatriotas. Se rinden ante la más mínima presión.

Los siguientes treinta minutos fueron silenciosos y tensos. Miré fijamente a Kozlov por el retrovisor. De vez en cuando, me miraba mientras revisaba el tráfico detrás de nosotros. Esperaba que se detuviera en algún lugar y llamara. Pero nunca lo hizo. O bien le preocupaba mucho la información que habían recopilado, o era demasiado cobarde como para decirle, a quienquiera que fuéramos a ver, que podrían estar equivocados sobre mí.

Las señales de Madison aparecían con más frecuencia. A cincuenta kilómetros, a treinta, a veinte, a quince, a diez. No me sorprendió que saliera de la autopista a las afueras. Condujimos por el centro de la ciudad. Esta noche estaba tranquila, a diferencia de cuando Lexi y yo volvimos a casa después de cenar, con solo unas pocas personas. Las nubes se recortaban de un gris brillante contra el cielo nocturno. Kozlov bajó la ventanilla, el camino olía a nieve.

Aparcó la camioneta lentamente en la acera frente a un edificio de apartamentos de ladrillo. Una marquesina verde, con luces navideñas, cubría la entrada. O alguien tenía pereza de quitarlas o era parte de la decoración.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Lexi.

Kozlov la miró, bostezó y dijo: —Uno de ustedes, pase al asiento trasero. Tenemos un invitado.

Oso intentó agarrar su cinturón de seguridad, pero lo intervine.

—Ya lo hago. —Le eché un vistazo rápido a la nuca a Kozlov. —Quédate donde estás.

Lo quería allí por si algo pasaba. Una vez que le rodeara el cuello con esos brazos gruesos, el tipo no tendría más remedio que hacer lo que le pidiéramos. Tal como estaban las cosas, no había razón para que Oso lo hiciera. Sin embargo, el juego cambiaba constantemente. Kozlov estaba a punto de presentar a alguien nuevo a nuestro círculo. Quién y por qué, eran las preguntas más importantes en mi mente.

Me sorprendí cuando una mujer salió. El viento le azotaba el pelo rubio hacia un lado. Levantó la mano y se recogió los mechones que

le cubrían la cara. Llevaba una chaqueta verde gruesa con capucha forrada de piel. Se la puso por la espalda. Parecía tener unos treinta y tantos años y estaba en muy buena forma.

Kozlov sacó las llaves del contacto, salió y abrió la puerta trasera del copiloto. Hablaban en ruso y él no se detuvo a presentar a la mujer.

Me dirigió sus ojos gris acero y su mirada era como cuchillos que me penetraban el cráneo. Tenía el aspecto de una asesina envuelta en el cuerpo de una corredora de fondo, de 1,62 metros.

Seguimos por el pueblo, giramos hacia el norte y nos adentramos en el campo. Me deslicé hacia la izquierda y observé a Lexi por el retrovisor. Miraba al frente, sin dar señales de reconocernos al pasar por una calle o una casa. Era evidente que no era casualidad que termináramos en Madison esa noche. Pero ¿por qué nos habíamos ido? Alguien debió haberle dado información falsa.

¿Estábamos a punto de conocer a esa persona?

CAPÍTULO 39

UN LARGO Y ESTRECHO CAMINO DE TIERRA ATRAVESABA UN BOSQUE DE PINOS altos y delgados que reducían la visibilidad de los faros. Me incliné hacia delante, interponiéndome entre Oso y la mujer desconocida. No había dicho ni una palabra durante el corto trayecto. Kozlov tampoco. Supuse que pronto aprenderíamos el papel de cada uno. No tenía sentido preocuparse ahora.

Llegamos al final del camino de entrada y nos detuvimos frente a una amplia casa, estilo rancho, de ladrillo rojo. Las ventanas más cercanas a la puerta principal estaban cubiertas por gruesas cortinas. Una cálida luz se filtraba por las rendijas y todas las demás habitaciones parecían a oscuras.

Kozlov pulsó algunos botones en su teléfono, apagó el motor y las luces delanteras, y esperó. Nuestra respiración pronto empañó las ventanas. La luz del porche se encendió y la puerta principal se abrió unos segundos después, aunque no apareció nadie en el espacio vacío.

—Vamos. —Kozlov bajó de un salto, caminó hacia la casa y la mujer lo siguió. Eso nos dejó a los tres en la camioneta.

—O confía en nosotros—dijo Oso, —o el bosque está lleno de sus hombres.

—Ciertamente, no es lo primero —dije.

—Estamos en terreno peligroso, chicos —dijo Lexi. —Solo no digan tonterías.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Se mordió el labio inferior un instante. Quizás un desliz. —No estoy segura, pero tiene que ser alguien en quien Kozlov confíe.

—¿Y cuánto confiamos en Kozlov? —preguntó Oso.

Lexi no respondió. Estaba a punto de salir de la camioneta.

Caminamos hacia la escalera principal. La mujer ya estaba dentro y Kozlov estaba en el hueco, sujetándonos la puerta mosquitera. Lexi entró primero, seguida de Oso y luego yo.

Dos lámparas adornaban unas mesas auxiliares, junto a un sofá largo, e inundaban la habitación de una luz amarillenta. Una desgastada alfombra de piel de oso se extendía por el suelo y, sobre ella, había una pesada mesa de centro de hierro forjado y roble. Sobre la mesa había una botella de vodka y otra de whisky, y una bandeja con seis vasos y una cubitera con hielo.

—¿Esto es un encuentro social? —pregunté.

Kozlov negó con la cabeza. —Con toda tu experiencia, ¿nunca has tratado con rusos? Así es como hacemos negocios.

—¿Qué negocio estamos haciendo aquí? —pregunté.

—Jack. —Lexi me lanzó una mirada que decía que bajara el tono.

Ni siquiera había empezado.

Se oyó la cisterna del inodoro y se abrió el grifo, el tiempo suficiente para pasar la mano por debajo. Una puerta, revestida con el mismo revestimiento de madera que las paredes, en la esquina trasera de la habitación, se abrió y apareció una silueta. Medía más de un metro ochenta y era delgado. Su cabello plateado resaltaba al salir a la luz. Su rostro era duro como el acero, sin una papada flácida o atisbo de ella. Pensé que me resultaba familiar, pero luego me di cuenta de que se parecía a muchos veteranos militares que conocía de la época de mi padre. Unos segundos después lo reconocí de la foto de Gus. Este tipo había pasado por momentos difíciles y, probablemente, había progresado, solo por ese mérito, hasta llegar a un punto en el que podía causar impacto. ¿Con qué poder? me pregunté. Kozlov nos trajo hasta él, así que no sería muy descabellado asumir que este tipo también era exmiembro de la KGB. Pero podría ser peligroso asumir eso sin conocer todos los hechos.

—¿A quién tenemos aquí? —Miró fijamente a Lexi.

—Esta es la agente del FBI de la que te hablé —dijo Kozlov. —Tenía interés en el señor Thanos y estuvo en su casa la mañana del tiroteo.

—¿Y estos dos señores? —preguntó.

—No entendí tu nombre —dije.

Kozlov dio un paso al frente. —Eso no es para ti...

El hombre mayor interrumpió a Kozlov a media frase. —Puedes llamarme Yashkin.

No era que se pareciera a un centenar de viejos que había visto antes, ni siquiera que fuera el tipo que no reconocí en la foto. Conocía a este hombre. —¿Seguro que no quieres que me refiera a ti como general?

El general Nika Yashkin era un oficial de inteligencia que había alcanzado prominencia durante la guerra soviético-afgana. Sus métodos poco ortodoxos le dieron notoriedad. Finalmente, se vio obligado a dimitir por sus acciones a principios de los ochenta, al menos públicamente. Aunque sus detractores creían que cumplía una cadena perpetua no oficial en Siberia, en realidad había sido ascendido a un puesto de poder dentro del KGB, dirigiendo operaciones clandestinas, conocidas como medidas activas, desde mediados de los ochenta hasta principios de la década de 2000, cuando desapareció del radar.

—¿Nos conocemos? —me preguntó.

—Tengo la suerte de decir que no, al menos hasta hoy. Pero dime, ¿te retiraste de ese trabajo en la KGB? ¿O sigues difundiendo desinformación por todo el mundo y ayudando a terroristas?

Con el rabillo del ojo vi a Kozlov cambiando de postura. Esperaba que Oso lo estuviera observando, porque no podía apartar la vista de Yashkin.

El ruso miró a su alrededor, primero a la mujer, luego a Kozlov. —Lo siento, pensé que habían traído a esta gente para ayudar. Sin embargo, me siento como si me estuvieran interrogando.

Lexi intervino: —Señor, disculpe a mi amigo. También es miembro de una agencia y está acostumbrado a dirigir conversaciones de esa manera. Estamos aquí para ayudar, pero para ello, necesitamos saber algunas cosas.

—Cosas como si estoy jubilado. ¿Qué tiene que ver mi pasado con todo esto? Necesitamos unir nuestras mentes para determinar el curso de acción para encontrar a Thanos.

Lexi me fulminó con la mirada un instante. Sabía que tenía mucho en juego en esta reunión, aunque aún no estaba seguro de lo que estábamos a punto de descubrir.

—Señor Noble —dijo Yashkin. —Sus acciones pasadas en Rusia, mientras operaba al amparo del SIS, no pasaron totalmente desapercibidas. Conozco a varias personas de mi vida anterior que agradecerían mucho la oportunidad de conocerlo en persona. Ya ve cómo podría hacerlo realidad para ellos.

Acerqué mi mano lentamente hacia mi pistola.

—Eso no será necesario —dijo Yashkin, señalando mi cintura. —No necesitarás tu arma aquí, y blandirla solo conseguirá que te la quiten, lo que te dificultará protegerte más tarde, si surge la necesidad, claro.

Levanté la mano unos centímetros. —Y entonces ¿de qué se tratan estas amenazas?

—Solo quería que supieras que lo sabemos todo sobre ti. Ya no eres tan intocable como cuando estabas en el SIS.

Lexi me miró. Pude ver la confusión en su rostro y la vi transformarse poco a poco en dolor. Había creído que había estado actuando como agente del gobierno todo este tiempo. Decidí no mencionar que me habían reincorporado. Se callarían si lo supieran.

Yashkin continuó: —Y no eres tan infalible como crees ahora. Hay un montón de pruebas que podrían implicarte en varias docenas de crímenes, si tan solo supieras dónde buscar.

Esta no fue una reunión para determinar qué sabíamos cada uno para recuperar a Thanos. Fue un montaje elaborado.

Querían que yo hiciera un trabajo.

CAPÍTULO 40

—¿Cuál es tu objetivo aquí, Yashkin?

Yashkin me miró fijamente, sin pestañear, durante varios segundos. Kozlov y la mujer lo observaban. ¿Cuánto les había contado? ¿Eran simplemente matones del tipo, o los involucraba en sus decisiones?

Quería saber qué hacía Lexi, pero estaba detrás de mí. Girarme para mirarla sería un error en ese momento. Aún no podía asimilar que nos habíamos alojado en un motel a solo unos minutos de este tipo. Ella debió saber que estaba allí. ¿Por qué no decir nada de él entonces y por qué irse de la ciudad? Si tan solo supiera quién le estaba dando información.

—Vamos —dije. —No estarías echándome toda la culpa y amenazándome si no quisieras que haga algo. Así que, suéltalo. ¿Qué quieres?

Yashkin tomó un sorbo de vodka y se levantó, vaso en mano, paseándose por el respaldo del sofá. Tenía el respaldo alto, ocultando al hombre de cintura para abajo. Bajó la mano libre para que no se viera, lo que me inquietó un poco.

—Esta situación con Thanos —dijo, —se ha descontrolado. Al principio, nuestro negocio con él era sencillo: algún trato aquí y allá, bienes raíces, desarrollo de terrenos, una forma de establecer nuestra empresa en Estados Unidos. En su tiempo, Thanos logró presentarnos a nuevos actores: gente del gobierno, fuerzas del orden, agentes federales.

—Gente que podría hacer la vista gorda por el precio justo —dije.

Yashkin asintió lentamente. —Podría decirse que sí. También me puso en contacto con gente que opera al margen de la ley.

Con el rabillo del ojo vi a Lexi cambiar de postura. ¿Era así como todo encajaba? ¿Se habían conocido durante su tiempo estando encubierta? Por primera vez, empecé a dudar de la historia de cómo se destapó.

—Thanos fue un buen aliado —dijo Yashkin.

—¿Fue? —dije.

Yashkin levantó su copa, pero no bebió. —El problema con un tipo que se mueve entre la ley, es que nunca se sabe de qué lado va a caer en un encuentro.

Casi parecía que hablaba de mí. O de Oso. Demonios, incluso de Lexi, si era lo suficientemente buena en su trabajo de incógnito.

—Me encanta la filosofía —dije. —Pero preferiría que fueras directo al grano para poder mandarte a la mierda.

Oso rio entre dientes. Kozlov dio un paso al frente, con la mano bajo la camisa, apoyada en lo que supuse era su pistola. Yashkin levantó la mano libre y despidió a su subordinado con un gesto. Dijo algo en ruso que hizo que el otro hombre retrocediera. Durante todo ese tiempo, la mujer anónima ni siquiera se inmutó.

—Tengo una idea mejor —dijo Yashkin, caminando hacia el otro extremo del sofá. Continuó hasta la esquina trasera de la habitación y se detuvo frente a una estantería junto a la puerta del baño. Uno a uno, sacó varios tomos mohosos y los colocó en un estante inferior vacío. Luego, se puso de puntillas y empujó la parte trasera de la estantería. Oí un chasquido, y luego el torso de Yashkin pareció desaparecer dentro de la estantería.

Oso me miró con curiosidad. No tenía ni idea de qué hacía Yashkin, así que me encogí de hombros y volví a observar el espacio vacío frente a la estantería.

Un momento después, regresó con una bolsa de lona negra con asas amarillas brillantes y letras en el lateral. Estaba escrita en ruso. La trajo y la dejó caer sobre el cojín del sofá del extremo derecho, luego se sentó en el centro. Agarró la botella de vodka y llenó cada vaso uno a uno, colocándolos en fila.

—Bebe —dijo. —Luego hablamos.

—No vine aquí a emborracharme —dije. —Tenemos que encontrar a este tipo para que mi amiga pueda limpiar su nombre y podamos dejar que las autoridades se encarguen de él.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Yashkin. No supe si significaba que sabía algo que yo desconocía o que no le importaban mis planes. Se levantó, tomó un vaso por el camino y me lo ofreció.

—Bebe.

Tomé el vaso, mirándolo fijamente todo el tiempo, y me tomé el vodka de un trago. Me quemó al tragarlo, pero no lo demostré.

La postura de Yashkin y su rostro se relajaron. Parecía que el simple hecho de beber lo había calmado por un momento, lo que inmediatamente me hizo preguntarme si la botella estaría adulterada. Experimenté unos segundos de falsos síntomas atribuidos a la ansiedad. Mi corazón se aceleró, mi boca se secó, y mis extremidades hormiguearon. Mantuve la calma y controlé mi respiración. Mientras tanto, apreté todos los músculos principales durante unos segundos y luego los relajé.

Los síntomas remitieron. Bueno, todos, excepto el calor en la garganta y el estómago.

—¿Te gusta? —preguntó, mirando el líquido en su vaso. —Mi familia fundó esta destilería. Uno de los mejores vodkas jamás producidos. Verás, siempre pensé en hacerme cargo del negocio familiar. Mi padre tuvo una idea diferente cuando entré en el ejército y avancé en mi carrera. Servir al estado era una mancha negra para él. Mi hermana, en cambio, por lo servil que es, recibió las llaves del negocio. Te habrás dado cuenta de que esta botella no es de cosecha reciente. ¿Sabes por qué?

Me encogí de hombros y no dije nada.

—Porque no tiene pasión y el vodka que produce es estiércol.

—Si pudieras renunciar a todo —dije, —toda esta vida que tienes ahora, todo lo que has hecho para llegar a este punto, volver cuarenta años atrás y cambiar tu camino, ¿lo harías?

El lado izquierdo de su boca se curvó en una sonrisa ysus ojos se habían empañado ligeramente. Miró a su alrededor, deteniéndose en la mujer y a Kozlov, y luego en la bolsa al final del sofá.

—Ni una posibilidad.

—La historia familiar es fascinante —dije. —Lo digo en serio. Pero no tiene nada que ver con lo que hacemos aquí. Así que vayamos al grano. ¿Qué quieres que haga?

—Soy consciente de tus talentos, Noble —dijo Yashkin.

—¿Talentos? Soy testarudo e implacable. Me meto en problemas innecesarios. No puedo contar las veces que ese tipo grande de ahí ha tenido que rescatarme porque no cedo a la razón.

—Y gracias a esos rasgos tienes reputación de conseguir resultados.

No pude discutir con él. Supongo que eso era sinónimo de testarudo e implacable.

Dejé mi vaso en la mesa y me incliné hacia delante para que estuviéramos a la misma altura. —¿Qué necesitas que haga que tu propia gente no pueda hacer?

Sonrió. —¿De verdad? No es nada de eso. Para empezar, no tengo tanta gente. Y no serás solo tú.

—Claro que no —dije. —Tengo a mis amigos aquí.

Negó con la cabeza. —Desafortunadamente, no se unirán a ti.

Se me hizo un nudo en el estómago al notar un movimiento con el rabillo del ojo. Kozlov se colocó detrás de Oso. ¿Estaba Yashkin a punto de darme un ultimátum?

—Christiana —dijo.

La mujer previamente anónima se me acercó.

—Noble, acompañarás a Christiana al lugar donde creemos que se encuentra retenido Thanos.

—No voy a hacer esto sin estos dos —dije. —Puedes intentar detenernos, pero somos mayoría. Sin ánimo de ofender, viejo, pero no me importas.

Su rostro se ensombreció, pero su sonrisa se mantuvo firme. Señaló con la barbilla hacia las ventanas que había detrás de mí. —Mira ahí fuera.

Me giré para encarar la oscuridad. No vi nada. —¿Qué busco?

Su reflejo se destacaba en la ventana mientras se ponía de pie. Levantó el brazo izquierdo, con la mano por encima del hombro y, afuera, una luz se encendió y apagó tres veces, cerca de donde

habíamos aparcado. Luego hubo otra, a unos tres metros de la primera, al otro lado de la camioneta. Luego una tercera. Y una cuarta...

—¿Qué probabilidades tienes? —preguntó Yashkin. —¿Crees que siguen a tu favor?

Al girarme, sacó la pistola tan rápido que al principio no me di cuenta. Sabía que la llevaba, pero su movimiento fue tan fluido que apenas lo noté.

—¿Y todavía no me consideras una amenaza?

La decisión que enfrentaba solo tenía una opción realista. Si me negaba, estaríamos muertos. A eso se refería, y no me extrañaba que nos ejecutara a los tres y nos enterrara en el bosque. Podríamos eliminar a uno de ellos, pero los hombres de afuera nos tenían a raya. Aunque ocultos en la oscuridad podían vernos sin problema. Probablemente habían recibido instrucciones de abrir fuego a la señal de Yashkin. Kozlov y Christiana parecían ser operadores bien entrenados. No me cabía duda de que los de afuera también lo eran. Seleccionados por Yashkin para su misión en Estados Unidos, fuera cual fuera.

—Tú y Christiana —dijo. —La agente del FBI y el grandulón se quedarán por si algo sale mal.

—¿Como qué? —pregunté.

—Como que Christiana no regrese. O que Thanos se escape de alguna manera. O que el maldito cartero llame a la puerta. Cuanto más espero, más me pongo nervioso. Es muy comprensible, Noble. Así que, cuanto antes te pongas en marcha y consigas la información que necesito, mejor para tus amigos.

—Entonces ayúdame tú —dije.

Apuntó con la pistola a Lexi. Cuatro puntos rojos danzaban en la pared del fondo, agrupándose justo encima de su cabeza.

—¿Qué harás exactamente?

¿En qué nos habíamos metido? La confianza que Lexi depositó en Kozlov había sido claramente infundada. ¿Pero cómo no se había dado cuenta? ¿Acaso también trabajaba para Yashkin? ¿Era todo un montaje? ¿O la habían engañado, usándola como un peón, reteniéndola hasta que la necesitaran? Necesitaba un par de minutos

a solas con ella para entender la historia, para saber cómo se había comportado durante el tiempo que se conocieron.

—Ella y yo —señalé a Christiana. —¿Eso es todo? ¿Kozlov se queda? ¿Tus hombres de afuera no vienen con nosotros?

Yashkin asintió. —No te hagas ilusiones. Es cien veces más letal que tú. Una de las mejores asesinas a corta distancia que he tenido el placer de ver. Intenta cualquier cosa y te tendrá tan en sus manos que le suplicarás que te mate.

—Suena divertido. —Ya estaba, no podía darle más vueltas, y no tenía mucho sentido hacerlo.

Miré a Oso, éll me dio un rápido asentimiento y eso fue todo lo que hizo falta.

—Está bien. Me apunto. ¡Vamos!

CAPÍTULO 41

—Entonces, ¿qué te parece Wisconsin? —Miré de reojo a la mujer que Yashkin describió como cien veces más letal que yo.

Suspiró, puso los ojos en blanco y dirigió su atención a la ventana lateral.

—Supongo que no eres una fan de aquí. Yo tampoco, la verdad. No soporto sus equipos. O sea, los Packers, después de lo que le hicieron a Favre. En fin.

—Conduce —dijo. —Y cállate.

El Taurus, de color verde desgastado, y oxidado por algunos lugares, no era gran cosa. Parecía uno que conduje durante la prepa, hasta que lo estrellé contra un árbol. Tuve un accidente que me hizo perderme un partido de playoffs de béisbol, por eso perdimos. Mi padre me culpó tanto del accidente como de la oportunidad arruinada de ganar un campeonato estatal. No recuerdo haber recibido crédito por una victoria.

—¿Qué opinas de todo esto?

—Gira a la izquierda más adelante. —Extendió el dedo. Tenía una delgada mano y un antebrazo delgado, pero musculoso.

Revisé la carretera y no vi ningún giro.

—Está a medio kilómetro de distancia —dijo.

Quince segundos después, el desvío apareció a la vista. Me incorporé a una carretera asfaltada de un solo carril, cubierta de hojas secas que se levantaban al pasar, revoloteando sobre el capó y el parabrisas. Quince metros después la carretera se despejó. ¿Había

alguien colocado capas de hojas en el desvío para que pareciera desierto?

—¿Cuánto falta? —pregunté.

—Sigue conduciendo.

No estaba seguro de qué esperar de nuestra aventura, pero cuanto más nos adentrábamos en el bosque, más me preocupaba que su plan no fuera volver a casa. ¿Qué sentido tenía eso? Que yo supiera, Yashkin no tenía ningún problema conmigo. No me había meado en sus hojuelas de maíz. Nunca había aceptado un trabajo que lo afectara directamente. Claro, indirectamente era otra historia. No tenía forma de saber con qué organizaciones estaba relacionado ahora. Todas las personas que conocía, hacía veinte años, habían tomado sus propios caminos. Cualquiera de ellas podría haberlo metido en quién sabe qué tipo de negocios.

—Este Thanos —dije. —¿Qué sabes de él?

—No me pagan por saber de él —dijo Christiana, finalmente respondiendo. —Mi trabajo es escoltarte y que podamos obtener información de él. No me importa de dónde viene ni adónde va. Con gusto lo estrangularía cuando terminemos con él, pero entiendo que debe vivir.

—¿Lo entendiste? ¿No te lo dijeron de antemano?

—Debemos llamar en el momento en que tengamos lo que necesitamos, y en ese momento…

—¿Qué es lo que necesitamos?

Giró la cabeza hacia mí. —Y en ese momento nos dirán qué hacer con el señor Thanos.

—¿Qué es lo que intentamos sacarle?

Ella miró hacia otro lado sin responder.

—Christiana —dije.

—No me llames por ese nombre.

—Entonces, ¿cómo debería llamarte?

—Nada. No me dirijas la palabra. Haz lo que te digo, cuando te lo digo. ¿Entiendes la situación? No tienes el control, Noble. Yo no tengo el control. Yashkin sí. Yashkin me ha dado instrucciones, y parte de ellas son para decirte qué hacer. Así que cállate y conduce.

Me alejé un poco de ella y seguí por la carretera. Mis primeros pensamientos resultaron erróneos cuando llegamos a una señal de pare y Christiana me indicó que girara a la izquierda. Nos dirigimos hacia el norte por una carretera de dos carriles desierta, pasando por Wyocena, Pardeeville y Belle Fountain. Reconocí la zona, por estar cerca de Wisconsin Dells. De niño, me habían llevado de vacaciones allí, a pescar en los profundos fiordos en busca de bagres del tamaño de Buicks. Sobre todo, pescamos un montón de peces luna. Últimamente, los pueblos pequeños no tenían mucho que llamara mi atención, pero permanecí alerta por si alguien nos esperaba.

Después de cuarenta y cinco minutos, llegamos al pueblo de Montello.

—Detente —dijo Christiana.

Detuve el coche lentamente bajo el letrero de población, que indicaba que el pueblo había crecido a casi mil quinientos habitantes. Pensé en los habitantes de Montello. ¿Cuántos habían crecido aquí y se habían quedado? ¿Habían regresado de mayores? ¿Dónde trabajaban? Eso siempre me pasaba por la cabeza en lugares como este. Claro, había puestos para algunos aquí, pero supuse que, una buena parte, tenía que viajar a Madison o Green Bay cada día, para ganarse la vida.

Christiana abrió la puerta y salió al frío. Hacía un par de minutos que había empezado a nevar ligeramente y ya se cubría la acera. Mientras se alejaba, me pregunté cuánto de lo que Yashkin había dicho sobre ella era cierto. Era de estatura media, delgada pero fuerte, a juzgar por su tono muscular. Su estatura le vendría bien en ciertas situaciones, pero, contra algunos oponentes, tendría menos posibilidades de sobrevivir. ¿La usaban como viuda negra para atraer sexualmente a su objetivo y matarlo cuando bajaba la guardia?

Ella regresó al auto y se sacudió los copos de nieve del abrigo mientras se sentaba.

—¿Yashkin envirá a sus hombres? —pregunté.

—¿Por qué haría eso? —preguntó ella.

—No lo sé, de todas formas, me lo dices.

—¿Qué te digo?

—¿Por qué me necesitas?

—¿Qué quieres decir?

Me estaba cansando de las preguntas que respondían a las preguntas. —Tiene muchos hombres. Te tiene a ti, y pareces más que capaz de manejar esto sola. Si hubiera más de un par de hombres con los que lidiar en nuestro destino, habría enviado a más. Entonces, ¿por qué yo, Christiana? ¿Me espera algo dondequiera que vayamos? Solo quiero saberlo con antelación.

—Claro que puedo hacerlo sola. —Sus labios se curvaron. Parecía ofendida por mi simple mención. —Conocen las caras de los demás y pueden relacionarlos con Yashkin.

—¿Quiénes?

Ignoró mi pregunta. —No pueden vincularte con él. De hecho, te reconocerán. Eso le causaría un problema a tu gobierno, lo cual es una ventaja añadida. Estoy segura de que hay ciertas personas, y comités, a quienes les encantaría saber qué hace un agente de un servicio secreto de inteligencia en Wisconsin.

—Supongo que lo que hace cualquiera. Estoy aquí por la cerveza y el queso.

No captó la broma. Negó con la cabeza. —Conduce.

No teníamos que ir muy lejos. Un par de vueltas después centró su atención en un largo almacén de acero corrugado. Las puertas corredizas del fondo eran lo suficientemente grandes como para que pasara un camión. Detrás del edificio, cuatro silos de diferentes alturas se recortaban contra el cielo nevado. Los pastizales se extendían al este y había bosques al norte y al oeste.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.

—Nuestro destino —dijo. —Pero no te detengas aquí. Pasa y aparca en el arcén cuando te lo indique.

Vi a un hombre sentado cerca de una puerta lateral. Tenía los brazos cruzados y parecía estar durmiendo. Al menos, el coche que pasaba no le preocupó.

Una cuneta ancha bordeaba la carretera, dejando poco espacio para aparcar. Me detuve un par de metros en el arcén, dejando suficiente espacio para que Christiana saliera sin caerse en la cuneta. El coche quedó atascado en la carretera. Supuse que no

había mucho tráfico a esa hora de la noche, y cualquiera que pasara por el viejo coche asumiría que se había averiado.

Christiana saltó la zanja y se adentró en el bosque. La seguí unos segundos después. Caminamos hacia el edificio y permanecimos ocultos dentro de la arboleda, con el camino a nuestra derecha. Apuntó al suelo con una linterna roja que proyectaba suficiente luz como para ver a pocos metros de distancia, pero era tan tenue que era invisible desde más allá del bosque.

—¿Y qué es este lugar? —pregunté. —¿Un cuartel general secreto de la KGB?

Ella se encogió de hombros. —Un almacén, supongo que así lo llaman en Estados Unidos.

—Almacén, sí.

—No importa. Nos preocupa Thanos, y creo que está ahí dentro.

—¿Cómo lo sabes?

Me miró. En la quietud de la noche, con solo un leve rayo de luz de luna iluminando su rostro, se veía dulce y atractiva. Me costaba creer que estuviera junto a una asesina.

—Digamos, simplemente, que obtuve la información usando un conjunto especial de habilidades que poseo.

—Eres una tentadora.

—¿Por qué le ponen esos nombres a estas cosas, y, sobre todo, cuando hay mujeres involucradas? —Su expresión cambió, y apareció la asesina empedernida. —No hacemos esto por los hombres, ¿verdad?

—¿De quién hablas? No me importa cómo logres tus objetivos. Haces lo que sea necesario. Matas sin conciencia. Lo entiendo.

—Tenía una lista de sospechosos y encontré a uno. A partir de ahí, fue fácil. —Hizo una pausa. —No disfruto mucho de esa parte de mi trabajo. Tengo esposo y dos hijas. ¿Crees que quiero que sepan lo que hago? Creen que soy una estratega global de negocios, y por eso viajo tanto. Duele mentirles, y, más aún, dejarlos atrás durante semanas. Pero sé que mis acciones mejoran la vida de mucha gente, y por eso puedo acostarme junto a mi esposo con la conciencia tranquila.

Por un instante, creí ver un rastro de lágrimas en sus ojos, pero una espesa capa de árboles bloqueó el reflejo de la nieve, y nos sumió en la oscuridad, antes de que pudiera darme cuenta. En grupo con los demás, era dura como una piedra. Pero, aquí afuera, a solas conmigo, como si fuéramos dos almas gemelas en este mundo secreto y demencial, veía una faceta diferente de ella. Quizás fuera la noche y las condiciones, pero, de alguna manera, existía un vínculo entre nosotros.

Apagó la linterna, se detuvo y su voz se convirtió en un susurro. —Ya casi llegamos.

La nieve que se asentaba se mezclaba con nuestros suaves pasos. Caminamos por el borde del bosque, hacia el este, investigando el perímetro del edificio. Luego, reanudamos el camino hacia la carretera. Cuando ya habíamos recorrido tres cuartas partes del camino, Christiana se detuvo.

—Avanza rápido y en silencio hasta llegar al edificio. No te desvíes ni un paso de mi camino. ¿Entendido?

Asentí, pero ella ya se había largado. Aseguré mi pistola y corrí tras ella.

A mitad de camino me cegó un foco que apuntaba directamente hacia mí.

CAPÍTULO 42

A PESAR DE LO QUE DIGAN ALGUNOS, EL PRIMER INSTINTO SUELE SER erróneo, por eso me resistí a detenerme en seco mientras estaba envuelto en un cono de luz blanca. Hacerlo habría garantizado mi captura, o la muerte. Posiblemente ambas. Y no me apetecía ver ninguna de las dos pronto. Avancé, cortando a la izquierda y luego a la derecha, como si me dirigiera a la zona de anotación, esquivando a los linebackers y defensive backs.

Christiana me esperaba a unos diez metros de distancia, con la espalda contra la pared de acero. Tenía la pistola desenfundada y levantada y movía la cabeza de un lado a otro mientras buscaba el peligro inminente.

Había corrido los últimos seis metros con tanta fuerza que no me quedaba espacio para detenerme. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no estrellarme contra la pared. Un dolor abrasador me atravesó la rodilla izquierda al pisar el suelo blando. Podría haber sido peor si hubiera sido de cemento.

Descansé con las manos sobre las rodillas, recuperando el aliento.

—No veo a nadie —dijo ella. —¿Y tú?

Con las manos en las rodillas, miré a lo largo del edificio y luego al campo que habíamos cruzado. —Nadie. Y la luz no se mueve.

Se giró por la cintura y echó la cabeza hacia atrás. Seguí su mirada hacia la pequeña lámpara que ella iluminó con la linterna.

—Detector de movimiento. —Negué con la cabeza. —Casi me reviento el ligamento cruzado anterior por una luz detectora de movimiento. ¿Qué demonios hacemos aquí? Creía que tenías este lugar vigilado.

—No lo hice andando. —Se alejó unos pasos del edificio y se giró hacia mí. —Sé cómo entrar, así que sígueme.

Disminuimos el ritmo considerablemente al atravesar una fuerte nevada. Nos azotaba de frente. Sentía como puñales helados en la cara. O el viento había arreciado, o el sudor que me cubría el cuerpo, me hacía más sensible a la brisa. Noté que no era tan fuerte como hacía un par de días. Siempre me asombraba cómo unos días expuesto a la intemperie me hacían más resistente. Tenía la sensación de que me vendría bien a medida que avanzara la noche.

El rugido de un motor diésel se hacía más fuerte con cada segundo que pasaba, hasta que pareció vibrar por todo el edificio. Los frenos chirriaron con fuerza y el rugido del motor se hizo profundo y constante. A través de la nieve, divisé un cono de luz que se extendía más allá del edificio.

Christiana se detuvo sin previo aviso, por lo que no alcancé a notarlo y choqué con ella. En un instante, giró y me inmovilizó el brazo derecho, con una de sus piernas alrededor de la mía, haciéndome perder el equilibrio, y con su pistola bajo la barbilla.

Nuestras bocas estaban a centímetros de la otra y sentí su aliento caliente en mis labios. Sus ojos estaban abiertos de par en par con odio y rabia.

—Tranquila, fue un accidente.

—Te advierto —dijo. —Si me vuelves a tocar, te esparciré el cerebro por todo el edificio.

Recuperé el equilibrio y la solté mientras ella se desenredaba de mí. Pensé que se movería rápido, pero esa secuencia de eventos me tomó por sorpresa. Era letal. ¿Cuánto costaría sacarla de la nómina de Yashkin y ponerla en la mía?

—¿Esperaban una entrega? —pregunté.

—No lo sé —dijo. —Pero no lo creo. Este lugar no está activo estos meses.

—Puede que no estén produciendo, pero quizá tengan almacenamiento. Este edificio, esos silos de allá atrás...

—Vamos. —Avanzó sigilosamente hasta que estuvimos cerca del final del edificio, donde su ritmo disminuyó aún más.

A pesar de su advertencia, permanecí justo detrás de ella, rozándole la espalda con la mano izquierda. Permanecimos al borde del edificio, fuera de la vista. Dos voces distintas subían y bajaban. Era difícil entender lo que decían por encima del zumbido del diésel. Capté alguna palabra aquí y allá, pero no conseguía hilvanar una frase.

Tiré de su chaqueta. Se echó hacia atrás y giró la cabeza hacia mí, de modo que mi boca quedó junto a su oreja izquierda. Así pudo vigilar el área frente a nosotros.

—Déjame tomar la delantera —dije.

Volteó la cabeza aún más hacia mí. —¿Por qué?

—Quiero inspeccionar el área.

—Es muy arriesgado. Esperemos.

—Esperar va contra mi naturaleza. —La aparté. Su postura la hizo perder el equilibrio, lo que me facilitó pasarla y llegar al borde del edificio. Oí a los hombres hablar más alto, pero seguía sin entender de qué hablaban. Entonces, tuve un respiro.

—No hay envíos, hombre —dijo uno de ellos.

Apoyé la cara contra el frío revestimiento metálico y acerqué la cabeza lentamente a la esquina. La nieve seguía azotándome la cara. Iba vestido de negro, pero me reconocerían fácilmente contra el blanco campo del fondo. La zona iluminada, frente a la plataforma, apareció a la vista. Un hombre con una chaqueta de franela a cuadros me daba la espalda. Tenía los brazos extendidos y papeles en una mano. Ondeaban al viento. Debía de ser el camionero. El otro tipo se alejó de él, hacia el otro extremo del edificio. ¿Era ese el tipo que vi encaramado en un taburete frente a la puerta lateral? Tuve que suponer que era otra persona, al menos hasta que lo viera.

El camionero bajó los brazos y negó con la cabeza. Maldijo un par de veces, refiriéndose al otro tipo como una especie de burro. El

hombre giró noventa grados, encarando el camión. Me alejé de la esquina y me pegué al edificio.

—¿Qué pasa? —preguntó Christiana.

—No estoy del todo seguro, pero parece que el conductor intentaba dejar algo y se lo negaron. —Volví a asomarme por el borde. El tipo se dirigía a su camioneta. —Parece que se va.

Esperamos allí varios segundos. La puerta del camión se abrió con un crujido y se cerró de golpe con la fuerza de una ráfaga de viento huracanada. El motor funcionó al ralentí al minuto.

Christiana vigilaba hacia las seis, de cara al otro extremo del edificio y el campo. Yo estaba de pie, con la espalda contra la pared de acero, lo más pegado posible. Mantuve la vista al frente y escuché atentamente los cambios en el entorno.

La transmisión chirrió cuando el conductor puso reversa y el ruido sordo se intensificó. Miré y vi el contenedor blanco retrocediendo sobre el asfalto nevado. Apretó la cabina para entrar en la carretera sin derrapar en la cuneta. El rugido constante disminuyó, dejando un vacío en el aire sin nada que lo llenara. El zumbido persistió en mis oídos durante varios segundos. Luego, se redujo a un zumbido agudo antes de desaparecer por completo.

Ya se había acumulado al menos una pulgada de nieve en el suelo y no mostraba señales de detenerse.

—Estamos bien ahora —dije.

Christiana me agarró la muñeca. —Déjame guiar ahora.

—Lo tengo.

—No —dijo ella.

—Sí. Mantente al menos seis metros atrás. Y no me acompañes en la siguiente esquina.

Nuestro siguiente paso fue el más arriesgado. No había nada entre nosotros y la carretera. Si alguien se paraba frente al gran edificio, nos tendría en el punto justo.

Asentí y le hice señas para que esperara un minuto. No había podido ver bien el trazado con el camión al frente. Rodeando el edificio con cuidado, percibí un olor a diésel. No tenía sentido. El camión se había ido hacía cinco minutos. Cualquier olor restante no se habría quedado en ese lugar.

Apreté la mano contra el lateral del edificio y sentí una ligera vibración. Al levantar la vista, vi un respiradero. Estaban usando un generador dentro, y el aire salía hacia ese punto, inclinado hacia abajo y lejos del edificio. Una ráfaga de viento debió dirigirlo hacia mí en ese momento.

La zona desde donde estaba, hasta el otro lado del edificio, era plana y estaba cubierta de grava. Las dos grandes puertas permanecían fijas, incluso con ráfagas de viento. No vi ninguna cámara y, las luces en la parte superior del riel que sujetaba las puertas, estaban apagadas y no parecían tener sensor de movimiento. Sin embargo, no podía garantizar que ocurriera lo mismo al otro lado del edificio.

—De acuerdo —dije. —¡Vámonos! Me moveré en cuanto hayas despejado las puertas de la bahía.

Christiana asintió y me rozó con su brazo y hombro izquierdos.

Era difícil depositar tanta confianza en la mujer. Lo que acechaba al otro lado del edificio podía ser una trampa, o algo peor. Ella podría estar involucrada. Parecía una trampa elaborada, si es que se trataba de eso. ¿Qué sentido tenía hacernos pasar por todo esto? Yashkin tuvo que darse cuenta de que su vida corría peligro desde el momento en que nos fuimos, sin importar lo que amenazara con hacerles a mis amigos. Si me quería muerto, mejor que lo hubiera hecho en la casa.

Dejé de lado todas las dudas. La operación era legítima. No había vuelta atrás, pero eso no significaba que estuviera a salvo. Una vez hecho el trabajo, todo cambiaba. Ya no me necesitarían. Ni tampoco a Oso ni Lexi.

Christiana se giró y me hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, y mientras lo hacía, un hombre apareció en el otro extremo del edificio.

CAPÍTULO 43

Sabía que me dolería el cuello a la mañana siguiente por lo rápido que volví la cabeza por la esquina del edificio. Vi lo suficiente del hombre como para saber que llevaba un rifle, y lo apuntaba hacia Christiana. El pulso me latía con fuerza en los oídos a cada segundo que pasaba. Habían pasado cinco y no había oído nada.

El aire frío me atravesó el abrigo desabrochado. Apreté la pistola en la cintura, respiré con calma, conté desde tres, saqué el arma y salí de mi escondite.

Se habían ido.

No pude gritar su nombre. El tipo podría tenerla arrodillada al otro lado del edificio, con las manos alrededor de la nuca. Avancé con el pie izquierdo y levanté el derecho junto a él, a lo largo de la mitad del edificio, con la pistola lista.

Un atisbo de su voz se alzó. Parecía tranquila, en control. Pero un segundo después de oirla, desapareció. No había tiempo que perder. Si arruinaba nuestra misión, bien, pero tenía que llegar al otro lado.

Me apresuré hacia adelante, con cuidado de no pisar demasiado la grava. Aun así, mis pasos crujían, alertando a cualquiera que me acechara. Sostuve la pistola con el brazo extendido, agarrada con ambas manos. Si alguien más aparecía, recibiría seis disparos en el centro del cuerpo. Las preguntas podían esperar al más allá.

Un golpe contra el edificio resonó a través del acero. Christiana gruñó y exclamó en ruso.

Al diablo con mis pasos. Corrí el resto del camino y apoyé el hombro en la esquina del edificio para frenar al rodearlo.

Ella estaba sobre la espalda del tipo, con un brazo alrededor de su garganta y el otro como contrapalanca, sellando la presa y cortándole el suministro de aire. Su rostro estaba pegado a su espalda. Él agitaba los brazos frenéticamente, golpeándola débilmente en la nuca. Ella no lo soltó, pero, de alguna manera, el tipo logró levantarse de rodillas, estrellándose contra el costado del edificio. Era el mismo sonido que había oído hacía un momento. No había sido efectivo entonces. Sin embargo, esta vez, el movimiento provocó que Christiana se soltara y se deslizara hacia abajo. El tipo se lanzó hacia adelante. Al principio, pensé que lo hacía por pánico y en un intento de oxigenar sus pulmones doloridos.

Pero entonces, vi el rifle en el suelo a unos cuantos pasos delante de él.

Me abalancé para patear el arma y ponerla fuera de su alcance. Era demasiado arriesgado disparar, o incluso gritar. No tenía ni idea de quién más esperaba dentro. Quizá ya habían oído el forcejeo y nos estaban esperando. Antes de que diera tres pasos, Christiana ya estaba de espaldas. Controló sus piernas con las de él y le bloqueó un brazo al reanudar su estrangulamiento. Aprovechando el impulso, le giró el torso para levantarlo del suelo. Su brazo libre quedó atrapado bajo el peso combinado de ambos.

—¿Estás bien? —grité, secándome el sudor de la cara con la palma de la mano. Sentía como si se me hubiera formado una capa de hielo sobre la piel.

Ella gruñó en respuesta y se inclinó, un segundo antes de girar todo su cuerpo, para alejarse del tipo. Christiana lo soltó y rodó lejos. Su cuello crujió a mitad del movimiento y su cuerpo quedó inerte. Me arrodillé junto al tipo y le tomé el pulso. No lo tenía. Le había roto el cuello como si nada.

Me levanté, caminé hacia ella y le extendí la mano. La agarró y saltó.

—¿Qué? —preguntó ella, sosteniendo mi mirada con la suya.

—En realidad podrías ser más letal que yo.

—¿Impresionado?

Me encogí de hombros. —Tal vez.

Se acercó a la puerta, puso la mano en el pomo y lo giró. —Está abierta. Voy primero otra vez. Cúbreme.

Recogí el rifle del suelo y esperé a que entrara, luego la seguí. Una unidad de calor, instalada sobre la puerta, emanaba calor. Me quité el sombrero y el aire me calentó la cabeza sudorosa mientras Christiana seguía por el pasillo. Las luces del techo iluminaban tenuemente el espacio. Las paredes tenían marcos, pero solo paneles de yeso en algunos puntos.

Avancé por el pasillo, despejando los espacios abiertos a mi paso. Había suficiente distancia entre Christiana y yo, como para que cualquiera que la viera pasar pudiera salir antes de que yo llegara. Aun así, era mejor asegurarse que sufrir un ataque sorpresa.

El pasillo tenía dos desviaciones que ocasionaron que por un momento la perdiera de vista, pero seguía oyendo, sus ligeros pasos, mientras avanzaba. Entonces, escuché que se detuvo, antes de llegar a la siguiente esquina. No sabía qué esperar al girar. Quizá tuviera a otro tipo atrapado, o quizá, ya se hubiera deshecho de él.

Cuando la volví a ver, estaba de pie, en un claro de unos dos metros y medio de ancho. Tenía las manos cerca de los hombros, la cabeza ladeada y el cuerpo ligeramente inclinado hacia la derecha. Estaba hablando en ruso, e intentando parecer menos amenazante.

Un hombre le respondía de la misma manera.

¿Era Thanos? ¿Era este el gran secreto? ¿De verdad era ruso? Nada de lo que Yashkin había dicho me hacía creerlo, pero, en ese momento, parecía plausible.

Christiana dio dos pasos hacia adelante.

El tipo gritó, y sonó como si algo se hubiera estrellado contra el suelo. Oí un sonido de náuseas, casi como un grito ahogado.

Christiana pareció contenerse para no mirarme. Bajó la barbilla hasta el pecho y habló en voz baja. Todo en ruso.

Sin saber qué decían, sabía que tenía que avanzar. Apoyé el hombro en la pared y avancé, rifle en mano y con una sola bala en la recámara. La pistola en el bolsillo de mi abrigo me golpeaba la cadera a cada paso.

Mientras me acercaba a ella, Christiana seguía avanzando, siguiéndome el paso. Una jugada inteligente. Apagaba cualquier ruido que hiciera en el suelo de cemento.

El tipo volvió a gritar. Ella se quedó paralizada y dijo algo tranquilizador.

Frente a la abertura había una gran ventana, que por cierto, no iluminaba muy bien la habitación. Sin embargo, al acercarme, distinguí a Christiana y dos figuras detrás de ella. Una estaba de pie, con el brazo extendido hacia alguien en el suelo. El tipo estaba de lado, con una rodilla pegada al pecho y se cubría la cabeza con el brazo derecho. Me incliné lo más cerca posible sin ponerme en evidencia. El tipo en el suelo tenía algo envuelto alrededor de la cabeza y metido en la boca. ¿Era Thanos?

Christiana habló más fuerte.

El tipo la apuntó durante unos segundos, antes de volver a apuntar al hombre en el suelo. El arma brillaba a la luz.

Emití un único chasquido con la lengua. Nada que sonara demasiado fuera de lugar en el ambiente. No quería poner aún más nervioso al tipo del arma.

Christiana captó mi señal. A lo que respondió respirando hondo y exhalando con fuerza. Le dijo algo al chico y luego se dirigió hacia él.

Se puso rígido y giró el brazo.

Levanté el rifle en alto, pegado a mi cuerpo, y doblé la esquina a trompicones. El tipo se quedó paralizado, con la pistola a medio camino entre su prisionero y Christiana. Me miró fijamente mientras su brazo siguió el mismo camino. Si hubiera sido más rápido, me habría perforado el pecho. Bajé el rifle y apunté.

Apreté el gatillo. La explosión sacudió la sala y rebotó en las cuatro paredes, haciendo que el ambiente fuera más ruidoso que una fiesta en un pueblo rural. Cada músculo de mi pecho y abdomen se tensó. Sentí ardor, congelación, pánico y rabia.

Al otro lado de la habitación, el otro tipo se erguía, sacando el pecho. Tenía los ojos muy abiertos. Los brazos le colgaban extrañamente a los costados, con los codos doblados hacia atrás y

los brazos extendidos. Dio un paso al frente, se arrodilló y se desplomó.

CAPÍTULO 44

La sangre se acumulaba en el pecho del hombre, mientras éste se estremecía al perder la vida y se aferraba a su arma.. Me zumbaban los oídos con el disparo aún fresco y me di unas palmaditas en el estómago, el pecho y la cabeza, para asegurarme de que no me habían herido.

Christiana se giró y me miró fijamente mientras sostenía una pistola en la mano derecha, apuntando al suelo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Creo que sí —dijo ella. —¿Y tú?

Asentí y luego ambos dirigimos nuestra atención hacia el otro tipo en el suelo, acurrucado en posición fetal.

—¿Ese es Thanos?

—Sí. Parece que él también lo logró.

Nos encontramos en el centro de la gran sala. Thanos rodó boca arriba y permaneció allí, en posición de puente, con las manos atadas sosteniéndose la parte baja de la espalda. Tenía el rostro gravemente magullado en el lado izquierdo y un corte le atravesaba la coronilla. Sus ojos bailaban desenfrenados entre Christiana y yo. Siguió hablando, a pesar de que la mordaza manchada de sangre le impedía decir mucho.

—¿Quieres que yo haga los honores? —pregunté.

Ella asintió y dio un paso atrás.

Me incliné sobre el hombre. Mi pistola me bajó el lado derecho del abrigo más que el izquierdo. Podía hacerlo ahora. Acabar con él y

luego tener un duelo de miradas con Christiana. No éramos compañeros. Me vi obligado a venir aquí con ella. Lo que le pasara a Thanos, después de este momento, estaba fuera de mi control. Yashkin quería a este tipo, y eso significaba que el FBI, el SIS, la CIA y, cualquiera que quisiera escuchar lo que Thanos tenía que decir, podían irse a la mierda. No tendrían suerte.

Francamente, no me importaba si alguno de ellos volvía a ver a Thanos con vida.

Agarré la mordaza con la mano izquierda y metí la mano en el bolsillo con la derecha. Había estado inclinado demasiado tiempo, por lo que la sangre me subió a la cabeza y me oscureció la visión.

—¿Qué estás haciendo, Noble? —preguntó Christiana.

Apreté la empuñadura de la pistola con fuerza, metiendo el dedo entre el gatillo y el guardamano. Ni siquiera tuve que sacarla del bolsillo. El disparo estaba perfectamente alineado. Una bala, una muerte. Luego, giraría y mantendría a Christiana a raya, a ver si entraba en razón.

—No me hagas hacer esto, Jack.

Giré la cabeza, lo suficiente para ver que había retrocedido un paso y se había posicionado firmemente. Sus manos se encontraban a medio metro de distancia, apuntándome con su arma.

—Si le disparas, no tendré más remedio que quitarte la vida. —Se le quebró la voz. —Por favor, no lo hagas.

Sabía que le importaba más la información que él tenía que mi vida, pero sentía que no quería matarme. Respiré hondo, pues me costaba creer la situación en la que me encontraba. Debería haber disparado a todos los que estaban afuera de la casa de Thanos esa noche que me escondí en el bosque. Les habría ahorrado muchos problemas a todos.

Thanos me suplicó a través de la mordaza. Tenía los ojos húmedos y las lágrimas le corrían por las mejillas.

¿Qué significaba su vida para mí? Nada. Pero completar este trabajo para el Viejo no tenía el valor que le daba a mi propia cabeza.

Apreté la mano alrededor de la pistola y aparté el dedo del gatillo. Luego, tiré de la mordaza, más allá de su barbilla, dejando al

descubierto su boca maltrecha. Le faltaban los dos dientes superiores delanteros y dos más en los inferiores. Estaban en carne viva y le salía sangre por la comisura de la boca. Se giró boca abajo e intentó ponerse de rodillas.

—Déjame ayudarte. —Lo agarré por debajo del brazo y lo levanté. —Vamos, trabaja conmigo.

Dejó escapar un fuerte gemido y, finalmente, llegó a ponerse de rodillas.

—Gracias. —Me miró y luego a ella. —Gracias a ambos.

—No nos des las gracias todavía —dije. —No te estamos salvando, solo te estamos recogiendo.

Entrecerró los ojos y negó con la cabeza. —¿Quiénes son ustedes?

—Eso no importa —dijo Christiana. Luego me miró. —Busca las llaves de las esposas.

—Dejémoselas puestas. Así es más seguro.

—Estoy de acuerdo, pero en algún momento tendremos que quitárselas y preferiría no cortarlas, ni a ellas ni a sus brazos.

Thanos respiró profundamente y contuvo un sollozo.

—¿Fue algo que ella dijo?

Apartó la mirada, negando con la cabeza. Una situación difícil había llegado a su fin, pero no estaba a salvo, y se dio cuenta. Mientras registraba al muerto en el suelo, comencé a interrogar a Thanos. Sabía que eso era parte de lo que Yashkin quería que hiciera allí, y el Viejo estaba interesado en la información que pudiera extraerle.

Decidí atacar su ego primero. —Debiste haber hecho algo increíblemente estúpido para que te arrastraran hasta aquí y te golpearan así.

Thanos frunció los labios, hizo una mueca y luego escupió sangre en el suelo entre nosotros.

Me puse de pie de un salto y me acerqué a él. Era un tipo grande, pero de rodillas, solo me llegaba a la cintura.

—Qué duro de repente. ¿Sabes lo que podría hacerte ahora mismo?

—Inténtalo —dijo.

Balanceé mi talón hacia atrás y luego empujé mi pie hacia adelante, hacia su ingle.

Christiana estaba a mi lado, haciendo una mueca al ver a Thanos desplomarse de bruces contra el suelo, sobre su propio charco de sangre. Cualquier información que Thanos conservara ya no estaba, y ella lo sabía.

—No encuentro la llave —dije. —Voy a ver al tipo de afuera.

La adrenalina del tiroteo había caldeado mi interior y el frío me golpeó como una máquina Zamboni. La tormenta de nieve estaba a punto de poner remedio.

Pasé junto al hombre que Christiana había eliminado, quien no iría a ninguna parte, y salí a la calle. La nieve había cubierto el asfalto y una bonita capa blanca se extendía en ambas direcciones. Nadie había pasado durante el tiempo que estuvimos dentro. Me preocupaba que algún vecino interesado se pasara a ver qué pasaba. Por otro lado, estábamos en el campo. Los disparos de fusil eran comunes y los lugareños los ignoraban.

Al mirar por encima de las grandes puertas corredizas, que dominaban la fachada del almacén, noté un recorte cuadrado con los bordes iluminados. Conducía al desván, lo que facilitaba la carga y descarga de los artículos almacenados allí. El viento arreció y sacudió la puerta, abriéndola unos centímetros y luego cerrándola de golpe.

Me ajusté el abrigo al cuerpo y me cubrí con los brazos hasta que llegué al guardia muerto. Por suerte, no se había movido. Habría creado un nuevo problema si lo hubiera hecho. No estaba preparado para poner a prueba mi capacidad para el apocalipsis. Le bajé la cremallera del abrigo y revolví sus bolsillos. Encontré un paquete de cigarrillos y un encendedor, que me guardé, además de su billetera y una pistola de repuesto. Saqué el dinero de su billetera y metí la pistola en mi otro bolsillo. No llevaba identificación ni celular.

En el bolsillo de su pantalón, encontré un llavero con al menos una docena de llaves. En un segundo, descarté las llaves de la casa y del coche, lo que me dejó con tres posibilidades para las esposas.

Me levanté y volví a entrar, dejando que mi abrigo se abriera. Me quedé allí, parado bajo la calefacción, unos segundos. Mis músculos

tensos se relajaron un par de instantes. Un paso más completado. Casi había terminado y pronto volvería a casa, a Nueva York, y dormiría para quitarme esta pesadilla del trabajo.

Y entonces, cada músculo de mi cuerpo se tensó, cuando escuché el disparo.

CAPÍTULO 45

El disparo sonó como un cañón recorriendo el estrecho pasillo. El eco y la reverberación me dejaron un poco desorientado y confundido y, mientras ordenaba mis pensamientos y me orientaba, los siguientes segundos me parecieron una hora.

¿Qué demonios acababa de pasar? ¿Thanos iba armado y nos lo perdimos? ¡Rayos! El tipo estaba medio desnudo en el suelo cuando me fui hace unos minutos. No había muchos sitios donde pudiera haber escondido un arma. Y estaba esposado, lo que hacía casi imposible recuperarla, y mucho menos dispararla.

Se oyeron varios disparos más en rápida sucesión y los gritos de Christiana subían y bajaban entre el sonido de una munición de 9.

Me armé con mi pistola y el arma que le había robado al guardia, y corrí por el pasillo improvisado. Temía encontrarme con un asaltante en cada esquina, pues la visibilidad era pésima.

Deteniéndome frente a la ventana como antes, observé el reflejo de la habitación. La luz que colgaba del techo se balanceaba, posiblemente alcanzada por una bala, generando que las largas sombras que proyectaba danzaran por el suelo. Thanos yacía boca abajo, rodeado por un charco oscuro.

¿Dónde estaba Christiana? ¿Había encontrado la salida?

¿Y dónde estaba el tirador?

No tenía ni idea de con qué se había armado. Recordando el primer disparo, podría haber sido una .45. Podría haberla usado contra Thanos, luego vaciar su munición y huir del almacén. ¿Acaso

tenía sentido? Cinco minutos antes estaba listo para rematar a Thanos y ella me lo impidió.

Un movimiento me llamó la atención. Era Christiana. No había huido, estaba tras una pila de cajas que, en su intento por conseguir una mejor posición, derribó. Mantuve la mirada fija en la ventana, esperando que apareciera el tirador.

Christiana se acurrucó entre las cajas y la pared. No era el mejor sitio si el asaltante la veía, las cajas de cartón no iban a protegerla. Agachada, se las arregló para mantenerse fuera de la vista, a menos que el tipo estuviera al otro lado de la pared. Quería que supiera que estaba allí, que la cubría, así que di unos pasos hacia adelante, dejándome ver, parcialmente, a media habitación. Golpeé la pared con la esperanza de llamar su atención y la del tirador.

Funcionó.

Apenas me vio, el cañón volvió a estallar y un agujero atravesó el panel de yeso sobre mi cabeza. Una nube de material de construcción cayó sobre mí.

Me retiré unos metros y volví a la ventana. El corazón me latía con fuerza y los pulmones me trabajaban a mil. Me obligué a respirar más despacio. Si aparecía la posibilidad de dar un tiro limpio, no podía arruinarlo con manos temblorosas.

El tirado cambió su mira de mía a Christiana y la luz oscilante en el centro de la habitación se reflejó en la mira del rifle, generando un destello que llamó mi atención. El

¿Estuvo este tipo ahí todo el tiempo? ¿Por qué tardó tanto en actuar?

Entonces lo entendí. La puerta cuadrada del desván, encima de las grandes puertas de la entrada. Había escalado la pared y entrado por allí. ¿Nos habrían rastreado? ¿Era uno de los hombres de Yashkin? Tal vez quería que Thanos, Christiana y yo muriéramos. Eso podría explicar por qué me había enviado con ella.

Repasé el disparo mentalmente. No sería fácil, no con una pistola. Por desgracia, el rifle que había usado antes estaba en el suelo, a pocos metros de Thanos. No tenía ninguna posibilidad de recuperarlo. Si acaso, podría dispararle lo suficiente para que se

retirara y Christiana tuviera tiempo de llegar a mi posición, y entonces podríamos huir del almacén.

Respiré hondo. Cerré los ojos. Conté desde cinco. Entonces me giré por el borde y abrí fuego.

Pero no pasó nada. Mi arma se había atascado. La tiré y busqué la de repuesto.

Christiana se levantó, ligeramente, unos centímetros.. Pero fue todo lo que el tirador necesitó.

Corrí hacia ella.

El tipo se puso rígido mientras preparaba el disparo. El rifle explotó tan violentamente, que me hizo resbalar hasta las rodillas y caer sobre los tobillos. El torso de Christiana se estrelló contra la pared y su cabeza se giró bruscamente hacia un lado. Se quedó allí un instante y luego se deslizó hacia abajo, dejando tras de sí una espesa estela carmesí.

Levanté la mano izquierda y disparé seis tiros al desván. No tenía ni idea de si me acerqué al tipo, pues tenía la vista fija en el techo. Extendí los pies y vi fugazmente al tirador mientras se giraba y se retiraba al interior del desván. No se escondía. La puerta del desván se cerró de golpe contra el marco. El tipo había saltado.

De camino hacia Christiana, pasé junto a Thanos a toda prisa. Yacía inmóvil en el suelo, con la mano cubriendo una mancha floreciente en su abrigo oscuro. Me arrodillé y la agarré de la muñeca. Sus párpados se abrieron de golpe. Miró a su alrededor y se fijó en mí un instante.

—Oh, Cristo, todavía estás con nosotros —dije.

Abrió la boca intentando hablar, pero no dijo nada. Tenía los ojos cerrados con fuerza y la boca torcida en una mueca de dolor. Aparté su mano y le bajé la cremallera. Le habían dado tan cerca del corazón que no tenía sentido que siguiera viva. Abrí la tela de su camisa, arranqué un buen trozo, lo doblé y le puse la mano sobre la herida.

—Aguanta. ¿Me oyes?

Parpadeó, se humedeció los labios y logró pronunciar unas palabras —No… no dejes que… me encuentren… aquí. Yo… yo… no… puedo… encontrarme… así. Por favor, Jack. —Cerró los ojos un

instante y tragó saliva con dificultad. —Mi marido y mis hijas no pueden enterarse.

Le apreté la mano izquierda. —No lo harán. Sé fuerte unos minutos más. Voy a encargarme de este imbécil.

Sus posibilidades de salir con vida de ese almacén eran escasas, me quedara o no. No era mi naturaleza quedarme de brazos cruzados mientras un imbécil se escapaba. Me subí la cremallera del abrigo y, de camino a la salida, desencasquillé la pistola, la enfundé y me armé con el rifle.

La fuerte nevada redujo la visibilidad a unos pocos metros. Al menos eso parecía. Solo podía ver blanco sobre blanco. Ya se habían acumulado unos diez centímetros de nieve y el aire estaba cargado de humo de leña. Quizás, había una casa más cerca de lo que pensaba.

A mitad de camino del almacén, vi las primeras huellas. Huellas de pies, una de mano y dos hoyos donde se había golpeado las rodillas tras saltar del desván. Conducían al bosque por el que Christiana y yo habíamos caminado.

Una fuerte ráfaga de viento me golpeó por detrás, abriendo la puerta basculante de golpe y estrellándola contra la fachada de acero. Un tenue cono de luz se proyectó sobre el suelo, iluminándome.

Me sentí desnudo y expuesto allí afuera con un tirador cerca. ¿Había salido corriendo o estaba merodeando? Salí disparado de la luz y me dirigí a la esquina del edificio.

No llegué a tiempo.

El estallido del cañón me llamó la atención antes de oír el estruendoso disparo y sentir un dolor punzante en el costado.

CAPÍTULO 46

El impacto del disparo me arrancó el rifle de la mano izquierda y me hizo girar hacia la izquierda, hasta que choqué con la fachada del edificio. Hizo un ruido sordo al tocar el suelo a pocos metros de distancia. La nieve arremolinada, y el constante zumbido del viento, me hicieron intentar averiguar dónde estaba cada cosa. Tenía que moverme, pero mi primer paso me hizo caer de bruces contra la nieve.

¡Levantate!

La voz de mi padre gritó en mi cabeza. Tenía diez años otra vez, en el tatami, intentando respirar con mis pulmones lisiados después de que me dejara inconsciente.

Miré hacia el edificio y vi que la puerta del desván se movía de un lado a otro, proyectando luz y sombras por todas partes.

El bosque.

Volví mi atención, a los frondosos árboles, por donde había huido el tirador. ¿Seguía allí? ¿Y dónde estaba el rifle? No lo veía, así que palpé la nieve. Sin suerte.

Tuve que ponerme de pie y moverme. Levanté la rodilla izquierda y oleadas de dolor me recorrieron el costado, haciéndome gritar.

A lo lejos, lo oí cargar otra bala. Mi arrebato lo había llevado directo a mi posición.

Haciendo una mueca de dolor, apreté todos los músculos y me impulsé hacia arriba, llevando el pie derecho hacia adelante. Mi mano izquierda se dirigió instintivamente a mi costado, al lugar de la

herida. Rebusqué con los dedos para determinar dónde me había dado; el dolor se centraba en la parte exterior de la cadera, cerca de la cintura. Presioné con fuerza para saber si el hueso estaba fracturado o destrozado. Dolía muchísimo, pero nada se movía ni crujía. Y tenía movilidad. Debió de haberme rozado.

El edificio ofrecía la mejor cobertura, así que hice mi movimiento.

Disparó de nuevo. Falló.

Seguí avanzando hasta que mi hombro derecho se estrelló contra el acero. ¿Y ahora qué? Podría retroceder al edificio y encontrar la manera de contactar con Yashkin. Christiana necesitaba alguna forma de comunicarse con él. Solo había un par de maneras de entrar, y podría cubrirlas desde un solo lugar, mientras hacía todo lo posible por mantenerla con vida.

La rabia crecía en mi interior. Sentía su sabor a acero recubierto de ácido metido en las entrañas. De ninguna manera dejaría que este tipo se fuera sin luchar.

Saqué mi pistola. El cargador aún contenía catorce balas. Apunté hacia el bosque y disparé, cada pocos segundos, mientras corría por el campo. La nieve me rozaba la cara y sentía la cadera ardiendo, como si se me desgarrara a cada paso. Seguí adelante, sin ver gran cosa, solo blanco y la sombra del bosque que se cernía en la distancia. La pistola me hacía subir y bajar la muñeca con cada disparo y la pólvora me abrumaba los sentidos.

Con la primera hilera de árboles a la vista, extendí el brazo izquierdo y me preparé para detenerme. No fue la mejor jugada. Mi cadera se estrelló contra el tronco, lanzando una descarga de fuego y relámpagos a través de mi costado. Cerré la boca de golpe y gruñí entre dientes, ahogando un grito. No podía revelar mi ubicación otra vez.

Otro disparo de rifle rebotó en el bosque y la bala golpeó contra un árbol cercano. Trozos de corteza y madera volaron hacia mí. Me refugié frente al almacén. A través de la tormenta, la luz del desván se hizo más brillante y luego más tenue.

¿Christiana seguía viva? ¿Había cometido un error al irme tan rápido? ¿Qué pasó con las cosas que Thanos trajo consigo? Podría haber dejado algo importante ahí. Una vez que la policía asegurara

la zona, no habría posibilidad de recuperar nada. Sin embargo, me di cuenta de que, si Thanos hubiera tenido algo de valor con qué negociar, no se habría encontrado en una situación tan precaria.

La noche volvió a quedar en silencio, salvo por el suave sonido de la nieve cayendo. Salí de mi escondite y me adentré en el bosque. Cada paso era lento y deliberado, para no hacer demasiado ruido. Me detenía cada tres metros, escuchando a través del viento aullante, en busca de señales del tirador.

Me pregunté si estaba allí por nosotros o si nos había encontrado por casualidad. El inesperado camión de reparto de repente cobró sentido. Este tipo probablemente estaba atrás. Mientras el guardia estaba distraído, se escondió al otro lado de la calle y, una vez dentro, eliminó a Thanos primero. Así que tenía sentido asumir que ese hubiera sido su objetivo principal. Todos los demás eran daños colaterales.

Todo quedó en silencio y me quedé paralizado al escuchar cuando cargó el rifle. ¿Dónde demonios estaba el tipo? ¿De dónde vendría el disparo? Había media docena de opciones para cubrirme y no podía decidirme por ninguna.

—Podrías haber vivido, idiota.

Me giré hacia el sonido de su voz, pero un crujido más a la derecha me llamó la atención. Me agaché, con la pistola extendida, intentando ver a través de la noche. La nieve seguía cayendo, pero no con tanta intensidad en el bosque. Aun así, estaba lleno de sombras y árboles, y era imposible saber qué sucedía a más de tres metros.

Dijo: —Levanta las manos, desecha tu arma y quizás te deje vivir.

No respondí. No estaba seguro de dónde estaba ahora.

—A menos que quieras terminar como ese traidor y la perra de allá atrás.

Intentaba provocarme para que respondiera, pero no le di la satisfacción. Cuanto más hablaba, más se delataba.

—Eres un verdadero idiota, Noble.

¿Me conocía?

Las palabras se repetían, una y otra vez, mientras cerraba los ojos y dejaba que mis instintos me guiaran en la dirección correcta.

Si me equivocaba, me delataría. Solo debía tener los ojos abiertos y sabría dónde disparar.

Respiré profundamente, giré el brazo extendido hacia la izquierda y disparé.

Gruñó y gritó: —¡Maldita sea!

Algo cayó al suelo. Era sólido, pero demasiado ligero para ser él. Me levanté y salí disparado hacia donde había disparado. No tardé mucho en encontrarlo. Estaba agachado, con un brazo pegado al estómago y el otro buscando algo en el suelo.

Agarró la culata y levantó el rifle. Conseguí quitárselo de la mano. ¿Le habría arrancado un dedo o dos?

Podría despacharlo fácilmente en ese mismo instante. Pero tenía información que moriría con él. Agarré la pistola con fuerza y corrí a toda velocidad para acortar la distancia entre nosotros. Me miró cuando estaba a un par de metros de distancia, y levantó el rifle, para defenderse como si empuñara un bastón.

Me giré hacia él con el costado herido y rodeé el rifle con el brazo izquierdo. Él me atacó con la mano sana y me dio un golpe en la mejilla. Mi cabeza giró bruscamente hacia la izquierda. Miré las copas de los árboles y la nieve que caía por un momento.

El golpe había frenado mi impulso, pero estaba lo suficientemente cerca como para devolvérselo. Agarré la pistola por el cañón caliente, extendí el brazo derecho como si blandiera un mazo y le di con la empuñadura en la cara. El cartílago le crujió y se atragantó con lágrimas, saliva y sangre.

Lo acerqué más, levanté la pierna derecha y le di un golpe en la rodilla con el pie. Esta se dobló y él se desplomó hacia adelante, soltando el rifle.

—¿Quién demonios eres? —Le agarré un mechón del pelo y le tiré de la cabeza. Mi brazo derecho estaba en posición vertical, listo para asestarle otro golpe a esa cara ensangrentada. Pero me detuve.

Conocía a ese hijo de puta.

CAPÍTULO 47

El chico que Charles me había presentado como Matt me miraba fijamente. La sangre le corría por los labios y le goteaba de la barbilla como una perilla sucia.

—¿Qué demonios haces aquí? —Tiré de su cabeza hacia atrás, como si eso lo fuera a hacer hablar.

Puso los ojos en blanco y se lamió los labios.

—¿Quién te envió? ¿Cuánto tiempo llevas rastreándome?

Levantó la mano izquierda, con el dedo índice apuntando hacia arriba.

—¿Qué dices? ¿Dios te envió? —Le di un rodillazo en el pecho.

Cerró los ojos con fuerza y contorsionó el rostro. El peso de su cuerpo inerte amenazó con arrancarle el cuero cabelludo al mechón de pelo que sujetaba. Y entonces, se movió más rápido de lo que debería hacerlo un hombre tan herido. Sentí como si una serpiente me hubiera mordido la pantorrilla derecha. El dolor fue agudo y localizado al principio, luego, se extendió por el tendón de Aquiles hasta el pie.

Matt me clavó un cuchillo en la pierna. Apoyé el pie derecho para sujetarme, pero mi rodilla cedió y caí. Instintivamente, levanté el brazo izquierdo para protegerme la cara y el derecho para cubrirme el pecho y el torso. Pero no hubo más golpes. El tipo se había abierto paso a zarpazos y caminaba penosamente por el bosque.

—Hoy no —grité.

Me levanté y empecé a caminar hacia él. Un dolor intenso me recorrió la pierna y me tambaleé hacia adelante. Me agaché y me agarré la herida. El corte era ancho y profundo y la sangre goteaba de mis dedos sobre la nieve fresca. Me quité el abrigo, arranqué la manga de la camisa y me la ajusté bien a la pierna. Tendría que bastar.

Tomé su rifle del suelo y me puse de pie. El arma larga servía de buen bastón para apoyar la pierna herida. A cada segundo que pasaba, Matt se alejaba más. Lo perdí de vista poco después de caer. Ahora, me preguntaba si lo volvería a encontrar. Estaba demasiado herido para resistir, así que, huir era su única opción. ¿A dónde iría? ¿Tendría un vehículo esperando? ¿Sabía del Taurus aparcado al lado de la carretera? Tomé rumbo directo a la calle en lugar de al coche.

Cada paso me provocaba una oleada de dolor, tenía un disparo por un lado y una puñalada por el otro. La próxima vez que lo atrapara, no le daría la oportunidad de hablar. Le enviaría su cabeza por FedEx a Charles y esperaría una explicación.

Al acercarme al borde del bosque, oí el arranque de un motor. Rugió un par de veces y luego, se quedó en silencio, antes de finalmente girar.

—Ven por aquí —murmuré, apoyándome en un árbol y levantando el rifle. Esperé allí varios segundos mientras el Taurus se mantenía inmóvil en la distancia. No tenía sentido acercarme más. Me haría vulnerable y fallaría el tiro si se presentaba la oportunidad.

Los faros iluminaron la carretera. Pero venían de la dirección equivocada. El sonido de otro vehículo adelantó al Taurus y una camioneta blanca pasó, dejando una huella profunda en la carretera nevada. Su ruidoso motor V-8 se apagó al perderse en la distancia las luces traseras. La zona quedó en silencio, salvo por el sonido de la nieve al golpear el suelo.

¿Cómo había dejado escapar a Matt? No era la primera vez en mi vida que me sorprendía encontrarme con alguien conocido mientras trabajaba. La comunidad era pequeña, y los encuentros casuales eran inevitables. Me dejé llevar. Si Matt hubiera tenido un poco más de fuerza, podría haberme atacado la arteria femoral en lugar de la

pantorrilla. Debió de necesitar toda su fuerza para atacarme y luego salir corriendo.

Esperé unos minutos más para ver si se había agachado y cubierto al oír el camión acercarse. Pero no volví a oír el sonido del Taurus. Quería esperar allí, a ver si aparecía, pero también debía ocuparme del almacén antes de que alguien llegara y avisara a las autoridades.

Rodeé el bosque hasta llegar al claro frente al edificio que destacaba como un gigante de acero bajo la nevada. La luz se filtraba por la línea del tejado en algunos puntos. El desván parecía seguro. Entonces, me di cuenta de que el viento había amainado. Eso facilitó un poco la caminata por el campo, pero no mucho. Dejé un rastro de sangre a mi paso. No estaba seguro de cuánto tiempo más podría mantenerme en pie antes de curarme las heridas.

Una vez dentro del edificio, me quité el abrigo y busqué provisiones en las oficinas del pasillo. Debía haber algún tipo de botiquín de primeros auxilios. Una caja amarilla estaba fijada a la pared, en una habitación con una mesa de conferencias y siete sillas. Parecía haber pasado de generación en generación. La saqué del soporte y corrí hacia Christiana. Miré mi pantorrilla e hice una mueca al pensar en cómo se vería bajo el vendaje improvisado manchado de rojo.

Incluso antes de alcanzarla, supe que Christiana había fallecido. Dejé el equipo junto a sus piernas y me tomé mi tiempo arrodillándome a su lado. Su cuello no mostraba pulso y su piel ya había empezado a enfriarse. Apoyé los codos en las rodillas y hundí la cabeza entre las manos. Su pérdida me desgarraba el alma. ¿Por qué sentía esto por alguien a quien apenas conocía? Alguien que, si Yashkin hubiera dado la orden, me habría apuntado y apretado el gatillo sin pensarlo dos veces, sin remordimientos.

¿Por qué la tenía?

Quizás, ella era mi contraparte en esta vida loca de asesino, y me sentí atraído por esa razón. Quizás una parte de mí anhelaba lo que ella tenía en casa. Una familia. Y me dolía saber que nunca la volverían a ver. Y esto me hizo darme cuenta de que no podía tener seres queridos en mi vida.

Me incliné hacia adelante sobre mis rodillas y comencé a registrar su cuerpo en busca de algo útil. Encontré un teléfono envuelto en una funda tipo cartera en su bolsillo trasero, así como una navaja. Ambos podrían ser útiles.

El botiquín contenía un rollo de cinta adhesiva, gasa, agua oxigenada, ungüento, vendas y algunos artículos más. Usé la navaja para cortar la pernera del pantalón. La herida era profunda y lisa y había recogido algunos residuos del exterior. Vertí el frasco de agua oxigenada sobre la herida. El intenso escozor duró treinta segundos, y fue la oportunidad perfecta para cerrar la herida. Me agarré la pantorrilla y la apreté, aplasté un poco de gasa sobre la herida y luego envolví la cinta médica de arriba a abajo por la parte inferior de la pierna, pasando unos centímetros por cada extremo de la herida.

Me dolió muchísimo estar de pie, pero lo logré. Quizás, con suerte, no habría daño muscular ni nervioso. Pero, después del primer paso, tenía poca confianza en eso

Cojeé hasta Thanos. El tipo estaba tendido en el suelo, tal como lo había dejado.

—¿Qué carajo hiciste?

Busqué el resto de su ropa. ¿Habrían escondido sus pertenencias en algún lugar de la habitación? Las pilas de cajas ofrecían un montón de espacio para esconder una o dos cosas. Recorrí el perímetro del espacio, deteniéndome para examinar los pequeños cubículos colocados al azar. Nada. Con el dolor en la pantorrilla aumentando, hasta el punto en el que ya no sentía la herida de la cadera, estaba listo para irme a dormir. Saqué mi teléfono y empecé a llamar a Frank.

Entonces lo vi. Un abrigo deportivo azul colgaba en la pared junto a donde entraba y salía de la habitación cada vez. Me acerqué. La sangre goteaba a través del vendaje, sobre la cinta adhesiva y por mi pierna. La ignoré. Ya habría tiempo para curarla.

Saqué el abrigo deportivo de la percha y le di la vuelta. Zegna. Caro, costaba unos dos mil, quizá más. El tipo de ropa que usaría Thanos. Yacía en calzoncillos y calcetines. ¿Dónde estaban sus pantalones y zapatos? Metí las manos en los bolsillos del pecho y no

encontré nada. Los bolsillos delanteros estaban cosidos. Apreté la chaqueta con los puños y palpé por todas partes. Había algo cosido en un pequeño compartimento en la parte baja de la espalda.

Otro uso para la navaja de Christiana.

—Sigues haciendo un buen trabajo —le dije. Quizás me oyó, quizás ya se había ido. En cualquier caso, estaba ayudando.

Hice una abertura, lo suficientemente ancha, como para deslizar dos dedos en el forro. Quedaba apartada, no se notaba si alguien la había inspeccionado. Revisé el compartimento y sujeté un papel doblado entre mis dedos índice y corazón.

Pero antes de poder abrirlo y echar un vistazo, oí un golpe contra el costado del edificio.

¡La puerta está abierta! ¡Vamos!

CAPÍTULO 48

Me metí el papel en el bolsillo y me preparé para el ataque, sabiendo que no podría soportar otra agresión física. El portazo resonó a través del yeso y se oían al menos dos pares de pies golpeando el suelo, moviéndose rápido. No pude prepararme lo suficiente para usar el rifle, así que me quedé allí, con la pistola en la mano, apuntando al lugar por donde entrarían en la habitación.

Una voz profunda gritó: —¿Jack?

El suelo bajo mis pies se convirtió en gelatina y mi pierna derecha se deslizó y caí sobre mi rodilla izquierda, agarrándome a la pared con las yemas de los dedos.

—Aquí dentro, Oso.

Lexi entró corriendo en la habitación, girando la cabeza de un lado a otro. Casi tropezó al verme e intentó detenerse demasiado rápido. Su mirada recorrió la habitación, deteniéndose un instante en los cuerpos sin vida.

—Dios mío, Jack —dijo. —¿Qué pasó?

—¿Lo encontraste? —pregunté.

Oso corrió hacia mí y comenzó a hacerme una evaluación médica. —¿Encontrar a quién?

—Matt —intenté levantarme del suelo.

Oso me puso la mano en el hombro y me presionó. —¿Quién es Matt? ¿El que hizo esto?

Me acomodé en el suelo y me apoyé en la pared. —Sí, él hizo todo esto. —Hice un gesto alrededor de la habitación, luego hacia

mí. —Los guardias fueron obra nuestra.

—¿Y qué hay de Christiana? —preguntó Oso. —¿Se volvió contra ti?

—Todo lo contrario. Formamos un equipo con muchísima facilidad. —Apoyé la cabeza temblorosa en la mano. —Le disparó desde el desván después de abatir a Thanos.

—¿Cómo es que no te vio? —Oso tenía su mano en mi pantorrilla.

Hice una mueca de dolor cuando me palpó el músculo. —Estaba afuera, comprobando si el guardia tenía una llave. Descargué al volver, pero era demasiado tarde. Ya había causado el daño.

Oso asintió. —¿Y tu pierna?

—Matt salió por la puerta de arriba y yo lo seguí. Nos metimos en el bosque. Cometí un error, lo subestimé. Creí tenerlo todo bajo control y el muy cabrón sacó un cuchillo y me cortó la pierna. —Esta era la primera oportunidad que tenía para reflexionar sobre lo que salió mal. —¿Encontraste el Taurus?

—¿Encontrar qué? —preguntó Oso.

—El coche, hombre. El que usamos para venir aquí.

Lexi caminó hacia nosotros. —Seguimos una señal telefónica aquí. La encontramos en el suelo, a unos 400 metros de aquí.

—La camioneta blanca. —Recordé haber estado esperando con el rifle, con la esperanza de que Matt viniera hacia mí, cuando pasaron por mi posición.

—Sí, éramos nosotros —dijo Oso. —Solo encontramos el teléfono, ningún coche.

—¿No había un espacio vacío en la nieve donde el auto había cubierto el suelo? —pregunté.

—Estaba tirado en medio de la carretera. —Lexi sacó el teléfono del bolsillo y me lo enseñó. —No hay coche.

—Se escapó. —Apreté el puño y lo golpeé contra la pared. —Espera, ¿cómo salieron? —No me había parado a pensar cómo habían llegado hasta allí.

El lado derecho del labio superior de Oso se torció en una sonrisa. —Se volvieron indiferentes.

—Eso es decirlo suavemente —dijo Lexi. —No sé si pensaron que tres contra dos les favorecía, o qué, pero uno de esos tipos pasó junto a Oso con su MP5 colgando del arnés.

Oso imitó sus movimientos. —Me lancé hacia adelante, lo agarré y le disparé dos tiros en la caja torácica a la altura del corazón. Le di la vuelta y lo llevé al otro lado de la habitación. Lexi remató al tercero con una llave de estrangulamiento.

—¿El pelirrojo? —pregunté.

—¿Kozlov? —dijo Oso. —Sí, se fue poco después que tú. Casi esperaba encontrarlo aquí.

Me preguntaba si él y Matt estaban conectados. ¿Acaso Kozlov había dejado a Matt aquí para que nos matara? ¿Fue casualidad el camión que se detuvo aquí?

—¿Qué pasa con Yashkin? —pregunté.

Oso bajó la barbilla hasta el pecho y negó con la cabeza. —Se había metido en una trastienda unos cinco minutos antes de que cayera. Supongo que por el sonido del primer disparo, salió disparado por una ventana. Para cuando salí, ya se había ido.

—Pero no todo estaba perdido. —Lexi levantó un dispositivo que parecía un celular de principios de los noventa. —Estaban rastreando el teléfono de Christiana con esto. Así fue como pudimos encontrarte.

Parecía que había traído dos teléfonos. El que le saqué del cuerpo era su celular personal; el otro, lo había dejado en el coche. Cuando Matt robó el vehículo, tiró el teléfono. Quizás sabía que lo estaban rastreando.

Oso se puso de pie de un salto. —Estás muy mal, compañero. No sé qué te habría pasado si no hubiéramos aparecido.

—¿Esto? —señalé mi cadera y pantorrilla. —Heridas superficiales. Estoy listo para irme.

Extendió la mano. —Muéstrame.

Gruñí mientras me levantaba. Oso no me ofreció ayuda, solo me permitió tirar de su brazo.

—Como nuevo. —Me volví hacia Lexi. —¿Tienes un teléfono de prepago?

Ella asintió, sacó el teléfono y me lo lanzó. —¿A quién vas a llamar?

—Nadie. —Cojeé por la habitación hasta que me detuve junto a Thanos. El papel doblado que había sacado de su abrigo me parecía un ladrillo en el bolsillo. —Ayúdame a darle la vuelta a este imbécil.

Oso se volvió a poner los guantes y volteó a Thanos como si no fuera más que un panqueque de tamaño humano. Le tomé cuatro fotos y las envié a un número seguro del Viejo. En la última foto, añadí una nota que decía: —Listo. Enviar pago.

Le devolví el teléfono a Lexi, quien procedió a restablecerlo a la configuración de fábrica y luego a desmantelarlo.

—Está bien —dijo Oso. —Salgamos de aquí.

—Una cosa más. —Saqué el teléfono de Frank. Había dos números guardados en la lista de contactos. Uno era de Oso, y el otro, supuse, de Frank. Lo seleccioné, pulsé «enviar» y esperé.

—¿Jack? —respondió. —¡Dios mío! He estado esperando noticias tuyas. ¿Qué pasa?

Seré breve, así que escucha. Estoy en un almacén en Wisconsin con dos cadáveres en el suelo. El hombre es Thanos. Le dispararon con un rifle de alta potencia a veinte metros de distancia. Desconozco la identidad del tirador. Lo tenía y escapó. El segundo cuerpo es de una mujer llamada Christiana Zhenya. Asesinada por el mismo tirador con el mismo rifle. Esto es lo que van a hacer. Se llevarán su cuerpo y lo subirán a uno de esos aviones baratos que tienen a mano cuando necesitamos un accidente. Volarán esa cosa sobre algún rincón remoto del oeste de Pensilvania y la estrellarán en el bosque. Cuando llegue el momento de que su familia averigüe qué pasó, ella estaba tomando un vuelo a una reunión, la pequeña aeronave perdió la señal y se estrelló, sin dejar sobrevivientes. Su familia no debe enterarse de qué estaba haciendo aquí. ¿Entendido?

—Sí, Jack, claro. Puedo hacerlo. —Hizo una pausa para aclararse la garganta. —¿Qué demonios pasó ahí?

—Demuéstrame que no tuviste nada que ver con esto y te pondré al corriente. Hasta entonces, no confío en ti.

——Mira, quédate donde estás…

Colgué el teléfono y se lo tiré a Thanos al pecho. Oso hizo lo mismo con su celular. Me miró y asintió.

—De nuevo por nuestra cuenta —dijo.

—Parece ser un tema recurrente —dije.

—¿Suele haber una protagonista femenina en estas misiones? —preguntó Lexi.

—No —dije. —Pero esta vez haremos una excepción.

—Buena decisión —dijo. —Ahora, busquemos un lugar donde podamos identificar a ese tirador.

CAPÍTULO 49

Lexi se quedó unos pasos detrás de nosotros mientras hablaba por teléfono. Lo único que capté de su conversación, fue que alguien nos vería en un par de horas. Dudaba de confiar en ella, pero dado lo sucedido esa noche, no había otra opción. Estaba tan metida en esto como nosotros ahora. Quienquiera que fuese Yashkin, si no lo hubiéramos cabreado antes, seguramente ya habría cruzado la línea entre la antipatía y el odio. ¿Era de los que se quedaban y luchaban, o se reagruparía y vendría por nosotros más tarde?

Me estiré en el asiento trasero de la camioneta y Oso tomó el volante. Lexi terminó la llamada, se guardó el teléfono y se sentó en el asiento del copiloto. Se recostó y me miró.

—¿Conseguiste algo?

—¿Tienes algo de agua ahí arriba?

—Pararemos a comprar —dijo Oso. —Ya casi no nos queda gasolina.

—Excelente.

Parecía que cada vez que parábamos en una gasolinera, algo fallaba. Además, tener que parar, significaba que podíamos ser grabados. Ahora esos malditos aparatos estaban por todas partes, todos conectados. Si un analista tenía las credenciales correctas, podía acceder a múltiples fuentes y, usando un software especial, localizar una matrícula. A partir de ahí, los lectores de matrículas nos detectarían en cualquier autopista importante por la que circuláramos. Todo dependía de la influencia que tuviera Yashkin y

de con quién trabajara. Si tenía uno o dos amigos en los lugares adecuados, cosa que no dudaba, solo tenía que darles la matrícula de la camioneta que Oso y Lexi habían robado. Esperábamos que no la supiera de memoria. ¿Un tipo así? Probablemente sí.

Oso paró en la primera gasolinera abierta que vio. Mientras repostaba, Lexi entró corriendo, pagó la gasolina, el agua y los bocadillos. Regresó al coche con una reserva de bocadillos y almendras, que repartió a partes iguales entre los tres.

—No es exactamente una cena de bistec —dijo.

—Vale. —Retiré el plástico y le di un mordisco. Era duro, salado y picante, y me dio justo en el clavo. Lo acompañé con media botella de agua, para pasar el dolor de garganta, y luego comí otro trozo, mientras me quedaba el ardor del primero.

Oso arrancó el motor, puso la marcha, se dirigió a la salida y miró a Lexi. —¿A dónde vamos?

—A un lugar seguro. —Señaló a la izquierda y dijo: — Ve por ahí, hasta Oshkosh, y luego toma la 41 Norte.

—¿Green Bay? —preguntó.

—Un poco más allá. —Señaló, tamborileando los dedos sobre la consola que los separaba.

—¿Nerviosa? —pregunté.

Ella negó con la cabeza. —No, solo estoy lista para resolverlo todo.

—Tú y yo. De hecho, estoy listo para visitar a Oso en sus vacaciones y pasar una semana en la playa. Puedes llevarme con la marea.

—Se acabaron las vacaciones, cariño —dijo Oso. —Ya estoy listo para trabajar. No creas que te voy a dejar aflojar porque estás un poco molesto.

Me cubrí los ojos con la mano y eché la cabeza hacia atrás. Calculé que estábamos a una hora de nuestro destino. Podía quedarme allí, esperando lo que vendría, o confiar en que Lexi lo tenía todo bajo control y echarme una siesta. Opté por dormir, pero, ni siquiera con el balanceo de la camioneta y el zumbido constante del motor, pude lograrlo. En cambio, me despejé y miré fijamente la oscuridad.

El camión avanzó durante una hora. El dolor se había instalado a medida que mis músculos se agarrotaban por la falta de movimiento. Sentía un ardor que me subía por el costado izquierdo y bajaba por la pierna derecha. El dolor se extendía al incorporarme y mover las piernas para intentar contener los calambres. Miré el reloj para calcular cuánto tiempo había estado inmóvil. Había pasado casi una hora. Aunque esperaba descansar más, no pensaba hacerlo pronto. Si el contacto de Lexi descubría alguna pista sobre Matt, teníamos que actuar rápido. Probablemente, estaba planeando su huida a Canadá, si es que no estaba allí ya.

—¿Cómo estás ahí atrás? —Oso me miró por el espejo retrovisor.

—Estoy aguantando. Un poco rígido, pero lo conseguiré.

—Bájate aquí —dijo Lexi, señalando la salida. —Te curaremos en unos minutos, Jack.

Durante los siguientes diez minutos, Lexi nos guió fuera de la carretera por una red de caminos rurales sin señalizar. Por lo que pude ver, no había nada más que bosque. Ni farolas, ni luces de casas, ni coches. Vi un par de ciervos y otros animales, eso fue todo.

—Ve más despacio —dijo. —Va a estar aquí arriba, a la izquierda. Y ahí está.

Oso se movió lentamente en la curva.

—Vale —dijo. —Vas a tener que apagar las luces.

—¿Cómo demonios están…?

Abrió la guantera y sacó una linterna. —Solo cuando la necesitemos. Ve despacio y deberías poder pasar por aquí.

Oso suspiró, apagó las luces y avanzó con el pie en el freno. Avanzamos por el camino de tierra,a saltos, con Lexi alumbrando con la linterna un par de segundos de vez en cuando.

—¿Por qué sin luces? —pregunté.

Señaló hacia arriba. —Nunca se sabe quién está mirando.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó Oso.

—Detén la camioneta. —Lexi sonrió, bajó la ventanilla, extendió el brazo y apuntó la linterna hacia adelante. —Ya llegamos.

CAPÍTULO 50

Pasé el brazo por encima del hombro de Oso y lo usé como muleta. Mi pantorrilla no respondió al estiramiento, y mi pie quedó colgando en un ángulo incómodo. Había oído hablar del pie caído, pero pensaba que era síntoma de un daño nervioso importante. La herida dolía muchísimo, aunque no parecía tan grave.

—Esperen aquí. —Lexi me puso la mano en el pecho, me dio una palmadita, se dio la vuelta y corrió hacia el lateral del edificio. Un suave resplandor apareció junto a ella, parcialmente bloqueado por su mano. Parecía un teclado.

—¿Instalaciones gubernamentales? —preguntó Oso.

Supongo que es una ubicación del FBI. Aunque es un sitio un poco raro.

—No es lo más extraño que hemos visto.

—Definitivamente no.

Habíamos viajado por todo el mundo, en casas seguras, escondidas a plena vista, y otras enterradas en las profundidades de una montaña. Ya nada nos sorprendía.

Una puerta se abrió frente a Lexi y apareció un hombre alto y delgado, recortado por la luz detrás de él. Extendió las manos y las colocó sobre los hombros de Lexi. Ella se inclinó y lo abrazó, luego se giró y nos indicó con la mano que nos uniéramos a ella.

El tipo parecía tener unos cincuenta años, con cabello entrecano, cejas oscuras y un bigote casi blanco. Su rostro era estrecho y

anguloso. Llevaba gafas gruesas de montura negra que reflejaban las luces del techo.

—¿Noche divertida? —preguntó, mirándome con un dejo de curiosidad en sus ojos.

—David, no podemos entrar en detalles de lo que está pasando, ¿de acuerdo? —dijo Lexi. —Te lo dije por teléfono, así que no nos presiones.

—Hacer preguntas está en mi naturaleza —dijo, mientras le daba un golpecito a Oso en el brazo para llamar su atención. —Llévalo a esa habitación al final del pasillo.

Me sorprendió ver a una joven atractiva, de cabello oscuro y vestida con un uniforme médico, esperándonos en una habitación estéril. Miré a Oso y él asintió.

La señora se alejó de nosotros, agarró un gráfico y dijo: —Quítense esa ropa y pónganla en esa bolsa de allí.

Oso intervino: —Señora, me hice el examen físico hace un par de meses, pero si quiere comprobarlo...

—Te sugiero que, si no tienes agujeros de bala, laceraciones, heridas punzantes o marcas de mordeduras, y no quieres tener ninguna en los próximos minutos, salgas de mi habitación.

—Sobre las marcas de mordeduras… —dijo Oso.

La mujer dejó de fijarse en la punta del bolígrafo y alzó la mirada hacia Oso. —Puedo arreglarlo, si quieres. Pero no será por mí. Y puedes confiar en mí, que no será un lugar que disfrutes.

—Te sorprenderías.

—Oso —dije. —Anda, está aquí para curarme. Vamos a dejarla tranquila. Ve a ver si puedes ayudar a Lexi.

Nos ignoró, pateó el tope que abría la puerta y salió de la habitación. La puerta se cerró con un ruido metálico tras él.

—Tu amigo tiene mucho sentido del humor —dijo, mientras escribía en el gráfico.

—Solo me está compensando —dije. —Estoy un poco maltratado ahora mismo, no encuentro mucho con qué bromear.

—A menudo, considero que es una señal de inseguridad en los hombres cuando tienen que actuar así en estas situaciones. Es decir,

¿no puedes simplemente hacerte hombre, o sonreír y aguantarlo, o, mi favorito, echarle un poco de tierra encima?

Saqué el papel que había sacado del abrigo de Thanos y metí mi ropa en la bolsa, como me había pedido. Me lanzó unos pantalones cortos deportivos, luego palmeó la mesa de metal y esperó a que me subiera. La mesa estaba más fría que el suelo nevado de afuera. Agradecí los pantalones cortos.

Arrugó la cara mientras me examinaba la pantorrilla. —¿Cuándo te pusieron la última vacuna contra el tétanos?

—Hace un poco de frío como para preocuparse por eso, ¿no?

—Es tu vida. Podemos arriesgarnos a lo que queramos.

—Preferiría vivir —dije. —Al menos un poco más. La última fue hace cuatro años.

Abrió un armario y sacó una jeringa y un frasquito. —Te voy a poner una inyección por si acaso. ¿Alguna vez has tenido una reacción adversa a esto?

Negué con la cabeza. Ella procedió con la inyección y luego se dedicó a limpiar la herida superficial de mi cadera y a suturarla. Después volvió a centrarse en mi pantorrilla.

Cuando terminó de limpiar y esterilizar la laceración, dijo: —Un corte bastante limpio. Tuviste suerte y evitaste daños mayores. Te dolerá unos días, pero en general debería sanar bien. —Se quitó los guantes y los tiró a la basura. —¿Intentaste saltar una valla y caíste sobre una espada? ¿Estoy cerca?

Me reí. —Algo así.

Su expresión se agrió. —¿Cómo acabó el otro?

—Debería estar muerto. —La miré y vi sus ojos oscuros fijos en los míos. —Lo tenía completamente muerto. No sé qué pasó, por qué me rendí. Supongo que pensé que ya estaba acabado y que el resto me tocaría a mí. Entonces sacó un cuchillo de quién sabe dónde y me cortó la parte de atrás de la pierna. Quizás estuvo todo el tiempo con la mano en el saco de arena. Quizás el miedo a morir le dio una última inyección de adrenalina que usó para alejarse de mí.

—Dios mío —dijo. —A veces se me olvida, ¿sabes?, trabajando aquí. Cuando estaba en el ejército...

—¿Qué rama?

—Ejército. ¿Eres veterano?

Asentí. —Casi todos. Marines.

—Ajá, ¡uy! —Asintió. —En fin, estaba en Afganistán trabajando en un centro médico improvisado. Tuve que amputar extremidades, intentando hacer milagros con tipos que estaban prácticamente muertos antes de caer al suelo. En aquel entonces estaba al tanto. Pero uno no piensa que estas cosas que pasan en nuestro territorio.

Entendí su punto de vista. Ella, como la mayoría de la gente, no había estado expuesta a la parte más vulnerable de nuestro país. La mayoría no podría soportarlo si supiera lo que realmente sucedió.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Kate —dijo ella.

Bueno, Kate, si tuviera que adivinar, estarías trabajando mucho más con el otro tipo si estuviera aquí. Aunque, si aparece, dale una oportunidad y eso terminará el trabajo por mí.

Ella me guiñó un ojo. —Lo tienes.

CAPÍTULO 51

Encontré a Oso y Lexi hablando con David en una habitación al final del pasillo. La mujer que me había curado me siguió, cargando la bolsa de ropa. La colocó sobre un mostrador de acero inoxidable y les dio a todos un informe sobre mi estado.

—No hay manera de mantenerlo alejado de esto —dijo Oso.

Acepté. —No con estos tipos ahí fuera. Puedo descansar después de que esto termine. Hasta entonces, tengo que seguir adelante. Quedarme quieto es una receta para la muerte.

—Solo puedo ofrecerte un consejo. De ti depende escucharme. —Se giró hacia David. —Parece que hay suficiente en la ropa para hacerle un análisis.

Se acercó a la bolsa, miró dentro y asintió. —Adelante, ponla en marcha. No pierdas tiempo. Necesitamos obtener los resultados lo antes posible.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —pregunté.

—ADN —dijo. —Si le propinaste una paliza tan brutal a tu atacante como imagino, deberías tener algo de su sangre en la ropa. Quizás también del hombre del almacén.

—Thanos —dije.

Miró a Lexi. —Así es como lo conocemos.

—¿Qué razón tendría para mentir sobre su nombre? —pregunté. —El noventa por ciento de lo que hizo fue legítimo, ¿verdad?

—Hizo mucho, Jack —dijo Lexi. —Así que ese diez por ciento extra es un logro considerable. Mira, no digo que no se llame Marcus

Hamilton Thanos, de Chicago, Illinois, pero si hay algo de su ADN en ti, podremos compararlo en la base de datos.

—No eres del FBI —le dije a David.

Se rio y negó con la cabeza. —Definitivamente no. Estoy, bueno, digamos que ya no estoy clasificado. Al menos oficialmente.

—No me corresponde hacer preguntas. —Miré a Oso para saber su opinión y el grandulón asintió rápidamente, arrugando un poco la nariz al hacerlo. —¿Cuánto tiempo tenemos que esperar por los resultados?

David hinchó las mejillas y suspiró mientras miraba al techo. —Está bastante fresco, aunque no está en una conservación ideal. Lo mejor sería recolectar las muestras directamente de los donantes. Pero con la tecnología que tengo en estas instalaciones, deberíamos tenerlo todo dividido y alimentado al sistema en doce horas, a menudo antes.

Me invadió una oleada de pánico. —No puedo, perdón, no podemos estar aquí tanto tiempo.

Lexi me puso la mano en el pecho. —Aquí estamos a salvo, Jack. No trajimos nada.

—¡Ni hablar! —dije. —El camión está ahí fuera. Sabes que pueden rastrearlo con telemática.

—Primero, ¿quién va a rastrearlo? —preguntó. —¿Yashkin? ¿Crees que anda por aquí buscando un maldito camión? Y segundo, estas instalaciones están protegidas.

Nos traje a David en busca de seguridad.

Asintió y extendió el brazo en un movimiento rápido. —Todo el lugar y medio kilómetro a su alrededor. Incluso, con un celular, no podrías hacer una llamada. Nada puede penetrar la zona, ni siquiera las imágenes satelitales nos detectan. Parece solo un bosque.

Respiré hondo y negué con la cabeza. —No me parece bien.

David levantó un dedo al salir de la habitación. Mientras estperábamos, el sonido de nuestra respiración, que subía y bajaba, llenaba el vacío.

—Empezaré con esto. —Kate agarró la bolsa de ropa, se detuvo en la salida y me miró. —Avísame si tienes algún dolor.

Esperé hasta que el sonido de sus pasos se disipó, luego extendí mi mano, revelando el papel que había tomado del almacén.

—¿Qué es eso? —preguntó Oso.

—Todavía no estoy seguro —dije. —Saqué esto del forro del abrigo de Thanos. Aún no he tenido oportunidad de mirarlo. ¡Rayos!, por lo que sé, podría ser algo que cayó sobre la chaqueta mientras la cosían.

—O podría ser algo que estaba escondiendo —dijo Lexi, inclinándose para mirar más de cerca. —Ábrelo.

—Vale —dijo David a unos metros de distancia. —Quizás esto te calme los nervios.

Oso y Lexi se alejaron de mí mientras guardaba el papel en mi cintura y todos miramos hacia la puerta, cuando David volvió a entrar en la habitación con tres estuches de armas de fuego.

—Aquí tienen, equipo de primera. —Los puso sobre el mostrador y abrió cada estuche. —Supongo que conocen la MP7. No la encontrarán más pulida que aquí. Sus miras telescópicas cambian entre infrarrojos, láser, de punto y de aumento. Tiene opciones de semiautomática y de ráfaga de tres disparos, dos cargadores estándar de treinta disparos y uno extra de sesenta. También tengo equipo táctico de todos los tamaños. Les garantizo que saldrán de aquí bien equipados para dondequiera que esta misión los lleve.

¿Misión?

¿Qué le había dicho Lexi? La miré fijamente y ella apartó la mirada. Supongo que no importaba en ese momento, me pondría al corriente cuando fuera seguro. Si tenía que esperar hasta que nos fuéramos, que así fuera.

—Ya pueden armarse —dijo David. —Tengo comida preparándose y debería estar lista en quince minutos. Regresen al vestíbulo y tomen el pasillo este hasta el final. Los llenaremos y luego podrán descansar mientras se procesa el ADN.

CAPÍTULO 52

Comimos antes de retirarnos a una habitación, con literas, con capacidad para ocho personas. Oso y yo nos sentamos a un lado, Lexi al otro. Nos encontramos en el centro unos minutos después.

—Ten en cuenta que lo más probable es que esta habitación esté vigilada —dije. —Generalmente, no mencionen nada específico.

Oso y Lexi asintieron mientras desdoblaba el papel. Había considerado qué podríamos encontrar. ¿Un nombre? ¿Una dirección? Tal vez, alguien o algún lugar donde pudiéramos averiguar por qué se habían llevado a Thanos, revelando su secreto. Lexi parecía insegura del motivo, y confié en ella, aunque todavía me preguntaba si se estaría conteniendo. Quizás ahora era el momento de descubrirlo.

Me detuve con un pliegue restante y miré a Lexi a los ojos. —Necesito saber si nos estás ocultando algo.

Parecía como si le hubiera dado una fuerte bofetada. Echó la cabeza hacia atrás, con el labio fruncido y los ojos cerrados. Negó con la cabeza y luego me miró a los ojos. —¿Crees que nos guiaría a través de todo esto si ese fuera el caso? ¡Dios mío! ¿No crees que habríamos evitado la reunión con Kozlov si hubiera sabido lo suficiente para encaminarnos? Estoy tan ciega como tú, Jack. Y, bueno, si a estas alturas no puedes confiar en mí...

—No es eso lo que estoy diciendo.

—¿Estás seguro? —Se lamió los labios y apartó la mirada. —¿Por qué preguntas entonces?

—De acuerdo —dije. —O eres una actriz increíble o te entregas al cien por cien.

—Tal vez, pero no por mucho tiempo.

—Vamos, ¿me estás diciendo que confías en todo lo que te he dicho? —Hice una pausa y esperé una respuesta, pero no hubo ninguna. —Eso es lo que pensaba, Lexi.

—Estoy tan dispuesto a dar una buena pelea como cualquiera —dijo Oso. —Pero ¿qué tal si seguimos con esto antes de que alguien venga a llevárnoslo de vuelta?

Tenía razón. Estábamos perdiendo el tiempo, y creando rencor entre nosotros, al ofrecer mensajes de desconfianza. Me disculpé con Lexi, le eché la culpa a mis lesiones y a los analgésicos que Kate me había dado. Una excusa razonable. Le di la vuelta al papel doblado y lo puse en el centro de la mesa.

Todos nos quedamos mirando el número durante varios segundos. Doce dígitos, empezando por cinco y cinco. Lexi lo articuló. Oso inclinó la cabeza mientras lo leía en silencio.

—¿Un número de teléfono? —preguntó Lexi. —Cinco-cinco, ¿De dónde es?

—Brasil —dijo Oso.

Lexi y yo lo miramos fijamente.

—¿Qué? —dijo. —Estuve allí hace poco.

—Tenemos un código de país —dije. —¿Cuántos números tienen allá?

Oso exhaló, moviendo los labios como un motor de lancha. Levantó las manos, una como si sostuviera un teléfono, la otra pulsando botones. —El código de la ciudad es dos, luego el resto del número, eh, ocho.

—Entonces diez, más el código de país de dos dígitos y tenemos doce —dijo Lexi.

—Suena bien —dijo Oso.

—Necesitamos un teléfono —dije.

—No servirá de nada —dijo Lexi. —No te servirán, a menos que estés en la línea segura de David. Y, probablemente, no sea buena idea que la usemos.

—Ambos, apréndanlo de memoria. Lexi, ¿cuánto confías en este tipo? ¿Podrá llevarnos a Brasil?

—Tiene los contactos necesarios. Pero, ¿con qué rapidez? No puedo decírtelo sin hablar con él. En cuanto a la confianza, le confío mi vida. Probablemente, haría cualquier cosa por mí, sin hacer preguntas.

—¿Por qué? —preguntó Oso. —¿Por qué haría eso?

—Me debe una —dijo, y dejó el asunto ahí.

—Vale —dije. —No podemos hacer nada ahora. Dormiremos un rato y mañana por la mañana lo haremos.

Mientras yacía allí, pensé en la probabilidad de que encontráramos una respuesta al otro lado del teléfono. Parecía que teníamos una oportunidad. Sin embargo, había algo en ello que no me cuadraba.

CAPÍTULO 53

—Esto tiene que ser.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Oso estaba sentado a la mesa con una taza de café y un plato de comida. Sostenía el tenedor en el aire y miraba fijamente a Lexi. Ella estaba de pie entre nosotros dos, sosteniendo un papel. Su sonrisa, y el vigor con el que hablaba, indicaban que tenía noticias que compartir.

—Jack, vamos —dijo. —¡Levántate!

Mi pierna derecha se había entumecido desde la rodilla hacia abajo. Me estiré sobre el borde de la cama, esperando a que la gravedad hiciera su trabajo. Lentamente, bajó hacia el suelo, pero el dolor se apoderó de mi pantorrilla, centrándose en la laceración curada.

—¿Cómo estás, compañero? —preguntó Oso con la boca llena de comida.

Hice una mueca de dolor. —Aguantando. ¿Qué demonios comes?

Se quedó mirando el trozo de comida en la punta de su tenedor. —Panqueques. Creo. Este lugar no es un Waffle House, pero la comida está bien.

—Te sentirás como una basura en un par de horas, después de todos esos carbohidratos.

Se encogió de hombros y señaló mi pierna vendada. —Aun así, me sentiré mejor que tú.

Dirigí mi atención a Lexi. Había conseguido cambiarse de ropa: pantalones negros limpios, una camisa negra de manga larga y

botas tácticas negras.

—¿De qué se trata todo esto?

—El número es correcto —dijo.

Pasé la otra pierna por encima de la cama y me senté en el borde. —¿Cómo? ¿Cómo lo sabes?

—Le pedí a David que lo hiciera…

—Hablamos de esto, Lexi —dije. —No sé qué tan cómodo me siento...

—Mira, vi una oportunidad y la aproveché. Podríamos quedarnos sentados todo el día, o podrías llamar al SIS, pero por lo que a mí respecta, todos los recursos que necesitamos están aquí. Mejor aprovecharlos. Dobló el papel, se lo metió en el bolsillo, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Hay momentos en los que es difícil soltar. Prefería tener el control siempre que fuera posible, pero me enfrenté a una situación en la que mis canales habituales no eran accesibles. No podía confiar en el Viejo, considerando que había conocido a Matt bajo su mando, y luego, el tipo apareció a mil seiscientos kilómetros de Nueva York, dispuesto a matarme. Y Frank, bueno, era Frank. En ese momento no tenía ni idea de si era amigo o enemigo. Si le contaba algo de esto, seguro que lo veríamos, o a sus hombres, en nuestro próximo destino.

—Lexi, para.

Tenía la mano en el pomo de la puerta. —¿Por qué debería?

—¿Qué descubriste?

—No tienes que hacer esto, Jack. Ninguno de los dos. Puedes irte. Yo me encargo de esto. Thanos era mi caso, de todas formas. Todo esto es un desastre que tengo que resolver. ¿Por qué no se van a casa? —Cruzó la puerta y la cerró tras ella.

Le lancé una mirada a Oso, quien se encogió de hombros y le dio un mordisco a la comida.

Salté de la cama. —Es muy temprano para esto. Necesito un café.

—Por si sirve de algo —dijo Oso. —Estoy dispuesto a seguir con esto hasta el final.

Abrí la puerta y salí al pasillo, girando la cabeza de izquierda a derecha. Retrocedí bruscamente al ver a Lexi a pocos metros de distancia. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y un pie apoyado en la pared.

—¿Te vas? —preguntó ella.

—¿Qué pasa? —pregunté. —Un minuto estás emocionada por enseñarnos algo y, al siguiente, intentas echarnos. No tiene sentido. Estamos dentro, Lexi. ¿De acuerdo? Te apoyaremos hasta el pitido final.

Ella asintió, bajó la barbilla hasta el pecho y metió la mano en el bolsillo. La ropa negra le sentaba bien, acentuaba sus curvas. Desdobló el papel y me lo entregó.

Lo estudié un momento. Una oleada de posibilidades me invadió. —Estás bromeando, ¿verdad?

Ella levantó la vista. —Eso fue lo que encontró.

—¿Fernando Sousa?

Ella asintió.

—¿Fernando Sousa como líder del Senado brasileño? ¿Qué tenía que ver con Thanos?

—Estoy en eso. Mientras tanto, propongo que nos subamos al Gulfstream que David tuvo la amabilidad de prestarnos y vayamos a interrogar a Sousa hoy.

—No hemos hablado mucho de esto, pero ¿tienen algo que ver los hombres con los que tratabas mientras estabas encubierto? ¿Crees que Denton podría estar involucrado? ¿Tuvo tratos con Sousa?

Se giró y se apoyó en la pared con el hombro. —Solo vi lo básico de sus finanzas. Eso fue lo que hice de incógnito, arreglarles el dinero. Pero, aún, no estaba del todo de acuerdo en dejarme entrar en sus negocios. Una semana más y lo habría tenido todo. Quizás esto no habría pasado si no hubiera metido la pata.

—No puedes saberlo. ¿Y McGrath? ¿Qué tenía que ver con Brasil?

Se encogió de hombros. —En cuanto a McGrath, nunca vi nada que lo conectara con Sudamérica. Prefería sus contactos europeos en la industria farmacéutica. Tenía a alguien aquí en Estados Unidos para el control de armas.

Me detuve un momento antes de mi siguiente pregunta. —¿Y Thanos? ¿Qué hay de él?

Respiró hondo y asintió. —Tiene contactos allí.

—Tenía.

—Sí, supongo que sí. Pero no saben que está muerto. Mira, no sabes todo lo que sé sobre Thanos. Esto podría complicarse si nos cruzamos con la gente equivocada.

—Puedes contarme en el vuelo, ¿sí?

Ella asintió. —Me alegra tenerte conmigo, Jack.

CAPÍTULO 54

Fui a ver a Kate para revisar mis heridas y volver a vendarme la pantorrilla. Dijo que todo se veía bien y que debería estar bien en un par de semanas. No me sentía así, pero claro, no importaba. Tenía que empezar a funcionar hoy mismo. Me encontré con Oso en la cocina, tomé una taza de café y me llené el estómago de huevos con tocino. Oso se sirvió otra ración de panqueques, mientras Lexi y David repasaban el plan de vuelo. Había llegado al punto de sentirme cómodo con su ayuda. Anoche tuvo todas las oportunidades para delatarnos y no lo hizo. Y, tenía que admitir que, sentía curiosidad por él. Parecía ser un experto en muchos oficios.

El Gulfstream podría llevarnos a Río en ocho horas. Eso le daría a David tiempo de sobra para investigar todo lo relacionado con nuestro objetivo y sus conexiones. Necesitábamos conocer todos los vínculos entre Sousa y Thanos. Tenía curiosidad por ver cómo se relacionaba con Yashkin y la gente de Chicago, que Lexi intentaba derribar de incógnito, porque ahora mismo todo era un lío en mi mente.

Para entonces, Frank debía de estar cerca. No cabía duda de su implicación con Thanos, aunque aún se me escapaba en qué medida. A Frank no le importaban los empresarios sin ética. No se dedicaba a las finanzas. Si Thanos hubiera estado desviando cinco millones al año, para apoyar a un terrorista, a Frank le habría dado igual. Su objetivo estaría en el terrorista. Habría dejado que alguien más negociara con Thanos para conseguir los nombres que Frank

tenía que buscar. Con esta lógica, no era descabellado suponer que Thanos estuviera involucrado en algún tipo de actividad terrorista más allá de donar dinero. Lexi lo desmintió de inmediato.

Nos habíamos deshecho del coche, los teléfonos, y todo lo que llevábamos encima, la última vez que vimos a Frank. A menos que nos hubiera implantado algo, a alguno de los tres, jamás se acercaría a estas instalaciones.

Todavía no podía quitarme la sensación de que lo veríamos pronto. Mi mente necesitaba calma.

—¿Alguna novedad sobre el almacén? —pregunté.

Lexi levantó la vista del historial sobre el que estaban inclinados con David y negó con la cabeza. —Si te tranquiliza, David puede intentar contactar con las actividades del SIS, para ver si ya tienen a alguien aquí.

Consideré la opción por un momento. —Frank estaría pendiente de eso, y no quiero arrastrar a David al medio de este lío. —Empujé mi plato al centro de la mesa y me recosté en la silla, con los brazos tras la cabeza. —Supongo que no importa mucho si alguien llega primero. Las noticias sobre Thanos saldrán tarde o temprano. De todas formas, estaremos fuera del país.

—Hablando de eso —Lexi tamborileó con los dedos sobre la mesa. —¿Qué tan de cerca monitorea Frank el tráfico aéreo?

Me encogí de hombros. —Supongo que depende de si lo necesita. Tiene los recursos para saber qué está pasando en cualquier momento.

David levantó la vista del mapa. —Hoy es como si estuvieran volando en un avión invisible. No los encontrará. Nadie lo hará. Pueden entrar y salir de cualquier país con solo veinte minutos de aviso.

—¿Quién carajo eres tú? —le pregunté.

Sonrió y se encogió de hombros. —Podría decírtelo, pero…

—Ni se te ocurra, amigo. —Me reí. —Me caes bien. Puede que vuelvas a saber de mí algún día.

—Dios mío —dijo. —No sé si aguanto más visitas desde el coche. Lexi es una cosa, pero tengo que poner un límite. —Sonrió mientras recorría con el dedo el centro de la mesa. —Además, parece que hoy

te estoy haciendo un favor. No al revés. Así que, deberías estar preparado para que te llame, cuando necesite que resuelvas un problema.

—Cuando quieras —dije.

Oso se hizo eco de mi sentimiento.

Kate entró corriendo en la habitación y todas las miradas se posaron en ella. —Tengo algunos resultados, por si les interesa.

Era la hora de los resultados de la prueba de ADN. La primera prueba sería comparar mi ADN. Tenía curiosidad por su acceso a la base de datos, dado que se habían infiltrado ciertos alias para diferentes agencias. Así que, si volvían con el alias A, sabría quién lo estaba ayudando. O a quién había pirateado. El SIS y otras agencias usaron la táctica para identificar a quienes se metían en nuestros asuntos.

Cojeé por el pasillo, con Oso a un lado y Lexi al otro. Me seguían el paso por si necesitaba alguien en quien apoyarme. Les dije que no se preocuparan, pero permanecieron a mi lado, paso a paso. Entramos en una pequeña sala de reuniones al otro extremo del edificio. Una mesa rectangular, con tres sillas a cada lado, llenaba el espacio. Tomé la más cercana a la puerta, dejando la espalda al descubierto. Era incómodo, pero no esperaba que alguien me sorprendiera, sigilosamente, dentro del edificio.

Kate atenuó las luces, se sentó y conectó su portátil a un proyector. Unas pocas teclas después, apareció un gráfico en la pared. Nos dio una visión general de lo que estábamos viendo y luego procedió con más detalles.

—Se obtuvieron cuatro resultados diferentes. Los cuatro, provienen de muestras de sangre encontradas en la ropa que recogimos anoche. —Picó las teclas y la historia clínica fue reemplazada por mi fotografía. —Aquí, obviamente, te tenemos a ti, Jack Noble, de Crystal River, Florida.

Lentamente, giré la cabeza hacia David, que me miró a los ojos con una leve sonrisa. ¿Quién demonios era este tipo? La única forma de acceder, a la información que Kate acababa de soltar, era tener la mayor autorización de seguridad disponible, la que solo tenían tres personas en la zona más restringida del Pentágono. Ni siquiera los

mejores hackers del país, como mi principal activo, Brandon, podían acceder a esa base de datos.

Por un lado, me sentí violado. En treinta segundos, estas personas podrían tener la historia de mi vida.

Por otro lado, sabía que sabríamos con certeza quién era quién en ese almacén.

—No creo que sea necesario ir más allá —dijo David, mirándome y asintiendo.

Los dedos de Kate volvieron a teclear. Tras desaparecer mi imagen, nos quedamos mirando a Thanos. Sentí una opresión en el pecho y el abdomen mientras esperaba la revelación.

—Marcus Hamilton Thanos—dijo. —Nacido en Estados Unidos, sus padres emigraron de Grecia a finales de los años cincuenta. Se rumoreaba que su padre tenía vínculos con individuos en Rusia, lo que, según se cree, contribuyó a financiar su incipiente negocio, y a convertirlo en el cuasi-imperio, del que Marcus tomó control y convirtió en una máquina de hacer dinero. La CIA ha creído durante mucho tiempo que Marcus Thanos mantuvo estrechos vínculos con los contactos de su padre, en Europa del Este, tras su fallecimiento.

Miré a Lexi para ver si parecía sorprendida por la información, pero su expresión no revelaba nada, era firme.

Kate se inclinó hacia un lado, perdiéndose de vista. Regresó con un sobre manila del que sacó un fajo de papeles y arrojó cuatro o cinco hojas grapadas hacia nuestro lado de la mesa.

—Hay más información sobre Thanos que pueden leer mientras vuelan.

La imagen cambió nuevamente.

—Christiana —dije.

—Más o menos —dijo. —Esta es Christiana Zhenya. Una exmiembro de la KGB, expulsada de la agencia por negarse a cumplir una orden. Al parecer, desarrolló un sentido de la moralidad y no eliminaba a un objetivo cuando sus hijos estuvieran presentes. Cuando su supervisor la presionó para que completara el trabajo sin dejar testigos, se quitó el equipo de comunicación y huyó. Nadie pudo determinar si la bala que recibió fue disparada por el hombre al que la mandaron a matar o por otro agente cercano. Es práctica

común en esa agencia que, cualquier agente que consideren un riesgo, sea seguido por otro agente. Después de todo eso, el objetivo terminó muriendo, al igual que los niños.

La miré fijamente a los ojos pálidos una vez más. Christiana quería que su familia no supiera nada de sus negocios en nuestro mundo. Tenía sentido que se resistiera en una situación así. Y, quienquiera que fuera su contacto, lo sabía. Por eso tenían a alguien listo para completar el trabajo y eliminarla. No la consideraban un riesgo. La querían fuera de escena. Quizás, era cercana a Yashkin, y después de que él se fuera, no querían a ninguno de sus lastres cerca.

—Al parecer, la bala fue un castigo suficientemente fuerte, porque la relevaron de su cargo y luego desapareció del radar durante cinco años. Apareció hace unos veinticuatro meses, trabajando para un exgeneral y alto funcionario de la KGB llamado Nika Yashkin. —Pasó a otra imagen, esta vez del general. —Ahí está Yashkin. Teníamos información de que estuvo en el país hace apenas un día. Ya no se habla de eso y no estamos seguros de dónde está ahora.

Nuestro lado de la mesa permaneció en silencio. ¿En qué información se basaban para saber el paradero de Yashkin?

—El último. —Se removió en el asiento, enderezó la espalda y mostró a Matt. —Vasiley Rudin. Ex oficial de inteligencia militar que sirvió nada menos que a las órdenes del general Yashkin. Lo siguió hasta la KGB. Poco después de la, digamos, jubilación de Yashkin, Rudin se unió a él en su nueva empresa.

Oso se inclinó hacia adelante y me miró por encima del hombro de Lexi. —¿No lo llamabas Matt?

Asentí. —¿Qué alias tienes registrados para Rudin?

Sus dedos bailaron sobre el teclado de la portátil durante varios segundos. Tocó el ratón y la pantalla cambió de nuevo, mostrando un expediente rudimentario de Rudin. Entre los nombres y la información, destacaba Matt Henschel. Había un expediente policial adjunto. Se lo señalé. Kate abrió el expediente y leyó una larga lista de delitos: allanamiento de morada, agresión, agresión con arma mortal, resistencia al arresto, etc.

—Me cuesta creer que esos cargos sean legítimos —dijo.

—Probablemente, un intento de darle credibilidad —dijo David. —Dime, ¿dónde aprendiste su nombre?, o, mejor dicho, ¿su alias?

Cambié de tema. —¿Y sus otros alias? ¿Sabemos con quién está relacionado por su nombre?

Suspiró mientras se encorvaba sobre la laptop y volvía a teclear. Noté que solo usaba el índice y el corazón para escribir. —Me está llevando por un camino sinuoso. Tardará un poco, pero creo que podré entenderlo todo sobre él para cuando aterricen en Brasil.

Me recosté en la silla y miré al techo durante varios segundos. Teníamos toda la información que podían darnos. Y yo estaba más confundido que nunca.

CAPÍTULO 55

La parte más arriesgada del día fue el viaje de veinte minutos hacia el norte, hasta la pista de aterrizaje privada y desierta en medio del bosque. El viaje había sido una larga hilera de árboles de hoja perenne. Estábamos en la frontera con Canadá, y estuve a punto de salir corriendo en esa dirección, con la intención de perderme. Lo único que me frenaba, era que apenas podía caminar, y mucho menos correr.

Antes de embarcar, Kate me dio un frasco de pastillas con instrucciones de no tomar más de dos cada seis horas. Tomé una en las escaleras, y otra, una vez sentado con un vaso de agua en la mano. Estuve tentado de acompañarla con un trago de whisky, pero decidí no hacerlo. Las medicinas me iban a dejar atontado, y necesitaba estar lo más alerta posible.

Oso optó por una copa. Desde el momento en que el coche se detuvo frente al avión, noté que su ansiedad aumentaba. El hombretón no le tenía miedo a nada. Pero volar le ponía los nervios de punta, dejándolo más vulnerable que en cualquier otro momento. Era doloroso verlo. Había superado todos los vuelos, en los que habíamos estado, sin armar un escándalo, logrando interiorizar su infierno a treinta y seis mil pies. Sabía que había otras opciones químicas disponibles, pero el alcohol era el único que sabía que no le dejaría una dependencia fuera de un avión.

Oso y yo nos sentamos en cómodos asientos ejecutivos, uno frente al otro. Lexi se dejó caer a mi lado, apoyando su hombro en

el mío.

—No te importa, ¿verdad? —dijo ella.

Me recosté contra ella y giré mi rostro hacia el suyo. —Te vendría bien una ducha, pero creo que puedo arreglármelas.

Ella se acercó y me dio un golpe en el estómago, con tanta fuerza, que me hizo toser.

—Eso te enseñará —dijo.

—Me agarraste desprevenido —dije. —Inténtalo de nuevo y...

Ella me dio otro golpe, aunque esta vez estaba preparado.

—Quizás deberías sentarte a su lado —hice un gesto hacia Oso.

Ella se tambaleó hacia adelante, hacia el hombre grande.

Inmediatamente, levantó la mano libre mientras bebía de un trago y, tras tragar saliva, dijo: —Ni hablar. No puedo ir a Brasil con los dos maltrechos.

Lexi se quedó en el pasillo entre nosotros, mirando a Oso. —Supongo que tienes razón. Mejor le doy una paliza solo a Jack en este vuelo.

Encajaba perfectamente con nosotros. ¿Qué opinaría del tipo de trabajo que hacíamos? Una vez agente del FBI, siempre agente. ¿Podría ver más allá de las zonas grises en las que pasábamos la mayor parte del tiempo? Lo dudo. Además, ya era suficiente con vigilar a Oso. Sería un infierno añadir la responsabilidad de otra vida que cuidar.

Mientras me miraba fijamente, Oso levantó su vaso y señaló por encima de mi hombro. —¿De qué crees que están hablando ahí fuera?

Miré por la ventana y vi a David y al piloto, uno cerca del otro, conversando. Kate estaba de pie a lo lejos, junto al coche.

—Espero que no sea sobre en qué prisión nos dejarán —dije.

—O de qué país es esa prisión —dijo Oso. —Pasaremos por lugares donde no estábamos autorizados a operar.

—Supuestamente —dije. —Y sí. Algunas de esas cárceles en Centroamérica no son para reírse. Los reclusos mandan. Esos lugares cobran vida propia.

—Se ve que ustedes dos han trabajado juntos durante mucho tiempo —dijo Lexi.

—Se podría decir que sí —dijo Oso.

—¿También estuviste en el SIS? —Ella levantó una ceja.

Oso negó con la cabeza. —No he tenido ningún deseo de seguir órdenes ajenas desde el día que me retiré de la Infantería de Marina.

—¿Fue ahí donde se conocieron? —preguntó.

—Entrenamiento de reclutas —dijo Oso.

—Odiaba a ese idiota de ahí —dije.

—El sentimiento era mutuo, compañero.

—¿Cómo se hicieron amigos ustedes dos? —preguntó.

—Si no recuerdo mal —dijo Oso, —le di una paliza brutal y prácticamente lo convertí en mi perra.

Casi me caigo de la risa. —¿De verdad?

Oso tenía una enorme sonrisa dibujada en su cara. —Algo así.

—La verdad es que no nos dieron muchas opciones. Nos enviaron a mitad del entrenamiento de reclutas a un nuevo programa que la CIA había comenzado recientemente. Querían hombres que no estuvieran completamente moldeados al estilo de los marines. Hombres como Oso y yo, que destacábamos por ser testarudos, pero aptos para servir. Nos habrían quebrado tarde o temprano, pero como resistíamos, tenían otra opción.

—Así que terminamos cumpliendo condena con un grupo de imbéciles de la Agencia. —Oso estiró las piernas y cruzó los brazos. Pasé varios años por toda Europa, Asia y África. Muchos de ellos con Jack, hasta que se fue a trabajar con Frank.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó ella.

—Alrededor del 2002 —dije.

Oso bajó la mirada y negó con la cabeza. —¡Menuda tormenta!

Lexi se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, como una niña pequeña pendiente de cada palabra. —¿Qué pasó?

—Desafortunadamente, hubo gente muy poderosa involucrada, y ahora es tan secreto, que no podemos hablar de ello. —Miré por la ventana. —Al menos no hasta que estemos en Brasil.

—¿Han tenido algún conflicto a lo largo de los años? —preguntó.

—¿Nos interrogas por algo? —Oso sonrió, pero solo por encanto. Era una pregunta legítima.

Se recostó y le restó importancia. —Solo curiosidad.

En ese momento, el piloto subió a bordo y nuestra conversación se cortó. Sonrió, se presentó y nos dijo que teníamos autorización para despegar y que le avisáramos si necesitábamos algo durante el vuelo. Se reunió con su copiloto en la parte delantera del avión y cerró la puerta tras él.

—Bueno, esa es mi señal. —Oso se puso unos auriculares y cerró los ojos. Los enormes músculos de sus brazos se tensaron y sus pectorales se tensaron y aflojaron. Era una técnica que usaba para liberar la ansiedad. Yo la había adoptado a lo largo de los años, cada vez que el estrés me golpeaba con fuerza.

No hubo mucho tiempo antes de despegar. El avión giró ciento ochenta grados y se abalanzó hacia adelante, como si nos hubieran disparado desde un cañón. Segundos después, estábamos en el aire, ganando altitud rápidamente. A unos doscientos metros de altura, viramos bruscamente a la izquierda. Lexi se movió hacia adelante y me agarró el muslo.

—Siéntete libre, —dije por encima del rugido de los motores.

Ella se inclinó y dijo: —Lo siento. —Sentí su aliento caliente contra mi cuello.

Unos minutos después, el ruido bajó y el avión se estabilizó. Oso permaneció conectado a sus auriculares, con los ojos cerrados, por un rato más, pero pronto la ansiedad se apaciguaría y volvería con nosotros.

Me levanté, me disculpé, busqué una nevera y tomé un par de bebidas. Los analgésicos me habían hecho efecto en la pierna. Casi sentía que podía correr con ella. Lo malo era que sentía como si una nube me hubiera caído encima. Cuando volví a mi asiento, Lexi tenía una revista sobre su regazo. Miré a mi alrededor, intentando averiguar dónde la había encontrado. Ocho horas era mucho tiempo, mejor que lo llenara con algo de lectura. No levantó la vista cuando le di una botella de agua.

Poco después, caí en un sueño inducido por la codeína. Cuando desperté, habían pasado cuatro horas. Lexi estaba leyendo una novela de Clancy. Todavía no estaba seguro de dónde la había

encontrado. Me apoyé en ella, rozándome los hombros. Levantó la cabeza y me miró.

—¿Qué vas a hacer cuando todo esto termine? —Le pregunté.

Dobló la esquina de la página que estaba leyendo y cerró el libro. —No le he dado muchas vueltas. Supongo que ya me había dado cuenta de que todo se arreglaría, ¿sabes?

—Vamos, no me vengas con esas tonterías. Somos de los que piensan, no solo cinco pasos por delante en nuestra operación actual, sino diez pasos por delante en la vida. Sé que tienes algún plan en mente.

Suspiró, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. —Llevo mucho tiempo dándole vueltas a esto, Jack. Solo espero que, lo que encontremos de este tipo en Brasil, pueda usarlo contra los hombres que arruinaron mi vida.

—¿Tu marido?

Negando con la cabeza, dijo: —No, él no. Para empezar, no tengo ni idea de dónde lo pusieron. Y no quiero saberlo. Me refiero a esos cabrones que intentaba derribar.

—¿Crees que están todos conectados?

—Thanos es el eslabón de todo esto. —Destapó la botella de agua y se la acercó a la boca sin beber un sorbo. —Solo nos queda esperar que esto lo ate todo, porque me cuesta encajar un par de piezas del rompecabezas.

—David también está trabajando en eso, ¿verdad?

Ella asintió mientras daba un sorbo a su bebida. —Sí, está verificando cada base de datos, cada informe que no haya sido censurado hasta el punto de ser inútil, y cada contacto de confianza que no le haga veinte preguntas para descubrir el vínculo entre estos personajes. Y como dije, Thanos está en el medio.

Miré mi reloj. —Le quedan cuatro horas para averiguarlo.

La puerta de la cabina se abrió y el piloto salió a grandes zancadas. Nos sonrió al pasar. ¿Tenía idea de quiénes eran sus pasajeros y qué hacían? Supuse que sí, por la conversación privada que tuvo con David. Este tipo debía ser el piloto de confianza de David. De hecho, incluso podría tener al piloto en nómina o a sueldo. Algo así como "*cuando yo llamo, vienes*".

Sacó un par de botellas de agua de la nevera y regresó a la cabina, tarareando una vieja melodía de Cole Porter. Se detuvo a pocos metros de nosotros y se dio la vuelta. —Curiosamente, nos estamos preparando para cruzar el ecuador. Eso significa que estaremos en latitud cero. Si cruzáramos el Atlántico, a unas trescientas millas de la costa de África, estaríamos en cero al cuadrado, como me gusta llamarlo. Latitud y longitud cero.

Lexi se mordió el labio mientras el chico se alejaba. Tras cerrarse la puerta de la cabina, soltó una carcajada.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó. —Estamos a punto de infiltrarnos en la oficina de algún político brasileño, posiblemente desatando un escándalo internacional, ¿y nos habla de cero al cuadrado?

—Coordenadas —dijo Oso.

—Es muy amable de tu parte unirte a nosotros —dijo.

—He estado despierto por un rato, esperando que ustedes dos comiencen a besarse.

—Entonces mejor vuelve a dormir —dijo. —Porque solo en tus sueños ocurre eso.

—El lugar del que habla es el Golfo de Guinea, a unos trescientos kilómetros al sur de Ghana. —Oso se quitó los auriculares y se frotó los ojos. —Perdón, solo soy un viejo aficionado a las excursiones. Siempre me han gustado esas cosas. Pero cada lugar tiene coordenadas, y ese lugar es cero-cero-cero-cero-cero-cero-cero, cero-cero-cero-cero-cero-cero.

Me enderecé. —Espera un momento, ¿lo repites?

Soltó una vez más la cadena de ceros.

—Tienes que estar bromeando. —Salté del asiento. Se me dobló la pierna derecha y casi me desplomo. Oso extendió el brazo para sujetarme.

—¿Qué pasa? —preguntó Lexi.

—Vamos en dirección contraria. Tenemos que dar la vuelta.

CAPÍTULO 56

—No puedes estar aquí. —El piloto se levantó y me puso la mano en el pecho. —Estoy autorizado a usar fuerza letal, ¿sabes?

El copiloto agarró los controles con fuerza. Quizás era su primer vuelo con un público como el nuestro.

—Vuelve a tu asiento y te veré antes de aterrizar. —El piloto bajó la mano y se sentó en su asiento.

—Tranquilo —dije. —Solo necesito saber si puedes introducir unas coordenadas y decirme a qué parte del mundo apuntan.

Miró al copiloto y asintió. El joven pulsó un par de botones, cambiando la apariencia del ordenador del tablero, y luego me miró de nuevo.

—¿Cuáles son las coordenadas, señor?

Las leí, número a número, empezando por cinco y cinco. Al introducirlas, la imagen cambió respecto a nuestra ubicación actual sobre el Caribe. Al asentarse, vimos Europa del Este.

—Moscú —dijo.

Casi cometimos el mayor, y probablemente el último, error de nuestras carreras. Si hubiéramos arrestado a ese político en Brasil, quién sabe qué clase de escándalo internacional habría surgido. La ubicación de las coordenadas tenía todo el sentido, dado con quién habíamos estado tratando los últimos días. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Me pasé la mano por el pelo. —Entonces, cambia de rumbo a Moscú.

—Tienes que estar bromeando —dijo el piloto. —Primero, ya tenemos un vuelo fletado para un destino. No se pueden cambiar las cosas, así como así. Segundo, llegar a Rusia va a ser muy diferente que llegar a Brasil.

Tenía el aspecto de un adolescente a punto de recibir una paliza de tres matones.

—Me da igual —dije. —Llama a David y haz que pase.

David me había dicho que podía llevarnos a cualquier lugar, siempre y cuando, le avisara con veinte minutos de antelación.

El piloto sacó un teléfono de la pared junto a él y marcó una serie de números. La pausa mientras sonaba el teléfono pareció durar horas. El piloto asintió a su copiloto, se aclaró la garganta y empezó a hablar.

—Señor, tenemos un problema. Nuestros pasajeros nos dicen que vamos al destino equivocado. —Hizo una pausa. —Sí, señor, aquí está uno.

—Noble —dije.

—David —dijo.

—Lo supuse.

David no dijo nada.

—Bueno, ¿entonces qué? —pregunté.

—Estaba esperando que te explicaras.

—No hay mucho que explicar. Nos equivocamos con Brasil. El verdadero destino es Moscú.

—¿Moscú?

—Introduce esos números en la barra de búsqueda: dos grupos de seis.

—Es broma —murmuró antes de tocar el teclado. —¿Coordenadas?

—Lo entendiste.

—Cinco-cinco, eh, tres-siete, eso si parece Moscú.

—Claro que sí. Y estuviste conmigo esta mañana. Viste con quién coincidía ese ADN.

—Está bien, está bien —dijo. —Vuelve a poner el piloto y contáctame por aquí cuando aterrices. Recopilaré toda la información posible sobre ese lugar.

—Te lo agradezco. —Le entregué el teléfono al piloto.—Te sugiero que gires a la izquierda ahora mismo.

La puerta se cerró de golpe y el avión se inclinó hacia la izquierda. Me apoyé en la pared con ambas manos y volví a mi asiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Oso. —¿Por qué cambiamos de rumbo?

—Vamos a Moscú —dije. —Esos números que sacamos del papel del abrigo de Thanos no eran de la oficina de ningún político en Brasil.

La mirada de Oso recorrió el techo y vi cómo lo entendía todo. —Coordenadas. Cincuenta y cinco y treinta y siete, ¿adivina qué nos pondría cerca del maldito Kremlin?

—Algo así. —Me volví hacia Lexi. —Esto no es lo mismo que hacer una parada en Brasil. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella asintió. —Soy consciente.

—Mucha gente cree que todo va sobre ruedas entre nuestros países, aunque no es así. Muchas de las mismas cosas que sucedieron a principios de los ochenta siguen ocurriendo. Constantemente, intentan infiltrar gente en nuestra comunidad de inteligencia, y nosotros hacemos lo mismo. El espionaje entre ambos países es más intenso que nunca, y si tuviera que predecirlo, seguirá empeorando. ¿Entiendes a dónde quiero llegar?

Ella suspiró. —Por supuesto. Tenemos que vigilar cada paso, ser invisibles.

Bajé la cabeza, respiré hondo y volví a mirarla. —Necesito saber qué clase de hombre es David.

—Es un buen hombre, Jack. Podemos confiar en él.

—Si no me sintiera así, nunca me habría subido a este avión. No es eso lo que pregunto. Necesito saber si esto sale terriblemente mal y terminamos detenidos, ¿podrá sacarnos? Porque si no puede, tendré que llamar a Frank e informarle de lo que vamos a hacer.

Oso gimió. —Y si no le gusta, nos recogerán con toda seguridad.

—Todavía no sé exactamente qué está pasando aquí —dije. —Me inclino a creer que Frank sabe mucho más de lo que dejó ver. Esas lagunas que tienes en esta historia, Lexi, apuesto a que Frank puede llenarlas. —Me detuve y miré por la ventana, justo a la cabeza de

Oso. —No puedo creer que vaya a decir esto, pero, de alguna manera, estoy convencido de que debía llamarlo.

—David empezó su carrera como manipulador de códigos para la NSA —dijo Lexi. —Es un genio. Su mente es inexplorada. Lo sacaron de la escuela a los quince años y lo pusieron a trabajar en un grupo de expertos. Para él, era un juego, porque el trabajo no era desafiante, en general. Entonces, un día, ve los resultados de una tarea que completó. Imágenes que la mayor parte del mundo nunca ve. Un pueblo bombardeado. Mujeres, niños, inocentes, muertos en las calles.

Oso y yo asentimos lentamente. Habíamos visto de cerca la dura realidad de la guerra. Esas imágenes brillaron en mi mente, frescas como el día en que se grabaron en mi memoria.

—Así que decide parar. El problema, es que ahora tiene veintiún años, y pasó su adolescencia en una caja. No tiene ninguna habilidad social con la gente de su edad, aunque no era muy bueno en eso antes de que la NSA lo atrapara. No tiene familia. No tiene adónde ir, salvo a algún lugar dentro de la comunidad de inteligencia, donde asume un puesto de analista y vuelve a destacar en su trabajo. Durante los siguientes treinta años, aproximadamente, fue ascendiendo. Pasó un tiempo a la CIA como subdirector del Grupo de Inteligencia de Seguridad.

—Un agente de Operaciones Especiales —dije. —¿Cuánto sabrá del programa en el que participé?

—Supongo que mucho. Probablemente no necesitaba ninguna base de datos para acceder a tus archivos. Con una mente como la suya, esa información seguramente estaba guardada en su bóveda mental. En fin, esa fue su última parada, pero su retiro fue solo una formalidad, como puedes ver. Sigue muy activo, con mucho apoyo de ciertas personas en el Pentágono.

Los antecedentes de David me intrigaron y disiparon algunas de mis preocupaciones. No me dio la impresión de que me conociera del pasado ni de que me guardara rencor. ¡Rayos!, llevábamos más de cuatro horas en el aire. Solo tenía pocas opciones una vez que el avión tocara tierra. Así que, si quería que me rescataran, no me costaría mucho.

—De acuerdo —dije. —Estoy totalmente de acuerdo con él. Frank puede esperar, por ahora. Pero, en algún momento, habrá que informarle lo que está pasando.

—David nos apoya, Jack. No estaría haciendo esto si no fuera así. No podemos decir lo mismo de Frank.

Me recosté en mi asiento. Teníamos un largo vuelo por delante, sin tener ni idea de qué pasaría al aterrizar.

CAPÍTULO 57

ATERRIZAMOS EN UNA PISTA COMPLETAMENTE OSCURA, A CIENTO SESENTA kilómetros al norte de Moscú. No podía ver nada por la ventana, y casi rompí el cinturón de seguridad, cuando el avión dio una sacudida inesperada al aterrizar. Hicimos escala en Gibraltar para retomar, pero ninguno de nosotros bajó allí. Habían pasado catorce horas desde que puse un pie en tierra. Me quedé de pie, detrás del copiloto, mientras abría la puerta y bajaba las escaleras, contemplando por primera vez el entorno. Si alguien hubiera estado mirando, el Gulfstream habría destacado, en la oscuridad de la noche, como un árbol de Navidad.

Estábamos a merced de David, ya que habíamos viajado con documentación y provisiones limitadas, con destino original a Brasil, un país amigo. Rusia no nos vería con buenos ojos en su territorio. David había organizado que un agente nos esperara en la pista de aterrizaje para proporcionarnos todo lo necesario.

Bajé las escaleras rápidamente y examiné la zona después de que mis ojos se acostumbraran. Sentía una profunda impotencia al estar expuesto en todas direcciones. Un asesino solitario podría eliminarnos a todos con un rifle y nunca sabríamos dónde se encontraba.

Al final de la pista, unas luces delanteras se encendieron y apagaron tres veces, y luego permanecieron encendidas. Un vehículo se acercaba, aunque no podía oírlo por el zumbido de las

turbinas. El instinto me invadió, suplicándome que volviera a subir las escaleras. Reprimí el impulso y me mantuve firme.

El piloto bajó las escaleras con fuerza y se inclinó sobre la barandilla junto a mí. —Voy armado. Ya sabes, por si algo sale mal.

—Sería mejor que me dieras esa arma —dije.

Se apartó de la barandilla y dirigió su mano derecha hacia su pistola mal escondida.

—Te van a disparar. —Le lancé una mirada que decía: «Aléjate de mí». —Vuelve al avión para que los demás puedan bajar.

El piloto se retiró a la cabina y Oso tomó su lugar.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Ese coche, eso es. Llevaba unos treinta segundos parado.

Se rascó la barba. —Quizás nos deberíamos ir.

Miré hacia la oscuridad de la noche. —Preferiría quedarme aquí por ahora.

—¿Tienes miedo, Jack?

—Tengo miedo de que me detengan en Rusia mientras estoy activo en el SIS. Esperemos a ver qué pasa.

Lexi pasó junto a Oso y se paró a mi lado. Sostenía el teléfono satelital que David le había dado antes de embarcar. —¿Quieres que lo llame para averiguar qué pasa?

Una corriente roja se arqueó en el aire desde el lado del conductor y cayó al suelo con un pequeño espectáculo de fuegos artificiales. El conductor encendió las luces altas y aceleró. El sedán negro se detuvo a tres metros de nosotros. Las ventanas estaban tintadas y una bocanada de humo de cigarro nos inundó al abrirse la puerta principal.

El hombre que salió era más o menos de mi estatura, y probablemente diez años mayor. Vestía de negro y no se esforzó por ocultar la pistola que llevaba atada a la pierna. Se quitó el guante de la mano derecha y se lo ofreció a Lexi.

—Soy Artur. Supongo que eres Lexi, ¿no?

Ella asintió y se soltó. Él me agarró la mano, y comprendí por qué reaccionó así. Su piel estaba más fría que la muerte.

—Jack —dije. —Ese de ahí arriba es Riley. Le tiene miedo a Rusia, así que le da miedo bajar las escaleras.

Artur retrocedió, con los brazos extendidos, y se giró. —No hay nada que temer aquí. Esta es la Madre Patria. Son bienvenidos y están a salvo bajo mi protección.

—¿Cuánto te contó David? —pregunté.

Se encogió de hombros. —Más que suficiente.

—¿Por qué deberíamos confiar en ti?

Metió la mano en el bolsillo, sacó una moneda y me la lanzó. —¿Sabes qué es eso?

Sabía lo que era, pues también había recibido una del presidente. Se la devolví. —Además de David, ¿con quién más trabajas? ¿A quién le das información?

Se puso la mano delante de la garganta. —Solo a él. Él puede con todos esos otros imbéciles. Esos cabrones me dejaron un mal sabor de boca.

—Entonces, ¿por qué nos ayudas?

—Amo a mi país, pero detesto el rumbo que está tomando. ¿Quizás podrían ayudarme? ¿Sí? ¿No es suficiente?

Sabía que la historia era mucho más compleja, pero no me daba la sensación de que presionarlo resultara en la divulgación de más información. El tema recurrente del último día había sido «*En David confiamos*». Eso ahora se extendía a Rusia.

—Antes de subir al vehículo, tengo cosas para ti. —Metió la mano en el bolsillo y, unos instantes después, la tapa del maletero se abrió.

Lo seguimos por la parte trasera del sedán. Había tres bolsas de lona alineadas. Artur tomó la primera y se la entregó a Lexi. La siguiente fue para Oso y, la última, la arrojó en mi dirección.

—Mantente alerta. ¿Sí? —dijo sonriendo.

—Sí, lo que sea. —Abrí la cremallera de la bolsa y levanté las solapas. Dentro había ropa, probablemente dos mudas, una funda rígida de Hechler & Koch, una caja de municiones, un cuchillo, un celular, una billetera, un clip para billetes y una funda para pasaporte.

—¿Están limpios? —Oso levantó su pasaporte.

—Como el agua —dijo Artur.

—Casi —dijo Oso. —Pero te advierto que si tengo algún problema con esto...

—Riley —dijo Lexi. —Podemos verificarlo con David. Si hay algún problema o alguna alerta, él la resolverá sin que tengamos que cambiar las credenciales.

Abrí el estuche del arma y me recibió una pistola USP Táctica calibre .40 con cañón roscado, junto con dos cargadores adicionales y un silenciador negro. Era una pistola más grande, y eso no me molestó en absoluto. Oso llevaba la misma. Lexi llevaba una Glock 19.

—¿Felices? —preguntó Artur.

Todos asentimos. Me impresionó que incluyeran un teléfono, aunque era mejor comprar teléfonos desechables, lo antes posible, para minimizar el riesgo de ser rastreados. Aunque nada era imposible de rastrear. Si tenían un video de nosotros, entrando en una farmacia y haciendo la compra, solo necesitaban el recibo de la tienda; luego, podrían obtener el número y rastrearlo desde allí. Sin embargo, la probabilidad de que eso sucediera era minúscula.

Oso y yo nos sentamos atrás, mientras Lexi y Artur se subían al asiento delantero. Artur jugueteaba con la consola, abriendo un mapa. Yo estudiaba la línea de navegación rosa que zigzagueaba a lo largo de ciento sesenta kilómetros.

—¿Esas son nuestras coordenadas? —pregunté.

—Sí —dijo Artur. —Lo proporcionó David.

—¿Te importa si Lexi vuelve a ingresar esa información?

El coche se quedó en silencio por unos instantes. La sonrisa inagotable de Artur se atenuó mientras me miraba por el retrovisor. La confianza era voluble, y no hacía falta mucho para arruinarla entre dos personas que apenas se conocían, pero que, probablemente, podrían saberlo todo el uno del otro, gracias a experiencias similares.

Asintió un par de veces y la sonrisa volvió a su rostro. —No lo veo como un problema. Entiendo tu, como dices, aprensión. De hecho, Lexi, mientras lo haces, haré una llamada.

Lexi pulsó los botones del GPS e introdujo las coordenadas en la máquina. Por los altavoces del vehículo empezó a sonar un teléfono.

—Sí, Artur, ¿qué pasa? —preguntó David.

—Sólo intento tranquilizar a nuestro pasajero más experimentado.

David se rio. —Jack, créeme, puedes confiarle tu vida a Artur.

—Se exige mucha confianza —dije. —¿Puedes decirme qué encontraremos al final de este camino?

—Lo he localizado con precisión, Jack. Lo detecté usando un satélite espía olvidado hace mucho tiempo. Estamos viendo un pequeño edificio al norte de la ciudad. Lo he estado monitoreando durante las últimas cuatro horas, casi desde que me diste esas coordenadas. Te digo que no he visto a nadie entrar ni salir. Si le das un golpe rápido y con fuerza, no debería haber problemas.

—No debería —murmuré.

—¿Qué fue eso?

—Nada. Mantente al tanto y avísanos si hay algún cambio.

—Lo haré —dijo.

—¿Qué hay de nuestros amigos? ¿Hay alguna novedad sobre ellos? —Sorprendí a Artur mirándome en el espejo otra vez.

—Se han escondido —dijo David. —Pero no pueden quedarse así para siempre. Los encontraré.

Artur seguía mirándome fijamente después de terminar la llamada y su sonrisa se había desvanecido de nuevo.

—¿Te puedo ayudar? —pregunté.

—¿Qué amigos? —preguntó.

Me encogí de hombros. —Mejor que no sea nadie que conozcas, porque entonces tendríamos un problema.

Se giró de cintura para mirarme. —Una amiga mía, una mujer, ella...

—Bien, estamos listos —dijo Lexi. —Nos programó para la ubicación correcta.

Artur apartó la mirada y giró la cabeza hacia Lexi. —¿Ves?, buenas noticias. Vámonos.

Repasé sus palabras en mi cabeza. *Una amiga… una mujer.*

—¿Estaba hablando de Christiana?

CAPÍTULO 58

Artur nos dejó a un kilómetro al este de nuestro destino. El viento soplaba con fuerza desde el noroeste, arrojándonos nieve gruesa y húmeda a la cara. El olor del escape del sedán persistió un minuto. No supe si el viento se lo llevó, o si mi nariz se había congelado tanto, que ya no podía oler. Las luces traseras se desvanecieron en la mancha blanca y las ráfagas de viento se apoderaron del motor.

Artur no había dado más detalles sobre su comentario sobre su amiga. Pensé que estaría presente el resto de la misión, así que no lo presioné. Tenía que reprimir la curiosidad por ahora. Lo más probable, era que lo volviéramos a ver al terminar y, entonces, podría preguntarle.

Caminamos con dificultad, a través de veinte centímetros de nieve fresca, que se asentaba sobre la nieve, y el hielo, acumulados durante todo un invierno. Las botas que llevaba me mantuvieron los pies secos de maravilla. El resto del equipo me protegía del frío. Artur nos había abastecido bien. Oso iba al frente, guiando de memoria. Lexi se mantuvo en el centro, mientras yo vigilaba a las seis. Las calles estaban desiertas, lo que me facilitó bastante la tarea. Observé cada edificio, cada ventana, buscando miradas indiscretas o cualquier otra señal de un vigía. Pocas ventanas estaban iluminadas con las persianas abiertas. No era la zona más pobre de Moscú, pero llamarla próspera sería mentir.

El sonido de voces se intensificó al acercarnos a la primera intersección. Los tres buscamos nuestras armas ocultas. Llámenlo

entrenamiento, instinto o lo que sea, pero mi mano enguantada se aferró a la empuñadura de la pistola, sin embargo, no sentía esa sensación de seguridad que por lo general me proporcionaba. Aunque había inspeccionado la pistola, y notado que estaba recién engrasada, era la primera vez que la manejaba, y me costaba confiar en un arma que nunca había disparado.

Avancé, crucé el umbral primero, con Oso uno o dos pasos detrás. El callejón estaba iluminado y el fuego rugía desde un bidón de aceite. El humo que ascendía se veía negro contra la nieve que se acercaba. Conté siete personas apiñadas alrededor de las llamas, con las manos desnudas bailando con el fuego.

—Habitantes de la calle —dijo Oso. —Sigue adelante.

Observé al grupo al pasar. Todos, menos uno, nos ignoraron. El que sí nos prestó atención, sin embargo, sobresalía. Era joven y estaba bien afeitado. Las llamas le teñían la cara de rojo y vi que me observaba con los ojos entrecerrados y con las manos extendidas hacia la lata. Mantuve la mano en la pistola. Nos separaban menos de veinte metros y estaba iluminado como un árbol de Navidad. Si este tipo se movía, le dispararía al pecho sin dudarlo.

Dejamos atrás el callejón y avanzamos otra cuadra. Observé la calle y los edificios, y no dejaba de mirar hacia el callejón. Giramos a la derecha, recorrimos otra cuadra y luego giramos a la izquierda. Se oyó un fuerte estallido y las farolas de todas direcciones empezaron a parpadear, antes de desvanecerse en la oscuridad, como una larga fila de fichas de dominó cayendo.

—Eso es conveniente —dijo Oso.

Asentí mientras un pensamiento similar cruzó mi mente.

—Podría ser solo la tormenta —dijo Lexi. —Estamos en Moscú, no en Nueva York ni en Chicago. La infraestructura aquí es horrible.

El zumbido de los generadores empezó a llenar el aire. Percibí olores a diésel y me tapé la nariz con la bufanda para filtrarlos.

Aferrados a las sombras, seguimos avanzando hasta que vislumbramos nuestro destino. Oso subió una escalera ancha y se metió en un hueco frente a una puerta de entrada. Desde allí, él y Lexi vigilaban la entrada del edificio de enfrente, mientras yo retrocedía media manzana. Subí por la calle transversal más cercana

y me metí en un callejón. Las cámaras de vigilancia indicaban que discurría justo detrás del edificio objetivo. Parecía haber una salida en el centro del edificio, y escaleras de incendios que subían al tejado a ambos lados.

Me moví lentamente por la nieve intacta. Atrincherado, entre edificios de cuatro y cinco pisos, los sonidos de los generadores y las ráfagas de viento se aislaban. Se sentía una gran serenidad allí. Era como si estuviera haciendo senderismo en las montañas. Los copos, al caer al suelo, sonaban como cucarachas arrastrándose. Mis ojos se acostumbraron durante los siguientes minutos al contraste entre el blanco y el negro. Había gente agazapada en aleros y salidas, envuelta en mantas andrajosas y periódicos, intentando sobrevivir la noche. Escuché sus toses, moqueos y llantos. Se movían a mi paso, refugiándose, tras sus improvisadas casas, en lugar de atacar.

La salida apareció a la vista. Recuperé la pistola y, sin temor a que las autoridades locales me vieran, la mostré al descubierto. Saqué de mi mochila el teléfono que me había dado Artur, busqué la marcación rápida e hice la llamada.

—¿Estás en posición? —preguntó Oso.

—Es bueno volver aquí —dije.

—Está bien. Lexi contactó a David y le dijo que nada ha cambiado y que nadie ha entrado, ni salido, desde el apagón.

—¿Tiene alguna idea sobre ese tema?

—Sí, dijo que un transformador explotó a unos 400 metros de aquí. Ya se determinó que fue por la tormenta. No pasó nada grave.

—Puedo vivir con eso. —Salí unos pasos de las sombras y me paré frente a la puerta. —¿Qué más dijo?

—Se cortó la llamada. Intentó contactarlo de nuevo, pero no pasa nada. Debe ser algo con el satélite. Demasiada interferencia. Otra vez, relacionado con la tormenta.

—Parece que estamos listos. No perdamos más tiempo. Cuenta conmigo, compañero.

Oso empezó con diez y fue bajando hasta cinco. La llamada terminó. Ya casi estaban en posición. Avancé, continuando donde él lo dejó.

Cuatro…tres…dos…uno.

Alcancé la manija y la giré. Cedió sin dudarlo. El pasillo estaba iluminado con luces rojas de emergencia a lo largo de los zócalos. Un aire cálido, cargado de propano, me envolvió mientras avanzaba por el pasillo. El llanto de un bebé se coló por las rendijas del primer apartamento que pasé. Escuché que su madre le cantaba suavemente, y aunque no pude entender la letra, la melodía resonó en mi cabeza.

No era un pasillo estrecho que me permitiera ver directamente la puerta principal. En cambio, la pared sobresalía en algunos tramos, obligándome a moverme a la izquierda, luego a la derecha y, finalmente, de nuevo a la izquierda, antes de llegar a la entrada del edificio. Una ráfaga de aire frío me pasó, como una exhalación, mientras la puerta se abría unos centímetros. Lexi estaba de pie junto a ella, con la pistola en la mano, apuntando hacia arriba y llevándose un dedo a la boca. Aminoré el paso, inclinándome cerca de cada apartamento que pasaba, atento a cualquier movimiento. Desde el primero, no había oído nada más. Miré el reloj y calculé que eran más de las diez de la noche. La mayoría ya estaría en la cama. O, quizá, el lugar estuviera desierto. No me extrañaría que entrara gente y se apoderara de un edificio como este.

El viento aullante del pasillo cesó cuando la puerta principal se cerró de golpe. Lexi permaneció concentrada en la escalera que tenía delante. Asintió un par de veces y luego desvió la mirada hacia mí, haciéndome señas para que avanzara. Una vez que salí del pasillo, subió los escalones de dos en dos. La seguí de cerca, echando un vistazo, a la entrada principal, cada pocos segundos.

Nos quedamos con Oso en el rellano del segundo piso, cada uno de nosotros mirando una sección del pasillo o la escalera.

—¿Qué opinas? —preguntó Oso.

—Estamos en el lugar correcto según las coordenadas —dijo Lexi. —Pero ahora... no estoy segura.

—No creo que ninguno de nosotros lo este. —Retiré la vista de la puerta principal y miré hacia las siguientes escaleras. —Tiene que haber alguna conexión con Thanos. ¿Crees que hay una sala de correo? ¿Algo con nombres?

Oso señaló el apartamento más cercano con el cañón de su arma. Junto a la puerta había un buzón negro fijado a la pared.

—Supongo que podemos empezar a despertar a la gente —dijo. —Sin electricidad, la policía tardaría treinta minutos, o incluso más, en aparecer si alguien llama.

Negué con la cabeza. —¿Qué vamos a hacer? ¿Entrar y decirles que Thanos fue asesinado? ¿Preguntar dónde está su abuela? Tiene que haber algo más aquí.

—Sería útil si supiéramos para qué estamos aquí, dijo Oso.

—Alguien tiene que saberlo —dije. —Por eso mataron a Thanos. Querían que el secreto muriera con él. Desde luego que no contaban con que nos acercáramos tanto. Las coordenadas nos trajeron aquí. Pero debe haber algo más en el código.

Lexi giró la cabeza de izquierda a derecha. —Mira los números.

Las pegatinas en las puertas parecían pintadas con sangre entre las luces de emergencia.

—¿Y qué pasa con ellas? —pregunté.

Señaló los cuatro apartamentos más cercanos. —Todos empiezan por dos-dos.

Recorrí el pasillo del primer piso recordando. —Abajo era igual. —Creí entender adónde quería llegar, sin embargo, las coordenadas empezaban por cinco-cinco, y este edificio solo tenía cuatro pisos.

—¿Cuáles eran los dos últimos dígitos de la latitud? —Sus ojos se abrieron de par en par mientras esperaba mi respuesta.

—Cuatro-cuatro—dije.

—Y cero cinco fueron los dos últimos de la longitud. —Oso levantó las manos por encima de la cabeza y levantó la pistola. —¿Qué probabilidades hay?

Nos guió hasta el cuarto piso, donde ráfagas de viento sacudían las ventanas exteriores, silbando a través de las rendijas. El frío intenso aún no había llegado al edificio, pero las corrientes de aire aumentaban a medida que subíamos.

Nos detuvimos a tres pasos del rellano del cuarto piso y esperamos. Escuché por encima del sonido de nuestras respiraciones. Un crujido en el suelo rompió el silencio. Oso me miró

para ver si yo también lo había oído. Se oyó otro crujido, y luego el sonido de pasos.

Alguien estaba en el pasillo caminando hacia nosotros.

CAPÍTULO 59

Le hice un gesto a Lexi para que retrocediera. Me miró con furia, pero obedeció, retirándose al rellano del piso intermedio y vigilando la escalera.

Oso pegó la espalda a la pared, aplastándose lo más posible. Pasé junto a él, me detuve en la esquina y respiré hondo. Los escalones estaban a solo unos metros. Sonó como si se hubieran detenido y como si alguien arrastrara una escoba por el suelo. Luego, se oía que la persona se alejaba.

Salí de detrás del muro y observé el entorno. El pasillo estaba iluminado de rojo, como los demás y un hombre, vestido con uniforme militar y portando un rifle, se dirigía al otro extremo del pasillo. Se detuvo y giró lentamente la cabeza hacia la derecha.

Haciendo una mueca de dolor en la pantorrilla, saqué el cuchillo del cinturón, me abalancé y le rodeé el cuello con el brazo izquierdo. Levantó el rifle, pero rápidamente enganché mi brazo derecho con el suyo, torciendo el codo en un ángulo antinatural. Perdió el control del rifle y cayó al suelo con un golpe sordo. El tipo intentó pisotearme el pie. Empujé mi cadera izquierda contra él, retiré la pierna derecha y le clavé el cuchillo en el cuello. Su cuerpo se tensó un instante, y luego empezó a agitar los brazos. Me eché hacia atrás, levantándolo y colocándolo sobre mi cadera. Me dolían las heridas, pero con cada segundo que pasaba, el dolor se aliviaba. Sangre caliente me corría por la mejilla. Mordí con fuerza, apretando los ojos y los labios.

Unos segundos después, su cuerpo se desplomó. Se acabó. Me incorporé lentamente, dejando que el tipo se deslizara hasta el suelo. Oso recogió el rifle y encontró un celular mientras rebuscaba en los bolsillos del tipo. Me entregó el arma mientras manipulaba la pantalla de bloqueo del teléfono. Se arrodilló, agarró el brazo del muerto y puso el pulgar en el botón de inicio. Apareció una pantalla iluminada y en blanco. Oso accedió a las aplicaciones del teléfono, y parecía de una configuración estándar; lo más probable, era que no fuera el dispositivo personal del hombre, sino un teléfono del trabajo. Quizás alguien más pudiera sacarle información. Oso se guardó el dispositivo en el bolsillo.

—Supongo que tenía razón —dijo en voz baja, señalando la única puerta con una tenue luz que entraba por debajo. —Cuatro-cuatro-cero-cinco.

—¿Qué crees que hay ahí dentro?

—Tiene que haber algo valioso después de cobrarse todas estas vidas.

—Si lo encontramos, no sé si lo reconoceremos.

Se encogió de hombros. —Voy a llamar a Lexi.

Dividí mi atención, entre la puerta y observar a Oso, mientras le hacía un gesto a Lexi para que se uniera a nosotros.

Observó el pasillo en ambas direcciones, con la vista fija en el hombre en el suelo. —¿Quién es el muerto?

—Amigo de Oso —dije.

Oso se rio entre dientes. —Parece que descifraste el código. Bien hecho. Ahora apostamos sobre lo que hay dentro.

—Ojalá lo supiera. —Se secó la frente y exhaló profundamente. —Se suponía que Thanos me lo contaría todo, esa mañana, en su casa.

—Tenemos que entrar —dije. —Prefiero sorprender a quien esté en esa habitación antes que que se enteren de que vamos.

Oso apuntó a la puerta, yo estaba a su izquierda, pegado a la pared y Lexi estaba a la derecha, apuntando con la pistola al trozo de madera que nos separaba del interior. Oso retrocedió, rebotó sobre las puntas de los pies un par de veces y, con un movimiento fluido, se abalanzó hacia adelante, clavándole sus pantalones, de la

talla 16, en la puerta cerca del pomo. La puerta se partió por la mitad y las bisagras y el cerrojo, se rompieron.

Lexi se colocó en posición, cubriendo a Oso. Me coloqué frente a ella y me agaché. Me puso la mano en el hombro derecho, al pasar por la puerta, y se apoyó contra la pared. Observé el apartamento. Las mismas luces de emergencia iluminaban el espacio. A la derecha había un comedor. A la izquierda, una sala de estar con un televisor en blanco. La cocina estaba vacía y un pasillo se extendía en la oscuridad, justo delante de nosotros. Se oían voces desde la trastienda.

Di unos pasos hacia adentro y apunté el rifle hacia el pasillo, con una linterna sujeta entre mi palma izquierda y el cañón, lo suficientemente brillante para cegar temporalmente a cualquiera que se cruzara en su camino.

Oso pasó junto a mí y se colocó a un lado del refrigerador, a unos cuantos pasos de la entrada del pasillo.

La puerta al final del pasillo se abrió de golpe y un cañón se abrió paso y giró hacia mí. Me aparté y la bala atravesó la pared. Para cuando volví a mi posición, el tirador ya se había retirado. La puerta abierta a mi espalda me parecía peligrosa. Podría haber otros en el mismo edificio, subiendo. Además, el disparo no pasaría desapercibido. Alguien llamaría a las autoridades. Un disparo tendría prioridad sobre la mayoría de las llamadas durante un apagón.

Me dirigí lentamente al pasillo y le hice un gesto a Oso al pasar. Miró a Lexi y levantó un dedo. Sabía que me cubrían las espaldas. El tirador había salido por la puerta abierta del fondo, a la izquierda. Deseé que saliera en ese momento, lo alcanzaría antes de que supiera que estaba allí. Me detuve, antes de llegar a la puerta, y esperé contra la pared de enfrente, con el rifle apuntando a treinta centímetros del pestillo.

Dos voces masculinas hablaban apresuradamente en voz baja. Cerrando los ojos, intenté imaginar en qué lugar de la habitación estaban. Probablemente en algún lugar con cobertura, así que lo primero que buscaría sería una cómoda volcada u otro mueble. Considerando la zona de la ciudad en la que estábamos, no pensé

que nada detrás de lo que se escondieran tuviera mucho poder de detención.

Oso estaba de pie detrás de mí y percibí sus inhalaciones profundas ligeramente ásperas. El frío le producía ese efecto. Un reloj marcaba el paso en mi mente y, con cada segundo que pasaba, nos acercábamos a una situación ineludible. Los hombres de la habitación no salían.

Lo cual significaba que teníamos que entrar.

CAPÍTULO 60

OSO HIZO LOS HONORES, DANDO UN GOLPE CON EL PIE EN LA PUERTA Y ESTA se abrió de golpe. Los hombres nos maldijeron mientras se perdían de vista.

Apunté el rifle y entré por la abertura. La linterna iluminó todos los rincones de la habitación. Como sospechaba, una cómoda había sido derribada, pero parecía más pesada de lo que pensaba. Disparé tres balas a sesenta centímetros del suelo, separadas por treinta centímetros, que atravesaron los muebles. El segundo disparo provocó un grito de dolor. Segundos después, el tipo se levantó agarrándose el estómago. Ajusté la mira, disparé y le hice un agujero en la frente.

—¡Retrocede!

Las palabras de Oso llegaron justo a tiempo. Vi el cañón extenderse sobre la cómoda y apagué la linterna. El fogonazo iluminó la habitación, como una luz estroboscópica, mientras me arrodillaba y me desplomaba boca abajo contra la cómoda. El tipo disparó la habitación y el pasillo con fuego automático, atravesando el yeso. Después, cayó una lluvia de balas, estrellándose contra el suelo. En cuestión de segundos, el asalto terminó.

Me aparté de la cómoda y me arrodillé. Oso volvió a la habitación, se quedó detrás de mí y le disparó al tipo. Cada disparo le dio casi en el centro. Su cuerpo se sacudió, su cabeza se quebró y el arma colgaba de la correa que llevaba al cuello. Se desplomó en el suelo.

Me zumbaban los oídos y el aire apestaba a pólvora. Revise la habitación llena de humo con la linterna.

Lexi gritó desde el pasillo: —¿Todos bien?

—Estamos bien —dijo Oso. —Estos otros dos, no tanto. Mantennos a cubierto mientras registramos la habitación.

Oso se dirigió la cómoda y abrió todos los cajones. Estaban llenos de camisas, pantalones, calcetines y ropa interior, pero nada más. Dio la vuelta por detrás, pasando por encima de los hombres muertos en el suelo, y destrozó el panel trasero hasta que pudo meter los dedos.

—¿Algo? —pregunté después.

Negó con la cabeza, sacó una linterna y se concentró en los hombres. Desmantelé una mesita de noche mientras Oso los registraba.

—Sin teléfonos —dijo. —Ni siquiera una cartera ni un clip para billetes.

—¿Crees que sabían que veníamos?

—Supongo que es posible. —Me dirigió un rayo de luz. —¿Hay algo ahí dentro?

—Nada.

—Vamos a revisar ahí. —Hizo zigzaguear la luz sobre lo que podría ser un armario con persianas o la puerta del baño.

—Haré los honores. —Me levanté del suelo usando el rifle como muleta y di un paso hacia adelante.

Las puertas se abrieron de golpe y un hombre pequeño, con un revólver tan largo como el antebrazo, abrió fuego. Me agaché, levantando el rifle al caer, y apreté el gatillo sin apuntar.

El hombre disparó todas las balas que le quedaban a su arma y continuó apretando el gatillo, durante varios segundos, después de quedarse sin munición. Tenía la boca abierta, los ojos desorbitados y la mirada perdida como si estuviera viendo un fantasma. Sostenía el arma cerca del pecho. El cañón se inclinó hacia el suelo y el arma se le resbaló de la mano. La sangre se extendió por un agujero en su pecho y le manó por la boca.

Miré a Oso. Estaba en posición defensiva, con la pistola apuntándole.

—Buen trabajo —dije.

Asintiendo, bajó la pistola. —Gracias, amigo.

Me arrastré hacia el armario. El tipo abría y cerraba la boca como pez fuera del agua. Intentó hablar, pero solo logró emitir un par de gorgoteos. No sentí nada al verlo desplomarse y morir. Después de todo, intentó matarnos. Pero hubiéramos preferido capturar a uno vivo. Sin embargo, estos cabrones no nos dieron muchas oportunidades.

—¿Qué es eso? —Oso dirigió un delgado haz de luz hacia el hombre. —¿Un maletín?

Agarré la caja metálica y el brazo del tipo se levantó con ella, atado con esposas. Bajo el asa había una cerradura de combinación de diez dígitos integrada en la caja.

—¿Cuáles son las posibilidades de que esté relacionado con Thanos? —dijo Oso.

Le registré los bolsillos al tipo, pero no encontré la llave de las esposas. —Diría que bastantes, pero no hay forma de abrirlas.

Oso levantó un dedo y salió de la habitación. Él y Lexi intercambiaron algunas palabras, pero solo pude distinguir el sonido de sus voces. Unos segundos después, regresó con un cuchillo de carnicero.

—¿Estás listo para esto? —preguntó.

—Todos ustedes, hombre. —Me puse de pie y retrocedí unos pasos, buscando por la habitación un escondite donde alguien pudiera haber guardado la llave. Puede ser que no estuviera ni en la habitación ni en el apartamento, que alguien de afuera tuviera la llave de las esposas y la combinación del maletín. Tenía un par de sospechosos en mente. Thanos era la opción obvia, pero no creía que fuera él. Creo que conocía este lugar, pero nada más. ¿Y la gente que intentaba matarlo? De nuevo, era posible. Las huellas de Yashkin estaban por todas partes, pero, si tuviera que adivinar, creo que quería saber la ubicación en lugar de protegerla. Quería el maletín.

Por supuesto, podría estar totalmente equivocado.

Se necesitaron seis buenos golpes con el hacha para cercenarle el brazo a la altura de la muñeca. Oso descartó la mano como si

fuera un trozo de carne en mal estado.

—Voy a limpiar esto —dijo, levantando el maletín y saliendo al pasillo.

Eché un último vistazo a la masacre y salí de la habitación. Oso abrió una puerta en medio del pasillo, iluminó el interior con su linterna y se adentró en la oscuridad. El agua cortó el paso y le salpicó las manos y el maletín.

Lexi estaba junto a la puerta principal. Parecía agotada, pero sonrió al verme.

—¿Cómo estás? —preguntó ella.

El zumbido en mis oídos por los disparos hizo que apenas la oyera. Y había algo más que me distraía.

Las sombras bloquearon el apagado resplandor rojo del pasillo.

CAPÍTULO 61

—¡Lexi!

La figura entró en la puerta antes de que pudiera reaccionar. Una pistola apareció momentáneamente, deslizándose detrás de Lexi. Ella entrecerró los ojos al observar mi expresión y se giró para encarar al asaltante en las sombras.

Había dejado el rifle en el dormitorio. Saqué el HK, pero no había ningún disparo disponible. Ella estaba en el camino y el atacante abrió fuego mientras ella lo atacaba. Su cuerpo se sacudió hacia atrás, y luego se derrumbó cuando otro disparo la mandó al suelo.

El tipo estaba en mi punto de mira. Apreté el gatillo del HK, pero no pasó nada. Apreté de nuevo. La corredera estaba atascada. Antes de que pudiera intentar arreglarla, el hombre me apuntó con su arma. Me dejé caer donde estaba y rodé hacia la pared. Disparó varios tiros en cuestión de segundos. Los sonidos rebotaban en las paredes y el techo del estrecho pasillo que había detrás de mí, como si dispararan desde ambos extremos. Cargué la corredera varias veces, desatasqué el gatillo y luego cargué una bala nueva. Todo quedó en silencio, salvo por el zumbido en mis oídos. Este solo se hizo más fuerte.

Me giré sobre mi pierna derecha, boca abajo, apuntando hacia la puerta. Vacía. ¿A dónde se había ido?

Oso saltó sobre mí y me preguntó: —¿Estás bien?. —Apuntaba con su arma hacia el frente del apartamento mientras se agachaba para ayudar a levantarme.

Le agarré la mano y me arrodillé. —Sí, creo que sí. —Mirando alrededor, vi dos cuerpos en el suelo. —¿Lo tienes?

—Creo que ambos lo hicimos. —Se dio la vuelta y me levantó mientras se dirigía hacia el cuerpo de Lexi.

Ambos nos arrodillamos junto a ella.

—Ayúdame a girarla —dije, mientras le enganchaba el brazo y levantaba el torso del suelo. No era lo correcto, pero por las heridas de salida, supe que no le quedaba mucho tiempo. Quizás, si estuviéramos dentro del Grady, uno de los mejores hospitales de traumatología de Estados Unidos, en el momento en que le dispararon, tendría una oportunidad. ¿Pero aquí en Moscú? Olvídenlo. Aunque pudieran ayudar, solo la curarían lo suficiente para que la KGB se pusiera manos a la obra.

Lexi nos miró fijamente, pero parecía como si viera más allá de nosotros. Extendió los dedos, moviéndolos ligeramente de un lado a otro. Apreté mi palma contra la suya y me sujetó la mano con fuerza un instante. Luego la soltó. Movió la boca, intentando hablar. Me incliné hacia ella, de modo que nuestras caras casi se rozaron.

Me soltó y su mano cayó sobre su pecho, donde sacó una cadena de debajo de su ajustada camisa. Había un medallón en el extremo con forma de corazón. —Mi-mi-mi... —Cerró los ojos con fuerza, haciendo una mueca, intentando que la muerte esperara unos segundos más. Tras tragar saliva con dificultad, continuó: —Dale esto a mi padre. —Sus ojos se clavaron en los míos y vi el momento en que la vida la abandonó.

—¡Joder! —grité, arrancando el medallón de la cadena. La rabia se apoderó de mí como lava, subiendo por mi garganta y llenándome el cuerpo de fuego. Quería matar a alguien, pero no tenía ni idea de quién era el responsable.

Oso se acercó a la ventana y abrió las persianas con el pulgar y el índice. —Tenemos que irnos, Jack. Oigo sirenas y diría que hay un 99 % de probabilidades de que vengan por nosotros.

Me puse de pie, me incliné y levanté a Lexi. —Ayúdame, hombre. No podemos dejarla aquí. No podemos dejar que la encuentren así.

Oso me apartó de un empujón y se echó a Lexi al hombro. Su cabello le caía por debajo de la cintura. —Toma el maletín. —

Extendió el brazo hacia mí. Se lo quité, y él sacó la pistola del cinturón y echó a andar hacia el pasillo.

Extendí la mano y le dije: —Espera un segundo. Busqué en su bolsillo y saqué el teléfono satelital. Había programado el número del conductor antes de que nos dejara. Bajando las escaleras detrás de Oso, llamé a Artur y le dije que nos encontrara al final del callejón.

Oso salió al pasillo. Me detuve y me quedé junto al hombre que había matado a Lexi. Llevaba un pasamontañas cubriendo su rostro. Inclinándome, se lo quité de la cabeza.

—Cristo.

Oso se detuvo en medio del pasillo y me miró. —¿Qué?

—Es Matt. —Recordé su verdadero nombre. —O, mejor dicho, Vasiley Rudin. El hombre de Yashkin, el mismo que mató a Thanos y Christiana. ¿Cómo demonios nos rastreó hasta aquí?

—Lo averiguaremos cuando estemos lejos de aquí. —Oso se apresuró por el pasillo. —Vamos, Jack. Vámonos.

Le tomé una foto a Rudin y salí del apartamento. Bajamos corriendo las escaleras y cruzamos el pasillo de la planta principal, hasta la parte trasera del edificio. Una mujer con un bebé se asomó por la puerta abierta. Abrió los ojos de par en par al vernos y cerró la puerta de golpe. El llanto del bebé rompió el silencio.

Oso se detuvo en la salida. —¿Ya está todo limpio y listo para ir?

Levanté la pistola y apunté al techo. —Sí, yo iré primero.

Mientras retrocedía hasta la pared, el cuerpo de Lexi empezó a rodar por su hombro. Él se agachó y la subió, reposicionándola. Por un instante, pareció viva, como si no le hubieran disparado hacía apenas unos minutos.

—Vamos, hombre —dijo Oso. —¡Hagámoslo!

Me incliné hacia la puerta y la abrí un poco. Un aire gélido se coló por la abertura. Sentí como si mi sudor se hubiera congelado en una fina capa de hielo. Me sacudí el frío y abrí la puerta lo suficiente para echar un buen vistazo al callejón. Una larga extensión blanca se abría más allá del último edificio.

—Vamos. —Abrí el paso sin tener en cuenta mi arma expuesta. Los vagabundos que se movían al acercarnos tenían la mirada

perdida. Si alguno se atrevía a acercarse un paso, no tendría ningún problema en acabar con su vida.

Estábamos a mitad del callejón cuando el sedán se detuvo. Artur salió, mirando por encima del hombro hacia donde había venido. Se puso una mano en la frente, bloqueando la nieve que caía. Unos segundos después, nos hizo un gesto con la otra mano para que nos apresuráramos, luego se giró y abrió la puerta trasera.

Oso aceleró el paso y me adelantó. Salió de la protección de los edificios y logró meter el cuerpo de Lexi y él en la parte trasera del coche.

Artur me recibió al final del callejón. Casi me desplomo al entrar en el espacio abierto. Me pasó el brazo por debajo y me ayudó a subir al asiento del copiloto, luego corrió al otro lado del coche y se subió. Media cuadra más adelante me preguntó: —¿Qué pasó ahí?

Le apunté al pecho con la pistola. —Dímelo tú.

Miró entre la pistola y la carretera nevada, manteniendo el sedán dentro de las huellas dejadas por otros coches. Las luces naranjas que bordeaban la carretera se encendieron y las ventanas, a lo largo de la calle bordeada de apartamentos, parpadearon.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

—Dime qué pasó allá, Artur, porque, que yo sepa, solo unos pocos saben que estamos en Rusia, y tú eres el único en el terreno con esa información. —Levanté la pistola para apuntarle a la cabeza. —¿A quién demonios se lo dijiste?

CAPÍTULO 62

Artur mantuvo el volante firme y concentrado en la carretera. Al parecer, ver la pistola apuntándole una vez fue suficiente. Tenía la sensación de que no era como yo ni como Oso. Que su trabajo consistía, principalmente, en lo que estaba haciendo ahora mismo: transportar a la gente en medio de la acción, en lugar de participar en ella. Se atragantó con sus respuestas a mis preguntas, lo que reafirmó mi creencia.

Cambié de tema. —Mencionaste algo sobre una amiga, una mujer. ¿De quién hablabas?

Se lamió los labios y me miró de reojo. Abrió los ojos de par en par mientras miraba el cañón. El pobre no podía apartar la vista. Moví la punta hacia la carretera para intentar desviar su mirada. Funcionó. Empezó a hablar.

—Mi esposa —dijo lentamente, respirando hondo entre cada palabra. —Se llama Christiana Zehnya. Pensé que volvería contigo, pero... —Me miró, esta vez ignorando el contacto visual del arma.

¿Qué era cierto y qué no? ¿Por qué me había contado la historia de una familia que creía que estaba de viaje de negocios?

—¿Christiana era tu esposa? —pregunté.

Inclinó la cabeza hacia la izquierda. —Oficialmente, no. —Disminuyó la velocidad en la intersección y giró a la izquierda, alejándonos aún más del lugar del tiroteo. —Llevamos cuatro años juntos, pero ella tiene familia. No hay amor allí, no entre ella y su

esposo. Ama a sus hijas, eso es todo. Pensamos que, después de esta operación, podríamos llevárnoslas y huir.

El dolor de sus verdades a medias solo duró unos segundos. Tenía que proteger a quienes amaba, incluido Artur. Yo había hecho lo mismo, y no dudaba que lo volvería a hacer.

—Lamento decírtelo, pero está muerta. Bajé la pistola lejos de él.

Aparte de que se le llenaron los ojos de lágrimas, Artur no mostró ningún signo de angustia por la noticia.

—Sé que esto es difícil, pero necesito hacerte algunas preguntas más.

Asintiendo, se secó el ojo con la manga. —¿Qué podría saber yo?

—Vasiley Rudin —dije. —¿Ese nombre te dice algo?

—Por supuesto. Él y Christiana fueron socios en algún momento y trabajaron juntos en esta operación.

—¿Bajo las órdenes de Yashkin?

—¿Yashkin? —Me miró con el ceño fruncido. —¿El general? No, por el estadounidense.

—¿El americano? —Miré de reojo a Oso y vi que estaba tan confundido como yo.

Artur redujo la velocidad y se detuvo. —Sí. El americano. Supongo que no lo llamarías así, pero así es como llamamos a David.

Saqué el teléfono de Lexi y pulsé el botón de David. A través de una neblina de estática, la llamada se conectó tras varios segundos de retraso. La línea sonó varias veces y luego se cortó con un clic. Volví a mirar a Oso. Negó con la cabeza, como si estuviera pensando lo mismo que yo. Las implicaciones de lo que Artur nos había dicho momentos antes me rondaban la cabeza. ¿Significaba esto que Yashkin y David trabajaban juntos? ¿O los hombres de Yashkin trabajaban a sus espaldas? Si Christiana y Rudin trabajaban para David, ¿por qué Rudin la mató en el almacén? ¿Buscaba la información solo para su propio beneficio y ella amenazaba sus posibilidades? Se presentó en el apartamento de Moscú. O lo envió David, o ya sabía de su existencia.

—Artur —dije. —¿Christiana mencionó alguna vez a Yashkin?

Negó con la cabeza. —No que yo recuerde. —Se enderezó en su asiento. —Nos conocimos hace cuatro años y nunca la había oído mencionarlo.

—De acuerdo. —Me tapé los ojos con la mano y me froté las sienes. —Solo... solo sácanos de la ciudad, a un lugar tranquilo.

—Preferiblemente cerca de un cuerpo de agua corriente —dijo Oso.

Lo miré y asentí. Habíamos llegado a un punto en el que no podíamos contar con que nadie nos sacara del país. Teníamos que deshacernos del cuerpo de Lexi en un lugar donde nadie lo encontrara jamás.

Dos horas después estábamos a más de ciento sesenta kilómetros de Moscú, en lo profundo del espeso bosque. Oso terminó de cavar una tumba de un metro y medio de profundidad. El suelo helado no lo había puesto fácil. Desnudé a Lexi y la envolví en una manta que encontré en la parte trasera del coche de Artur. La ropa la hicimos jirones y planeamos tirarla al río al salir.

—¿Será lo suficientemente profundo? —preguntó Artur, señalando el agujero en el suelo.

Pude ver que la tumba era un símbolo para él. No estaba enterrando a Lexi, una mujer a la que apenas conocía. Envuelta en la manta estaba Christiana y él se despedía.

—Está bien —dijo Oso. —Siempre existe la posibilidad de que alguien la desentierre, pero ¿quién la va a encontrar aquí? Y aunque lo hicieran, ¿qué les importaría?

Me dejaron solo en la tumba después de colocar su cuerpo y cubrirlo con tierra. Apreté el relicario con fuerza, preguntándome cómo le diría a su padre que su pequeña hija se había ido. Me despedí de Lexi, recordándole algunos momentos personales que habíamos compartido. Me pregunté qué habría sido si esto hubiera salido diferente. Y comprendí que su dedicación a limpiar su nombre significaría que cualquier cosa entre nosotros dos nunca habría funcionado. Pisoteé la tierra alrededor de su tumba y la cubrí con hojas, agujas de pino y palos. Finalmente, agarré una pesada piedra blanca y la enterré unos centímetros para marcar su lugar de descanso.

Nos dirigimos hacia el oeste, cerca de la frontera con Letonia. Esta no era una zona del mundo donde Oso y yo tuviéramos muchos contactos. Intenté contactar con David, varias veces más, sin éxito. La línea sonó y se cortó de la misma manera que antes. Después de un rato, pensé que no era buena idea seguir con el teléfono, ya que, probablemente, lo usaba para rastrear nuestros movimientos. Lo dejé debajo del baño de una parada de descanso, conectado a un servidor en China.

Eran casi las cinco de la mañana cuando Artur salió de la autopista y detuvo el coche a las afueras de un pequeño pueblo.

—Me temo que aquí es donde debemos separarnos —dijo, con la mirada fija al frente. —Puedo decir que ustedes dos son lo suficientemente ingeniosos como para resolver las cosas a partir de ahora. Ahora, necesito decidir mis próximos pasos. Después de lo que me han dicho, creo que debo reconsiderar mis planes actuales. —Apartó las manos del volante y me miró. —Propongo un pacto de caballeros. Nunca me vieron, y yo nunca los vi a ustedes.

—Está bien —dije.

Artur se agachó por la puerta y abrió el baúl. —Tomen las maletas y dejen las pistolas. Yo me encargaré de ellas. Los pasaportes deberían bastar para cruzar la frontera, pero no creo que los lleven mucho más lejos.

Le estreché la mano antes de salir del sedán. Oso me esperaba en el maletero. Sacó sus credenciales de su bolso, pero dejó todo lo demás. Me pareció buena idea, así que seguí su ejemplo. Las bolsas podrían haber tenido etiquetas de rastreo cosidas. Se quedó allí con el brazo extendido sobre el maletero, pistola en mano.

—¿Crees que es buena idea dejarla? —preguntó.

Cerré la tapa y lo miré. —No, no lo sé.

Artur puso la marcha y arrancó, dando una vuelta en medio de la carretera. No nos miró al pasar. En cambio, se llevó la mano a los ojos. El dolor por la pérdida de Christiana, y su vida tal como la conocía, se había instalado en él.

—Vamos —dijo Oso, sacando el cargador de su pistola y guardándose el arma en la cintura. —Vamos a buscar un teléfono. Creo que es hora de llamar a Frank.

CAPÍTULO 63

El aire cálido y salado del Mediterráneo se me quedó en la boca y me alivió la nariz quemada por el sol. Había pasado un mes desde aquella trágica noche en Moscú, pero no había pasado ni una hora sin que pensara en Lexi. Me di unos golpecitos en el bolsillo, buscando el relicario que había guardado desde su muerte.

Una llamada a Frank esa noche nos consiguió que nos llevaran fuera de Rusia, en la parte trasera de un camión cargado de productos de limpieza. Un viaje de doce horas, por Letonia y Lituania, culminó con Oso y yo abandonados, como trapos usados, a las afueras de Varsovia, Polonia. Un hombre que conocía de mi pasado en el SIS nos llevó a un lugar. Tardamos dos días en recuperarnos del olor del remolque, y otros cinco antes de que nos permitieran salir. Mantuve contacto con Frank durante toda la estancia. Estaba furioso por cómo habían ido las cosas, pero logró superarlo. Y recalcó que él no estaba detrás de nada. No tenía ni idea de por qué había tanto interés en Thanos. Si el hombre que nos había llevado al lugar había mencionado algo sobre el maletín, Frank debió de pasarlo por alto, ya que nunca me lo mencionó. Durante nuestras conversaciones, confirmó lo que yo creía sobre Yashkin. Orquestó todo, poniendo bandos en contra. El motivo del asesinato de Christiana seguía sin estar claro. Frank tampoco pudo confirmar ninguna sospecha sobre David, negándose siquiera a reconocer su existencia. Difícil de creer, considerando que, últimamente, no había

mucho que no pasara por Skinner. Me dijo todo lo que necesitaba saber, pero aún no lo sabía todo.

Mi último contacto con Frank fue el día que salimos de la casa segura. Nos había dado credenciales nuevas para que pudiéramos recorrer Europa. Quería que nos quedáramos allí unas semanas, con un perfil bajo, hasta que supiera que era seguro volver a Estados Unidos. Le dije que yo le haría una gran diferencia. Solo necesitaba una forma de contactar con Yashkin. Frank se mostró reticente al principio, pero pronto se dio cuenta de que un mundo, sin el psicópata ruso probablemente, sería algo bueno. Me ayudó hace unos días, tras conseguir un número de teléfono válido para Kozlov.

El ruso se mostró muy sospechoso cuando llamé. Le dije que no había mala voluntad, que simplemente quería hacer un trato. Había encontrado lo que buscaban, lo tenía en mi poder y lo cambiaría por cinco millones de dólares estadounidenses. Se resistió hasta que acepté hacer el intercambio en público. Eso era lo que quería, al menos.

La camarera se detuvo frente a la mesa, impidiéndome ver el mar. Colocó una jarra de vino y una copa frente a mí. —¿Listo para pedir?

Levanté mi taza de café, removiendo el barro del fondo. Después de que se fuera, miré mi reloj. Faltaban menos de cinco minutos para la reunión. El maletín reposaba en la silla junto a mí, cubierto por una chaqueta de lino color canela. Junto a él, había una Beretta y tenía otra enfundada bajo la camisa. Recé para que Yashkin me diera una excusa para usarla. No me importaba si estábamos en una calle concurrida. Al mismo tiempo, quería salir ileso de la reunión, con cinco millones de dólares más.

Kozlov emergió de un grupo de turistas estadounidenses, a una cuadra del restaurante. Llevaba el pelo y la barba cortos, una camisa holgada y pantalones anchos, sin duda, para ocultar su arma predilecta. Se quedó en la esquina esperando a que la fila de coches se detuviera en el semáforo. Se llevó la mano a la oreja y asintió. Miré hacia los edificios, buscando un rostro en las ventanas. Debían estar en mi campo de visión. Dirigí mi atención al ruso mientras

cruzaba la calle. El tipo era descuidado y daba palmaditas al arma entre la ropa. ¿Cómo había logrado aguantar tanto?

Se levantó las gafas y me miró a los ojos. Le hice una ligera reverencia mientras acercaba la silla con el maletín. Kozlov observó los rostros en el patio, y luego, miró al otro lado de la calle. Seguí su mirada y, finalmente, vi la silueta que buscaba.

—¿Se unirá a nosotros? —pregunté, señalando directamente al otro hombre.

La puerta se abrió, y las campanillas que colgaban del pomo resonaron. Se quedó allí unos segundos antes de que apareciera Yashkin. Llevaba gafas de sol oscuras, pantalones cargo y una camisa morada. No estaba seguro de qué esperaba lograr, pero si destacar era su objetivo, lo había logrado.

—Siéntate. —Hice un gesto hacia el asiento frente a mí.

Kozlov se quitó la mochila y la dejó en el suelo junto a la silla, luego se dejó caer. Ajustó la pistola.

Le sonreí y negué con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó alisándose la camisa.

—Nada. —Pateé la silla a mi izquierda unos centímetros y señalé hacia ella cuando Yashkin llegó al patio.

Agarró el marco de hierro forjado y lo sacó. Las patas rozaron contra el hormigón, lo que provocó que algunos clientes cercanos nos lanzaran miradas de reproche.

—¿Lo tienes? —preguntó, yendo directo al grano.

Asintiendo, dije: —Sí. Y supongo que tu parte está en la mochila.

Yashkin se inclinó sobre su silla y sacó la bolsa, abriéndola mientras la acercaba a la mesa. La colocó en el centro y la inclinó hacia mí.

—¿Bien? —preguntó Yashkin.

—Sí, se ve bien —dije, sin molestarme en inspeccionar el dinero que había dentro.

Se recostó en su silla, sonriendo. —Me sorprende, señor Noble.

Levanté una mano. —Sin nombres, Yashkin.

Sus labios se tensaron al oírme mencionar su nombre. No había forma de saber quién más podría estar cerca, observando la reunión desde lejos. Y, ninguno de los dos tenía garantía de que el otro no

estuviera conectado, trabajando para alguna agencia. De ser así, estaba seguro de que, en esta reunión, tenía la sartén por el mango.

—En fin —dije. —¿Qué te sorprende de mí?

—Todo lo que pasó, y aquí estás, listo para seguir adelante por una buena suma de dinero.

—No se puede cambiar el pasado.

—Sólo aprender de ello, ¿no?

—Algo así.

—Pero nadie nunca lo hace. —Su sonrisa se desvaneció al inclinarse, haciéndome un gesto para que me acercara. Lo hice. Nuestros rostros estaban a centímetros el uno del otro. Se bajó las gafas de sol y me miró directamente a los ojos. —Artur nunca lo supo. Ojalá puedas enseñarle la lección.

—¿Cuándo lo hiciste?

—Esa noche. —Su sonrisa se desvaneció al tiempo que sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso. —Después de que vencieras a mi hombre y te llevaras lo que me pertenecía por derecho. —Respiró hondo, palideciendo. —Pero no pasa nada. Sé que también te quitamos algo importante. En fin, alcanzamos a Artur un rato después de que te dejara. Hay que reconocerle que nunca reveló cómo escapaste, ni siquiera cuando le cortamos los dedos. No paraba de hablar de Christiana. —Yashkin puso los ojos en blanco y agitó la mano. —Nunca debió involucrarse con ese hombre. Verás, iba a quitarte lo que tienes, venderlo en el mercado y huir con Artur. ¿Puedes creerlo?

Le sostuve la mirada varios segundos, clavada en sus ojos azules. —Supongo que ambos recibieron su merecido entonces.

Golpeó la mesa con el puño. —Sí. Sabía que eras como yo. Puedo ver la frialdad de tu corazón a través de tus ojos muertos.

—No estoy muy seguro. —Apuré el resto de mi café. —¿Y David?

Se mordió el labio inferior y se encogió de hombros. —Estoy seguro de que no sé nada de ningún David.

—Claro. Claro que no. —Dejé caer un billete de veinte sobre la mesa y puse la taza de café encima para que no se moviera. La brisa seguía soplando con fuerza y una nube oscura cubrió el sol. Extendí la mano y saqué mi abrigo del maletín. —¿Qué hay tan importante

ahí dentro que tuvo que morir tanta gente y que estarías dispuesto a desprenderte de tanto?

Yashkin recuperó la sonrisa. Se recostó, juntó las manos y las colocó sobre la mesa. —No seas tonto. Toma tu dinero, desaparece y olvida que tuviste algo que ver con esto.

CAPÍTULO 64

Caminé entre una multitud de desconocidos, con el mar a mi izquierda, mirando de reojo el azul agua mientras creía tener suficiente dinero para comprarme un barco espectacular. Podría navegar del Mediterráneo al Atlántico, recorrer la costa africana y viajar a Australia y Nueva Zelanda durante un tiempo.

Quizás para toda la vida.

Tenía que haber lugares allá abajo donde nunca me encontrarían.

Para entonces, los dos rusos ya me habrían perdido de vista. Yashkin habría querido revisar el contenido del maletín. Me lo imaginé dejándolo sobre la mesa, girándolo para que la combinación le devolviera la mirada. La expectativa crecía mientras hacía los números, recompensada con un clic satisfactorio; su tesoro ahora estaba a centímetros de sus dedos.

—Lo ha abierto —dijo Oso por el auricular inalámbrico que llevaba en el oído izquierdo. —Y tienes cola.

Resistí el impulso de mirar atrás para localizar al hombre que me seguía. *Confía en Oso.* Atrapará al aspirante a asaltante a tiempo.

Me imaginé la cara de Yashkin mientras abría el maletín y rebuscaba entre los papeles, que no eran más que una clase de tareas, de segundo de primaria, que habíamos encontrado guardadas en una carpeta en un banco en Ginebra, Suiza. Fue un golpe de suerte encontrarlos el mismo día que estuvimos en la ciudad para ocultar los documentos. Verás, habíamos forzado la cerradura del maletín en Alemania, después de salir de la casa

segura. Los documentos que Yashkin deseaba tanto, que estaba dispuesto a desprenderse de cinco millones de dólares, estaban a cientos de kilómetros de distancia, salvos y seguros, en una de mis cuentas numeradas. Pensé que, si la información codificada que contenían, valía más que todas las vidas que se habían perdido, además de millones de dólares, tal vez era mejor que los conservara por un tiempo.

—¡Ay, deberías ver esto, Jack! —dijo Oso con una carcajada por el auricular. —Están furiosos. Le enseñó la pila de tareas a Kozlov y luego la lanzó al aire. Los papeles caen al patio como la nieve de Moscú. —Oso mantuvo la línea abierta, llenándola de respiraciones profundas y concentradas. —Ya están en marcha, se dirigen hacia ti. Mantén el rumbo, hermano. No te asustes.

Mi abrigo, doblado sobre mi brazo, se deslizó por mi antebrazo, ocultando mi mano mientras desenfundaba la Beretta. La multitud que gritaba detrás de mí me indicó que quizá no seria necesario disparar el arma.

—Kozlov ha caído.

Una punzada de decepción me recorrió el cuerpo. Una parte de mí, quería que yo mismo acabara con el hombre. Seguí adelante, hasta la siguiente intersección y giré a la derecha, alejándome del mar. Esperé allí la confirmación y otra exclamación colectiva surgió de la gente en la calle.

El de la cola está a media cuadra de ti. Prepárate, pero ten en cuenta que viene una oleada de gente.

La ansiedad colectiva de la multitud los precedió en forma de gritos de pánico y el arrastrar de pies sobre el pavimento.

Otra grieta rasgó el aire.

—Y ahí va Yashkin. —Oso silbó una melodía enloquecida, como un arrendajo con ácido. Respiró hondo y contuvo el aliento. Luego, respiró nuevamente. —No te preocupes por la cola. Tiene el cerebro pegado en el escaparate de una tienda. Voy a ver si salen otras cucarachas antes de que me derrumbe.

La multitud llegó a la intersección detrás de mí, algunos en un callejón sin salida, atropellando a otros. El resto pasó a toda prisa, y algunos giraron hacia mí sin importar el tráfico que venía en

dirección contraria. Los neumáticos chirriaban sobre el asfalto mientras los conductores intentaban evitar la oleada de peatones frenéticos.

—De acuerdo —dijo Oso. —Todo bien. Me voy. El arma está limpia y averiada. Me desharé de ella aquí mismo. Nos vemos en una hora.

CAPÍTULO 65

Nos encontramos en una carretera rural desierta a las afueras de Grenoble, Francia. Colinas ondulantes y tierras de cultivo se extendían hasta donde alcanzaba la vista y una cálida brisa soplaba del suroeste. En menos de diez minutos me había acostumbrado al olor a estiércol.

Había llegado en mi coche de alquiler quince minutos antes que Oso. Durante ese tiempo, ni un solo perro callejero había pasado por allí. Este era el tipo de lugar donde podía esconderme un par de meses sin que nadie lo supiera, siempre y cuando, tuviera un anfitrión atento. Oso y yo teníamos algunos amigos en Francia, pero ninguno sabía que estábamos allí. Esperaba que siguiera siendo así. Pronto, la historia saldría en todas las noticias, y ninguno de los dos necesitaba que alguien atara cabos.

Oso estacionó su auto de alquiler delante del mío y el humo del escape se quedó ahí unos segundos antes de que el viento lo disipara. Escupí el regusto. Unos segundos después de apagar el motor, salió de su vehículo y cerró la puerta de golpe. El sonido se perdió en el vacío. Rodeó la parte trasera de mi auto, donde lo esperé, sentado en la tapa del maletero, con la Beretta a mi lado.

Se pasó la mano por su desgreñado cabello, cruzó los brazos sobre el pecho y asintió un par de veces mientras miraba a su alrededor.

—Bonito lugar —dijo.

—Ya me lo imaginaba —dije.

—¿Ya contactaste con alguien?

—No. ¿Y tú?

—¿A quién demonios voy a llamar? —Negó con la cabeza. —Eres tú quien habla, no yo.

El sol estaba alto en el cielo despejado, sin nada que le impidiera el paso. Me pegaba en la frente. Casi parecía julio.

—Supongo —dije. —En fin, me pondré en contacto con Frank pronto, le pondré al día y me aseguraré de que podamos volver a entrar a Estados Unidos.

Oso respiró hondo y miró a su alrededor. —Creo que encontraré un lugar aquí por un tiempo.

—Dos millones y medio deberían darte un sustento decente.

Se rio entre dientes. —Yo diría que sí. Quizás, hasta lo suficiente para comprarme una de esas chicas que siempre tienes.

—No te saldrán tan baratas.

—Al menos se irán satisfechas. —Su sonrisa se desvaneció al cabo de unos segundos. —¿Aún vas a Ginebra?

—Sí, tengo que configurar la cuenta para las hijas de Christiana.

—¿Cuánto estás donando aquí?

—Uno y un cuarto.

—¿Y la otra mitad de tu parte?

—Voy a casa del papá de Lexi.

—Es usted un santo, señor Noble. De verdad que lo es.

Levanté la pistola. —Me inclino a pensar que quienes están al otro lado del señor Beretta no estarían de acuerdo con esa opinión.

Levantó un dedo. —Ah, casi lo olvido. —Corrió de vuelta a su coche, levantando nubes de polvo con cada paso. Abrió la puerta trasera, metió la mano y regresó un momento después, con un paquete de seis cervezas.

—Aún me quieres —dije. —Por un momento, pensé que me dejarías después de este desastre. Pero ahora... —Agarré una botella, la abrí con los dientes y le di un buen trago. Era lupulada y amarga, y me llegó al paladar de forma perfecta. Me limpié la boca con el dorso de la mano. —Lo hiciste bien, grandulón.

Negando con la cabeza, Oso rio para sí mismo y se bebió la mitad de la botella de un par de tragos. Nos quedamos allí, yo

sentado en el maletero y él apoyado en el guardabarros, hasta que nos bebimos las seis cervezas. Después, nos despedimos, con planes de vernos en un par de meses, o quizás antes, si alguno de los dos se metía en más líos, algo que ambos coincidimos en que era muy probable.

Me quedé allí después de que él se fue, hasta que las columnas de polvo se asentaron y la tierra estuvo en paz una vez más.

CAPÍTULO 66

Tres semanas después, estaba de vuelta en Estados Unidos. Mi primera visita había sido al norte de Virginia, donde me reuní con un conocido que compartía con Frank Skinner. Frank me había convencido de que los documentos podían ser un asunto de seguridad nacional. Aunque mi camino me había alejado de su trabajo, una parte de mí coincidía con él en que lo mejor era entregar la información y dejar que las personas adecuadas se encargaran de ella. Me aseguró que, una vez que terminaran, los documentos serían destruidos para que no cayeran en malas manos. La dificultad que tuve para entregarlos se borró rápidamente, gracias al millón de dólares extra que Frank ingresó en mi cuenta.

También se había encargado de abrir la última investigación de Lexi en Chicago y había encontrado pruebas suficientes para acusar a McGrath y Denton de varios cargos, desde crimen organizado hasta intento de asesinato. Existía la posibilidad de que nada de esto se mantuviera, pero, al menos, su trabajo no había sido en vano.

Tomé un tren a Indianápolis, sin más motivo que pensar que, un vuelo que me habría llevado demasiado rápido. Nadie esperaba con ansias la noticia de la pérdida de un ser querido, sobre todo, cuando era tu hija. No importa la edad, tus bebés siempre son tus bebés.

Recorrí, en una camioneta alquilada, los kilómetros restantes hasta la cabaña, a cuarenta y cinco minutos al oeste de la ciudad. Conduje por el mismo camino angosto, el camino de tierra que atravesaba el bosque, y llegué a la casa. Para mi sorpresa, Shane

salió al porche con prótesis nuevas. Ni siquiera necesitaba muletas. Su mirada preocupada se transformó cuando bajé del vehículo.

El perro de Thanos pasó corriendo junto a él y corrió hacia mí. Me agaché y le agarré la nuca mientras le rascaba el costado. —Hola, amigo. ¿Estás bien con el viejo?

La puerta mosquitera se abrió con un crujido y se cerró de golpe. El padre de Lexi estaba allí, alto y desafiante. Supongo que era así como se comportaba todo el tiempo. Giró la cabeza, contemplando la inmensidad de su jardín delantero. Pude ver la pregunta formándose en sus labios.

—Señor —dije, cruzando la distancia entre la camioneta y el porche. Busqué en mi bolsillo y agarré el medallón con la mano. Me dolía el corazón por el dolor que estaba a punto de infligir. —No hay manera fácil de decir esto.

Apretó los labios para evitar que le temblaran y se le tensaron los músculos de la mandíbula. No podía imaginar los pensamientos que le rondaban la cabeza. El día que nació, sus primeros pasos, llamarlo "papá" por primera vez. La eucaristía, la confirmación, los partidos de fútbol y sóftbol. Su fiesta de graduación. Acompañándola al altar. Verla entrar en el FBI. Se le llenaron los ojos de lágrimas y su fachada de acero se quebró. Bajó la barbilla hasta el pecho mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Shane se acercó y rodeó al anciano.

Le agarré la mano y le puse el relicario en la palma. Lo miró fijamente un momento, conteniendo el llanto, antes de abrirlo por fin. Era una foto de ella de niña y de él de joven. La sostenía en brazos, con las mejillas juntas.

—Dios mío —dijo. —¿Se aferró a esto todos estos años?

—Una cosa más. —Corrí de vuelta a la camioneta y abrí el maletero. El polvo se arremolinaba bajo la luz del sol. Agarré una mochila azul y me la colgué al hombro.

—¿Dónde está su cuerpo? —preguntó, secándose las lágrimas. —¿Puedo ver a mi chica una vez más?

Dejé que la mochila se deslizara de mi hombro y la agarré con la mano. Quedó allí colgada, balanceándose y retorciéndose mientras

pensaba en las palabras para decirle que nunca más la volvería a ver.

—Ella hizo algo bueno por su país, ¿verdad? —preguntó.

—Así lo hizo. Encontramos algo que podría haber sido increíblemente perjudicial para nuestro país, si la persona equivocada lo hubiera tenido en su poder. Ahora está en buenas manos. Recogerán lo que puedan y estaremos más seguros gracias a ello. El legado de Lexi perdurará en todas las vidas que se salvaron gracias a sus acciones.

Parecía creer en mis palabras, aunque yo no. Levanté la bolsa y se la tendí.

—¿Qué es esto? —preguntó, quitándome la mochila de la mano y liberándome de la segunda mitad del dinero ensangrentado de Yashkin.

—No puedes reemplazarla, pero tal vez puedas hacer algún bueno con ello.

Abrió la bolsa y se quedó mirando el dinero un momento y lo dejó caer al suelo. —Supongo. —Luego, se retiró a su casa.

Shane y yo hablamos unos minutos más. Resultó que él y el perro se entendieron, y se lo llevaba de vuelta a Chicago. Le tiré una pelota de tenis, me subí a la camioneta y caminé marcha atrás por la entrada.

Mi siguiente parada estaba a unas buenas cuatro horas de distancia.

CAPÍTULO 67

Viajé hacia el oeste por la 74 hasta llegar a la I-39, que se unía a la I-90 en Rockford, Illinois. Desde allí, llegué a Madison y me guié de memoria hasta el sitio de una acería. La nieve ya se había derretido. Era de esperar, con temperaturas que superaban los 10 °C. Una cinta policial, atada a estacas en el suelo, acordonaba la fachada del edificio. Las puertas del desván estaban aseguradas con una gruesa cadena y un candado.

Mi memoria recorrió aquella noche una vez más. ¿Y si no hubiera encontrado el papel cosido en la chaqueta de Thanos? Lexi seguiría viva. Yashkin también, y no estaría más cerca del tesoro que buscaba. ¿O sí? ¿Sabía de la ubicación o nos había estado siguiendo Rudin? Estaba harto de las mismas preguntas y quería respuestas.

Pensé que había un hombre que podría decírmelo.

David.

Esa noche me había atormentado el dolor, pero no tanto como para no prestar atención a la ruta que tomó Lexi para llegar a las instalaciones de David. Conduje por los caminos rurales a buen ritmo, prestando atención a los puntos de referencia que se destacaban en mi mente. La única diferencia ahora era la ausencia de nieve. Solo me perdí un giro. Cinco minutos después me di cuenta.

El camino de entrada a las instalaciones era igual a como lo recordaba. Saqué mi celular. Tenía buena señal. No era lo que esperaba. Pero, aun así, *parecía* que estaba en el lugar correcto.

Giré por el sendero que llevaba a la casa y avancé con cuidado. Lo último que quería era que un personaje loco del bosque apareciera con una escopeta y llenara la camioneta de perdigones.

Llegué al claro donde se encontraban las instalaciones. Sin embargo, las cosas eran diferentes. La puerta principal estaba abierta de par en par y las ventanas estaban destrozadas. La antena que recordaba del tejado había desaparecido, al igual que la antena parabólica. Miré mi teléfono y vi que aún tenía buena señal. Salí y rodeé la entrada.

—Se ha ido.

Saqué mi pistola de la funda y me giré para encarar al hombre.

—Tranquilo, Jack. —Charles levantó la mano izquierda y en la derecha llevaba su arma, apuntándome al pecho. —No estoy aquí para causar problemas.

—¿Cómo sabías que estaría aquí?

—Te hemos estado monitoreando. —Dio unos pasos hacia adelante. —Deberías haberle dado una paliza a Thanos en cuanto tuviste la oportunidad. Habría habido menos muertos.

—¿Qué sabes de ello?

Respiró hondo y negó con la cabeza. —Nos estafaron, igual que a ti. El Viejo tampoco está muy contento. Resulta que ese tal Matt no estaba de nuestra parte. Nos estaba usando, usándote a ti, para llegar a Thanos. Todos querían la información que tenía ese tipo.

—Sí, bueno, ya no tienes que preocuparte por él. —Miré las instalaciones. —¿Qué haces aquí, Charles? ¿Qué le importa este lugar al Viejo?

—Supongo que ahora sabes quién es el General Yashkin, ¿correcto?

Asentí y no dije nada.

—Este exespía, David Meadowcroft, y Yashkin, trabajaban juntos.

Levanté la mano; ya no necesitaba oír nada más. De repente, las respuestas que buscaba no tenían sentido.

—No me voy contigo —dije.

—No pensé que lo harías —dijo Charles.

—Puedes decirle a cualquiera que esté esperando ahí afuera que morirá antes de llevarme con él.

Se rio. —No hay nadie más que yo, Noble.

—¿Por qué?

El Viejo siente curiosidad por lo que encontraste en Rusia. Dice que podría tener una propuesta de gran valor para ti.

—Tarea de segundo grado.

—¿Qué?

—Eso es lo que encontramos. —Saqué una foto de los documentos que quería mostrarle a David en la cara y la rompí en pedazos. —En realidad, no importa. Ya se los entregué a los federales. Los están analizando y destruyendo ahora mismo.

—Qué lástima. Se lo haré saber. —Charles se giró y se dirigió al bosque. Al llegar al límite del claro, se detuvo y me miró de nuevo. —Si eso cambia, llámalo. Si no, nos pondremos en contacto contigo cuando regreses a la ciudad.

No tenía ninguna duda sobre eso.

—No hay duda alguna.

La historia continúa en *Ultimatum de Noble.* Continúa para obtener una muestra o pide ahora:
https://amzn.eu/d/jgqq3To

Únete a la familia de lectores de LT Ryan y recibe un ejemplar gratuito de la historia de Jack Noble, *"El Recluta"*. Haz clic en el enlace de abajo para empezar:
https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1

ALSO BY L.T. RYAN

Buscar todos los L.T. Libros de Ryan en Amazon.

Disponible en español:

The Jack Noble Series

El Recluta

El Primer Engaño (Precuela)

Los Comienzos de Noble

Distancia Mortal

Línea Borrosa

Las intenciones de Nobel

Muerte en Grecia

Las Retribuciones de Noble

La Traición de Noble

Nunca Vuelvas a Casa

El Juicio de Noble

Nunca Llores por Misericordia

Fecha Final

Fin del Juego

Ultimatum de Noble

La Leyenda de Noble

La Venganza de Noble

Disponible en inglés:

The Jack Noble Series

The Recruit (free)

The First Deception (Prequel 1)

Noble Beginnings

A Deadly Distance

Ripple Effect (Bear Logan)

Thin Line

Noble Intentions

When Dead in Greece

Noble Retribution

Noble Betrayal

Never Go Home

Beyond Betrayal (Clarissa Abbot)

Noble Judgment

Never Cry Mercy

Deadline

End Game

Noble Ultimatum

Noble Legend

Noble Revenge

Never Look Back (Muy pronto)

Bear Logan Series

Ripple Effect

Blowback

Take Down

Deep State

Bear & Mandy Logan Series

Close to Home

Under the Surface

The Last Stop

Over the Edge

Between the Lies (Muy pronto)

Rachel Hatch Series

Drift

Downburst

Fever Burn

Smoke Signal

Firewalk

Whitewater

Aftershock

Whirlwind

Tsunami

Fastrope

Sidewinder (Muy pronto)

Mitch Tanner Series

The Depth of Darkness

Into The Darkness

Deliver Us From Darkness

Cassie Quinn Series

Path of Bones

Whisper of Bones

Symphony of Bones

Etched in Shadow

Concealed in Shadow

Betrayed in Shadow

Born from Ashes

Blake Brier Series

Unmasked

Unleashed

Uncharted

Drawpoint

Contrail

Detachment

Clear

Quarry (Muy pronto)

Dalton Savage Series

Savage Grounds

Scorched Earth

Cold Sky

The Frost Killer (Muy pronto)

Maddie Castle Series

The Handler

Tracking Justice

Hunting Grounds

Affliction Z Series

Affliction Z: Patient Zero

Affliction Z: Abandoned Hope

Affliction Z: Descended in Blood

Affliction Z : Fractured Part 1

Affliction Z: Fractured Part 2 (Muy pronto***)***

ACERCA DEL AUTOR

L.T. Ryan es un autor superventas del Wall Street Journal y del USA Today, famosa por crear thrillers trepidantes que mantienen a los lectores al borde de sus sillas. Conocido por crear historias apasionantes y centradas en los personajes, Ryan es autor de la serie Jack Noble y de la serie Rachel Hatch, entre otras. Con su habilidad para combinar acción, intriga y profundidad emocional, los libros de Ryan han cautivado a millones de seguidores en todo el mundo.

Tanto si se trata del oscuro mundo de los operaciones encubiertas o de la incansable búsqueda de la justicia, las historias de Ryan presentan personajes inolvidables y tramas de alto riesgo que resuenan entre los seguidores de Lee Child, Robert Ludlum, y Michael Connelly.

Cuando no está escribiendo, Ryan disfruta creando nuevas ideas con coautores, dirigiendo una próspera editorial, y conectando con los lectores. Descubra la próxima historia que te mantendrá pasando páginas hasta altas horas de la noche..

Haz clic en el botón de arriba para recibir una alerta de Amazon cuando L.T. tenga un nuevo libro disponible.

Conecta con L.T. Ryan

Suscríbete a su boletín informativo para enterarte de las últimas noticias y recibir contenido gratuito ➜ https://ltryan.com/jack-noble-newsletter-signup-1 Únete al grupo privado de lectores ➜https://www.facebook.com/groups/1727449564174357

Instagram ➜ @ltryanauthor Visite el sitio web ➜ https://ltryan.com Envia un correo electrónico ➜ contact@ltryan.com